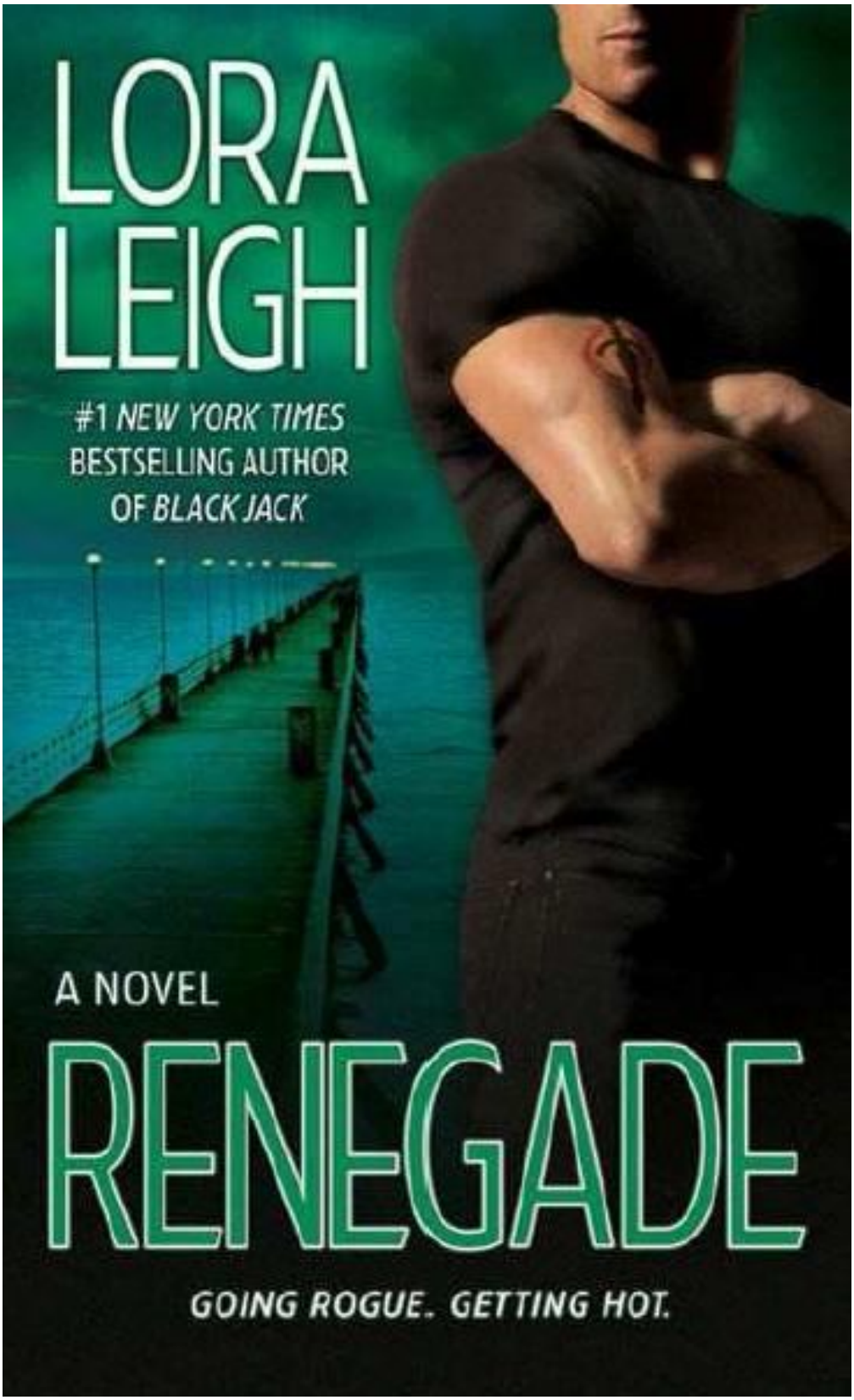
LORA
LEIGH
#1 NEW YORK TIMES
BESTSELLING AUTHOR
OF BLACK JACK
A NOVEL
RENEGADE
GOING ROGUE. GETTING HOT.

LORA LEIGH

RENEGADO

FUERZAS ESPECIALES 5

Argumento:

Como propietaria de una tienda de novias, Mikayla Martin ayuda a hacer realidad los sueños nupciales de las mujeres. Su propia vida, sin embargo, se ha convertido en una pesadilla desde que presenció un asesinato… y vio de cerca al asesino. Peor aún: ella lo conoce. Pero la policía, después de comprobar la coartada, no le cree. Depende de Mikayla demostrar que se equivocan… y hacer lo que sea necesario para resolver el asesinato ella sola.

Al agente de Elite Ops Nikolai Steele, cuyo nombre en código es Renegado, le piden que salde una deuda pendiente con un viejo camarada suyo. Este amigo jura que no es un asesino, y Nik le cree, a pesar de que ha sido confundido por una tal Mikayla. De modo que Nik se propone ponerle los puntos sobre las íes a la mujer… pero en cuanto le pone los ojos encima a la temperamental y decidida belleza, sabe que está en un buen lío. Una mujer tan irresistible como ella, sólo puede traer complicaciones y, como era de espera, después de meter la nariz en tantos sitios, alguien quiere a Mikayla muerta. Ahora Nik debe encontrar el modo de mantenerla a salvo, limpiar el nombre de su amigo y encontrar al verdadero asesino, que continúa libre…

PROLOGO

Los vestidos eran preciosos.

Mikayla Martin se apartó de los productos terminados y se frotó la parte baja de la espalda mientras una pequeña sonrisa de satisfacción asomaba a sus labios.

Eran los vestidos que aparecían en los sueños románticos.

Kilómetros de espumoso encaje, satén, seda y chiffon. En cada uno de ellos se habían cosido a mano miles de perlas diminutas. El amor había intervenido en la creación de cada uno de los tres vestidos de novia, y el vestido de dama de honor de color jade se había cosido con especial atención a los detalles. Era su color favorito, y uno de sus propios diseños.

Por fin, después de muchos años de duro trabajo, de sueños y de los diseños que había creado con tanto cariño, Mikayla Creations empezaba a tener una pequeña publicidad. Mikayla no tenía sueños de grandeza. Lo que sí soñaba era en conseguir una pequeña y exclusiva reputación para mantener su tienda de ropa abierta y próspera.

Ella respiró profundamente y luchó para dejar marchar los vestidos. No quería perder de vista a ninguno de ellos.

—Conozco esa mirada, Mikayla— su asistenta, Deirdre Maple, echó hacia atrás su pelo, apoyó las manos en sus caderas y dirigió a Mikayla una sonrisa de complicidad.

Con una expresión felina y su larga cabellera cobriza, Deirdre era la encargada de la publicidad entre bastidores. Mientras Mikayla mantenía contentos a los clientes, Deirdre los llevaba a las exhibiciones de los vestidos de novia y de los exclusivos trajes de noche que Mikayla había creado. El

vestido de dama de honor que había estado acariciando era uno de ellos. Un vestido único que se había hecho para una mujer, un cuerpo.

Una pequeña sección de la tienda estaba dedicada a ropa menos formal. Diseños exclusivos de ropa más informal y una pequeña selección de calzado exclusivo y otros accesorios. Pero la mayor parte de la tienda estaba dedicada a la ropa de etiqueta y a los trajes de novia que Mikayla tanto amaba.

—Sí, lo sé, tengo que dejarlos ir. —Mikayla forzó una sonrisa mientras retrocedía y echaba una mirada pesarosa.

—Sigue y llama a la futura novia y a la dama de honor y diles que sus vestidos están listos para recogerlos. Más vale que se apresuren, porque yo podría robarlos después de todo.

Deirdre sonrió, sus ojos verdes avellana parpadearon con la risa, mientras sacudía su cabeza. La joven llevaba una blusa sin mangas de seda verde esmeralda sin cuello, diseñada para que se ajustara a su esbelta figura. La falda gris oscura por encima de la rodilla y los zapatos a juego dirigían la atención a la blusa y a la exuberante cabeza de Deirdre, llena de rizos cobrizos que caían en cascada cerca de sus caderas.

—Me pediste que te recordara que tienes que recoger a Scott después del trabajo—, Deirdre miró el reloj de la pared. —Si quieres llegar a tiempo, entonces es mejor que corras.

El señor Poco Fiable. De todos sus hermanos, Scotty tenía que ser el más irritante y el más adorable. El bebé de la familia, siempre estaba feliz, siempre riendo y rara vez se tomaba algo en serio. Siempre necesitaba que le llevaran a algún sitio, un consejo o un préstamo. Su madre le llamaba “el necesitado”. Mikayla le llamaba vago, aunque lo hacía cariñosamente.

—Sabes que tendrás que escucharle quejarse si llegas tarde— Deirdre se rió.

—Date prisa

Mikayla torció el gesto antes de mirar el interior de su "bebé". Esta tienda era su vida.

—Podrías llamar a un taxi para que vaya a buscar a tu hermano, —le dijo Deirdre. —De es forma podrías quedarte aquí y admirar tu trabajo un poco más.

Mikayla rió, aunque su mirada se detuvo un momento más. Ella se giró y avanzó por la lujosa alfombra color chocolate. Se movió alrededor de la exposición de vestidos y trajes hacia el mostrador y sacó las facturas del estante inferior.

—Todo está pagado — dijo a Deirdre, mientras la llenaba un sentimiento de satisfacción.

—Ahora, si tan sólo pudiésemos conseguir unos cuantos más de estos pedidos, podría respirar un poco más tranquila.

—Llegarán—, le aseguró Deirdre y Mikayla no pudo evitar creerlo.

La tienda estaba creciendo lentamente, pero estaba creciendo. El sentido de satisfacción que sentía a veces era abrumador. Mikayla estaba haciendo algo que todo el mundo le había dicho que no tendría la oportunidad de triunfar con la economía actual.

—¿Crees que alguna de nosotras algún día llevará uno de estos vestidos de novia?— Deirdre movió la cabeza hacia ellos.

—Demonios, Mikayla, ¿no estás cansada de esperar al hombre perfecto?, creo que el señor. Casi Perfecto puede esperar por mí.

Mikayla volvió la cara con la esperanza de ocultar sus propias dudas. A veces temía que el señor Perfecto fuera un producto de sus sueños. Que el sexo increíble, el profundo

romance y la unión compartida que soñaba, era cosa de fantasía y de novelas románticas, no la vida real.

—No para mí. — Mikayla sacudió su cabeza ante el solo pensamiento de conformarse con menos.

—Algunas cosas duran para siempre, Deirdre, si sabes como luchar por tus sueños.

Ese sueño no tenía que ser un matrimonio, hijos, una vida dedicada a compartir la aventura diaria de simplemente vivir juntos. Pero era un sueño que Mikayla encontraba difícil de abandonar.

Deirdre suspiró pesadamente.

—Debes de ser la única romántica pragmática que jamás he conocido— la acusó. — Vamos, Mikayla; nada dura para siempre. ¿Por qué no tomamos lo que podamos conseguir?

Se refería al matrimonio. Deirdre pensaba en términos de matrimonio. Ella quería el vestido, la boda, la alianza de oro en su dedo, la pequeña valla pintada de blanco.

Para Mikayla, el matrimonio, igual que cualquier compromiso, llevaba mucho trabajo, comprensión y paciencia. Lo había visto en el matrimonio de sus padres toda su vida. Su madre y su padre habían sido un ejemplo perfecto de lo que era el verdadero amor y una relación real. Eso era lo que Mikayla quería. No solo la boda, la alianza o la valla pintada de blanco. Era la sensación de pertenencia, ese sentimiento de formar parte de algo que era más grande que ella misma. Algo donde podría ser una compañera.

Ella no era dependiente. No quería que la cuidaran y no quería cuidar de nadie. Por lo menos no en el sentido de aceptar la responsabilidad por él. Ella quería cuidar del corazón de su pareja con la promesa de su propio corazón y quería una pareja con quien compartir cada día y quizá, un día, compartir sus hijos.

Ella quería todo el sueño y estaba dispuesta a esperar por ello. Tenía la esperanza de que, mientras esperaba, alguien por ahí fuera actualmente estuviera acercándose a ella.

Ya no era tan joven, como su abuela le recordaba a menudo. Tenía 26 años, demasiado mayor para ser todavía virgen.

Aun no había averiguado cómo la abuela de Mikayla sabía que todavía era virgen. ¿Tenía un V roja pintada en su frente que no podía ver?

—No lo sé, Mikayla—. Su asistente se apoyó en el mostrador con su pelo cayendo alrededor de su cara mientras sonreía con picardía. —Yo sé que me falta durmiendo sola.

Mikayla rió.

—Como si durmieses sola a menudo. Por lo que he oído últimamente, Draken y tú no estáis exactamente en dique seco1

1 N. de la revisora: En España, estar en dique seco significa no tener relaciones sexuales.

Deirdre y Drake Marshal habían estado saliendo de forma intermitente desde el instituto. Parecía que no podían decidirse si se amaban o se odiaban mutuamente. Deirdre parecía que no podía decidir si Drake era el señor Perfecto o el señor Disponible.

—Vale. Me voy entonces— Mikayla volvió a ordenar las facturas pagadas antes de mirar alrededor de la tienda un última vez.

Agarrando sus llaves, se volvió y abrió la antigua puerta delantera de cristal y salió a la acera. Hagerstown se encontraba en plena calidez de la primavera. Los árboles estaban totalmente florecidos, muchos ya mostraban su

follaje verde brillante y se mecían con la suave brisa que soplaba en el centro histórico.

A Mikayla le encantaba. Esta era su casa. Había nacido en Hagerstown, se había criado aquí. Había ido a la escuela de diseño de Nueva York y todo el tiempo que había estado fuera, todo lo que había querido era volver a casa.

Estaba creciendo, a menudo era ruidosa, llena de turistas en el mejor de los días y llena de vida. No era tan agotadoramente concurrida como Nueva York o D.C., pero Hagerstown todavía prosperaba con la vida y zumbaba con entusiasmo.

Al menos, ella sentía la excitación.

Sacando sus llaves del bolsillo de su ligera chaqueta, apretó el mando a distancia y abrió las puertas del Jeep rojo cereza que finalmente se había permito comprar, antes de pisar el estribo y subirse a él.

Su falda tubo se subió por encima de sus rodillas antes de que metiera las piernas en el coche y cerrara la puerta. Arrancó el motor y casi sonrió con la sensación de la vibración del motor a través del vehículo.

Entrando en el flujo de tráfico, se dirigió a través de las concurridas calles en dirección a la I-70 y al lugar de trabajo de su hermano, que estaba a varios kilómetros por la interestatal.

La construcción de un centro de oficinas diseñado recientemente suponía un gran acuerdo para la compañía para la que trabajaba su hermano, así como para el padre de Mikayla. Su padre había ganado el contrato de fontanería para el edificio y un primo había ganado el contrato para el diseño del interior de parte del edificio.

Hagerstown estaba en pleno auge y crecimiento, aunque a veces Mikayla temía que estaba creciendo demasiado rápido. Sin embargo, ella amaba observar su progreso.

Encendiendo el reproductor de CD, deslizó uno de sus CDs favoritos. La suave melodía de rock de los años ochenta llenó el interior y calmó los recelos que comenzaban a asomar en su mente.

Ella había pasado cuatro meses de trabajo constante, duro, para cumplir las fechas límite de las bodas de principios de la primavera y cuyos vestidos estaban esperando en la tienda. Pedidos, montaje, costura, ajustes. Desde finales del invierno hasta finales del otoño la tienda, si bien no en pleno auge, estuvo definitivamente ocupada. Este año había sido su mejor año.

Ella quería llegar a casa, relajarse en un baño de burbujas y dejar fluir esa sensación de satisfacción en el trabajo antes de comenzar a cuadrar las cuentas, las facturas y los pedidos.

Puede que fuese viernes por la noche pero Mikayla aún tenía trabajo que hacer. No es que tuviese muchas más cosas que hacer. Tenía que admitir que las posibilidades de tener una cita últimamente eran nulas.

O tal vez, como Deirdre la acusaba, quizás sus expectativas eran demasiado altas.

Eso siempre era una posibilidad, admitió para sí misma. Quería algo que ni siquiera existía en el mundo real.

Ninguno de sus amigos la había dejado sin sentido con un beso. El sexo no había hecho temblar la tierra bajo sus pies. Ellos no amaban con esa devoción que anulaba la idea de estar alguna vez con alguien más. A menudo eran infieles y lo veían como un juego. La emoción de la caza, de ser perseguido y ser lo suficientemente inteligente como para no quedar atrapados.

Jugaban con sus propias vidas y con la vida de sus hijos y era algo de lo que Mikayla no quería formar parte.

Ella quería el romance, la excitación y quería honestidad. Odiaba que le mintiesen y la idea de que el hombre que amaba le fuese infiel bastaba para hacerle mirar una tercera y una cuarta vez a cualquier hombre que se ofreciese para llenar su vida.

¿Estaba enloqueciendo como sus amigos a menudo la acusaban? ¿Sus estándares sencillamente estaban demasiado altos y condenándola al fracaso así como a una vida de soledad?

Quizá no enloqueciendo, pero definitivamente estaba empezando a preocuparse de que era una romántica empedernida que iba a convertirse en una solterona sin esperanza.

¿Qué le había dicho su hermano Scotty? Iba a terminar viviendo sola en su perfecta casa, rodeada de sus vestidos, esperando a su perfecto príncipe azul hasta el día de su solitaria muerte perfecta.

Y temía que definitivamente ese fuera el futuro que la esperaba.

Y en aquellos momentos ella se preguntaba si Deirdre no tendría razón…. Sí quizás el señor Casi Perfecto era suficientemente bueno. Excepto que Mikayla ni siquiera había logrado encontrar un Casi Perfecto. Si alguna vez pusiese los ojos en él, entonces podría considerarlo. Solo para decir que lo había intentado.

Meneando la cabeza ante la idea, Mikayla tomó la salida a en una zona de reciente desarrollo y condujo a lo largo del duro e irregular camino hasta la mole de acero y metal que se levantaba al final de la sucia carretera.

Condujo su Jeep hasta el esqueleto del edificio de oficinas de seis pisos donde su hermano Scotty le había casi ordenado encontrase con él.

Aún no había descubierto por qué su joven hermano no lograba mantener en funcionamiento su propio coche. Siempre estaba jugando con esto, con aquello y nunca dejaba de llamarla cuando su coche se estropeaba.

Uno de estos días ella iba a cumplir su amenaza y conseguir que toda la familia interviniera cuando se trataba de su hermano. Iba a tener que aprender a mantener sus manos fuera del motor de su vehículo. Si algo no estaba realmente roto entonces no había necesidad de arreglarlo, ¿verdad?

Entrando en el lodazal enfrente del edificio sin terminar, Mikayla dejó escapar un duro suspiro.

El señor Poco Fiable lo había hecho otra vez. Como de costumbre, no estaba donde se suponía que debía estar o haciendo lo que se suponía que debía estar haciendo.

En este caso, esperándola para recogerle.

Así que ¿dónde estaba? ¿Dónde estaban los demás? El lugar estaba completamente desierto.

Bajando el volumen de la salvaje y lujuriosa melodía de Barry White en el reproductor de CD., Mikayla golpeó con los dedos el volante. Frunciendo sus labios, miró alrededor del fangoso lugar de trabajo, con los ojos entrecerrados contra la tenue luz mientras buscaba a su hermano.

Sus labios se afinaron mientras contaba mentalmente hasta diez.

No se enfadaría, se dijo a sí misma. Su día había sido muy bueno para dejar que esto lo arruinara ahora. Acababa de terminar dos de los más hermosos vestidos de novia que jamás había creado y el vestido de la dama de honor. Filas y

filas de perlas, metros de satén, seda y lazos y miles de pliegues para acompañar el gran pago que había recibido.

Dos meses de coser delicadas filas de pequeñas perlas y ser testigo de las sonrisas lacrimosas de dos novias que atesorarían estos vestidos por el resto de sus vidas.

Rezó una pequeña oración para que esos vestidos fuesen atesorados a lo largo de una vida de felicidad conyugal.

Ahora, ¿dónde estaba su hermano?

Ella quería llegar a casa, tomar una copa de vino y relajarse en su nueva bañera de hidromasaje lo suficientemente caliente como para aliviar la tensión que aún no había sacado de su cuerpo. Tenía reuniones al día siguiente con varias novias, un novio y cuatros princesas de la sociedad que buscaban el vestido perfecto para llevar a la fiesta perfecta.

Sonrió ante la idea. Las mujeres, citadas para estudiar las docenas de libros llenos de vestidos de fiesta, de vestidos ceñidos de raso y de creaciones perfectas confeccionadas para dejar boquiabiertos a los labios más hastiados, serían de una gran ayuda para la tienda.

La crisis económica que golpea al mundo en este momento no había afectado a la venta de vestidos, de trajes de noche y de los distintos accesorios que eran imprescindibles para la perfecta princesa de la sociedad.

Mikayla miró su reloj, golpeó sus dedos en el volante de nuevo y suspiró irritada.

Esperaba que Scotty no la necesitara más para ir a buscarlo de nuevo. Llevaba sentada aquí alrededor de 10 minutos. ¿Dónde estaba?

Apagando el CD, abrió la puerta del jeep y saltó del vehículo.

Su nariz se arrugó con el olor de aceite, barro y lo que se juraba eran hombres sudorosos. ¿Qué era lo que se decía sobre los lugares de construcción? Cada vez que se había visto obligada a buscar a su hermano, juraba que el lugar olía a sudor masculino.

Esta era la última vez que se permitía sentirse culpable. Scotty iba a tener que conseguirse una novia o algo. Alguien dispuesto a hacer este camino e ir a buscarlo, de nuevo, porque él necesitaba que le llevaran.

La última vez que él había necesitado un coche Mikayla había terminado esperando una hora a que él acabara lo que había jurado era un importante proyecto antes de irse. Ella había sabido más tarde que se trataba de un juego de póker en uno de los cobertizos de herramientas.

Capullo.

Apretando los dientes, sacó su teléfono móvil de la cadera y marcó su número.

Sonó.

—Soy Scotty, deja un mensaje—. Buzón de voz. Lo odiaba. Colgó el teléfono sin dejar un mensaje. Ella terminaría diciendo algo de lo que seguramente iba a arrepentirse después.

Maldita sea, al menos podría contestar el teléfono.

—Escucha, te dije que me estaba ocupando de eso.

El sonido de una voz furiosa hizo que Mikayla retrocediera para mirar hacia el edificio, buscando la fuente de la voz. Quizás Scotty estaba allí.

Ella iba a matarlo

Un suave murmullo de otra voz hizo que se esforzara por oír lo que decía.

—Mira, ya me debes una. Es hora de mierda de pagar, ignorante bastardo. Te lo dije, necesito el maldito dinero. Yo hice mi parte, ahora haz la tuya.

Mikayla arrugó la nariz mientras buscaba quien decía esas palabras vulgares.

Hubo un murmullo bajo y suave en respuesta.

—Mira, ya he tenido bastante de todo esto. Paga de una puta vez antes de que le cuente lo que está ocurriendo aquí exactamente.

La voz pertenecía al jefe de Scotty. Su nombre era Eddie. El capataz, Eddie Foreman. Sus tres hermanos se reían de su nombre.

Sus labios se abrieron para hablar, para que el capataz supiera que ella estaba allí y, esperaba, averiguar dónde estaba su hermano.

—¿Qué demonios estás haciendo? Pon ese arma lo más lejos posible. ¿Has perdido tu puta cabeza?.

Mikayla contempló con horror mientras la pareja aparecía ante su vista.

—Me estás costando demasiado, Eddie.

La voz era grave, un gruñido áspero, enojado que envió un escalofrío de temor a la espalda de Mikayla, pero lo que vio con sus ojos la aterrorizó. El arma en su mano, incluso a cinco pisos de altura, atrajo su mirada, el negro mate que reflejaba los últimos rayos de sol con un una luz malvada y cruel.

Ella apartó la mirada de la pistola hacia el hombre que la sostenía, sintiendo cómo su boca se secaba al reconocer la cara entre las sombras a pesar de que estaba anocheciendo. Era Maddix Nelson, el dueño de la compañía de construcción

donde trabajaba su hermano, y Maddix estaba apuntando con un arma a su capataz.

Podía ver la cara de Eddie Foreman claramente. Sus fuertes rasgos estaban crispados en líneas de incredulidad y miedo. La cara de Maddix Nelson, por otro lado, estaba rígida. Más rígida de lo que Mikayla recordaba haber visto. Y le había visto muchas veces en los últimos años. Todos sus hermanos trabajaban para él. El hermano mayor, solo dos años más joven que Mikayla, había trabajado para Nelson Building and Construction durante más de cuatro años.

Su padre trabajaba con Maddix a causa del negocio de fontanería de su propiedad.

Mikayla podía sentir sus manos temblorosas, su estómago apretado de terror, mientras observaba a Maddix levantar el arma hasta ponerlo directamente en el pecho de Eddie Foreman.

—Estás loco,— Eddie jadeó.

—Baja la maldita arma, hombre. Todo lo que quiero es mi maldito dinero. Me lo debes.

—Me debes resultados, Eddie— Maddix gruñó, sus labios torciéndose con ira.

Mikayla observó con incredulidad cómo Eddie daba un paso atrás, aunque no había manera de escapar. Su espalda tropezó con una gruesa viga de acero. Sólo había una forma de salir y Maddix Nelson tenía esa salida bloqueada.

Ella tenía que hacer algo. ¿Qué podía hacer?

Mikayla podía sentir el miedo en su pecho, con total y completa incredulidad, mientras Maddix se acercaba un paso más.

Mikayla retrocedió hacia el jeep, abrió la puerta y entró. Tenía que dar a Eddie una oportunidad. No había nadie más alrededor.

Tenía que hacer algo.

—¡No hagas esto, hombre!— gritó Eddie.

Mikayla se apoyó sobre el claxon, rezando…

Gritó al escuchar el ruido del disparo. Poniendo el jeep en marcha, volvió a gritar, perdiendo los nervios mientras Eddie caía los cinco pisos hasta el áspero suelo, obviamente muerto.

Eddie cayó boca arriba, sus ojos muy abiertos, con la mirada perdida mientras Mikayla pisaba el acelerador. Oyó cuando las balas impactaron en la puerta del lado del conductor. Una la atravesó, rompiendo el plástico duro de la caja de cambios, esparciendo fragmentos de plástico duro.

Agachándose sobre el volante, salió corriendo del lugar de trabajo. Las manos de Mikayla temblaban mientras cogía el teléfono móvil que estaba en su costado. Sacándolo, se apresuró a apretar la marcación rápida programada mientras salían sollozos de su pecho.

—Miki, llamó Scotty — la voz de su padre surgió de la línea.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! Papá, ¡le ha matado!, ¡le ha matado! ¡Lo he visto. He visto todo!

Duros sollozos sacudieron su cuerpo mientras salía rápido de la sucia carretera y se dirigía hacia la autopista y corría a casa, con sus padres.

—Miki, cálmate,— la voz de su padre fuerte, firme y demandante.

—¿Estás conduciendo, Miki?

—Oh, Dios, papa, me disparó,— exclamó mientras ella miraba por el espejo retrovisor, su cuerpo temblaba tan fuerte que estaba sorprendida de que pudiera mantener el jeep en la carretera.

—Fue Maddix Nelson, papá. Yo le vi.

—Miki, ¿dónde estás?

—Se supone que debía recoger a Scotty — Entonces un horrible pensamiento atravesó su mente.

—¿Dónde está Scotty, papá? ¿Dónde está?

—Miki, cálmate— replicó él.

El sonido de su voz, dominante, recordándole los años de su infancia, cuando sabía cuándo su padre estaba más serio. Ahora, él estaba en este estado.

—Ahora, escúchame. Estoy cogiendo la camioneta, cariño. ´Mamá y yo vamos para allá. Dime dónde estás ahora mismo. Vamos a encontrarte.

Ella le dio apresuradamente su localización.

—Dirígete hacia nosotros, cariño, — le ordenó.

— Sigue hablándome. Estamos en camino.

—¿Dónde está Scotty?— sollozó, —¿Estaba allí?

Oh Dios, su hermano no podía estar muerto. No podía soportar la idea.

—Scotty me llamó antes, Miki,— su padre le prometió.

—Alguien le llevó. Su teléfono murió mientras estaba hablando conmigo y no podía llamarte. Scotty está bien. Ahora concéntrate en conducir. Casi estoy ahí. Cuando me veas, detente.

Podía oír a su madre de fondo, su tono calmado pero con una gran preocupación.

Estaba a salvo. Estaría a salvo. Su padre no permitirá que nada la hiciera daño.

Se sorprendió de que no la detuvieran. Seguramente pensarían que estaba borracha si la hubieran parado. Estaba a punto de dejarse llevar por el pánico y a Mikayla nunca le ocurría eso. Había crecido con tres hermanos más pequeños. Tres hermanos podían volver loca a una chica si tenían la más mínima oportunidad. Mikayla nunca dio a sus hermanos una oportunidad.

Pero su pecho estaba tan apretado que apenas podía respirar. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su visión se hizo borrosa. Sentía como si estuviera en una pesadilla de la que no podía despertar.

—Le ha matado — susurró de nuevo.

—Mantenlo en tu mente, Mikayla Ann. Recuérdalo hasta que te alcancemos y te llevemos a la policía.

La voz de su padre firme de nuevo, el uso de su primer y segundo nombre la sacó de la histeria que amenazaba con superarla de nuevo.

—¿Dónde estás, cariño?

Ella le dio rápidamente su localización de nuevo.

—Detente en la gasolinera que está delante de ti, — le dijo.

—Estamos llegando ya.

—Lo veo. Lo veo,— ella estaba llorando más fuerte.

Ella no podía creerlo. Tenía la imagen de la cara de Eddie Foreman ante sus ojos, los ojos sin vida, la sangre mojando su pecho, su cuerpo doblado y roto.

—¡Mikayla, detente,— su padre replicó.

Mikayla sacudió su cabeza, parpadeó y con un giro difícil del volante se dirigió hacia la gasolinera. El jeep se balanceó por el giro brusco, luego se enderezó antes de meterlo al aparcamiento y abrió la puerta.

Se cayó del Jeep mientras su padre y dos de sus hermanos corrían desde las dos furgonetas en las que habían llegado. Detrás de ellos estaban dos oficiales de policía que no esperaba, oficiales que obviamente su padre o hermanos habían llamado. Mikayla corrió a los brazos de su padre desesperada. Sintió sus brazos cerrarse a su alrededor.

Estaba a salvo, se dijo a sí misma. Su padre y la policía podían encargarse de todo.

Maddix Nelson no mataría a nadie más.

CAPÍTULO 1

Cuatro semanas más tarde

Nikolai Steele aparcó la escandalosa Harley negra en un espacio libre de Washington Street, dejó que el motor vibrara varios segundos, después apagó la moto lentamente, ignorando las miradas curiosas de varias mujeres que caminaban junto a él por la acera mientras miraba al otro lado de la calle a la oficina de Nelson Building and Construction.

A veces, los favores pasados eran una mierda. Este era uno de ellos. Estaba en deuda con Nelson por una información bastante importante que el hombre le había proporcionado hacía varios meses. Nik casi sacudió su cabeza. Ese favor estaba a punto de convertirse en un dolor en el culo.

—Estoy aquí. — dijo en voz baja por el enlace de comunicación integrado en el casco.

—Lleva el casco contigo, Renegade. Deja el enlace de comunicación abierto para que pueda escuchar la conversación y ver qué quiere, — Tehya Talamosi, el duende pelirrojo experta en comunicaciones, habló en voz baja por el enlace.

Estuvo a punto de poner en blanco sus ojos ante el nuevo nombre en clave. A diferencia de otros, su nombre en clave había cambiado varias veces en los últimos años para reflejar las diferentes áreas de las misiones que le habían asignado. Para este trabajo más personal, “Renegade” reflejaba el hecho de que, esta vez, trabajaba solo.

Su comandante, Jordan Malone, supervisaría su primera reunión con Nelson hasta que se comprobase si realmente se trataba o no de un contacto personal o si era algo más. Algo que posiblemente podría arriesgar la unidad de Fuerzas Especiales o la tapadera de Nik.

Quitando la llave del contacto, Nik bajó de la moto y lentamente se quitó el casco de la cabeza, con cuidado para dejar activos los componentes electrónicos interiores.

No tenía ni idea qué quería Nelson. Todo lo que sabía era que había contactado con Nik de una forma en la que no debería haber podido hacerlo. Eso había puesto a Jordan en alerta y dejó un infierno de preguntas para que ese hombre respondiera.

Sosteniendo su casco, Nik esperó a que se interrumpiera el tráfico antes de cruzar la calle. Con su 1,98 m de altura resultaba imposible no llamar la atención sobre sí mismo. Si a esto se suma su buena condición física, su largo pelo rubio y lo que sabía eran sus inusuales rasgos nórdicos, Nik era imposible de ocultar a plena vista.

Esto era el por que prefería las sombras. Nik tenía la habilidad de mezclarse en esas sombras, de observar, esperar y conseguir la menor cantidad de atención posible.

Las sombras eran más seguras. Ahí, él no estaba forzado a interactuar con otros. No tenía que arriesgar amistades, lealtades, o posiblemente a la unidad para llenar el hambre desconocida que asediaba su alma.

Al pisar la acera, era consciente de que los peatones se apartaban de él. Le observaban con cautelosa curiosidad, detectando instintivamente que se trataba de un hombre peligroso.

Nik entró en las oficinas de Nelson Building and Construction y caminó hacia la mesa de la recepcionista.

—Maddix Nelson.

La voz de Nik, normalmente oscura y áspera, sonó más peligrosa cuando se paró cerca de la joven recepcionista.

Ella tragó con fuerza mientras sus ojos marrones se ampliaban, la juventud aún lo suficientemente fresca como para que no se sintiera fascinada por el monstruo que la miraba fijamente. Solamente sintió ese miedo inherente, esa necesidad de correr.

—P-p-puedo preguntar…

—Steele.

Él dio solamente su apellido. El nombre y la identidad que le habían proporcionado ocho años antes.

Cogió el teléfono, marcó un número con un espasmódico movimiento y tartamudeó su nombre en el teléfono.

—Señor Steele, la secretaria del señor Nelson vendrá enseguida.

Colgó el teléfono en la base mientras miraba desesperadamente a la pequeña zona de asientos a la derecha.

—Será solo un momento

Nik tuvo lástima de ella. Se apartó de la zona de recepción, pero no se sentó. Se movió a una esquina del vestíbulo, puso su espalda contra la pared y esperó.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

La secretaria de Maddix Nelson, Alison Chenkins, bajó las escaleras que conducían a los pisos superiores en lugar de usar el ascensor. Vestida con finos pantalones negros y una blusa blanca a medida, sin tacones, daba la impresión, y era correcta, de tranquila eficiencia y confianza.

—Señor Steele. — se dirigió hacia él, alargando una mano delgada para saludarle.

—Gracias por venir tan rápido.

Nik arqueó las cejas sarcásticamente mientras aceptaba el apretón de manos, con cuidado de no apretar su mano en las suyas mucho más grandes.

—Podemos usar el ascensor o las escaleras, — ofreció ella.

—El Señor Nelson está en su oficina.

—Las escaleras están bien para mí.

—Excelente. — Una amigable sonrisa asomó a sus labios mientras giraba y caminaba hacia las escaleras.

—Si me sigue.

Él la siguió, manteniendo una cuidadosa distancia entre él y la secretaria, su mirada registrando constantemente su entorno.

Nik no había esperado que Nelson pidiera que le devolviera el favor tan rápido. Nik tampoco había esperado que el mensaje viniese a través de un contacto del que estaban al tanto muy pocas personas.

—Siempre que es posible, subo por las escaleras. — Alison Chenkins sonrió a Nik mientras pasaban el segundo piso.

—El ascensor es más rápido, pero las escaleras van mejor para mis caderas.

—Y da a Maddix Nelson tiempo para preparase, — dijo Nik en voz baja.

Ella casi se paró en la escalera antes de que su sonrisa se volviese más fría y detuvo la charla. Dio media vuelta y aceleró el paso hasta que empujaron una puerta en el cuarto

piso y entraron en la lujosa oficina de la secretaria, fuera de la de Maddix Nelson.

Maddix no hizo esperar a Nik. Estaba de pie en la puerta de su oficina, su pelo negro peinado hacia atrás, pero no tan arreglado como Nik recordaba de la vez anterior. Había más arrugas en la cara de Maddix, su ceño fruncido por la preocupación. Seis semanas habían causado un cambio casi devastador en la cara del hombre.

—Nik, gracias por venir.

Maddix invitó a Nik a que entrara en su oficina con un movimiento de su mano.

Nik observó la oficina, después a Maddix indicando al otro hombre que entrara primero.

El otro hombre le dio una sonrisa triste antes de entrar en la oficina.

Nik entró, mientras metía el casco de la moto debajo de su brazo para proporcionar a Tehya una cobertura de audio y video más clara de la habitación.

—Usted contactó conmigo a través de un cauce inusual, señor Nelson, — dijo Nik mientras se movía al otro lado de la habitación, dejando la pared a su espalda.

—¿Le importa decirme por qué?

Maddix pasó los dedos por su pelo y, obviamente, no era la primera vez.

—Intenté contactarte a través de Lilly Harrington y su novio, Travis Caine, pero estaban fuera de la ciudad e ilocalizables. — Maddix dijo en voz baja.

—Eso sólo dejó los pocos contactos que he podido encontrar de Caine para dejarte un mensaje.

Nik arqueó sus cejas de nuevo, permaneciendo en silencio y esperando. Maddix pasó las manos por la cara antes de sentarse en el sillón detrás de su escritorio. La chaqueta del traje se encontraba sobre el respaldo del sillón y las mangas de su camisa estaban enrolladas de cualquier modo. La camisa estaba arrugada al igual que los pantalones que llevaba. Parecía un hombre bajo presión.

—Me tomó un tiempo, — Maddix finalmente suspiró.

—Al final supe que Caine estuvo en Aspen el año pasado y posiblemente conocía a Bailey Serborne Vincent. Contacté con su marido, John Vicent y le pedí la posibilidad de que pudiera ayudarme a contactar contigo.

Nik se reclinó en su silla y observó a Maddix en silencio durante un rato. Así que fue así como Maddix había podido contactar con John Vincent, nombre en clave Heat Seeker y agente encubierto de la agencia para la que Nik también trabajaba.

El que Maddix supiese de la existencia de John había causado cierta preocupación cuando Maddix había contactado con Nik.

—¿Cómo se enteró de que Travis estuvo en Aspen?,— preguntó Nik.

—Raymon Greer, — respondió Maddix.

—Conocí a su mujer, Mary, cuando éramos jóvenes. Estaban en D.C. hace varias semanas, cuando Mary mencionó la boda de Bailey con John Vincent y el amigo de John, Travis Caine como padrino de la boda.

Qué pequeño se estaba haciendo el mundo, pensó Nik.

—Así que, ¿de quién necesita deshacerse? — preguntó Nik.

La reputación de Nik se había creado mucho antes de que él hubiese asimilado esa identidad. Nik Steele había sido un asesino y ladrón, dispuesto a hacer casi cualquier trabajo.

La expresión de Maddix reflejó incredulidad durante varios segundos.

—No, entendiste mal, Nik. Yo no quiero deshacerme de nadie. Quiero saber por qué alguien quiere deshacerse de mí. ¿Has oído algo sobre el asesinato que tuvo lugar en el enclave de construcción fuera de la ciudad?

Nik entrecerró los ojos.

—Un poco.

La información de Tehya sobre eso era tan completa y detallada como sólo ella podía hacer. Él conocía cada prueba recogida, el alcance de toda la investigación y el hecho de que Maddix había sido visto cometiendo el asesinato en un momento en el que él tenía una coartada perfecta.

Maddix dio una risa burlona, un sonido amargo, enojado.

—No puedo comprenderlo. Conozco a esa chica. Conozco a su familia. Su padre trabajó para mí, sus primos. Sus hermanos. — sacudió la cabeza con cansancio.

—Parecía una buena chica, Steele. Mikayla Martin nunca ha parecido una psicópata antes, así que ¿qué demonios ocurrió?

—¿Supongo que está diciendo que usted no mató a su capataz? — preguntó Nik como si realmente no le importara.

—No, yo no maté a mi maldito capataz. —Maddix disparó a Nik una mirada de disgusto.

—Estoy seguro de que ya sabes que yo estaba en una reunión de negocios improvisada con el alcalde, el jefe de policía y varios líderes de nuestra ciudad. Pero esa condenada chica se niega a creerlo.

Maddix se levantó de su silla y se acercó a la histórica y antigua ventana de su oficina y observó el bullicioso tráfico antes de volverse hacia Nik.

—Necesito tu ayuda, —dijo Maddix, su ancha y bronceada cara con arrugas de cansancio.

— Cuando necesitaste información, te la proporcioné. Cuando necesitaste los planos de la finca que los Harrington estaban usando, te los conseguí, discretamente. Yo estaba allí cuando me necesitaste; ahora te necesito. Dijiste que me lo debías. Ahora estoy cobrando la deuda.

Nik frunció sus labios y le devolvió la mirada al otro hombre pensativamente. Sí, Nik le debía el favor. No se podía negar. Y Maddix no escatimaba a la hora de contratar a los mejores. Nik era el mejor. Él se ocupaba de cosas, todo tipo de cosas. Si un hombre quería la mejor seguridad personal, llamaba a Nik. Si quería el mejor asesino, llamaba a Nik.

—Entonces ¿quiere a la chica muerta?— presionó Nik.

—¡Joder, no!

Maddix parecía como si le estuviese dando un ataque. Sorpresa e incredulidad transformaron su cara y sus ojos marrones se abrieron como si fuesen a salirse de sus cuencas.

—Yo no quiero hacerle daño. Quiero saber qué diablos está pasando con ella. ¿Por qué se mete conmigo?

Nik se sentó mientras miraba al otro hombre con confusión.

—Si me ha investigado, Maddix, entonces sabrá por lo que se me conoce. ¿Qué le hace pensar que puedo ayudarle si no quiere que está chica simplemente desaparezca? Está contratando un mazo cuando lo que necesita es un matamoscas.

Maddix sacudió su cabeza mientras miraba a Nik horrorizado.

Maddix tragó con fuerza, su nuez moviéndose en un reflejo.

—No se a quién más recurrir que en realidad pudiera hacer el trabajo. Mira, Nik, te he ayudado en el pasado y no quiero lastimar a esa chica. Simplemente quiero saber qué demonios está haciendo. Mikayla nunca había mentido antes. Alguien está intentando destruirme. Mikayla o alguien más, no lo sé. Quiero saber quién y quiero saber por qué.

Joder, Nik no necesitaba esto.

Como Maddix decía, él había proporcionado una valiosa información unas semanas antes, durante una operación que había amenazado a uno de los suyos. Una operación que había sido de vital importancia para la seguridad de varios países. Nik se lo debía a Maddix, pero como Nik decía, Maddix estaba contratando un mazo para aplastar una mosca.

Nik apoyó su tobillo en la rodilla, colocó el casco sobre la pierna y puso la visera en dirección a la cara de Maddix.

—¿Mató al capataz, Señor Nelson?,— Nik preguntó fríamente, manteniendo su mano levantada para detener las palabras en los labios del otro hombre.

—No proteste aún, porque se lo advierto, si me miente lo sabré y le mataré así como a todos los que mientan por usted. Dígame la verdad y dígame lo que realmente quiere antes de que vayamos más lejos.

Maddix negó con la cabeza, mostrando su frustración mientras volvía a su escritorio y tomaba asiento. Una posición de control, pensó Nik. Ahí era donde Maddix Nelson sentía que tenía el mayor control.

—Yo no maté a mi capataz.

Maddix pasó las manos por la cara otra vez antes de reclinarse en el sillón y poner sus brazos en los reposabrazos.

—Te lo juro, no estaba allí. Y no quiero hacer daño a la chica. Ni siquiera un golpe o un momento de temor. Pero quiero saber qué demonios está pasando. He perdido tres malditos buenos constructores, uno de los mejores fontaneros del sector y un diseñador de interiores que estaba deseando conseguir para el proyecto de oficinas. Todo por culpa de Mikayla Martin. Han abandonado el proyecto porque creen que dice la verdad. Y juro por Dios que ni siquiera los culpo. Si yo fuera otra persona, también la creería. Siempre ha sido honesta. Su reputación es buena.

La confusión llenó su cara de nuevo.

—Si me preguntaras si conozco a una buena mujer, entonces Mikayla sería la primera que vendría a mi mente.

Maddix sacudió su cabeza mientras suspiraba pesadamente, apretando sus labios durante un largo momento.

Maldito si Maddix no actuaba como si estuviera diciendo la verdad. Nik observó curiosamente mientras Maddix bajaba la cabeza y miraba el escritorio durante largos momentos.

Cuando levantó su cabeza hacia Nik, Maddix finalmente suspiró, con una confusión evidente en sus ojos marrón oscuro.

—Sabes, yo ayudé a esa chica a conseguir un préstamo para esa tienda suya de ropa. Mi mujer y yo enviamos a todos nuestros amigos allí a por vestidos, esmóquines, trajes, cualquier cosa que pudiéramos hacer para ayudarla. Mi esposa, Glenda y Mikayla se estaban convirtiendo rápidamente en amigas antes de que esto sucediera. No puedo entender por qué ella mentiría así.

—¿Y esto es lo que quiere que investigue?— preguntó Nik con incredulidad.

—¿Sabe lo mucho que cobro, Maddix? No soy barato, aunque sea un favor de mierda. Esto es como poner a un perro guardián en una jaula.

Los ojos de Maddix se estrecharon.

—Me lo debes, Steele; tú mismo lo dijiste. Que me debías una. Tú me lo ofreciste.

—Esa oferta te da derecho a un descuento, — gruñó él. — Y uno pequeño. Esto no es un trabajo rutinario. Estás hablando de un trabajo indefinido.

Maddix se inclinó hacia delante.

—Nik, me puse en un aprieto cuando te ayudé antes. Arriesgué mi negocio, mi familia, cuando fui contra Lilly Harrington. Si hubiera sabido lo que estaba haciendo, podía haber convencido a sus amigos para retirar algunos contratos muy importantes que tengo en D.C. Me metí en un lío por lo que estabas haciendo. Recuerda eso mientras estás ajustando tu precio.

Nik se puso de pie.

—Cobraré el ochenta por ciento de mi tarifa normal en efectivo por el trabajo.

Durante un momento, el dolor brilló en los ojos de Maddix.

—No tengo bastante dinero en efectivo en mi cuenta personal en este momento y demasiados ojos están observando los fondos de la empresa desde este asesinato — dijo él finalmente, su voz baja.

—Dame el cincuenta, Steele. Vamos. Conozco a un montón de gente. Te deberé otra.

—No quiero sus favores, Maddix, — Nik se puso de pie y le devolvió la mirada al otro hombre con frialdad.

—Estaré en el Suites hasta mañana por la mañana por si cambia de opinión.

—Steele. — Maddix se levantó también, con un brusco movimiento.

—Mira, no tengo una buena sensación sobre esto. He construido mi negocio usando mis entrañas, y mis entrañas se retuercen en tantos nudos que es doloroso. La maldita cosa que está ocurriendo aquí no solo me amenaza a mí. Va a amenazarla a ella. — Se acercó al escritorio y arrojó una foto con una furiosa sacudida de su mano.

Nik no debería haber mirado. Sabía que no debería mirar, pero quería asegurarse de que el casco estaba en el ángulo correcto para que Tehya consiguiese una imagen de la foto. Sin embargo, sus ojos fueron derechos a la foto, estrechándose, algo en su interior le intrigaba.

Una larga y espesa cabellera dorada caía como un lazo, grueso y saludable, directamente sobre sus hombros y su pecho como una cortina cálida y suave . Ella tenía una frente amplia, clara, un sensual labio inferior que atrajo al animal que había en su interior. Las cejas un tono más oscuro que su pelo, arqueadas sobre ojos que parecían atraerle. Ojos amatista. Ojos que incluso brillaban en esa maldita foto. Estaban rodeados por pestañas naturales espesas y largas. Su cara estaba libre de maquillaje, inocente, honesta. Pura.

Nik sabía que, en muchos casos, la pureza solo era superficial, pero de alguna manera, incluso la parte cínica de su alma quería creer que la pureza que vio en ella fuera limpia hasta la médula.

—Ella tiene tres hermanos más jóvenes y sus padres son malditas buenas personas. — replicó Maddix.

—Esa chica. — sus dedos señalaron la foto. —Ella es decente, Nik. La he conocido toda su vida y ella también me conoce a mí. Está investigándome, por amor de Dios. Hablando con la gente. Negándose a ceder en su creencia de que yo era el tirador que vio. — sus manos estaban temblando de ira y quizás con un poco de miedo.

—Me está costando contratos, clientes y más jodido sueño del que puedo permitirme a mi edad.

—Ochenta por ciento es mi tarifa, — Nik repitió, luchando contra la necesidad visceral de apretar los dientes.

—Estaré en el Suites.

Nik se obligó a darse la vuelta y salir de la oficina, dejando a un asombrado Maddix Nelson tras él.

Caminando desde el edificio y cruzando la calle, Nik se sentó a horcajadas en la moto y se puso el casco.

—Busca — le dijo a Tehya mientras abrochaba la correa debajo de su barbilla y arrancaba la Harley.

—Veré lo que puede conseguir mientras llegas a tu habitación, —prometió Tehya.

— Te lo daré yo misma.

Nik se incorporó al tráfico, su mandíbula apretada con líneas de tensión mientras se dirigía al hotel.

—¿Qué es lo que tienes ya, Tehya?, — le preguntó con firmeza.

—Sé que no estás con las manos vacías.

Una risa llegó a través del enlace.

—Renegade, confía en mí, esta vez, en este punto, realmente no tengo nada, pero todavía estoy buscando. Prepárame una taza de café y lo discutiremos cuando llegue allí.

Mikayla estaba fuera de la casa del fallecido capataz, Edmond “Eddie” Foreman. Sus labios ahora no se curvaban en una sonrisa al pensar en su nombre. Sentía ese familiar encogimiento de su estómago, esa ráfaga de temor ante el recuerdo de su rostro mientras caía al suelo. Sus ojos estaban abiertos por la sorpresa, con la mirada perdida por la muerte. La sangre había llenado su camisa; tenía una pierna torcida en un ángulo extraño.

La caída había roto su espalda, su cadera y su pierna. Lo que lo había matado, sin embargo, había sido esa bala en el corazón. La bala que Maddix Nelson había puesto allí.

Respirando profundamente, Mikayla echó su pelo hacia atrás, enderezó sus hombros y caminó por la agrietada pasarela del dúplex de dos pisos que Eddie tenía con su esposa, Gina.

Mikayla había visto a Gina solo una vez, en un picnic de la compañía que Maddix Nelson había ofrecido para sus empleados, sus contratistas y sus familias. Era una mujer tranquila, Mikayla recordó. Gina no había sonreído mucho y había hablado aún menos. Eddie había insistido en ser el centro de atención de la familia. Él era ruidoso e impetuoso, pero no había merecido la muerte que había tenido.

Mikayla tenía la esperanza de que Gina estuviera dispuesta a hablar de la muerte de su marido con ella. Hasta el momento, la mayoría de la gente no estaba cooperando a la hora de responder a sus preguntas sobre Eddie Foreman o Maddix Nelson. La miraban con recelo o en algunos casos con total disgusto.

Curiosamente, el mismo Maddix estaba siendo particularmente discreto sobre este suceso. De alguna forma, se las había arreglado para convencer a varios funcionarios de la ciudad para confirmar su coartada, incluso al jefe de policía.

Maddix no estaba declarando furiosamente su inocencia. Estaba siendo más bien inteligente, concluyó ella, guardando silencio y permitiendo a sus amigos cubrir su trasero.

Moviéndose hacia la puerta de entrada, Mikayla golpeó con firmeza la áspera madera de la puerta, notando la pintura desconchada, la grieta en el marco de la puerta y el estado de abandono en que estaba el poche de madera.

Eddie Foreman no había hecho mucho por el mantenimiento de su propio hogar.

La puerta se abrió suavemente.

—Señorita Martin, — hubo un pequeño suspiro en la voz de Gina Foreman. —Tenía la sensación de que la vería muy pronto.

Vestida con pantalones vaqueros y una camiseta, la operadora de la policía parecía agotada y cansada. Sin duda, no estaba durmiendo por la noche, quizás preocupada de que estuviese en peligro. Mikayla sabía que podía estarlo.

Pelo rubio oscuro enmarcaba los bonitos rasgos de Gina y caía justo por debajo de su cuello en un corte recto en capas. Sus ojos marrón chocolate estaban sombríos, las sombras debajo de ellos atestiguaba su falta de sueño.

—Señora Foreman, me gustaría hablar con usted un momento. — Mikayla devolvió a Gina una mirada sincera.

—Tengo algunas preguntas.

Gina Foreman cerró los ojos brevemente. Estaba vestida para trabajar. La camiseta negra que usaba llevaba la insignia de un operador y Mikayla solo esperaba que a la mujer le preocupase más la muerte de su esposo que su trabajo. Aunque Mikayla pensaba que era mejor esperar sentada.

Estaba condenada a la desilusión, pensó. Era una buena cosa que no hubiera tenido esperanzas.

—Ya sabe que no puedo hablar con usted, — Gina declaró por fin con pesar, mientras colocaba un brazo contra el marco de la puerta y frotaba la frente contra él.

—Entiendo que nadie desea que hable conmigo, — Mikayla acordó dolorosamente.

— Pero era su marido y fue asesinado a sangre fría, — Mikayla quería gritar. La ira era como un parásito en su interior, extendiéndose, carcomiendo su control

—Señorita Martin, déjelo estar — Gina le aconsejó en voz baja mientras se erguía. —La policía esta investigando su muerte y tengo mucha confianza en que el jefe Riley encontrará a su asesino.

Mikayla no podía dejarlo estar. No podía conseguir que la imagen de la mirada sin vida de Eddie Foreman saliese de su mente. La perseguía.

—¿Está segura? — Mikayla preguntó, con una pesada duda en su voz.

—¿O él simplemente seguirá cubriendo al asesino de su marido?

El rostro de Gina Foreman se endureció mientras el dolor brillaba en sus ojos oscuros de nuevo.

No había duda de que estaba de luto por su esposo, a pesar de que a entender de Mikayla, Eddie Foreman no había sido exactamente un marido cariñoso y fiel.

—No puedo hablar con usted, — repitió la otra mujer.

— No me haga esto. No me haga dudar de la gente en quien confío…

—¿Cree que yo no confiaba en Maddix Nelson también?,— Mikayla agregó suavemente, desesperada por convencer a la mujer de que hablara con ella.

—Señora Foreman, yo vi a su marido morir delante de mis ojos. Vi al hombre que le disparó. Quizás usted pueda ignorar eso pero yo no puedo. Lo veo cada noche en mis pesadillas. No puedo escapar de esa imagen.

Ella no podía olvidarlo. Lo había intentado. Había intentado no dormir sólo para escapar de los sueños. No podía conseguir que la imagen del cuerpo muerto de Eddie Foreman saliera de su mente. No podía olvidar esa tarde, los sonidos, los olores, el horror. La sensación de terror envolviéndola mientras Maddix Nelson la había disparado a ella, era un recordatorio siempre presente de que nada era seguro. Especialmente mañana.

Gina se llevó la mano a sus labios temblorosos mientras las lágrimas anegaban sus ojos. Ojos que estaban sombreados y oscuros por el cansancio y el dolor. Mikayla odiaba ver ese dolor. Odiaba añadirle aún más.

—Dios, no me haga esto. — Gina sacudió su cabeza, su pelo rubio oscuro balanceándose justo debajo de su cuello mientras negaba con la cabeza.

Era una mujer bonita, pensó Mikayla. A menudo pensaba que Gina Foreman era demasiado guapa para su gordo y arrogante esposo.

—Señora Foreman, necesito respuestas, — Mikayla susurró, sus dedos apretados en un puño mientras los presionaba contra su estómago.

—Tengo que saber por qué tanta gente mentiría por Maddix Nelson.

—Y yo no puedo permitirme creerla. — dijo Gina, rehusando la pregunta, aunque su voz de nuevo era ronca por las lágrimas.

—No puedo creer que lo que usted dice es verdad, señorita Martin. Porque si es así, entonces eso significa no

solo que Maddix Nelson, un hombre en quien he confiado durante años, es un asesino, sino que mi jefe y otras personas que yo respeto están mintiendo por él. Y eso, no puedo creerlo. Los conozco. A usted no la conozco. Adiós.

Le dio con la puerta en las narices.

Mikayla se pasó los dedos por el pelo mientras se volvía y daba un paso por el porche, apretando los dientes por otro callejón sin salida.

Había esperado tres semanas para hablar con la mujer de Eddie Foreman después del funeral, con la esperanza de que, con el tiempo, Gina Foreman estuviera cuestionando las excusas que Maddix Nelson y sus amigos le habían dado.

Las mentiras, rectificó Mikayla. No podía existir ninguna excusa para el asesinato, o para su encubrimiento.

Volviendo hacia su Jeep, deseaba pisotear algo, gritar. Incluso su familia discutía con ella sobre las preguntas que hacía a la gente con la que había intentado hablar en las últimas semanas.

Sus padres estaban fuera de sí por la preocupación y ella no podía culparlos. Parecía como si todo el consejo municipal de la ciudad estuviera cubriendo a Maddix Nelson en lugar de intentar llevarlo ante la justicia.

La policía la trataba con condescendencia si intentaba preguntarles. A veces la seguían, la observaban, aunque hasta el momento nadie la había amenazado. Intuía que era algo bueno que obedeciese estrictamente las leyes de tráfico o tendría que pagar un infierno en multas.

Esperaba problemas pronto. Estaba sorprendida que no hubiese ocurrido ya. La policía era, de hecho, muy amable, fría y aparentemente bastante displicente, pero podía ver la promesa en sus ojos. Mikayla sabía que nunca podría depender de ellos si necesitase protección.

Mientras rodeaba la parte delantera del Jeep, levantó su cabeza al escuchar un motor vibrando en la calle. La escandalosa Harley negra estaba cruzando la calle, llamando la atención hacia el hombre alto y ancho que la montaba.

Toda su cara estaba protegida por un casco negro, pero nada podía ocultar su increíble cuerpo cubierto de los hombros a los pies con el correspondiente cuero negro.

Casi era suficiente para quitarla el aliento. No todos los días una mujer veía al hombre perfecto, pero si éste no era el hombre perfecto, entonces es que no existía.

Largas piernas musculosas, hombros anchos, poderosos brazos y, si no se equivocaba, tenía un musculoso estómago plano debajo de la ceñida chaqueta negra que llevaba.

Caramba.

Sólo había visto hombres como él en las revistas.

Si solo lo hubiera visto antes de que su vida se hubiera ido al infierno cuatro semanas atrás. Antes de que hubiera visto asesinar a un hombre y de darse cuenta de que su palabra no significaba nada en la ciudad en la que había crecido, la ciudad que amaba.

Había días en que se preguntaba si su vida podría volver a ser la misma otra vez. Nada parecía importar más que la justicia. Y, como su amiga Deirdre la decía a diario, estaba buscando justicia para alguien que ni siquiera conocía.

¿O no?

Había días que en que se preguntaba si no estaba buscando justicia para sí misma también.

Nadie la creía. Nadie creía que hubiera visto a Maddix Nelson disparar y matar a su capataz esa tarde. Oh, eran bastante agradables al respecto. La mayoría de la gente era muy paternalista con ella.

Quizás fue alguien que se parecía a él, decían.

¿Mikayla había estado bebiendo? ¿Consumiendo drogas? Habían hecho esas preguntas con frecuencia.

Sus labios se apretaron mientras quitó su atención del hermoso ejemplan de la moto y se metió en su Jeep.

No tenía tiempo para un hombre. Ahora mismo no tenía tiempo para fantasear o para desear uno. Un hombre no podría ayudarla. Hasta que Mikayla descubriese por qué todo el mundo estaba mintiendo, nadie podría ayudarla.

Porque nada más importaba.

Ella no era una mentirosa y no estaba trastornada, y parecía que pensaban dejarla a solas para demostrarlo.

CAPÍTULO 2

Nik lanzó el casco negro encima de la cama antes de acercarse a la nevera nada más entrar a su habitación de hotel. La pequeña suite no era lujosa pero estaba limpia y era cómoda.

—¿Qué has encontrado?, — se giró hacia Tehya mientras ella le observaba desde el sofá al otro lado de la habitación.

—Casi nada. — ella encogió sus delgados hombros mientras echaba hacia atrás su largo pelo rojo fuego y le observaba con brillantes ojos verde esmeralda.

—Ella es honesta, paga sus deudas a tiempo, nunca devuelve un cheque y hasta cuatro semanas atrás, estaba dedicada a la tienda de ropa que posee en la ciudad. Es la mayor de cuatro hijos. Su padre es considerado digno de confianza y honesto, como toda su maldita familia. Dos de sus hermanos han tenido multas por exceso de velocidad, nada más. Son una familia americana media, Nik. — Tehya sacudió su cabeza y le devolvió una mirada confusa.

—No creo que alguna vez haya investigado a alguien sin un pasado turbio, secretos o una reputación manchada. Podría entrar en estado de shock.

Él gruñó por su comentario mientras sacaba una cerveza de la nevera y cerraba la puerta con un chasquido.

—Mierda, —gruñó,— Tiene que haber más.

Ella le miró con una burla ofendida.

—Sé cómo hacer mi trabajo, Renegade y soy malditamente buena en ello. Si hay algo que encontrar sobre ella, lo hubiera encontrado. La parte sumamente interesante aquí es que simplemente no hay nada que encontrar.

Girando la tapa de la botella, Nik se instaló en la pequeña zona y se sentó en una silla frente a ella.

—¿Quizás se estaba acostando con Maddix Nelson? ¿Amor despreciado, quizás?

Una extraña sonrisa arqueó los labios de Tehya mientras ella negaba con su cabeza.

—Accedí a su informe ginecológico. Tu objetivo es virgen, amigo mío. Una azucena blanca y pura.

Sus ojos se abrieron con el impacto.

—¿Quedan vírgenes en el mundo?

Las cejas de Tehya se levantaron, su propia mirada reflejando su sorpresa.

—Bien, hay unas pocas mayores de dieciséis, — agregó ella con una sonrisa.

—Pero ella es una de ellas.

—Maldita sea.

Echando las manos para atrás, liberó la correa de cuero que sostenía su cabello a su nuca y sacudió la cabeza con perplejidad.

—Ella no es un carcamal. ¿Tiene alguna enfermedad de algún tipo?

—Ninguna enfermedad —.Tehya movió su cabeza.

—Solo es la típica buena chica de la puerta de al lado. Parece que no se han extinguido, después de todo.

Nik no podía comprenderlo. Se preguntó si alguna vez había conocido a una de esas chicas buenas e inocentes y decidió que no. Seguro como el infierno que jamás había conocido a una virgen.

—¿Por qué tú típica buena chica americana de la puerta de al lado querría destruir la reputación de un hombre que proporciona trabajo prácticamente a toda su familia? — preguntó Nik a Tehya mientras él frotaba su mandíbula pensativamente.

—Por lo que dijo Maddix esta tarde, sus hermanos, su padre, incluso sus condenados primos están trabajando para su compañía.

—Ellos estaban trabajando para él, — Tehya corrigió mientras cruzaba las piernas embutidas en vaqueros azules y se acomodaba en la esquina del sofá.

—Su padre rompió su contrato con la compañía la semana después de las acusaciones de Mikayla contra Nelson. Al día siguiente, sus hermanos dimitieron y, dos días más tarde, su primo puso fin a las negociaciones del contrato de diseño que Maddix estaba preparado para firmar. Los otros dos primos, operadores de maquinaria pesada, dimitieron la semana siguiente.

Nik frotó su labio superior con el dedo índice mientras consideraba esa información.

—Ella estuvo en casa de Eddie Foreman esta tarde después de que yo saliera de la oficina de Maddix, — le dijo a Tehya.

—Pasé por la casa y la vi saliendo.

Tehya asintió con la cabeza mientras se ajustaba el hombro de su camisa blanca suelta. Ha estado preguntando a mucha gente. Muchos de ellos sencillamente parecen tolerar tanto a ella como a sus preguntas. Están divididos entre creerla y creer a Maddix. No ayuda a su causa que Maddix, además de su coartada, parece genuinamente confundido por sus acusaciones. Por supuesto, los implicados en una conspiración siempre se ven mejor cuando estas cosas se tratan de una manera delicada.

Nik arqueó la ceja ante su declaración.

—No creo que yo fuera tan paciente.

—Por supuesto que no — ella sonrió.

—Hubieras apretado el gatillo muy despacio y sin problemas.

Él gruñó con diversión antes de inclinar la cerveza a sus labios y sopesando la información que parecía que no tenían.

—¿Qué hay sobre Maddix Nelson?, — preguntó él.

—De acuerdo con él, el jefe de policía y dos miembros del consejo, estaban en una improvisada reunión de negocios en el momento de los disparos. Los vecinos juran que vieron a cada uno de ellos entrar en la casa de Maddix y le vieron abrirles la puerta. Parece que tiene vecinos entrometidos.

—La mayoría de los vecinos son entrometidos, — reflexionó Nik.

Tehya asintió con su cabeza estando de acuerdo mientras Nik golpeaba con un dedo el brazo de la silla.

—Interesante, — declaró finalmente.

—Tu dulce chica de la puerta de al lado, acusando a una conocida figura de los negocios de asesinato y él tiene la coartada perfecta que le coloca en su casa en una reunión. ¿Es una pequeña coincidencia?

—Puede que sí. — Tehya se encogió de hombros.

—Seré honesta, Nik, he usado todos los contactos que las Fuerzas Especiales tienen en la zona y unos pocos que no lo son. He cubierto esto de arriba abajo desde que recibiste la llamada de Maddix Nelson a través de la línea personal de Jordan. No puedo encontrar nada sobre él o sobre la chica. Si aceptas su solicitud, entonces tienes entre las manos un trabajo a tu medida. Y Jordan envió una advertencia. Estás en

esto por tu cuenta. El equipo se ha retirado a Dallas en otra operación y no estaremos libres para ayudarte."

Demonios, no quería tener absolutamente nada que ver con esto. Quería hacer las maletas y volar de regreso a Texas en lugar de hacer frente a la mujer que había visto dejar la casa de Gina Foreman ese día.

Sin querer recordó el largo y grueso cabello rubio oscuro. Prácticamente porque los ojos de ella habían llamado su atención e inmediatamente la había tenido. Esos ojos amatista que eran más bonitos en persona. Y evidentemente la inocencia que él había visto en esa foto caló más profundo en su piel.

—Jordan necesita que te hagas cargo de esto rápidamente. — Tehya se levantó mientras le devolvía la mirada.

—Te echamos de menos cuando no estás con nosotros, Nik.

Sus labios se torcieron con el mensaje antes de que terminase su cerveza y se inclinase para dejarla en la bandeja de madera colocada en la banqueta acolchada situada entre el sofá y la silla.

Por supuesto que le necesitaban, Nik pensó. El equipo de Jordan era pequeño y especializado. Tener incluso un solo miembro fuera durante una misión podía hacerlo más difícil.

—Haré todo lo que pueda, —prometió Nik, aunque tenía la sensación que este pequeño favor le iba a costa mucho más tiempo del que tenía.

—Mira, Nik, quizá deberías dejarlo, —Tehya sugirió mientras se acercaba a la silla de Nik y posaba su pequeña mano en su hombro.

—La mayoría de nosotros debemos un montón de favores a mucha gente que nunca podremos devolver. Este podría ser uno de esos casos.

Pero algo dentro de él se negaba a dejarlo pasar. La imagen de Mikayla Martín pasó ante él, mostrando su determinación en su pequeña barbilla.

Nik se quedó mirando la pared de enfrente en lugar de a la mujer que a menudo veía demasiado.

—Veremos.

—Seguro que sí, — le dio unas palmaditas en el hombro antes de dirigirse hacia la puerta.

—Llámame si necesitas algo. Y recuerda, las damas de Élite Dos dejarán la ciudad pasado mañana. Si necesitas su ayuda, estarán disponibles hasta entonces.

Las tres mujeres que una vez habían formado parte del grupo de las Fuerzas Especiales europeo Élite Dos, habían sido asignadas permanentemente a Jordan cuando sus excomandantes fueron destinados a otra unidad. Ahora eran cien por cien americanas sobre el papel y a la espera de su próxima misión.

Si Nelson llegase con el dinero, reflexionó Nik, entonces él estaría atrapado aquí. Nikolai Steele no trabajaba gratis, pero se lo debía a Maddix y Nik creía en el pago de sus deudas.

Desnudándose, entró en la ducha, ajustó el agua y comenzó a limpiar la suciedad que horas sobre la Harley habían logrado acumular en su cuerpo.

Después de salir de la oficina de Maddix, Nik había estado verificando las localizaciones y las residencias de las personas involucradas. Así es como se había encontrado con Mikayla Martin mientras ella dejaba la casa de Gina Foreman. Mientras el agua golpeaba su cuerpo, Nik abrió los ojos para

contemplar la dura erección que no había disminuido desde que había tenido su primer contacto real con Mikayla.

Él nunca se había puesto tan duro con tanta rapidez en su vida. Especialmente por una mujer que sabía que no podía tener.

Pero entonces, nadie nunca lo había rechazado como lo había hecho la señorita Martin. Su expresión al principio había sido interesada, admirando y aunque Nik no era en lo más mínimo vanidoso, se había irritado cuando le dio la espalda, mientras su expresión se torcía en una mueca.

Sólo lo había puesto más duro.

Ella era demasiado pequeña. Infiernos, no podía pesar más de 50 kilos estando completamente empapada aunque su vida dependiera de ello. Pero aun así, tenía curvas. Sus pechos muy bien redondeados presionaban contra la blusa blanca hecha a medida que llevaba, mientras una coqueta y primaveral falda verde con volantes flotaba justo por debajo de sus muslos. Unas sandalias de tiras a juego complementaban sus piernas, aunque no eran largas.

Si su altura fuera 1,64 m estaba perdido. Esa larga masa de grueso cabello rubio oscuro era del tipo que todo hombre soñaba. Pelo que se envolvería alrededor de un hombre, sujetándole a ella, atándole.

Nik hizo una mueca, sus dedos fueron a su polla mientras al agua caliente se derramaba por su cuerpo.

Tan pequeña como era, él solo podía pensar en verla encima de él, deslizándose sobre el eje de su polla, sus gritos de placer haciendo eco a su alrededor. Su coño sería estrecho. Sus dedos se cerraron sobre su polla con ese pensamiento. Ella estaría caliente y resbaladiza. Él se aseguraría que estuviese lo suficientemente mojada para tomarlo, pero aun sentiría la erótica mordedura del placer-dolor.

Su cara se ruborizaría. ¿Se oscurecerían esos ojos amatista?, Demonios, sí, lo harían.

Nik acarició con sus dedos el fuerte eje al imaginar que ella lo tomaría, deslizando su pequeño coño caliente sobre el grueso tallo de su pene mientras sus celestiales pestañas aleteaban debido al placer.

Él la observaría. Sus dedos se apretaron más. Tendría que verla tomar su polla. Ver los rechonchos pliegues sonrosados de la amplia cresta mientras ella misma bajaba. Sus pesados jugos cubrirían su eje, llegando hasta el saco apretado de sus bolas.

Su mandíbula se apretó con el pensamiento mientras el agua caliente corría por encima de ellas.

Dios, conseguiría follarla.

Una vez que hubiera penetrado en su interior hasta la empuñadura, observaría su cara mientras le montaba. Observaría todo ese largo pelo mientras ondeaba alrededor de ella. Quizás cubriría sus pechos, sus apretados pezones asomando entre los mechones.

Y él echaría su pelo hacia atrás para que sus dedos pudieran tocar sus tiernos pezones. Pezones que estarían enrojecidos, hinchados por haberlos chupado anteriormente. Los acariciaría, los saborearía con su lengua mientras sus manos acariciaban su cuerpo. Cada centímetro de él. Ninguna parte de su dulce piel quedaría sin tocar. Sus manos, sus labios, su lengua conocerían cada dulce centímetro de su piel.

Su mano se movió más rápido. Pensar en el placer que podría sentir hizo que sus bolas se apretaran, torturadas con la necesidad de correrse.

Agarraría sus caderas bien formadas en sus grandes manos. Apostaba que podría abarcar su cintura con los dedos. La sostendría, evitando que se moviera demasiado rápido,

evitando que acabara demasiado pronto. La presionaría estrechamente contra él mientras la llenaba con su erección, asegurándose de que su delicado clítoris se frotase contra él. Entonces, ella gritaría. Su suave coño ondularía alrededor de la dura carne, succionándolo mientras ella luchaba por la liberación, mientras el estrecho canal se ponía más caliente, más resbaladizo.

Él bombeó su mano en su polla mientras lo imaginaba. La imaginaba gritando su nombre, presionando sus manos en su estómago para nivelarse, sacudiendo la cabeza, separando sus labios enrojecidos mientras luchaba por respirar.

Entonces, él le daría lo que necesitaba.

Infiernos, sí. Sujetaría fuerte sus caderas y se movería debajo de ella, impulsándose más profundo y duro dentro de las profundidades calientes de su coño, mientras él la sentiría desarmarse a su alrededor. Su coño se apretaría y aflojaría. Se contraería con fuertes convulsiones a lo largo de su polla mientras ella arqueaba su espalda.

Y él la follaría más duro. Metería su polla dentro de ella tan duro y profundo como fuera posible mientras sentía su liberación, sentía sus jugos derramándose a lo largo de su eje antes de que se corriera con ella.

—Joder, sí, —él gimió, los ojos cerrados, sus bolas apretadas, oleadas de sensaciones corriendo por su espina mientras su polla se sacudía en su mano y su semilla comenzaba a brotar.

Se había corrido duro. Gimió. La había penetrado hasta la empuñadura. Se volvió a correr mientras su mano apretada se movía más rápido. Y la había follado mientras se corría. Se impulsaría dentro de ella con toda el hambre feroz y la creciente necesidad que él mismo se había estado negando durante tanto tiempo. Un fuerte gruñido de hambre retumbó a su alrededor mientras su abdomen se apretaba y las últimas duras convulsiones de la liberación se disparaban de su polla.

Ah Dios. Le daría todo a ella.

Se apoyó en la pared de la ducha y luchó por recuperar el aliento.

Tan pequeña como era, tan tierna como sería, no podría contenerse.

Eres un monstruo, Dios mío, Nikolai. ¿No te preocupas nada por mí? ¿No te importa hacerme daño cada vez que me tocas? ¿No es suficiente que yo sufra en tus brazos?

Nik retrocedió ante el recuerdo, las crueles palabras precipitándose por su cabeza mientras regresaba la cordura.

¿Mikayla también le vería como a un monstruo? ¿Un hombre con necesidades que podía hacerla daño?

Por supuesto que sí. Sintió repugnancia. No podría evitar lastimarla. Ella era demasiado pequeña y él era demasiado grande.

Y no había futuro para él.

Él era un hombre muerto. Los hombres muertos no tenían hambre. Los hombres muertos no sentían necesidad.

Se quedó mirando a su polla con sorpresa. Los hombres muertos no podían hacer ninguna de esas cosas, pero no era la polla de un hombre muerto lo que sostenía en su mano. A la fuerza recordó que su mano era ineficaz en calmar un hambre que no debería tener.

—Joder, — murmuró la palabra con un dejo de disgusto antes de coger un paño de la estantería dentro de la ducha y enjabonarse con rapidez.

No tenía tiempo para esto.

Siempre existía la oportunidad de que Maddix viniese con los doscientos ochenta mil dólares de su tarifa de trabajo con el descuento. Debería haber ignorado la llamada, pensó

mientras comenzaba a lavarse con fuerza. Debería haber olvidado que aún poseía cierto grado de honor. Debería haber negado la deuda y pasado a la próxima misión.

Había muchas cosas que debería haber hecho y que no había hecho. Su mayor error había sido mirar los ojos amatista y olvidar que él era un hombre muerto.

Moviendo la cabeza, Nik acabó de ducharse, se secó toscamente, se vistió con unos vaqueros y una camiseta antes de ir a la habitación y ponerse las botas de senderismo.

Ante la posibilidad de que Maddix se las arreglara para reunir el dinero, Nik necesitaba estar preparado. Necesitaba más información de las personas involucradas en este pequeño juego. Tenía que haber más de lo que Tehya había logrado encontrar.

Alguien estaba mintiendo, Maddix Nelson o Mikayla Martin, y Nik necesitaba al menos un punto de partida. Maddix había sido malditamente demasiado sincero quizás, aunque no era fácil para la mayoría de las personas mentir a Nik. Él había visto y oído cada mentira y conocía las expresiones y reacciones contradictorias que venían con ellas.

Mikayla Martin había acusado a Maddix de asesinar a uno de sus empleados y en lugar de estar furioso, Maddix estaba desconcertado. No había arremetido contra la joven. Tampoco el jefe de policía. Nik tenía que admitir que Maddix estaba jugando un juego condenadamente bueno.

Pero entonces, también lo hacía Mikayla.

Moviéndose hacia la pequeña cocina, estaba a punto de mover su mochila cuando un firme golpe sonó en la puerta.

Nik giró y miró el panel verde oscuro con disgusto. Parecía que Maddix Nelson había conseguido el dinero después de todo.

Nik se acercó a la puerta de acero verde y miró por la mirilla. Efectivamente, el otro hombre estaba allí, su expresión estoica mientras miraba la puerta cerrada.

Agarrando la manilla, Nik abrió la puerta lentamente y retrocedió para permitir que el otro hombre entrara.

Maddix entró, sus hombros rectos y tensos mientras echaba una mano atrás para frotarse los músculos tensos en pequeños círculos. En la otra mano, llevaba un maletín.

Nik miró el maletín, sabiendo lo que contenía.

Demonios.

—Doscientos ochenta mil dólares — Maddix colocó el maletín sobre la mesa pequeña junto a la puerta mientras Nik se movía al otro lado.

Maddix contempló el maletín, suspiró profundamente, entonces miró de nuevo a Nik.

—Ahí está, —dijo— Es tuyo.

Nik se acercó a la mesa, tumbó el maletín y abrió los cierres.

Hojeó los fajos de billetes. Sí, parecían doscientos ochenta mil dólares. Una tarifa por una deuda de un favor.

Joder.

Había días que deseaba no haber sido educado para entender lo que significaba el honor. Para entender lo que realmente implicaba deber un favor. Porque estando de pie allí ahora, Nik podía sentir sus entrañas apretadas con el conocimiento de que estaba cruzando una fina línea.

Cerró el maletín y lo empujó hacia Maddix con una mirada de disgusto hacia el otro hombre.

—Está todo ahí,— Maddix devolvió la mirada a Nik con confusión.

—Quédeselo. — gruñó Nik.

Maddix devolvió la mirada a Nik silenciosamente, la confusión oscureciendo sus ojos.

—Pero exigiste el pago por adelantado, — le recordó a Nik.

Esa línea estaba mirándole a la cara, tentándole para cruzarla, para volver a ser el hijo de puta del pasado. Cruzarla ahora significaba cruzarla para siempre. No habría vuelta atrás.

No habría ningún cabello dorado iluminado por el sol extendido por su pecho. Ni ojos amatista mirándolo con verdadera confianza. Confianza que no sería más tarde empañada por el dinero que ahora se encontraba entre él y un trabajo que no debería aceptar.

—Coja su dinero y lárguese. — Nik inyectó suficiente hielo en su voz para asegurarse de que no existiera la posibilidad de que detectara las conflictivas emociones que sentía ni las elecciones que no quería tomar en ese momento.

—¿Qué…? — el pánico reflejaba en la cara de Maddix.

—Te debo un jodido favor, — Nik dijo fríamente.

—Es gratis. Guarde su dinero, Maddix. Tal vez pueda intentar devolvérmelo si descubro que está mintiéndome. — Se aseguró que su sonrisa fuera más fría que sus ojos.

—Pero dudo que funcione.

Había esperado que Maddix no pudiera conseguir el dinero. Nik sabía que, a pesar de las coartadas de Maddix, había agentes federales observando las retiradas importantes de fondos personales que apuntarían a un asesinato a sueldo.

Él había mirado a los ojos que insinuaban sueños, inocencia. Si descubría que esa inocencia era real, entonces el cielo ayudase a quien se atreviese a hacerla daño.

¿De dónde coño venía eso?

—Ella te pone ¿verdad?". —Maddix sacudió su cabeza.

—Sabía que esa imagen te pondría. Son los ojos.

Nik le devolvió la mirada, dándose cuenta ahora, como ya había sospechado instintivamente ese mismo día, él había estado jugando.

—Te llamaré si necesito hablar contigo, — informó Nik a Maddix.

—Hasta entonces, lárgate de aquí y finge que no me conoces. O me iré, Maddix. Inmediatamente después de que la ayude a encerrarte.

Y podía hacerlo. Lo haría. No importaría cuántas coartadas tuviera Maddix. Nik podría destruir cada una de ellas.

—No tengo que preocuparme de eso, Nik, — Maddix recogió el maletín y se dirigió hacia la puerta.

—Y yo puedo decir honestamente que yo no tengo ni maldita idea de quién eres.

Nik dio un paso atrás y observo como Maddix pasaba junto a él hacia la puerta. Maddix dejó la habitación, deteniéndose sólo lo suficiente como para lanzar a Nik una última mirada confusa antes de salir.

Nik cerró la puerta de un golpe, diciendo una maldición mientras levantaba sus manos y las entrelazaba detrás de su nuca antes de entrar en la habitación.

La furia salvaje dentro de él solo iba creciendo mientras pasaban los años. Él lograba contenerla la mayoría de los días arrojándose de lleno en una misión, convirtiéndose, hace diez años, en el robot frío y sin emociones, cuando Jordan le había ofrecido la oportunidad de su vida.

La oportunidad de alejarse. Para combatir sin reglas. Para marcar una diferencia.

¿Había marcado él una diferencia?

No lo suficiente.

Aun no podía dormir por la noche. Todavía se despertaba con el ruido de un tiroteo, de los gritos de su hija antes que pudiera alcanzar el coche donde había muerto.

Si hubiera marcado una diferencia suficiente, ¿esas pesadillas no le habrían abandonado ya? ¿No iba a ser capaz de dormir en paz?

Contempló la cama, perfectamente hecha, grande, cómoda. The Suites tenían camas casi perfectas. Y sabía por experiencia que no encontraría el sueño en ellas.

Nik dejó el casco tirado en el sofá mientras agarraba las llaves de la Harley y dejaba la habitación. Cerrando la puerta detrás de él, Nik caminó desde el hotel hasta la parte de atrás en sombras donde había aparcado y revisó rápidamente la moto antes de montarse en ella y girar la llave para ponerla en marcha.

Si no podía dormir, entonces solo quedaba trabajar. Y él tenía un montón de trabajo que hacer aquí. Si iba a averiguar si Maddix estaba mintiendo, entonces el lugar para comenzar era la joven.

Todas las buenas chicas tenían sus pequeños vicios secretos. No existían cosas como la inocencia o la pureza. Mikayla Martin podría tener muchas cosas buenas, pero Nik apostaba que también escondía muchas cosas malas. La clave para conseguir pasar las defensas de una buena chica era encontrar sus vicios.

Ella podría no ir de fiesta, pero le gustaba bailar. No tenía un novio estable pero era propensa a tener citas muy a menudo. Ella era definitivamente un misterio.

Saliendo del aparcamiento, Nik salió a las calles iluminadas de Wesel Boulevard, rumbo al Cancun Cantina a sólo unos minutos.

La investigación inicial de Tehya sobre Mikayla mostraba a una chica que amaba su trabajo, su familia, sus amigos y que se divertía en general. Era seria cuando tenía que serlo, pero disfrutaba de su vida social.

Era un tipo diferente de mujer, pensó. No estaba seguro si sabría cómo tratar a una mujer que disfrutaba con su vida social tanto como disfrutaba con su trabajo.

Estaba acostumbrado a tratar con mujeres que eran sombrías, cínicas, amargadas y/o psicóticas. Mujeres que habían vivido en la oscuridad durante mucho tiempo, por la razón que fuera. Incluso las que trabajaban con el equipo tenían sus cicatrices emocionales, sus lados oscuros. Ellas habían visto demasiado, también sabían demasiado sobre la maldad que existía entre las sombras.

Ella no parecía una mujer que supiera algo sobre la maldad. Sería el tipo de mujer que proporcionaría a un hombre la calma en la tormenta. ¿O le recordaría todo lo que él nunca había conocido o tenido y la inocencia sería algo por lo que estar molesto?

Mientras Nik se detenía en el estacionamiento de la Cantina, no podía imaginarlo. No podía imaginar molestarse por la paz que podía encontrar en sus brazos.

Sacudió la cabeza. Su padre le había dicho una vez que la paz venía del interior de un hombre. Se trataba de una paz que Nik aún no había encontrado en su interior.

Asegurando la Harley, entró en la Cantina, la música a todo volumen, con la alegría del fin de semana, y una tenue iluminación similar a cualquier otro club en el que hubiera estado durante su tiempo con las Fuerzas Especiales.

La pista de baile estaba llena, cuerpos girando al ritmo de la música que tocaba un grupo de country asombrosamente bueno.

Echó un vistazo a la habitación, buscando un pelo de color del trigo. Mikayla era una criatura de costumbres, por lo que la encontraría aquí esta noche.

Ella trabajaba diligentemente en su tienda cinco días a la semana y la mayoría de las noches. El domingo comía y cenaba con sus padres y estaba a disposición de sus hermanos y amigos siempre que la necesitaban.

Ella tenía una vida social completa y un amplio grupo de amigos. Realmente era tu vecina de la puerta de al lado, según todos los testigos.

Ahora era el trabajo de Nik escarbar por debajo de los que decían los testigos y encontrar la verdad. Todo lo que él tenía que hacer era proteger su alma en el proceso.

CAPÍTULO 3

Mikayla golpeaba sus dedos contra la mesa mientras su cita, Thad Dawson estaba levantado junto a la mesa hablando con sus amigos. Él trabajaba en un bufete de abogados durante toda la semana y luego socializaba durante el fin de semana con la misma gente con quien trabajaba, lo cual, según ella, no tenía ningún sentido.

Con treinta años, Thad era encantador, aparentaba ser sincero y parecía tener todas las cualidades del Sr. Perfecto. No es que ella estuviese buscando al Sr. Perfecto. De verdad que no. Pero como su padre a menudo le recordaba, ya no era tan joven.

Ella era su niña pequeña y él sólo quería verla establecida.

Mikayla sólo quería llevar ante la justicia a un asesino para poder volver a su vida. Había vestidos que quería hacer, diseños sin terminar esperando a que los acabara. Tenía una vida a la que volver.

Debería estar haciendo algo más que estar ahí sentada en una cita, con un hombre más preocupado por los casos en los que había estado trabajando durante la semana que por la persona con la que debía estar en la pista de baile, donde, al menos, ella podía gastar parte de la energía nerviosa que bullía en su interior.

Al menos, ella aún tenía citas, pensó burlonamente. Parecía que la gente estaba dividida entre lo que le interesaba a ella y lo que quería Maddix Nelson. Los que creían en ella, o simplemente la consideraban divertida, estaban dispuestos a permitirla estar dentro de su círculo de amigos. El resto, simplemente la daban un amplio espacio.

Thad, Mikayla sospechaba, sólo continuaba invitándola a salir porque el dueño de la firma de abogados en la que trabajaba seguía teniendo una estrecha amistad con su padre y no tenía, por ahora, que tomar partido.

Las cosas habían cambiado definitivamente entre ella y Thad. Las últimas semanas, la relación en ciernes se había vuelto tirante y, después de esta noche, ella dudaba seriamente en volverlo a ver.

Por la atención que él la estaba mostrando, podría haber estado en cualquier otro sitio.

—El bastardo era tan culpable, Emily, — Thad rió entre dientes, interrumpiendo los pensamiento de Mikayla, y en lugar de estar enfadado u ofendido por el sentido de justicia, Thad simplemente sonaba divertido y casi asombrado.

El bastardo en cuestión había asesinado a su mujer.

—Eh, cariño, el fiscal sabía que no tenía suficientes pruebas. Yo simplemente lo señalé. Por eso nos pagan mucho dinero. Para asegurar que nuestros clientes tienen todas las ventajas. — El amigo de Thad y la compañera de trabajo Emily Shaltz estaban llenos de presumida satisfacción.

Como hija de uno de los socios del bufete de abogados, era arrogante y engreída. Algo que Mikayla siempre había podido pasar por alto en Emily. Sus padres eran amigos de la familia y Mikayla siempre había intentado pasar por alto algunas de las cualidades más molestas de Emily. Hasta las últimas semanas.

Los labios de Mikayla se tensaban ante la injusticia, según su punto de vista. No era de extrañar que tanta gente odiara a los abogados. Lo único que les importaba era ganar. Bueno, a algunos de ellos. Había unos pocos, tenía que admitir, que eran buenos tipos. Ellos simplemente no eran parte de este círculo.

—Y es por eso que Emily se está acercando rápidamente a la posición de socio, — Thad estaba claramente impresionado.

—No soy la única, —Emily se volvió hacia Thad, mirándole con evidente interés.

—Thad se dirige hacia allí rápidamente. Claramente tiene todo lo necesario para hacer que los socios le tengan en cuenta.

Mikayla se reclinó y observó la escena. Alta, esbelta y delgada, Emily Shaltz, con ojos de color azul oscuro, cuerpo curvilíneo, alto y la superioridad tan evidente, no tenía ninguna duda sobre su carisma y su encanto sexual. El hecho de que obviamente Thad estuviera babeando por la promesa de esa fría mirada no era una sorpresa.

Podía irse y nadie se daría cuenta, pensó Mikayla con una ligera diversión. Se podía ir a casa, trabajar un poco y acostarse a una hora decente y ella dudaba que Thad siquiera se diera cuenta de que se había ido.

—Señora. — La camarera al lado de Mikayla llamó su atención, pero no recibió más que un vistazo rápido de los que estaban al otro lado de la mesa.

Mikayla levantó la mirada.

—¿Sí?

—El caballero de la barra la invita a una copa. — La camarera señaló hacia el hombre rubio extremadamente alto, tenía que ser nórdico, sentado casualmente en el bar. Incluso desde el otro lado del bar, tenía una figura imponente.

Mikayla miró a Thad, le ofreció una pequeña sonrisa y negó con la cabeza.

—Nada para mí, gracias. — Se puso de pie.

—Creo que me voy a casa.

Ojos azul claro, largo pelo rubio muy claro y un cuerpo que garantizaba que las mujeres se parasen en seco a treinta pasos. No había ni una pizca de debilidad en sus hombros, ni en las líneas duras, salvajes de su arrogante rostro.

La sombra de una barba oscura y un bigote oscuro sombreaba la parte inferior de su cara. Parecía totalmente seguro de su propia sexualidad, y era peligroso.

El peligro emanaba por sus poros. Le rodeaba. Era algo tan intrínseco en él que Mikayla sentía que su corazón se aceleraba al sentirlo.

Ella había visto hombres similares. No tan duros, no tan peligrosos. Hombres que habían estado en la guerra durante demasiado tiempo, que habían vuelto a casa incapaces de encajar en la rutina estable y pacífica que habían conocido antes de irse. Pero eran una pálida imitación de este hombre. Este hombre era la esencia, la misma definición, del peligro.

El motorista vestido de negro que había visto en la moto antes tenía un cuerpo para morirse. Este hombre tenía el cuerpo, pero esos rasgos endurecidos, los ojos azules fríos como el hielo y la expresión de duro eran una advertencia de que era algo más que un cuerpo duro y magnífico. Este hombre era un arma.

Definitivamente, era hora de irse a casa. Si, de alguna manera, ella había llamado la atención de este hombre, entonces podía estar en más problemas de los que, en su opinión, tenía ya.

Thad ni se dio cuenta cuando dejó la mesa. Maldito si no era suficiente para pinchar el ego de una chica. Él la había acosado durante semanas para que le diese una cita. Thad era un buen amigo, lo había conocido la mayor parte de su vida. Era un tipo agradable, pero también demasiado decidido a impresionar a la hija del jefe como para prestar mucha atención a su cita. Lo entendía. No era alta y con curvas y no pertenecía a la esfera social a la que Thad quería acceder. Ella

era baja, quizás también con demasiadas curvas. Su pelo largo no era rubio, tampoco era castaño, no era sedoso. Sus pechos no eran grandes y no estaba disponible para un polvo rápido de una noche.

Todo eso prácticamente la eliminaba para la mayoría de los hombres.

Deslizándose entre los muchos peligros, se dirigió hacia la salida.

La Cantina se encontraba debajo del principal centro de convenciones y del hotel más importante del condado. Tenía una entrada directa y siempre era una gran fuente de entretenimiento para los huéspedes.

A menudo era la principal fuente de diversión para Mikayla. Aunque en las últimas semanas, no había estado de humor para divertirse.

Sacando las llaves de su Jeep del bolsillo de los vaqueros, Mikayla de repente estaba agradecida de que Thad hubiese llegado tarde hoy. Eso significaba que había tenido un motivo para llevar su propio coche al club en lugar de venir con él.

Podía irse a casa sin él.

Moviéndose por el oscuro aparcamiento, presionó una llave entre dos dedos de forma defensiva, preparada, por si acaso. Había aprendido de la manera difícil que no había nada realmente seguro. Que en unos segundos algo podía ocurrir. Algo que no lo provocaba uno mismo.

Mirando las sombras con cautela, su mirada escrutó cada zona que podría ocultar una amenaza, se movió lo más rápidamente posible hacia su Jeep.

Había sido imposible aparcar cerca de la entrada de la Cantina. Se había visto obligada a aparcar al otro lado de la

calle. El único lugar disponible en ese momento estaba muy lejos, hacia el otro extremo.

Debería haberse ido a casa al darse cuenta que no podía aparcar lo suficientemente cerca del bar para estar segura. Pero Thad había sido tan insistente.

Esto la enseñaría.

Acelerando el paso, esperó hasta que estuvo lo suficientemente cerca del coche antes de abrir el cierre automático. Ella oyó el clic mientras rodeaba el coche. Su mano estaba llegando a la cerradura de la puerta cuando se dio cuenta de la gravedad de su error.

Duras manos la agarraron por detrás.

—¡Jodida alborotadora!,— un gruñido áspero sonó a sus espaldas.

Mikayla no tenía tres hermanos pequeños para nada y seguro como el infierno que no iba a ser una víctima indefensa.

El miedo la sacudió. El terror la convirtió en una salvaje, gruñendo, luchando, mientras la adrenalina se apoderaba de su torrente sanguíneo y no quedaba nada más que el instinto de supervivencia.

Dio un puñetazo con la llave apretada entre dos dedos.

Un gruñido masculino sonó en la oscuridad mientras la agarraban y la giraban golpeándola contra la parte trasera del Jeep.

Su cara se golpeó contra el lateral de la cubierta de lona mientras su pecho era impulsado contra la rueda de repuesto. Un grito de dolor salió de sus labios y con el siguiente aliento estaba chillando, dando patadas y arañazos, la llave sujeta entre sus dedos mientras atacaba. En la oscuridad, ella no

podía ver mucho más: un rostro en sombras. Su agresor no era mucho más alto que ella pero él era fuerte.

Los dedos del hombre la agarraron por el cuello, apretando. Mikayla llevó las llaves a una suave sección intermedia. El hombre se quejó, los dedos se aflojaron, pero un segundo más tarde sintió como si un martillo le hubiese golpeado un lado de su cara.

Un puño. Vagamente se dio cuenta de que fue un puño. Cada músculo de su cuerpo quedó laxo durante unos preciosos segundos mientras el shock y el dolor viajaban por su cuerpo. Las llaves cayeron de sus dedos, su única arma de defensa se había ido al sentir aquellos dedos, demasiado fuertes, agarrar su cuello una vez más.

Iba a morir.

Mikayla sabía que iba a morir. No podía luchar contra esa fuerza. Ahora estaba demasiado débil. Sus sentidos parecían dispersos, le faltaba el aire.

Definitivamente iba a morir.

Nik salió de la Cantina, su mirada revisaba la entrada delantera brillantemente iluminada del club mientras buscaba a Mikayla. Los coches pasaban zumbando, sus faros parpadeando a través de las sombras mientras él entrecerraba los ojos buscándola.

Mikayla se las había arreglado para salir del bar antes de darse cuenta de que se había ido. Había desaparecido entre la multitud y él la había perdido de vista. Por un momento, Nik comprendió que se iba y él estaba demasiado lejos para alcanzarla.

Ella debía haber aparcado cerca, pensó. La única manera que podía haber salido con tanta rapidez era que hubiera aparcado directamente delante de la Cantina.

Apretó su mandíbula.

Él se estaba dirigiendo hasta el otro extremo del aparcamiento hacia su Harley cuando lo oyó: un grito silenciado.

Se detuvo, haciendo una pausa, su mirada escrutando la zona de aparcamiento al otro lado de la calle.

¿De dónde había venido?

Allí. Otra vez.

Moviéndose, Nik cruzó la calle, viendo a dos sombras luchando en el otro extremo del aparcamiento. Él estaba corriendo sobre el asfalto cuando oyó un grito ahogado de rabia femenina.

La sombra más alta cayó hacia atrás por poco tiempo. Pero solo brevemente.

Nik no estaba lo suficientemente cerca.

—¡Mikayla!, — la llamó por su nombre mientras corría entre los coches.

La sombra se detuvo, giró, y en menos de un segundo salió corriendo.

Nik observó con horror cómo un cabello del color del trigo más suave brillaba durante un breve segundo con los destellos de las luces de los coches del otro lado de la zona de aparcamiento.

Casi a cámara lenta, ella cayó al suelo justo antes de que él pudiera llegar hasta ella.

Joder. Joder.

Llegó demasiado tarde.

El terror corrió a través de su sistema mientras apresuradamente se agachaba junto a ella, sus manos recorrieron rápidamente su cuerpo buscando la humedad

reveladora de la sangre, una señal de huesos rotos. El mango de un cuchillo.

—No. — débil, jadeando, ella empujó sus manos a medida que avanzaban sobre sus pechos.

—¿Qué está haciendo?

Su voz sonaba apagada, estrangulada. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad. Ahora podía ver su cara, no había sangre. Una mano empujó la suya mientras la otra se elevaba para frotar su cuello.

—¿Señorita Martin? — Él le apartó el pelo de la cara mientras la ayudaba a incorporarse.

—¿Se encuentra bien?

Si él fuera un hombre más pequeño, un hombre normal, podía haberla sacudido.

Sus manos enmarcaron su cara mientras ella lo miraba fijamente, con su cabeza tambaleándose mientras él sentía sus estremecimientos.

—¿Mikayla?— Él trató de suavizar el sonido ruinoso de su voz, cortesía de un incendio que había sido demasiado fuerte, demasiado caliente hacia demasiado tiempo.

—Estoy bien. — Su voz era baja, débil.

—¿Quién es usted?

—Nik. Nik Steele.

Joder, él conocía su nombre, pero ella no le conocía. Ella estaba siendo desconfiada como el infierno.

—La camarera fue lo suficientemente agradable como para decirme tu nombre, — le dijo a Mikayla mientras la observaba luchar por recuperar el aliento, su mano todavía masajeando su cuello.

—¿Estás bien?

Ella asintió bruscamente, deteniendo el movimiento cuando hizo una mueca de dolor.

—Intentó estrangularme, — dijo con voz áspera y el miedo temblando en su voz.

—Tú le asustaste.

Él no había asustado al hijo de puta lo suficientemente rápido. Podía haber muerto. Solo se necesitaba un segundo para usar un cuchillo, pero quienquiera que la había atacado no había querido matarla de forma rápida y fácil.

Gracias a Dios.

—Ayúdame a levantarme. — Colocó las manos contra el suelo para impulsarse.

—Aquí.— Nik la agarró por debajo de sus brazos y la puso con cuidado sobre sus pies, sosteniéndola mientras la observaba encontrar su equilibrio.

—Deberías ir al hospital.

Su cabeza se levantó lentamente.

—¡Oh, Dios mío, no!— El sonido irregular de su voz provocaba en Nik una sorprendente rabia. El sonido de sus cuerdas vocales irritadas. La lucha por respirar mientras ella estaba siendo estrangulada también había hecho daño.

—Debería verte un médico.

—Toda mi familia se presentará como ángeles vengadores. — Su mano se levantó temblorosa hacia su frente.

—Sería mejor asegurarse que no estás herida.

—Estoy bien. — Ella tomó una respiración profunda.

—Sólo estoy débil. Demasiado débil para conducir.

—Tengo que encontrar mis llaves, — ella movió su cabeza despacio.

—Ayúdame a encontrar mis llaves.

Sus llaves estaban a sus pies.

Agachándose, Nik las recogió, manteniéndolas lejos de ella cuando las recogió.

—Hospital o yo te puedo llevar a casa. Elige.

Mikayla se quedó mirando al extraño. Había una sensación de familiaridad en la forma en que él actuaba con ella. No tenía sentido. Ella no le conocía. Sabía que nunca le había conocido antes. Lo recordaría.

—¿Quién eres, de nuevo?

—Nik Steele, — respondió, su voz, a pesar de su aspereza, increíblemente suave.

—Eso no me dice quién eres. — Se quedó mirando las llaves en sus manos.

—¿Podrías, por favor, darme mis llaves?

Negó con la cabeza despacio. Su pelo rubio se sacudió sobre sus hombros mientras su ropa oscura se mezclaba con la noche.

—Ya te lo he dicho, puedo llevarte a casa o al hospital. Siempre está la opción de llamar a una ambulancia o a la policía.

—No, — respondió ella rápidamente.

Lo último que necesitaba era ir a la policía. Dudaba muy seriamente que la hubieran ayudado de todos modos. Probablemente darían una medalla a su agresor.

—Nada de policía. — Sólo quería irse a casa.

—Vamos. — Su mano la agarró por el brazo, no fuertemente pero con un agarre de acero mientras la dirigía al asiento del pasajero del Jeep.

—Entra. Te llevaré a tu casa.

La ayudó a subir al asiento del pasajero, escondiendo una sonrisa mientras ella le observaba con recelo.

Había opciones. Ella podía sentir su teléfono móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Podía llamar a uno de sus hermanos.

No. De ninguna manera. Cualquiera de los tres pondría el grito en el cielo, llamarían a sus padres y podría acabar en el hospital tanto si quería como si no. Y su padre definitivamente llamaría a la policía. Les insultaría y les gritaría cuando mostraran su falta de interés. Su madre estaría sorprendida. Ella conocía a la mayoría de los oficiales de policía de la ciudad por su nombre. No tenía sentido permitir que alguno de ellos decepcionara a la amable madre de Mikayla.

Jorrey Martin había llorado la semana pasada cuando Mikayla había llamado para informar de un intento de robo en la tienda. No había aparecido nadie. Su padre se vio obligado a llamar y amenazarles con informar a la policía del estado.

Como si eso fuera de ayuda.

La puerta del lado del conductor se abrió y el enorme tamaño del extraño se vio forzado a echar hacia atrás el asiento todo lo que pudo antes de que pudiera acoplar su cuerpo en el asiento.

—¿Dirección?,— él se giró hacia ella y puso la llave en el contacto y arrancó.

Mikayla le dio su dirección rápidamente, después observó cómo metía la marcha del Jeep y salía hacia atrás de la plaza de aparcamiento.

—¿Sabes dónde está?— preguntó.

Ella no vivía en Hagerstown. Se había comprado su primera casa en una pequeña población cerca de Williamsport.

—De hecho, sí. Acabo de alquilar la casa de al lado esta tarde. Estaba esperando hasta mañana para mudarme. — Sus dientes brillaban con el débil resplandor de las luces del tablero mientras él la miraba.

—¿Una condenada coincidencia, verdad?

Ella no creía en las coincidencias. La casa junto a la suya estaba definitivamente en alquiler. De una sola planta de ladrillo y estuco, como la suya, estaba oculta tras una cortina de pinos y árboles de hoja perenne que mantenían la privacidad.

—¿Y cómo podrás volver a por tu coche?

—Mi Harley— dijo él.

—Llama a un taxi y haz que me espere cuando llegue. Cuando estés segura dentro de tu casa; entonces me iré. No me mudaré a la casa hasta mañana.

—¿Y por qué te preocupas por mí?

Eso no tenía sentido. Por el momento, el condado de Washington y sus alrededores estaba dividido entre si matarla o reírse de ella.

Ella había sido testigo de un asesinato y visto al asesino, y nadie quería creerla porque el asesinado no era muy apreciado y el asesino era un poderoso miembro de la comunidad con una coartada indestructible. Y parecía que alguien definitivamente quería hacerla callar.

—¿Por qué no iba a importarme?, — preguntó Nik cuando él paro en un cruce.

—No todos los hombres son gilipollas, chica linda.

Sus cejas se levantaron. ¿Chica linda?

Mikayla observó el tráfico, sus manos apretadas desesperadamente en su regazo mientras intentaba aferrarse a su control. El miedo era una criatura salvaje dentro de ella, apenas contenida. Se trataba de un extraño. No era el hombre que la había atacado. Si lo hubiera sido, podría estar muerta. Sus manos eran enormes, lo que se correspondía con la extraordinaria altura, desde su largo cuerpo a su cara tosca.

—No he dicho que tú o cualquier otra persona fuera un gilipollas. — Ella tocó la contusión que ya podía sentir formándose en su cara.

—Excepto la persona que decidió usarme como saco de boxeo esta noche.

—No llevabas bolso o cualquier cosa que pudieran robar. Es difícil de creer que fuese un ladrón, — comentó Nik.

—¿Por qué piensas que te atacaron?

Mikayla miró su perfil antes de suspirar con cansancio.

—Tú no eres de por aquí, ¿verdad?

Él se rió.

—No, Texas.

—Imagínate. — Por alguna razón, era difícil verlo como un texano, pensó.

—¿Has estado aquí mucho tiempo?

—Lo suficiente para alquilar una casa. — Sonrió mientras deslizaba una mirada sobre ella antes de concentrarse en el tráfico.

—Y no has respondido a mi pregunta.

Ella se mordió el labio con indecisión.

—Podría haber enojado a algunas personas. — ella se encogió de hombros, sintiéndose a la defensiva. Enojada.

La tienda estaba en pleno apogeo más por curiosidad que por sus diseños. Ya no confiaba en los amigos para contar sus secretos porque muchos de ellos habían repetido cosas que ella les había confiado. Había intentado actual como Maddix Nelson, manteniendo su reserva en público y tratando de encontrar la verdad, hablando con aquellos que sabía estaban unidos al capataz. Pero nadie quería hablar con ella. Y Maddix tenía la coartada perfecta. Una reunión de negocios por la tarde con el jefe de policía y dos de los miembros del consejo de la ciudad. Era una coartada que ella misma habría creído si no hubiera presenciado el asesinato.

—¿Podrías haber enojado a alguien?— Nik le lanzó otra mirada mientras giraba en la autopista y se dirigía hacia la salida cerca de Williamsport.

—¿Cómo podrías haber enojado a alguien?

—Es algo de lo que prefiero no hablar. — Mikayla movió rápido su cabeza.

—Prefiero saber por qué estás aquí desde Texas.

—Trabajo.— De perfil, los planos duros de su rostro tenían un borde malo, sexy.

A la vista, la imagen de él tenía un extraño efecto sobre ella. Su estómago se apretó en respuesta; ella podía sentir su corazón a la carrera. Estaba latiendo en su pecho, haciendo que su respiración se entrecortara, pero ella tenía una excusa.

Acababan de atacarla. La habían golpeado. Dios, su padre nunca la había dado un azote. Era la primera vez que había sido golpeada en su vida.

—Trabajo en la seguridad privada, — Nik contestó, su voz raspaba sus sentidos, casi rota. Era uno de los sonidos más excitantes que había oído nunca.

—¿Qué tipo de seguridad privada?¿Como un guardaespaldas? ¿Un guarda de seguridad? — Ella se echó hacia atrás el cabello cuando los roces contra su piel comenzaron a doler de nuevo.

Por lo menos no le habían roto nada.

—En este caso, la instalación de sistemas de seguridad personalizada, — contestó Nik.

—Soy bueno con la electrónica.

—¿Dijiste “en este caso”?— Ella levantó la mano lentamente por el dolor de sus costillas.

—¿A veces haces otras cosas?

—Guardaespaldas, mensajeros. Soy bastante completo. —Él giró hacia la salida, luego se dirigió hacia la pequeña ciudad que Mikayla llamaba hogar.

—Así que estás aquí para instalar sistemas de seguridad personal. ¿Para quién trabajas? — Ella necesitaba una distracción hasta que pudiese deshacerse de él.

—Información privilegiada, — él arrastró las palabras mientras la miraba.

—Lo siento.

—No hay problema. — Ella sacudió su cabeza mientras se acercaban a la casa. Una parte de ella lamentó que el viaje casi hubiera acabado.

Ella se sentía a salvo aquí con él, a pesar de que no sabía nada de él.

—Te duele, — afirmó él, endureciendo su voz mientras metía el Jeep lentamente en la entrada y lo aparcaba antes de girarse para mirarla.

Ella casi llevó su mano de nuevo hasta sus costillas.

—El tipo me golpeó por el placer de hacerlo, — señaló con un dejo de amargura.

—Sí, voy a tener unos cuentos moratones.

—Creo que deberías ir al hospital, — sugirió Nik, mientras le devolvía una mirada intensa.

—Podrías tener alguna herida seria y no saberlo.

Ella movió su cabeza.

—Son moratones.

—No lo sabes, Mikayla, — la reprendió, bajando la voz.

—Podría ser algo mucho más serio y no lo sabrías.

—Él me tiró contra el Jeep y me golpeó la cara, — dijo ella, rechazando la idea.

—No hay lesiones internas o huesos rotos. Solo voy a estar dolorida.

—Vas a tener un moretón en todo el lado de la cara, — él entonces se acercó, sus dedos casi rozando su mejilla dolorida.

—Debería estar muerto sólo por esto.

Los labios de Mikayla se separaron antes de que pudiera controlarlos, su corazón se aceleró, corriendo tanto que juraría que podía sentirlo en la garganta.

No estaba latiendo con miedo. Estaba latiendo con excitación ante la idea de los dedos de Nik tocando su piel.

—No hablemos de matar, — ella casi dejó escapar una risa dura, amarga.

La última cosa que quería siquiera pensar era en matar.

—Olvidé llamarte un taxi. Tendrás que esperar un poco a que llegue.

Él arqueó los labios con diversión.

—No hay problema. — Sacó su propio teléfono móvil de la funda que tenía en el costado antes de marcar un número.

—Recogida — notificó al otro extremo antes de dar la dirección.

—Sí. Es una suerte que te haya pillado. Estaré esperando fuera.

Cerró el teléfono.

—¿Un amigo?,— preguntó ella.

—Un compañero de trabajo. Ella me debe un favor.

Empujó el teléfono dentro de la funda antes de volverse hacia Mikayla.

—Te pediría un café, pero casi puedo sentir la palabra “no” en tus labios.

Ella tuvo que sonreír ante eso. No importaba lo mucho que quería pasar más tiempo con este hombre intrigante, pero no era tan valiente como deseaba ser.

—Lo siento, —suspiró, sonando arrepentida.

—Mi padre va a ponerse como una fiera porque no le he llamado primero. Si descubre que he dejado entrar en mi casa

a un extraño, comenzará a cuestionarse lo bien que me ha educado.

—Una mujer que escucha a su padre. Un concepto extraño, — Nik suspiró, provocando que su estómago diera un vuelco por el capricho de poder morder sus labios. Maldición, a ella le encantaría probar esos labios.

—Quedamos unas cuantas, — le prometió ella, dejando que una pequeña risa pasara a través de sus labios a pesar del dolor en sus costillas.

—Sí, eso parece, — estuvo de acuerdo él inclinando su cabeza.

—Ah, bien, mi transporte estará aquí en unos dos minutos más. Tengo que decir que me alegra haberte conocido, Señorita Martin.

—Y yo tengo que decir gracias por salvarme, — ella le devolvió la sonrisa mientras extendía su mano.

—¿Puedo tener mis llaves ahora?

Quitando las llaves del encendido, él las colocó lentamente en su mano, sus dedos tocando su piel mientras ella sentía una ráfaga sutil de energía que la atravesaba.

Sus dedos se curvaron sobre las llaves, rozando los de Nik cuando él levantó la mano.

—Gracias de nuevo, —dijo ella, su voz más jadeante que antes.

—Te veré pronto, — prometió él.

—Recuerda, yo vivo justo al lado. Ahora, vamos. Permíteme que te acompañe dentro para poder estar seguro que vas a estar bien. Como tu padre, me preocuparé.

—¿Tienes niños? ¿Estás casado?, — Oh, Dios, ¿deseaba a un hombre casado que se iba a mudar a la casa de al lado con una mujer e hijos?

Su expresión se congeló, sin embargo, algo duro y brutal brilló en los ojos azules como el hielo.

—Lo estuve, — finalmente dijo antes mover su cabeza en un movimiento duro y tirando del pestillo de la puerta, salir rápidamente.

Él no quería hablar de ello, eso era obvio.

Él fue padre una vez, dijo. ¿Su hijo estaba muerto o lo había perdido de alguna modo?

Ella retuvo sus preguntas, su curiosidad. Algunos temas eran demasiado sensibles, especialmente entre dos personas que no se conocían entre sí.

El abrió la puerta, luego acercó la mano y suavemente la ayudó a bajar del Jeep.

—Nik, lo siento,— puso su mano sobre el brazo.

—¿Por qué?, — sus ojos entrecerrados en la penumbra.

—Por todo lo que te hace daño, — ella dijo en voz baja antes de hacerse a un lado y moverse con cautela a lo largo de la acera, consciente de él detrás de ella.

La puerta estaba aún cerrada. Metiendo la llave, la abrió, entró e introdujo el código del sistema de alarma. Todo estaba bien, sus lámparas estaban encendidas, su gato Biskus, maulló desde el arco de acceso a la cocina, tal y como lo hacía cada vez que regresaba a casa.

—Todo está bien. — Ella se volvió hacia Nik, consciente de su mirada fija en ella, alto y corpulento. Protector.

—Gracias de nuevo.

—Gracias, — él extendió la mano, le tocó la mejilla amoratada, luego se volvió y se fue.

Un coche se detuvo en la acera y mientras Mikayla observaba como se abría la puerta, vio el pelo rojo dentro. Alta, por supuesto y bonita.

Y entonces se fueron.

Cerrando la puerta detrás de ella, Mikayla reajustó las cerraduras y el sistema de seguridad antes de fijar la mirada en el gato blanco y negro de pelo largo que había adoptado.

—Bien, solos tú y yo otra vez, Biskus.

Él maulló de nuevo, después giró y se dirigió hacia la cocina.

Una clara indicación de que sentía que se merecía un regalo por dejarle solo en casa.

Ella sentía que, tal vez, también se merecía un regalo. Por la contusión en su cara, la que sentía formándose en sus costillas, el miedo que había experimentado esa noche y el hombre al que se había visto obligada a dejar marchar.

Su padre habría estado horrorizado.

Ella podía oírle furioso, incluso mientras una sonrisa se asomaba sus labios.

Sus hermanos se volverían locos.

Y eso todavía no era suficiente para disminuir su interés.

O su excitación.

CAPÍTULO 4

—¡Oh, Dios mío!, — la voz de Deirdre estaba horrorizada, su expresión mostraba una máscara de total incredulidad mientras Mikayla entraba en la tienda a la mañana siguiente.

Había programado su llegada para que coincidiese con la Deirdre y asegurar que pudiera hacerse cargo de los clientes mientras Mikayla se escondía durante el día.

—No es tan malo como parece, — Mikayla aseguró a su asistente.

Mikayla sabía que su cara se veía condenadamente mal. El hematoma atravesaba la mejilla hasta su mandíbula y luego a un lado del labio. Su labio inferior estaba partido y, aunque no estaba hinchado de forma monstruosa, era increíblemente incómodo.

—¿No es tan malo como parece?, — los ojos de Deirdre estaban muy abiertos, sus manos moviéndose desde sus caderas vestidas de seda mientras corría por la lujosa alfombra de Mikayla.

—Mikayla, ¿qué demonios te ha ocurrido?, — los ojos verdes de su amiga, del color de una hoja en verano, se llenaron de lágrimas mientras sus manos se alzaron a los hombros de Mikayla y la giró totalmente hacia la luz.

—Dios mío. ¿Quién te pegó? ¿Necesito empezar a reunir dinero para la fianza de tus hermanos?

—Ellos no lo saben, y tú no se lo vas a decir. — Mikayla contuvo un escalofrío, estaba haciendo todo lo posible para que su familia no se enterase.

—¿Crees que puedes dejarlos fuera de esto?, — Deirdre apoyó las manos en las caderas de nuevo, la seda de su falda color crema se extendía por sus caderas mientras sus hombros se enderezaban bajo la blusa sin mangas de color azul que llevaba.

—Será mejor dejarlos fuera, — Mikayla murmuró.

—De otro modo harán que mi vida sea un infierno.

—Entonces, ¿qué ocurrió?, — demandó Deirdre de nuevo, siguiendo a Mikayla mientras ella daba una breve sacudida a su cabeza y se trasladó a su oficina en la parte posterior de la tienda.

—Me atacaron en el aparcamiento del club, — le dijo a la otra mujer mientras entraban en su oficina.

—Quizás fue un ladrón

—Y quizás fue un fan de Nelson, — Deirdre espetó, la ira llenando su tono.

—Eso es ¿verdad?

—Realmente no lo sé, Deirdre, — Mikayla dejó caer su bolso sobre la poco ordenada mesa y se sentó con cuidado en la silla acolchada que estaba detrás de ella.

—¿Qué más está mal? — Deirdre tendría que notar la manera cuidadosa con la que Mikayla tomó asiento.

No fallaba. Su familia y amigos eran, a veces, como osos sobreprotectores.

—Mira, me golpearon un poquito, — Mikayla aseguró a Deirdre.

—Un caballero blanco me rescató y me dejó en casa sana y salva.

Y eso fue bastante para distraer a Deirdre.

—¿Un caballero blanco?, — Deirdre dejó caer su trasero en la esquina de la mesa de Mikayla, la puerta abierta dando una visión clara de la puerta principal, y echando una mirada exigente a Mikayla.

—Dame detalles, amiga.

Mikayla rió.

—¿Detalles, eh? ¿Qué te hace pensar que hay más detalles?

Detalles como la altura, pelo, ojos, atractivo sexual. Oh, Mikayla tenía datos.

—Bien, desembucha. — Deirdre se rió.

—Caballero blanco es la palabra clave aquí. Dime todo sobre él.

Los labios de Mikayla se entreabrieron cuando el tintineo de la campana de la puerta sonó. Ella comenzó a reírse del mohín que se formó en los labios de Deirdre, hasta que vio una mirada de completo asombro en su cara.

Mikayla se inclinó hacia delante tentativamente y conteniendo un suspiro a la vista del hombre caminando por la alfombra. En pantalones negros de cuero, botas de motorista y camiseta que se estiraba sobre su amplio pecho. Nik Steele entraba en la tienda de ropa.

—El caballero blanco, — ella murmuró con diversión mientras Deirdre parecía bloqueada con estupor.

—¿Mikayla? — Él dio un paso dentro de la oficina, mirando entre ella y Deirdre.

Ojos azul hielo. Mikayla se preguntó si realmente había alguna emoción detrás de esa mirada. La noche anterior, no había visto el hielo allí, la dureza, la luz casi cínica. En cambio, había sentido algo, había percibido algo en la forma de actuar de él, en el tono de su voz.

Pero recordó lo que había dicho. Una vez había sido padre. Perder a un hijo podría destruir el alma, pensó. Pero ¿podría dejar algo para alguien más?

—¿Puedo ayudarlo, Señor Steele?, — echándose hacia atrás, dejó recorrer su mirada sobre ese magnífico cuerpo duro una vez más.

Sus labios se arquearon como si fuera consciente de su efecto sobre ella y sobre Deirdre. Sería difícil perderlo. Deirdre lo estaba mirando como si fuera un dulce y ella estuviera muriendo por un subidón de azúcar.

—Sí, señora, sí que puede. — Un destello de calidez brillaba en sus ojos de hielo.

—Me preguntaba si te gustaría acompañarme a tomar unos filetes esta noche. Pensé en asarlos a la parrilla. Abrir un par de botellas de cerveza.

—Si ella no está interesada, entonces yo lo estoy, — Deirdre de repente encontró su voz.

— Ella a veces no es muy inteligente, ya sabes. — Había tanta diversión en la expresión de Deirdre que Mikayla frunció el ceño.

—A mí me parece que es extremadamente inteligente, — él arrastró las palabras, esa sonrisa sexy tirando de sus labios mientras cruzaba sus brazos sobre el pecho y se apoyaba en el marco de la puerta.

La carne entre los muslos de ella se calentó, aumentando la humedad. El pum-pum-pum de su corazón la dejó sin aliento. Él provocaba un efecto en ella que ningún otro hombre había conseguido antes.

—Sí, ella es muy inteligente, — Mikayla le informó participando de la conversación.

—No sé, — Deirdre apoyó su mano de nuevo en la mesa y echó una mirada a Mikayla.

— Mira su cara. Ves, ella sabe que no es aconsejable estar en lugares oscuros sola. Apuesto a que ahí fue donde la encontraste, ¿verdad?

—En efecto — la mirada de Nik regreso a ella. — Aparcada en la zona más oscura mientras jugaba a ser el saco de boxeo de algún gilipollas. Todavía no me ha dicho por qué.

La mirada de Deirdre volvió de nuevo a Mikayla con asombro.

—¿No lo sabe? — ella se dirigió a Nik.

—¿No lo sabes?

—No dije que no lo haya comprobado.

Él lo sabía.

Mikayla tragó con fuerza antes de respirar profundamente. Por lo menos tan profundamente como le permitía el dolor de las costillas.

—¿Imaginas algunas cosas? — peguntó ella.

—Unas pocas, — contestó él.

—Lo suficiente para saber por qué fuiste atacada la pasada noche.

—Trabajas con rapidez — un sentimiento de decepción la llenó. No podía decir si él la creía o no.

—Entonces, ¿a quién crees? — Deirdre expresó la pregunta en la que Mikayla sólo pensaba.

Nik devolvió la mirada a Deirdre sorprendido.

—Me inclino a creer al saco de boxeo. Pocas veces se utilizan sin que haya un motivo.

El corazón de Mikayla se derritió. Era totalmente ilógico pero él no estaba riéndose de ella y no estaba cuestionando su honestidad.

—Ahí tienes, un hombre inteligente — Deirdre agitó la mano hacia Nik mientras volvía a mirar a Mikayla, la satisfacción llenando su mirada.

—Ahora, si tú no vas a comer ese filete, entonces lo haré yo.

Deirdre se levantó del escritorio ante el sonido tintineante de la campana una vez más. Nik se enderezó y entró en la oficina. Deirdre llegó hasta la puerta y se quedó inmóvil y Mikayla podría jurar que Deirdre había gemido.

Mikayla sabía quién era. Deirdre se giró hacia Mikayla, su expresión llena de compasión.

—¿Puedo tener el día libre? — le preguntó mientras el padre y los hermanos de Mikayla entraron a la tienda.

Mikayla estaba horrorizada.

—¿Puedo irme?

Nik estaba de pie en la terraza trasera de la casa alquilada, la parrilla calentándose, los filetes preparados sobre el saliente al lado de la pequeña parrilla, cuando oyó abrir la puerta entre las dos propiedades que rechinaba.

Él contuvo una sonrisa.

Había dejado la tienda esa mañana justo después de dar a su padre los detalles de la noche anterior. Primero, Nik se había visto obligado a mostrar la identificación y después fue sometido a un interrogatorio en profundidad de por qué estaba allí y cuánto tiempo iba a quedarse e incluso tuvo que facilitar referencias. Nik no tenía ninguna duda de que el Sr. Martin llamaría a esas referencias.

El hombre era extremadamente protector con su única hija y los tres jóvenes que le acompañaban estaban casi tan exaltados como su padre. No cabía ninguna duda de que Mikayla era un bien preciado para su familia.

Ella les siguió la corriente, aunque había desesperación en su mirada mientras miraba a Nik. Una súplica de rescate mientras su familia caía sobre ella.

Se había divertido, tenía que admitirlo. Una parte de esa diversión había sido eclipsada por el dolor. Él tendría que haber sido igual de protector con su propia hija. Ver el miedo de Ramsey Martin y el amor por su niña le había enviado a Nik un desgarrador sentimiento de culpa .

¿Qué hubiera hecho si hubiera sabido que un hombre tenía la intención de usar a su niña como Nik tenía la intención de usar a la niña de Ramsey Martin?

Le mataría.

Esa era una pregunta fácil de responder.

Pero Mikayla no era una niña. Era una mujer adulta, con un atractivo inocente que le llevaba a la locura.

No podía equiparar a Mikayla con una niña, suya o de otro. Era lo bastante hombre para considerarla una mujer y le excitaba.

—Me preguntaba cuánto tiempo te llevaría liberarte. — No se volvió al sentir su movimiento en la terraza.

—Tú tienes la culpa de todo el debacle que ha sido mi día. — La acusación en su voz puso una sonrisa en sus labios. No había verdadero calor, más desesperación e irritación que otra cosa.

—Eso por eso que tengo tu cerveza extra fría. — se giró hacia ella y juró que su polla se puso más dura, más rápido de lo que lo hizo la noche anterior.

Hijo de puta. Mírala. La caída de ese suave pelo rubio sobre un lado de su cara mientras esos ojos amatista le observaban entrecerrados.

Esa mirada sesgada le atravesó. Como fuego serpenteando a través de su cuerpo. Sentía como empezaba a sudar por sus hombros mientras sus bolas se apretaban dolorosamente.

Infiernos, él quería probarla tan jodidamente mal que casi no podía soportarlo. La necesidad de ella era un hambre furiosa que le atravesaba con tal fuerza que casi le dejaba temblando.

Nunca había querido nada como quería a esta mujer en este momento.

—¿Cómo te gusta tu filete?, — tuvo que darse la vuelta.

Si no se apartaba de ella, entonces la levantaría sobre la larga mesa de madera, acariciaría ese fino vestido por sus muslos y desnudaría su pecho redondeado.

—Medio hecho, — respondió ella mientras se acercaba a la terraza.

—Espero que tengas ensalada y patatas para acompañar esto. Me lo debes después del infierno que tuve que pasar hoy. ¿Sabes que me obligaron a ir al hospital? ¿Sabes cómo son los hospitales? Odio esos malditos lugares.

Él se dio la vuelta, sólo por un segundo, se dijo, solo iba a mirarla por un segundo.

Ella estaba de pie en la parte superior de la escalera, su cadera ladeada, una mano apoyada contra ella mientras su pelo caía alrededor de sus hombros como una capa iluminada por el sol.

Ella era tan condenadamente baja. Y tan jodidamente pequeña que estaba casi asustado de tocarla. Infiernos, ella

sería su muerte. Iba estar a punto de morir de hambre sexual antes de que terminara la noche.

—La ensalada y las patatas están esperando dentro, — le prometió él.

Nik había hecho sus deberes. Sabía cómo le gustaba el filete incluso antes de pregustárselo. Sabía que prefería la ensalada César y las patatas asadas al horno. Le gustaba la salsa ranchera en su ensalada, y mantequilla y salsa en sus patatas. Prefería bollos con miel y le gustaba el limón con su té dulce.

Usaba vestidos, raramente llevaba vaqueros y le gustaba la seda y el encaje francés debajo de su ropa.

Estaba muriéndose por conseguir estar debajo de su vestido.

—¿Dónde está esa cerveza?, — la irritación en la voz de Mikayla sólo lo puso más duro. Sintió que le desafiaban.

—Aquí tienes, chica bonita. — Abriendo la puerta del mini refrigerador debajo de la parrilla, abrió la cerveza, luego se volvió y se la dio.

Sus dedos rozaron los de Nik cuando la aceptó y él juró que su cuerpo se endureció aun más. A este ritmo, su polla iba a explotar.

Nik juró que podía oler el aroma dulce y suave de la excitación que le llegaba o tal vez solo era la curiosidad inocente en su mirada y su propia imaginación.

—Dios, me volvieron loca, — ella se dejó caer en el asiento de la mesa de picnic, cruzó una delgada pierna sobre la rodilla.

Sus sandalias azul claro de correas eran un contraste atractivo con el vestido de verano blanco y amarillo pálido que apenas llegaba a sus rodillas.

El ligero vestido era bonito como el infierno, femenino y suave, tentador. Hacía a un hombre desear deslizarlo por su cuerpo.

—Ellos te quieren. — Nik echó los filetes en la parrilla con la esperanza de distraerse antes de sucumbir al intento de seducirla en la terraza trasera.

—Hasta la muerte. — ella dio un pequeño y encantador resoplido detrás de él.

—Mi madre apareció justo después de que te fuiste. Gritó cuando no quise ir al hospital. Luego gritó algo más cuando consiguió un buen vistazo de mi cara. ¿Tienes alguna idea de lo difícil que fue escapar de ellos? ¿Sabes que mi padre está amenazando con enviar a mis hermanos a vivir conmigo? ¿Puedes imaginar los irritantes que son mis hermanos?

—Parecían preocupados. — Podía verla matándolos en tres días. Los tres habían puesto poses, gruñido y fruncido el ceño durante todo el tiempo que él había estado en la tienda.

—Parecen retrasados mentales. — resopló de nuevo.

Él se rió de la acusación.

—Te lo juro, creo que mi padre debe haberlos dejado caer de cabeza cuando eran bebés. Los tres tienen la inteligencia de un ladrillo.

Mezclado con la irritación estaba el afecto. Ella amaba a sus hermanos pero Nik podía comprender por qué la volvían loca. Hubo una vez que él había tenido una hermana. Una que había malcriado y sobreprotegido.

—Pero te las arreglaste para mantenerlos a raya.

Maldición, esperaba que lo hubiera hecho porque tenía toda la intención de seducirla. Eso podría ser bastante difícil de hacer si tenía a tres hermanos viviendo con ella.

—Amenacé con cocinar para ellos. — Él captó su encogimiento de hombros por el rabillo de sus ojos.

—¿No sabes cocinar?

—No hasta donde ellos saben. — Ella llevó la cerveza a sus labios, tomó un largo y refrescante sorbo y él casi se corrió en sus pantalones vaqueros. Sólo podía imaginar lo sexy que se verían esos labios sobre su cuerpo. O en su polla.

Sin embargo, eso le dijo mucho. Ella misma se protegía de la sobreprotección de su familia. Había permitido deliberadamente que sus hermanos, hombres que disfrutaban de la comida, pensaran que ella no sabía cocinar.

Él probó los filetes, juzgó su punto de cocción y luego los sacó de la parrilla y los colocó en los platos. Moviéndose hacia la mesa, puso los filetes delante de ella, entró en la casa y reunió el resto de la comida.

La primera cerveza disminuyó su irritación. Disfrutó de la segunda con la carne mientras el atardecer comenzaba a apagarse. Nik encendió las velas contra los mosquitos que tenía esperando en el borde de la mesa, sacó dos cervezas más del mini refrigerador y quitó los platos.

—Te deberían castigar, — una pequeña mueca cruzó los labios de ella mientras él regresaba a su asiento.

Incluso la contusión que estropeaba su rostro no hizo nada para menoscabar la seductora imagen.

—¿Y eso por qué? — Nik se rió entre dientes mientras se inclinaba más cerca.

—Yo no le he dicho nada a tu padre.

—No, tú se lo dijiste al propietario del bar cuando salía esta mañana, quien, entonces llamó a mi padre a los cinco segundos. Tienes que tener cuidado por aquí, señor Steele, no hay secretos.

—Lo recordaré — la observó cuidadosamente.

—El dueño de ese bar tenía cierta información muy interesante.

Él observó sus ojos. En menos de un segundo, la cándida diversión se volvió cautelosa sospecha.

—Apuesto que sí. — Ella se puso tensa, los ojos llenos de decepción.

—Has tenido un montón de problemas como este, ¿no es cierto, Mikayla? — Nik la preguntó gentilmente.

Sus labios se torcieron con amargura y, por un segundo, él vio un destello de dolor.

—Sí, es verdad. — Ella se encogió de hombros, haciendo que el tirante de su vaporoso vestido se deslizara parcialmente por encima de su sedoso hombro.

—Maddix tiene la perfecta coartada. — Levantó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Nik.

—¿Estás seguro de que estás al lado del saco de boxeo?

Había mucho cinismo en esa mirada, y dolor. Ella creía en lo que había visto. Realmente creía que Maddix Nelson había cometido ese asesinato.

—Digamos que estoy en el “yo no estaba allí”. — Nik finalmente la respondió, pensando en la punzada de culpabilidad que sintió de repente.

—Y tiendo a inclinarme hacia el lado de las víctimas. Tengo que decir que definitivamente tú eres la víctima aquí, encanto.

Víctima era una subestimación.

Mikayla devolvió la mirada a Nik Steele, pensando en la sombra que brevemente oscurecía el azul claro de sus ojos, que hizo que parecieran no tan fríos o carentes de emoción.

¿Qué es lo que se esconde detrás de esos ojos?

—Sí, soy una víctima, — ella estuvo de acuerdo, encogiéndose de hombros antes de alcanzar su hombro para reajustar el tirante de su vestido.

Él la observaba. Esos ojos se centraron en su movimiento, como un relámpago veloz, y con otro destello de emoción breve y oscura. Y hambre. Mikayla vislumbró el hambre en su mirada. Ese destello envió una descarga a sus terminaciones nerviosas. Fue como un incendio instantáneo. Atravesaba su carne, apretaba sus pezones y, durante un segundo, literalmente la dejó sin aliento.

—Debería irme. — Pero en vez de levantarse y hacer lo que sabía que debería hacer, se sentó allí, permitiendo que su mirada la mantuviera atrapada.

—¿Por qué?

Labios comestibles. El hombre tenía unos labios completamente comestibles. Sólo un poco llenos, un poco sexys, temblorosos por contenerse, con un hambre tentador de perder el control.

Ella podía sentirlo, ese conocimiento, la sensación y necesidad femenina haciendo estragos por su cuerpo.

—Porque eres peligroso. — Susurró, sintiendo sus dedos temblar cuando los levantó de la mesa.

—Y creo que últimamente ya he tenido bastante peligro en mi vida.

Ella tuvo que obligarse a ponerse de pie.

—¿Estás segura que quieres dejarlo ahora, Mikayla?

Él se puso de pie, se acercó más y durante ese momento ella estuvo perdida.

Ella se perdió en sus ojos. Ojos azules como el hielo, que en un primer momento estaban congelados como el Ártico. Hasta que él se acercó. Hasta que ella vislumbró por un segundo esa llama de color azul en sus profundidades.

Hasta que sus labios tocaron los suyos.

Ese beso.

Ella había leído sobre ese beso. Había visto películas que giraban en torno a ese beso. Pero no lo había conocido antes. Esta era la primera vez.

Mientras los labios de Nik la besaban, el calor quemó sus sentidos y algún narcótico desconocido comenzó a incorporarse en su sangre. Un placer salvaje, imposible comenzó a golpear a través de su cuerpo, concentrándose entre sus muslos, hinchando su clítoris, humedeciendo su sexo. Sensual, sensible, la pesada languidez recorriéndola, permitiendo a sus labios separarse, aceptar ese primer roce de la lengua de Nik.

Ella había besado antes. Ella había tenido un montón de besos. Ella era virgen, pero eso no significaba que nunca hubiera sido besada. No significaba que nunca la hubieran tocado o tentado.

Pero nunca la habían tentado de este modo. Separando sus labios aun más, permitió que sus sentidos, su curiosidad, tomaran el control. Un beso como este se daba una vez en la vida. Era un beso que personificaba el peligro, corazones rotos y ansias desafortunadas.

Ella temblaba mientras él se movía alrededor de la mesa, sin romper el contacto, el beso creciendo más profundamente mientras él daba profundos sorbos de sus labios. Frotó sus labios contra los de ella, lamió su lengua con la de él. Después, sus labios se inclinaron sobre los de ella y los tomó con la intención de seducirlos.

Mikayla no iba a luchar contra ello. Él era más hombre que cualquier otro que alguna vez hubiera tenido. Más hombre que cualquiera a que se hubiera atrevido a acercarse, y al que siempre deseó. Mikayla siempre había querido algo más que vivir una vida segura, estable, sana.

La vida no había sido nada de eso últimamente. ¿Por qué no tomar parte del placer que se le ofrecía?

Ella dio un grito cuando sintió que la levantaba. Las tablas lisas de la mesa de picnic estaban bajo sus muslos cuando la mano de Nik le sujetó del cuello, manteniéndola quieta mientras profundizaba su beso.

El calor del verano la golpeó con fuerza. La sensación de su fuerza, el toque de sus labios, era embriagador. Quería más.

Mikayla no pudo resistirse a tocarle el pelo, sus dedos tiraron de la cinta de cuero que lo mantenía recogido. Los gruesos mechones fluyeron alrededor de sus dedos, por los lados de su cara. Esa sensación sensual se añadió al placer que estaba creciendo en su cuerpo.

—Una belleza tan valiente, — murmuró él, su cabeza levantándose mientras los ojos de Mikayla se abrían.

¿Qué la hizo pensar que sus ojos eran fríos? ¿Cómo el hielo? Eso no era hielo. Era una llama azul que la abrasaba con su calor.

—¿Valiente? Estúpida tal vez — ella estaba sin aliento, pero fue la sensación de sus manos en sus muslos, subiendo el dobladillo de su vestido lo que la hizo perder el aliento.

El calor de sus dedos callosos envió un placer abrasador que recorrió sus terminaciones nerviosas. Su mirada bajó. Tenía que mirar. Con los ojos abiertos, sus labios separados, observó cómo sus largas y grandes manos deslizaban su

vestido poco a poco por sus muslos hasta que sus pulgares encontraron el centro húmedo de sus bragas de seda.

Nik se puso entre sus rodillas extendidas, sus piernas separando sus muslos mientras sus pulgares se movían sutilmente hacia el centro de sus bragas.

—Nik... — ella trató de respirar, tuvo que convencerse que esto no estaba bien.

Había permanecido virgen todos estos años, esperando hasta que estuviera preparada.

¿Estaba preparada? ¿O era solo un hombre que sabía exactamente cómo jugar con el cuerpo humano?

—Shh, solo quiero probarte, chica bonita — canturreó, — nunca he probado la inocencia antes.

Su mirada brilló cuando le miró. Esa llama azul pálido acarició sus sentidos mientras la cabeza de Nik se inclinaba.

Sus labios acariciaron a lo largo de su mandíbula hasta su cuello. Centelleantes puntos de placer parecían desgarrar sus terminaciones nerviosas, golpeando en puntos alternativos de su cuerpo mientras comenzaba a doler con el calor sensual.

Su pulgar presionó contra su clítoris, que ya palpitaba por la atención. El toque firme, experto, enviaba espirales de sensaciones que iban bajando, invadiendo las profundidades de su sexo y apretándose a través de su cuerpo con un deseo casi violento.

Jamás había deseado nada como anhelaba este contacto. El calor de sus dedos contra el interior de sus muslos, su pulgar presionando contra su clítoris mientras su beso se hundía dentro de ella.

Era increíble.

Él era el último chico malo que la llevaba al máximo placer y Mikayla, como cualquier buena virgen, era demasiado sensible a él.

La exquisita sensación recorrió su cuerpo como un narcótico al que no se podía resistir. Debilitaba cualquier intención de protesta, cualquier necesidad de rechazo. Sensibilizaba su carne, la calentaba y la tenía tumbada para él mientras se apoderaba de ella, presionando la rodilla contra la mesa, remplazando los pulgares por una mano que agarraba su cadera y la arrastraba más cerca de la firme presión de esa diabólica rodilla.

Durante veintiséis años había permanecido virgen y estaba dispuesta a tirarlo todo por la borda ahora mismo, aquí mismo.

Su cabeza se inclinó hacia atrás mientras sus labios se movían de los de ella, a su mandíbula, a su cuello. El roce caliente de su mandíbula sin afeitar, rozando su cuello mientras sus labios emprendieron una senda de destrucción sensual a lo largo de la tierna carne de su cuello.

Era increíble. Sentía tanto placer que estaba muy cerca del éxtasis orgásmico, apenas podía respirar. No podía pensar. No podía hacer otra cosa que sentir.

Oh, Dios, se sentía tan bien.

Los dedos de Nik jugaron con los bordes de sus pechos y sus labios se movieron más abajo, rozando la parte superior redondeada, lamiéndolos. Su lengua pintaba un sendero de fuego que envió una sensación de desgarro a través de su vientre.

—Tienes que ser la cosa más dulce que haya probado en mi vida — gruñó mientras empujaba el tirante de su vestido por encima de su hombro, revelando más de su pecho, atreviéndose a empujar su vestido más abajo hasta que asomó el brote tierno de su pezón.

¿Estaba haciendo eso en su terraza? ¿Dejando que él la tocara así, la probara así, en su mesa de picnic? Y le encantaba.

Un lado de su dedo raspó contra su pezón mientras ella se arqueaba, sintiendo su lengua lamiendo entre el valle de sus pechos. Ella quería su lengua en su pezón. Quería sentirlo encerrado en la cueva caliente de su boca. Lo quería como nunca había querido otro toque.

¿Era el peligro al que se había enfrentado? ¿El conocimiento de que el mañana todavía no había llegado?¿Era el peligro? ¿Era simplemente el hombre?

El hombre era increíble.

Un gemido bajo o un gruñido, vibraba contra sus pechos mientras sus labios acariciaban su pezón. El placer recorrió la tierna punta, enviando una increíble mezcla de sensaciones fluyendo a través de ella.

Su cabeza inclinada hacia atrás, arqueando la espalda mientras se mordía los labios para contener un grito. Su pezón se encontraba entre los labios de Nik mientras su lengua lo acariciaba. La acariciaba como una llamarada húmeda y caliente.

Estaba a punto de suplicar más. La súplica se estaba convirtiendo claramente en una opción cuando de repente ella se puso rígida ante un sonido que ella no podía creer que estaba escuchando.

—¿Mikayla, estás aquí fuera?

¿Su hermano? ¿Scotty?

Sus ojos se abrieron de golpe, observando como la cabeza de Nik se levantaba lo suficiente para permitir que sus ojos mirasen a través del velo de sus pestañas hacia la puerta que separaban sus patios.

—Mikayla, tu coche está delante de la casa. ¿Dónde estás?

Sus labios se abrieron en estado de shock.

—Llamó a la policía la última vez que traté de ignorarle.

La expresión de Nik se tensó con intención depredadora, con un destello parpadeante de peligro en su mirada.

¿Qué estaba haciendo permitiéndose a sí misma entrar aquí? ¿Dónde estaba su sentido común?

—No está aquí, Neil, — gritó Scotty.

—Llama a Beau, llamaremos al sheriff. Él nos puede ayudar en esta ocasión.

Los ojos de ella se ampliaron. ¿Todos sus hermanos estaban allí?

Oh, Dios

—Déjame ir. — Ella se movió debajo de Nik, sintiéndose todavía demasiado frágil, demasiado femenina contra él.

—Realmente llamarán al sheriff.

No les importaba como la avergonzarían, pero tuvo suerte. Ellos se preocupaban. A pesar de su sobreprotección, a pesar de todos sus irritantes modos, sus hermanos la amaban.

La mirada de Nik se deslizó lentamente sobre ella. Imaginó haber visto una lucha librándose en su mirada, ya fuese para liberarla o para abrazarla, para ignorar a sus hermanos o para tentarla aún más.

Finalmente, entre una respiración y la siguiente, se relajó, enderezándose, después la levantó de la mesa.

Su mano subió el tirante del vestido hasta que se ajustó al escote, ocultando la carne redondeada de su pecho mientras daba un paso atrás.

—Salvada por la campana, — le dijo a ella, arqueando sus labios.

—Ve a hacer lo que tengas que hacer, chica bonita. Hablaremos más tarde.

¿Hablar? Podía imaginar dónde llevaría esa conversación.

—Creo que lo mejor que puedo hacer es permanecer fuera de tu camino, — dijo ella suavemente.

—No necesito un corazón roto, Nik.

—¿Alguno de nosotros lo necesita? — miró detrás de ella.

—Ahí están tus hermanos.

—Mikayla, — exclamó Beau con sospecha en la voz mientras abría la puerta.

—¿Qué estas haciendo aquí?

Nik dio un paso atrás.

—Buenas noches, chica bonita.

Se dio la vuelta y entró en la casa, las puertas correderas cerrándose detrás de él.

Mikayla se giró, frente a sus hermanos y suspiró con cansancio.

¿Salvada por la campana? ¿O simplemente un respiro?

CAPÍTULO 5

La casa de Maddix Nelson estaba en la zona más exclusiva de Hagerstown. Las mansiones cada vez mayores y las fincas cerradas eran lujosamente suntuosas y contaban con fuertes sistemas de seguridad.

La casa de Nelson estaba en la parte baja, situada en una urbanización cerrada, rodeada de otras casas similares, tan caras como seguras.

Cuando Nik aparcó el Hummer en el camino de acceso de Nelson, detrás de varios vehículos, pudo ver claramente por qué sus vecinos estaban tan seguros de que Maddix había estado en casa la noche que murió Eddie Foreman. Eran muy curiosos. Aún ahora, Nik podía ver al menos media docena de vecinos mientras salía del vehículo y se dirigía por la acera que llevaba hasta la puerta de entrada.

La puerta se abrió mientras subía al porche delantero profusamente decorado.

—Nik. —Maddix abrió la puerta y entró.

—Están todos aquí.

Ese “todos”, significaba dos miembros del concejo municipal, el jefe de policía y el alcalde, así como el hijo de Maddix, Luke.

Nik siguió a Maddix por el lujo discreto y sobrio de la casa hacia la parte de atrás, donde estaba ubicada la oficina.

Nik entró a la habitación, prestando especial atención a las pesadas cortinas cerradas, a las paredes de madera oscura.

—Nik, el concejal John Cooker, el alcalde Dempsey, el jefe Daniel Riley, la concejala Carolina Faulkner, mi mujer, Glenda y mi hijo, Luke. Estábamos todos aquí la noche que asesinaron a Eddie.

—Esto es ridículo, Maddix. — Glenda Nelson, la joven segunda mujer de Maddix, era claramente su esposa trofeo. A los treinta y tres años, la ex modelo con su piel chocolate oscuro y redondeados ojos oscuros era una belleza exótica, y estaba claramente molesta de que se le pidiese asistir a esta reunión.

Su hijo, Luke, estaba sentado de forma descuidada en una silla de la esquina, sus ojos marrones entrecerrados con una mimada actitud defensiva. Su expresión hecha a la medida de un hombre que se consideraba muy por encima como para ser obligado a seguir la agenda de otros.

El concejal y la concejala observaban con interés desde el sofá de dos plazas. Había un fuerte sentido de familiaridad entre los dos que indicaba que eran amantes, a pesar de que estaban casados con otros cónyuges.

El jefe de policía estaba sentado en una silla junto a una fría chimenea, sus labios apretados en una fina línea, sus ojos avellana observando a Nik con recelo mientras el alcalde Dempsey asentía con su cabeza en señal de saludo.

Toda la pandilla estaba aquí.

—Gracias por reunirse conmigo, — dijo Nik, haciendo un intento de saludo cortés.

—Como si algunos de nosotros tuviéramos otra opción — se burló el hijo de Maddix.

—No, es cierto, — convino Nik.

—Pero, estoy seguro que todos nosotros apreciamos tu cooperación.

Cooperación, su culo. Nik había avisado a Maddix que arrastraría a su hijo por los pelos hasta la reunión si él no estaba presente. Era una amenaza que Maddix, evidentemente, había transmitido.

—¿Por qué Luke y yo debemos estar aquí, Señor Steele? — Glenda cruzó sus brazos sobre la suave blusa crema pálido que llevaba con un elegante pantalón blanco.

—Estoy segura que no nos necesita.

—Usted estaba aquí la noche que Eddie Foreman murió,— dijo Nik.

—Tengo algunas preguntas que quiero hacer.

—Sí, nosotros estábamos aquí, lo que significa que Maddix obviamente no mató a nadie, — Glenda continuo la protesta.

—Lo que hace que esto sea un ejercicio inútil, si me lo pregunta.

Cuánta cooperación.

—¿Le he hecho alguna pregunta? — preguntó Nik con fría suavidad.

—Basta, Glenda, — Maddix gruñó.

—Deja que Nik haga su trabajo. Si él te pidió estar aquí, entonces es por una razón.

—Deberíamos haber invitado a Mikayla, — los labios de Luke apretados en una sonrisa de claro reconocimiento masculino.

—Entonces, quizás, yo no estaría tan aburrido.

Nik giró la cabeza y miró al otro hombre.

—¿Y por qué dice eso, señor Nelson? — preguntó él.

La sonrisa cambió a una de expectación.

—Una vez que esto haya acabado, sería bueno tomar lo que se me debe. La pequeña perra estaba burlándose de mí antes de que me dejara colgado después de acusar a mi padre de asesinato.

—Cierra tu maldita boca, Luke, — ordenó Maddix a su hijo furiosamente antes de que Nik le cerrase la boca permanentemente.

—Te dije que te mantuvieses alejado de esa chica antes de que nada de esto ocurriera. Ella es demasiado buena para tus malcriadas y zorras maneras.

Había un filo de desprecio en el tono de Maddix que sorprendió a Nik. Luke era el hijo único de Maddix y, obviamente, estaba tan malcriado que no tenía remedio. El hecho de que Maddix estuviese adoptando esa postura, obviamente demasiado tarde, no tenía sentido para Nik.

—Su madre lo educó, — explicó Maddix con una mirada hacia su hijo. — Hasta que no pudo hacer una maldita cosa con él.

—Tiene 27 años. Échele de su casa y deje que se las arregle por su cuenta, — expuso Nik fríamente.

—Por ahora, él puede sentarse derecho y mantener su boca cerrada o se las verá conmigo.

Nik deslizó una mirada fría y dura sobre Luke cuando el otro hombre abría la boca para hablar de nuevo. Con la misma rapidez, Luke se acomodó y simplemente miró con rebeldía hacia ellos.

—¿Por qué estamos aquí, señor Steele? — la concejala le preguntó entonces, claramente tan aburrida de lo que estaba pasando como Nik.

Nik volvió su mirada hacia ella, sin revelar nada.

—Para satisfacer mi curiosidad, quizás — declaró.

La verdadera razón era para medir la honestidad de la coartada de Maddix. La culpa nunca se esconde de forma inteligente como creen los demás. Reuniendo a todos en el mismo lugar en el que decían haber estado la primera vez, proporcionaba a Nik la oportunidad de decidir si estaban mintiendo o si la reunión se había producido realmente.

—Ni siquiera estaba en la maldita habitación, — Luke murmuró.

—Estaba arriba. Si recuerdo correctamente, papá fue bastante insistente en que no estuviese.

Los labios de Maddix se apretaron mientras su expresión se volvía reprobadora.

—Estaba borracho.

—Cierto, — Luke sonrió sardónicamente.

—Yo estaba en la piscina. — Glenda agitó con gracia una mano hacia la piscina fuera de la oficina.

—No me involucro en los asuntos de negocios de Maddix.

Sin duda. No por primera vez, Nik estaba sorprendido por las interacciones familiares. Ellos no eran para nada como su familia, en Rusia, antes de que perdiera todo lo que quería. Puede que no estuviesen dispuestos a hacer frente a su gobierno para ayudar a Nik, pero todos ellos sabían que no debían faltarle el respeto a sus padres. Él y sus hermanos y hermanas habían trabajado desde muy temprana edad y aprendido a cuidar de sí mismos. Nik nunca había sido capaz de entender a hombres y mujeres como Luke Nelson y la mujer trofeo de Maddix.

—¿Hay algo en particular que necesite saber, señor Steele?, — el jefe de policía le observó con hostilidad apenas disimulada.

—¿O sólo está verificando nuestra coartada?

Nik permitió asomar a sus labios un gesto burlón. Sin duda, el jefe de policía le había investigado. Nik podía verlo en los ojos de Riley, en las ganas de hacer un arresto que podría ser el punto decisivo de su carrera. Posiblemente. Si pudiera encontrar alguna prueba que respaldase los rumores que circulaban en ciertos círculos donde Nik Steele estaba involucrado. Gracias a Dios, eran rumores. Incluso el gobierno de estados Unidos, las fuerzas armadas y las agencias gubernamentales, a menudo dependían de la información que él les proporcionaba e incluso, a veces, de sus servicios.

—Solo comprobando, — acordó Nik mientras cruzaba los brazos sobre el pecho y volvía su mirada hacia el hijo.

—Entonces, ¿conoce a la señorita Martin?.

—Pasé casi tres meses cortejándola, — gruñó.

—Estaba lista para abrirse de piernas cuando, por no sé qué motivo, decidió intentar arruinar a papá. — Él miró de nuevo a Maddix.

—No es que la culpe demasiado

Nik observó cómo Maddix ponía sus ojos en blanco.

—Se pasó dos años suplicando a esa chica que tuvieran una cita. Ella finalmente accedió sólo para que se callara.

Luke se rió del comentario, con la mirada llena de sarcasmo mientras le devolvía la mirada a Nik.

—Ella es frígida, pero he de decir que podría haberla derretido.

¿Frígida? ¿Mikayla?

No había duda en la mente de Nik que Luke Nelson no había tenido ni una oportunidad con Mikayla. Ella había sido

cualquier cosa menos frígida la semana anterior en la terraza trasera de Nik.

—¿Alguno de ustedes conocía a Eddie Foreman? — preguntó Nik mientras se giraba hacia los otros en la habitación.

—Lo dudo, — la concejala le informó mientras se alisaba un mechón de su cabello rubio teñido.

—Nuestro encuentro aquella noche en cuestión estaba relacionado con los intereses comerciales de la ciudad de los que Maddix forma parte, no de sus negocios de construcción.

Eso era más o menos lo que Nik esperaba. Sus razones para estar aquí tenían muy poco que ver con las preguntas o cualquier otra información que podría obtenerse sobre el capataz.

Nik estaba recopilando poca información, aunque más de lo que esperaba. Había mucho que aprender desde la simple observación.

—¿Qué es lo que tienes hasta ahora, Nik? — Maddix se frotó la frente y echó a los demás una mirada contrariada.

—Nada aún, — Nik lanzó a Luke Maddix otra mirada, una que él estaba seguro estaba llena de confianza.

—Me he mudado a la casa de al lado. Es una chica agradable.

—Te dije que lo era, — Maddix sacudió su cabeza. — Pensaba que era demasiado buena para esto.

Luke estaba mirándolo ahora.

—¿Cuánto tiempo cree que pasará antes de que se entere de por qué está ahí? — gruñó Luke con amarga diversión.

—No es como si se lo estuviera escondiendo. ¿Cree que va a darle las gracias por haberle mentido?.

Nik arqueó las cejas.

—En esta situación, mentir no es una opción. — se encogió de hombros.

—Ella lo sabrá muy pronto y no voy a negarlo. No la voy a mentir.

No daría a Luke Nelson ninguna munición contra él, o a Mikayla. No importaba si los otros sabían por qué estaba allí o no. Maddix le había llamado para averiguar por qué Mikayla estaba mintiendo. El problema era que no podía decir quién estaba mintiendo, ella o Maddix. Era una comprensión inquietante.

—¿Cree que no le hemos investigado, Steele?, — había animadversión en la voz de Luke Nelson.

—Basta, Luke, —Maddix gruñó.

—Dígale, Riley. — La mueca de Luke en dirección al jefe de policía era maliciosa y llena de desprecio.

—No puede arrestar al hijo de puta, ¿verdad? No puede o no quiere. Tal vez usted está malditamente asustado.

La cara cuadrada y ancha del jefe Riley se tensó con rabia mientras Nik se limitó a mover la cabeza.

—Él no puede arrestarme. — Nik devolvió la mirada al jefe de policía.

—Todavía no he quebrantado la ley.

Lo cual no era del todo cierto.

—Que podamos demostrar, —el jefe murmuró.

—Ya sabe, Steele, sólo estoy aquí porque Maddix es un amigo y quiero que esto se aclare tanto como él. De lo

contrario, estaría tratando de encontrar una manera de freír su culo, sin importar que ciertos organismos gubernamentales le encuentren útil.

—Que usted pueda probar. Y afortunadamente para mí, tengo muchos amigos, — Nik acordó mientras inclinaba su cabeza burlonamente.

—Y en este punto, me voy, antes de que asesine al pequeño bastardo de Maddix.

La expresión de Luke se puso rígida de furia mientras se ponía en pie y se volvía hacia su padre.

—Lo siento por usted, Maddix, —dijo Nik compadeciéndose del hombre.

— Pruebe a quitarle su asignación por un tiempo. Tal vez, pueda actuar como un ser humano decente en lugar de la vergüenza en la que está convirtiéndose.

Nik salió de la sala mientras Maddix bajaba la cabeza y se apretaba el puente de la nariz. Casi simultáneamente, Glenda y Luke comenzaron a gritar. No sorprendió a Nik que Glenda se pusiese del lado de Luke. Como los dos miembros del consejo, Glenda y Luke Nelson estaban pasando pequeños momentos felices entre las sábanas.

Nik se preguntaba si Maddix era consciente de ello.

Pensándolo bien, Maddix no era un hombre estúpido; probablemente lo sabía.

Dejando la casa, Nik volvió a su Harley(1), montó sobre ella y giró la llave. La máquina estalló a la vida con un rugido fuerte y profundo.

En el original, al principio del capítulo Nik acude a la cita en un Hummer. He dejado el mismo error en la traducción, aunque, hasta ahora, Nik siempre ha usado la moto.

Maniobrando para salir de la amplia calzada, se dirigió a las puertas de seguridad y lo que él consideraba la libertad. Infiernos, preferiría comprometerse durante el resto de su vida con las Fuerzas Especiales antes que vivir así. Aceptando la mentira y las disputas egoístas como las que había vislumbrado en la vida de Maddix Nelson.

El hombre no había educado a su hijo con los mismos valores en los que él vivió, eso era malditamente cierto.

Pero Mikayla tenía esos valores.

¿De dónde demonios venía ese pensamiento?

Nik sintió cómo su cuerpo se tensaba, endureciéndose involuntariamente al pensar en la mujer demasiado pequeña y excesivamente frágil que había tenido en sus brazos la semana pasada.

No había sido capaz de sacarla de su mente, no había sido capaz de dejar de observarla. Estaba gastando más tiempo siguiéndola a ella que rastreando al asesino. Y ni siquiera era trabajo de Nik. Su trabajo era averiguar por qué estaba mintiendo acerca del hombre que no había cometido el asesinato, o por lo menos que juraba que no lo había hecho.

Esto se estaba convirtiendo en un infierno de trabajo, y uno que claramente le estaba llevando más tiempo que el que Nik había anticipado. Su comandante, Jordan, realmente ya se estaba preguntando cuánto tiempo más le podría llevar. El equipo ya había sido enviado a la siguiente misión sin Nik. Eso era algo que no había ocurrido en todos los años que habían luchado juntos.

Era algo que no debería estar sucediendo ahora. Excepto que Nik no parecía poder alejarse de allí.

Las contusiones en la cara de Mikayla sólo ahora estaban comenzando a desvanecerse un poco. Él lo sabía porque la

espiaba. Tan repugnante como le parecía, no podía evitar protegerla y comprobar que estaba bien.

Alguien mucho más grande, mucho más fuerte, se había atrevido a atacarla en la oscuridad. ¿Debido a lo que había visto o por lo que le pareció ver?

Nik sabía que la ciudad estaba dividida en el caso de Maddix Nelson cometiendo asesinato. Muchos pensaban que él era capaz de hacerlo. Algunos pensaban que era capaz pero, en el caso de Eddie Foreman, él no lo había hecho. Otros pensaban que la idea era absurda, pero se divertían con la batalla que se libraba sobre el caso.

Y al menos una noche, alguien había decidido acabar con la pequeña mujer que había instigado esa batalla.

Un nudo frío y duro de rabia se formó en el estómago de Nik ante la idea del peligro en que podría estar. Algo oscuro y protector brotó de su interior a pesar de luchar contra ello.

Infiernos, había perdido bastante en su vida. ¿Necesitaba realmente apegarse a una mujer que sabía que no podía permitirse tener?

Podría follarla. Podría tomar esa brillante inocencia que ella había guardado durante tanto tiempo y echarla a perder con la oscuridad que vivía dentro de su alma, pero no podía quedársela. Por un breve momento en el tiempo, podría dejar fluir el calor y la luz a través de él cuando la tocara, que llenase su alma, pero tendría que irse pronto.

Su vida no era suya durante dos largos años más y, aun así, no podría llamarla propia. No había ninguna posibilidad de que una vez que pasara ese tiempo, pudiera vivir una vida que pareciera feliz.

Había hecho enemigos. Había caminado sobre una línea que ningún hombre podía cruzar y esperar encontrar paz después.

En muchos rincones oscuros del mundo, Nik era conocido como un asesino, un proveedor de guerra y destrucción. ¿Y él quería llevar eso a la vida de una mujer que parecía vibrar con el calor?

Y, sin embargo, ¿cómo podía marcharse?

Su mandíbula le dolía por la fuerza con la que apretaba los dientes. Sus manos se flexionaron deliberadamente alrededor de las empuñaduras del manillar de la moto mientras volvía a la ciudad y a la tienda donde sabía que Mikayla todavía estaría trabajando.

Creando sueños. Eso era lo que ella hacía allí.

Ella creaba sueños bajo la forma de vestidos, tanto para las inocentes como para las hastiadas. En cada puntada de cada diseño que ella misma creaba, vivía sus propios sueños.

Sueños de romance y aventura, sueños de noches a la luz de las velas y pasión.

Y él sabía que en el cuarto trasero de su propia casa, ella estaba creando su propio sueño. La primera frágil forma de un vestido blanco que algún día llevaría mientras caminaba hacia el altar.

Lo había visto cuando se había deslizado dentro de su casa. Sus dedos habían tocado el frágil encaje de las enaguas que había empezado mientras sus ojos habían memorizado el patrón sobre la mesa.

Mikayla estaba haciendo su traje de novia. Una creación de satén y encaje, de perlas y marfil. Un traje que llevaría para el hombre que reclamara su corazón para siempre.

Nik no se podía permitir ser ese hombre.

Una parte de él se tensaba con furia ante la idea de que cualquier otro hombre reclamara ese lugar en su vida, aunque

Nik sabía que era un lugar que nunca podría reclamar para sí mismo.

Maldito si lo hacía, maldito si no lo hacía.

Su trabajo aquí era averiguar por qué Mikayla Martin estaba mintiendo sobre lo que había visto.

Su opinión era, si es que estaba mintiendo, entonces era la mejor maldita mentirosa que jamás había visto. O simplemente una mujer que él quería más de lo que había querido a otra mujer.

El potencial de destrucción solo está creciendo.

Mikayla se quedó mirando al escaparate de su tienda, sintiendo las lágrimas que amenazaban con inundar sus ojos.

"MENTIROSA". La palabra era rojo brillante. No atraparían al culpable. Mikayla había pasado por esto muchas veces ahora como para preocuparse siquiera en llamar a su abogado, para exigir una vez más las cintas de seguridad del banco al otro lado de la calle. Siempre mostraban lo mismo. El que utilizaba la pintura llevaba el rostro cubierto por una máscara negra ahora familiar. Habían cruzado la calle, pintado y se había alejado corriendo mientras Deirdre y Mikayla estaban en la parte de atrás de la tienda.

"MENTIROSA". Las letras eran como un estigma en su alma mientras la puerta se abría y Deirdre salía con un balde de agua caliente jabonosa, un raspador y esponjas.

—Lo siento, Mikayla, — Deirdre dijo suavemente mientras los peatones pasaban lentamente, murmurando.

Todo el mundo murmuraba.

—No es culpa tuya, Deirdre. — Era su propia culpa, pensó. No debió haber sido lo suficientemente cuidadosa cuando se detuvo por la casa del nuevo capataz, un amigo de su padre y trató de hablar con él de Eddie Foreman.

Eso o él había llamado a Maddix Nelson después de que se había marchado.

—Luke Nelson dijo a algunos de los tíos en el bar que su padre había contratado un investigador privado, — dijo Deirdre mientras Mikayla humedecía la ventana, luego se puso a trabajar con el rascador.

—¿Has visto a alguien?

Ella negó con su cabeza. Nadie había hablado con ella. Una parte de ella deseaba que lo hubieran hecho, entonces esa tarde no parecería más una pesadilla demasiado vívida que la realidad.

Había días que se preguntaba si incluso había sucedido. Si no fuera por el hecho de que Eddie Foreman estaba muerto, ella casi estaría convencida que se había imaginado todo.

—¿Qué pasa con Nik Steele?, — su amiga preguntó.

—¿Le has visto de nuevo?

—Viene y va, — ella raspó la tenaz pintura mientras Deirdre comenzaba a trabajar en el otro lado.

—No he vuelto a hablar con él.

—No desde que tus hermanos aparecieron como gallitos. — rió Deirdre.

Mikayla sabía lo que su amiga estaba intentando hacer. Deirdre estaba intentando aliviar el dolor. Esto ahora ocurría tan a menudo que había momentos que Mikayla se preguntaba si incluso seguía doliendo.

—No quiero hablar sobre eso, Deirdre.— Quizás ella había cometido un error al contarle a su mejor amiga el fiasco de la terraza con Nik Steele.

—Por supuesto que no quieres, — Deirdre sonrió.

—Entonces podrías tener que admitir que lo echas de menos.

Por supuesto que lo echaba de menos. No tenía ninguna duda de eso. Pero la parte sana de su cerebro se daba cuenta de que la ausencia era lo mejor.

—No importa, — ella finalmente se encogió de hombros, manteniendo sus ojos firmemente en el trabajo que estaba haciendo.

—Algunas cosas son mejor ignorarlas.

Era mejor que Nik Steele fuera una de esas cosas ignoradas. Como los extraterrestres o los misterios del universo.

Mientras observaba cómo el agua se manchaba de rojo, mezclándose con el color, pareciendo sangre corriendo en riachuelos por la acera, la imagen de Eddie Foreman destelló en su mente.

Ella tragó con fuerza, su corazón palpitando con fuerza por el miedo a recordar.

—Mikayla, no quieres decir eso, — Deirdre dijo suavemente.

—Lo digo en serio, — susurró mientras luchaba por quitarse de encima la pesadilla de la imagen del cuerpo muerto de Eddie Foreman.

—Es un mal chico, Deirdre. Yo soy una buena chica. ¿No apesta? Suena como una receta de problemas, si me preguntas.

—A mí me suena como una receta del sexo más increíble, pero tengo prejuicios ante la idea.

La aspereza oscura de su voz envió un torrente de sensaciones hasta la columna vertebral de Mikayla. Se dio la vuelta, su mirada golpeando directamente en el centro de su

pecho antes de levantarla, poco a poco, a esos increíbles ojos azules claro.

¿Qué le había hecho creer que su mirada era gélida? Era caliente. Llena de hambre, de sexo, de problemas.

Deirdre estaba bien muerta. Esa jovencita la había traicionado completamente.

La sangre se agolpó en su cara, calentando su cuerpo. Eso estaba muy bien, pero el calor que estaba afectando a la carne entre sus muslos era terriblemente incómodo. Estaba exuberante, húmeda y caliente. La necesidad de su toque comenzó a golpear su sistema, a través de sus terminaciones nerviosas y palpitar en áreas de su cuerpo que estaba segura no debería estar palpitando.

—No se suponía que escucharas esto, — murmuró ella airadamente, volviéndose hacia el escaparate, lavando la pintura, prometiéndose hacerle pagar esto a Deirdre. En algún lugar, en algún momento.

—Necesitamos hablar, Mikayla, — dijo Nik mientras se acercaba, el calor de su cuerpo rodeándola.

—¿Podrías dejar la limpieza a tu asistente?

—No, en realidad, no puedo. — Ella estaba demasiado cerca de probar qué fina era la capa de buena chica. Apenas cubría la piel y las llamas que quemaban debajo de ella se estaban derritiendo tan rápido como el fuego ablanda la mantequilla.

Nik la afectaba de formas que sabía que ningún hombre debería afectar a una mujer. Hacía que fuera débil. Le hacía necesitar cosas que sabía que no debería necesitar.

Ella tenía planes. Sus planes no incluían tener un corazón roto, su futuro echado a perder para siempre por el hombre que no podía tener.

—Siempre podemos discutir esto en la acera. — Él se dio la vuelta, apoyando su espalda contra una parte del escaparate sin pintar, cruzando sus brazos sobre su pecho.

—Podría contarte en detalle exactamente lo que había planeado la semana pasada cuando tus hermanos decidieron convertirse en curiosos y protectores. Por ejemplo, esa noche no tuve tiempo de decirte lo suaves que son tus bonitos muslos.

Mikayla se quedó inmóvil. Por un horrible segundo, solo podía imaginar quién estaba parado detrás de ellos. Su respiración se detuvo. Sus ojos abiertos, luego echó un vistazo furtivamente a su alrededor, dando un respiro de alivio cuando no vio a nadie.

Su mirada volvió bruscamente a él.

—Vamos dentro y habla conmigo o hablaremos aquí fuera.

—Tú no quieres hablar, — siseo ella.

—Hablar es la última cosa en mi mente,— le aseguró él, sus dedos curvados alrededor de su muñeca, sus ojos fijos en los suyos.

—¿No es aquí donde el chico malo besa a la chica buena en público y comienza manchando su inmaculada reputación?

Había un brillo de diversión en su mirada, pero estaba indeciso, como si burlándose de ella estuviera disfrutando algo que no esperaba disfrutar.

—Lo siento, alguien ya se encargó de mancillar esa inmaculada reputación, al menos la parte de la honradez. — Ella suspiró mientras intentaba soltar su muñeca de la mano de él.

—Déjame ir, Nik. No tengo tiempo para esto. Tengo un escaparate que limpiar.

—Y yo tengo una conversación pendiente que quiero tener contigo. Vamos, cariño. — Tiró de ella hacia la tienda mientras ella miraba fijamente su espalda con asombro.

La camiseta negra que él llevaba se estiraba por los duros y bien definidos músculos, atrayendo su mirada. Si no fuera así, se aseguraba así misma, nunca le habría seguido a su oficina, al menos no sin la lucha que debería haberle dado.

Cuando la puerta se cerró tras ellos y él empezó a darse la vuelta, los labios de ella se separaron para informarle sobre su opinión, con mordaz detalle, de sus tácticas prepotentes.

Él fue más rápido que ella. Entre una respiración y la siguiente estaba levantándola hacia él, sus labios capturando los de ella, su lengua deslizándose entre sus labios con demanda voraz, con hambre sexual.

Y ella no luchaba contra él. No tenía fuerzas para luchar contra él. En su lugar, sus dedos se apoderaron de sus hombros, sus labios se separaron más, y su lengua acarició la de él, probándolo, atrayéndolo hacia ella como el más dulce néctar.

Era exquisito. El sabor y la sensación de tenerlo.

Era como ahogarse en el fuego oscuro y prohibido del hambre y, durante unos preciosos segundos, Mikayla se permitió el lujo total de tener exactamente lo que quería, exactamente como lo quería.

Ella no se iba a enamorar de él, se prometió a sí misma. Esto no iba a estropear sus planes de futuro porque simplemente no podía permitirlo.

Se trataba de un instante fuera del tiempo, se prometió a ella misma.

Podía tener ese momento.

Podía tener sus labios en los suyos, sus brazos envueltos alrededor de ella, sosteniéndola contra el calor sólido como una roca de su pecho, sintiendo los latidos de su corazón contra sus senos, el duro contorno de su erección bajo sus vaqueros, presionando en la parte baja de su estómago.

Dios, ella le quería.

Apretándose contra él, luchó por un beso más profundo, más contacto. Ella quería sentirlo de nuevo contra cada centímetro de su cuerpo. Le necesitaba en este momento como ella necesitaba el mismo aire para respirar.

Sólo por un momento.

—Una chica tan buena,— murmuró él mientras sus labios bebían de los de ella, sus manos ahuecaban las curvas redondeadas de su trasero a la vez que la levantaba y apretaba contra la pared y la permitía sentirle.

—¿No se supone que estás luchando, Mikayla?

El duro eje de su pene presionaba firmemente entre sus mulos, caliente, grueso, un peso sólido de excitación detrás de los pantalones de cuero que llevaba.

La fina seda de su falda corta subió por sus muslos, dejando sólo una estrecha banda de seda entre el cuero y su mojada carne.

Sus bragas no suponían ninguna barrera. Ella sentía demasiado; las sensaciones viajaban demasiado profundas.

—Estoy luchando, — ella mordió sus labios por no besarla, por haberse atrevido a apartarse de ella.

Con el mordisco, él pareció congelarse, después un gruñido áspero de hambre arrancó de sus labios y la besó como si el mero acto de empujar su lengua dentro de su boca, acariciándola de nuevo, imitando el acto de su cuerpo,

de repente desesperados para de alguna manera mitigar el hambre del que Mikayla sabía nunca iba liberarse.

Su mano se deslizó por debajo de la falda, la callosa punta de los dedos tocando la carne desnuda a sólo un soplo de la banda elástica de sus bragas.

Ella quería sus dedos allí. Los quería deslizándose por debajo del material. Le quería tocándola.

Meciéndose contra la presión de su erección, permitió que sus dedos se agarraran a sus hombros mientras sus labios se inclinaban sobre los de ella, el hambre cada vez más profunda, la necesidad desgarrándola.

Ella no podía tenerlo

Ella no podía tener esto.

Ella lo quería.

Ella lo quería con una fuerza que amenazaba con llevarla a la locura cuando de repente se encontró libre de él, de pie contra la pared, mirándole en estado de shock.

Tenía el pelo suelo y flotando sobre sus hombros. ¿Ella había hecho eso?¿Le había quitado la correa de cuero del cabello?

Debió hacerlo. Se había enredado en sus dedos, el cuero cálido estaba sujeto en su mano mientras le devolvía la mirada, con respiraciones profundas e irregulares.

Él no estaba menos afectado. Sus ojos ardían con necesidad.

Ningún hombre había ardido por ella así alguna vez. Mikayla nunca había inspirado una gran pasión hasta ahora.

Y que Dios la ayudase, si no tenía más de eso, entonces podría hacer algo que raramente hacía.

Iba a llorar.

—¿Cuánto quieres, chica buena?, — sus dedos se deslizaron justo debajo del borde de sus bragas, rozando sobre la inflamada carne, los rizos aún más húmedos por la sensación de su toque.

—¿Cuánto?

¿Cuánto quería ? Quería todo. Todo. Quería olvidar por qué se suponía que tenía que protestar y tomar todo lo que pudiera conseguir.

—¿Un poco? — él sopló un beso en sus labios mientras sus dedos acariciaban sus rizos con la más ligera de las caricias.

—¿O mucho? — sus dedos dejaron los rizos de su hinchado sexo y suavemente se deslizaron entre ellos.

Los labios de Mikayla se abrieron en un jadeo de shock, de exquisito placer.

—¿Así que qué quieres, chica buena?

CAPÍTULO 6

Nik lo quería todo.

Con su mirada fija en los impresionantes ojos violeta de Mikayla, observó la soñolienta sensualidad mientras su dedo se frotaba contra la entrada de su apretado y caliente coño.

No quería nada más que deslizar su dedo dentro de ella, sentir el férreo agarre de la carne íntima, la oleada de placer que recorría la aterciopelada carne.

En cambio, sólo acarició la cerrada entrada. Sólo la tocó gentilmente, con suavidad.

—Deberías hacerte la cera aquí, — sugirió él, observando cómo sus ojos brillaban de nuevo, viendo la mezcla de shock y hambre que la atravesaban.

—Sentirías el más ligero roce. Tu dulce y sensible carne estaría desnuda para mí, Mikayla. Sin importar el toque de mis dedos, de mis labios, de mi polla. Sentirías como si cada terminación nerviosa estuviese desnuda ante mi toque.

El flujo dulce y caliente de sus jugos goteaba por las yemas de sus dedos, mojándolos aún más mientras un grito ahogado salía de sus labios.

—Por favor. — La pequeña súplica fue un ruido áspero en su garganta.

—¿Por favor qué, dulce bebé? — él rozó sus labios contra los de ella.

—Por favor, no me hagas esto.

Él la miró, viendo la confusión, el placer, en su mirada y, en ese instante, supo que hacer esa súplica la había supuesto un gran esfuerzo.

Él oyó las palabras, al igual que sintió su respuesta en su esbelto y frágil cuerpo. Ella se arqueaba contra él, acercándose a él, su cuerpo temblaba mientras luchaba por el orgasmo, incluso mientras susurraba la súplica de que la dejase correrse.

Él podría dárselo. Sólo un poco. Con nada más que sus dedos podría llevarla al clímax, mostrándole lo que ella estaba tratando de negar.

Eso sería hacer trampa, pensó. Quería que ella rogara por lo que podía darla, torturada con la necesidad de saber lo que esperaba al otro lado.

El no saber, el no imaginar y el no pensar lo que había rechazado podría ser más poderoso que saberlo.

Sus dedos se deslizaron por la apretada abertura, deslizándose hacia arriba, rodeando su clítoris, después se apartó.

No había terminado con ella, ni por asomo. Mientras ella lo miraba fijamente, esa hermosa mirada hundiéndose en su alma, él se llevó sus dedos a los labios y probó su sabor.

El sabor de Mikayla explotó de nuevo en su lengua como sol líquido. Fresco, vibrante, un toque de dulzura y especias al que, ya sabía, podía hacerse adicto fácilmente.

Los ojos de Mikayla se abrieron mientras le observaba, sus labios se separaron. Labios hinchados de color rojo cereza. Podía fácilmente imaginarlos separados, esos ojos mirándole mientras follaba la dulce entrada de su boca.

Sus bolas se apretaron con solo pensarlo. Era tan inocente, estaría indecisa. Nik sería su primera experiencia de verdadera pasión, y se aseguraría que conociese hasta la última gota de placer posible.

—¿Un poco entonces? — Él mantuvo su voz tranquila, su voz áspera parecida a un gruñido.

Los labios de Mikayla temblaron. Era sexy y vulnerable. Esa vulnerabilidad le tocaba en un lugar que no sabía que existía. En el corazón que había jurado no tener.

—¿Por qué estás haciendo esto? — ella tiró de su falda, enderezándola, sus manos temblando mientras le miraba confundida.

Esa mirada le afectó de una manera que no podía explicar. Atravesó una parte de su alma que había permanecido congelada, sólida, durante demasiados años.

—¿Por qué estoy haciendo qué? — retirando el pelo de su rostro, tenía que admitir que Mikayla Martin podía hacer soñar incluso a un hombre muerto.

—¿Por qué estás arruinando mi vida, Nik Steele? Estaba bien antes de que llegases.

—Estabas aburrida — le aseguró él, sus dedos acariciando a lo largo de su mandíbula.

—Te vi en el bar, bebé. Te observé. Si tus ojos hubiesen estado algo más vidriosos, habrías estado en coma. Dime, ¿has sabido algo del bastardo desde esa noche? ¿El bastardo con el que estabas?

No. Nik lo vio en la forma nerviosa en que su lengua se asomada para tocar su labio superior.

—He oído que ha salido con la hija de uno de los socios de la empresa después de esa noche. — Se encogió de hombros en un gesto tenso.

—No es gran cosa.

Nik sabía que su cita ni siquiera había llamado para ver si había llegado a salvo. En realidad, el hombre había pasado la noche en la cama de otra mujer. Y todas las noches desde entonces. Había preferido a la barracuda en vez de a la gentil mujer con la que había estado.

La chica buena. La virgen.

Dios le ayude, Nik quería ser el hombre que compartiera ese primer clímax con ella. El único que viese sus ojos ensancharse, que viese su cuerpo temblar y oyese sus gritos mientras se corría a su alrededor.

—Esto no ha terminado— Nik le dijo mientras ella se alejaba de él, su mirada clavada en ella.

—Quieres pensar que es así, Mikayla, pero sabes tan bien como yo que no ha terminado.

—¿Por qué? — echando su pelo hacia atrás, ella le observó con consternación.

—Puedes tener las mujeres que quieras, Nik. ¿Por qué yo?

—¿Por qué yo? — él preguntó en cambio — ¿Por qué has abierto una puerta que no sabía que existía dentro de mí?¿Por qué, Mikayla, estás haciendo soñar a un hombre muerto?

Él se quedó paralizado. No había dicho eso. Joder.

Nik abrió la puerta sin decir una palabra, atravesó la tienda y salió.

Se había acabado. Simplemente terminado.

Y sabía hacerlo mejor.

No había terminado. No acabaría hasta que su perfume hubiera salido de su cabeza, hasta que no tuviera su sabor en su lengua. Y sabía que no podría estar lejos de ella el tiempo suficiente como para que ocurriera pronto.

Caminando hacia el aparcamiento en el lateral de la tienda, Nik se montó en la Harley y, en cuestión de segundos, rugió calle abajo. Llevaba el casco, aunque hubiera deseado sentir el viento en su pelo, el olor de la tormenta que se estaba formando, llenando sus sentidos. Pero en vez de

borrar el olor y el sabor de Mikayla de su mente, solamente se lo recordaba. Bajo ese exterior de chica buena, ella era salvaje y libre como la tormenta.

En sus ojos había visto más que a una modista, más que a una virgen. Vio a una mujer luchando por aferrarse a la seguridad cuando la seguridad era la última cosa que ella realmente quería.

Debería dejarla en paz, pero sabía que no lo haría. Sabía que no podría. La parte de él que había estado muerta estaba volviendo lentamente a la vida por ella. Mantenerse alejado no era una opción.

Llevando una mano a un lado del casco, activó la conexión con la base y la mujer que se encargaba de las comunicaciones.

—Jordan se está poniendo nervioso, chico grande — Tehya informó a Nik mientras contestaba al enlace. — Te necesita de vuelta aquí.

—Todavía no — contestó él, su voz endureciéndose ante la idea.

—Necesito que me consigas algo de información.

—Si Jordan se entera de que estoy trabajando en tu "favor", es probable que me castigue — ella contestó arrastrando las palabras.

Nik esperó

—Vale, puede que al final me dé esos azotes con los que sigue amenazándome. — Ella se rió ligeramente.

—¿Qué necesitas?

—Luke Nelson, hijo de Maddix Nelson — le contestó Nik.

—No me dijiste que había salido con Mikayla.

—Monada, tu pequeña señorita Martin ha salido con muchos — Tehya le informó divertida.

—Durante el año pasado, salió con ocho hombres diferentes. Incluso el pequeño problema entre ella y Nelson no ha disminuido su vida social. Aunque rara vez sale con el mismo durante más de un par de citas. Ella es muy popular. Asiste a muchas de las fiestas en las que se usan sus vestidos. Antes de que Eddie Foreman fuese asesinado, la invitaban a muchas casas. En realidad, sus citas han aumentado desde que acusó a Maddix Nelson de asesinato. Parece que esta guerra entre ellos mantiene a todo el mundo muy entretenido. Si quieres saber más acerca de esas familias, deberías preguntar a Eleanor Longstrom.

Eleanor Longstrom era la propietaria de la tienda de antigüedades al lado de la tienda de Mikayla. Una ex agente de la CIA y uno de los contactos de la unidad, ella podría sonsacar información que otros sólo soñaban con conseguir.

—Investígale. Mientras estás en ello, mira si puedes desenterrar algo sobre Maddix que no haya descubierto yo. Algo anda mal aquí, Tehya. Ambos no pueden estar diciendo la verdad. — Tehya guardó silencio un largo rato.

—Ella es una chica guapa — dijo finalmente en voz baja.

—¿Te estás enamorando, hombre de hielo?

Era el apodo que Tehya usaba con cariño, como hizo ahora. Pero le recordó lo peligrosa que era Mikayla para su autocontrol.

—Eso no tiene nada que ver con la verdad — le dijo a Tehya.

—Ambos siguen aferrados a su historia y necesito llegar al fondo de este asunto. Mira lo que puedes descubrir para mí.

—Lo haré — prometió ella.

—Aunque me va a llevar unos días. El equipo está en una misión y les estoy proporcionando apoyo.

—Comprendido.

La misión viene primero.

—Trabaja en ello cuando puedas.

El enlace se desconectó cuando Nik giró con la moto hacia la interestatal, tomando la salida a la casa que había alquilado. Iba a tener que terminar esto rápidamente. De otra manera, el pequeño hada que estaba robándole su autocontrol iba a terminar robando su corazón también.

Mikayla metió el Jeep en su entrada, echó una mirada a la casa de al lado y vio las luces que brillaban en el interior así como el resplandor de las luces del porche trasero.

Era bien entrada la noche. Deliberadamente se había quedado en la tienda todo el tiempo posible, tratando de restablecer sus defensas. Nunca había tenido que preocuparse de que se cayesen por el toque de un hombre.

Pero ningún hombre la había afectado como lo hacía Nik Steele.

Moviendo su cabeza ante la idea, levantó sus llaves de su bolso, colocó la correa sobre su hombro y salió del Jeep.

Mientras ella cerraba la puerta con el mando automático, Nik abrió la puerta principal. Apoyándose en el marco de la puerta, sus brazos cruzados sobre su pecho, él la miraba.

Se veía alto, prohibido, oscuro.

Dándose la vuelta, ella se apresuró por la acera hacia la casa, su mirada observando con cuidado a lo largo del patio, del porche, atenta a cualquier cosa fuera de lo común.

No era tan cautelosa como era normalmente. No estaba asustada. Nik estaba observándola. Él estaba allí y, por

alguna razón, eso le daba una sensación de seguridad que ni siquiera había sentido cuando sus tres fornidos hermanos la habían escoltado a casa, registrándola y asegurándose que todas sus puertas y ventanas estuviesen cerradas.

Nik era peligroso. Ella sentía que era más peligroso que cualquier persona que pudiera estar esperando en las sombras.

Desbloqueando la puerta principal, Mikayla entró, cerró la puerta, introdujo su código de seguridad y luego echó la llave. La casa estaba demasiado silenciosa.

Se sentía completamente sola y demasiado inquieta.

La necesidad de salir y caminar a la puerta de al lado era insoportable. Era un impulso que se obligó a ignorar.

Había una razón para haber llegado a casa tan tarde, la esperanza de estar lo suficientemente cansada como para ir directamente a dormir.

Parecía que eso no iba a ocurrir pronto.

Moviéndose hacia la pequeña oficina entre la sala de estar y la cocina, dejó caer su bolso en la pequeña mesa al lado de la puerta y se dirigió hacia su ordenador.

Después de encenderlo, fue a la cocina, se sirvió un vaso de té dulce y volvió a la oficina.

En el momento en que se sentó, el equipo se había cargado y estaba listo.

El fichero marcado “NELSON” brillaba desde el escritorio.

¿Cómo podría avanzar en su investigación sobre Maddix Nelson? Había sacado todo lo que pudo encontrar sobre él así como sobre Eddie Foreman y todavía no había nada que pudiera usar.

Lo mejor que había podido encontrar habían sido unos pocos artículos mencionando problemas de fabricación y de materiales con algunos trabajos. Nada que no hubiese encontrado en innumerables empresas constructoras distintas.

Apoyando sus codos en el escritorio, se cubrió el rosto con las manos y se preguntó dónde debería ir desde aquí. No había nada que vincular a Maddix Nelson con el asesinato de Eddie Foreman, aparte del hecho de que Mikayla había sido testigo de ello.

Y nadie la creyó.

Estaba en un callejón sin salida.

Maddix Nelson iba a librarse del asesinato.

Un profundo suspiro salió de sus labios mientras contemplaba el archivo todavía sin abrir. Estaba tan concentrada en el archivo que cuando un golpe fuerte sonó en su puerta, se sobresaltó.

Se levantó, mirando el reloj del ordenador antes de girarse hacia la puerta.

Sabía quién era. Podía sentirle con cada fibra de su ser.

—Mikayla — la áspera voz, como papel de lija sobre terciopelo, acarició su espalda con sensual destrucción.

Eso no le impidió moverse por la habitación, sus dedos introduciendo el código de la alarma antes de abrir la puerta.

Él no llevaba la ropa de cuero. Llevaba pantalones vaqueros ajustados y una camisa blanca metida en la cintura. Las mangas largas estaban enrolladas en los codos y se veía algo de vello por los bordes de los botones del pecho.

Su pelo largo y casi blanco estaba suelto, cayendo alrededor de sus duras facciones con un delicioso atractivo desenfadado.

—Son casi las once, Nik. ¿Qué quieres?, — preguntó ella con cansancio, fatigada de luchar consigo misma para resistirse a su magnetismo.

—Necesitamos hablar — entró en la casa sin una invitación.

—¿No podemos hablar mañana?

¿En algún momento cuando su fuerza de voluntad fuese más fuerte, quizás? Ese definitivamente sería un momento mejor para hablar, en lo que a ella se refería.

—No. Necesitamos hablar esta noche.

Mikayla cerró y bloqueó la puerta antes de girarse para enfrentarle.

—¿Quieres beber algo ? — preguntó.

Ahora, cada terminación nerviosa de su cuerpo estaba en permanente atención. El simple hecho de caminar, de sentir la seda de su falda contra sus muslos, se estaba convirtiendo en algo sexual.

Caray, ¿cómo había logrado vivir tanto tiempo sin conocer el efecto que un hombre podía tener en ella?

—Estoy cansada, — declaró, aunque no sentía cansancio en lo más mínimo en este momento. Excitada. Llena de anticipación. Pero el cansancio ocupaba el último lugar.

Su mirada barrió sobre ella. Podía sentir el hambre en esa mirada, una oscura necesidad que la había aterrorizado una vez y que la dejó sin aliento por la anticipación.

Era todo lo que Nik podía hacer para mantener sus manos fuera de ella. Sus palmas picaban con la necesidad de acariciar su piel de seda, de tumbarla debajo de él, de follarla hasta que ambos estuviesen saciados, exhaustos de satisfacción.

Su polla palpitaba con la necesidad. Cada terminación nerviosa de su cuerpo palpitaba por ello. De pie ante él, sus curiosos ojos amatista, calientes, ella hacía que se quemara por dentro por ella.

Aunque no estaba allí para follarla. Estaba allí para terminar esto. Ya había llamado a Maddix. No había nada que encontrar, ninguna razón para sus acusaciones aparte del hecho de que ella creía que había visto a Maddix Nelson matar a su capataz.

El ataque la noche en que ella y Nik se conocieron había sido en respuesta a sus denuncias contra Nelson, el atacante actuó por la ira. Nada más tenía sentido. La pintada en el escaparate de su tienda, todo ello. Ella necesitaba retirarse, dejarlo ir y Nik tenía que irse.

Nik creía que Maddix no había estado allí. Su coartada era demasiado sólida. Pero la creencia de Mikayla en lo que había visto era demasiado profunda.

No había nada que vinculara a ninguno de los dos con algo sospechoso, lo que significaba que el asesino todavía estaba en libertad, no tenía nada que temer, ya que la única persona que lo vio, pensaba que había visto a otro.

Ella no era una amenaza y no había ninguna razón para que el asesino la hiciera daño.

Era el momento de que Nik se fuera.

—¿Por qué estás aquí tan tarde, Nik?, — ella entró en la sala de estar, su expresión tranquila y calmada a pesar de que la excitación brillaba en sus ojos.

El pelo largo rubio oscuro de Mikayla caía sobre su espalda como una capa pesada. La imagen de un hada vino a su mente una vez más. Un hada pequeña, inocente y frágil demasiado buena para el mundo en el que, de repente, se había metido.

—Me voy. — Apoyando sus pulgares en su cinturón, luchó contra la necesidad de tocarla.

Sus ojos mostraron sorpresa.

—¿Ya has terminado tu trabajo? No merecía la pena alquilar una casa para eso, ¿verdad?

Su voz mostraba confusión así como decepción.

—Me las arreglé para terminar las cosas más rápido de lo que esperaba, — le dijo, preguntándose por la opresión en el pecho mientras ella continuaba observándole con sombría intensidad.

—Ya veo. — Ella asintió lentamente.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana por la noche.

Ella le preguntó sin dejar de míralo.

—Así que ¿por qué estás aquí esta noche?

Él casi sonrió. Ella era lista como el infierno. Sabía que algo no estaba bien acerca del trabajo que él había afirmado tener frente al hecho de que se iba tan pronto.

—Estoy aquí debido a lo que viste, Mikayla. — Él trató de decir las palabras con suavidad, bajando la voz lo suficiente como para que ella supiese que no estaba allí para hacerla daño.

Ella se estremeció. Infiernos, buen intento.

—¿Estás aquí a causa de Maddix?

Nik apretó los dientes durante largos segundos mientras veía como los sentimientos de traición llenaban sus bonitos ojos.

—Conozco a Maddix desde hace algún tiempo — le dijo Nik.

—Confío lo bastante en el hombre que conozco como para creer que es inocente. Estaba aquí para investigarte, para averiguar por qué quieres destruir a Maddix acusándole de asesinato.

Nik no iba a dorar la píldora. No había una forma suave de decírselo. No había una manera fácil de hacer esto para ella, o para impedir que le odiase después de su partida.

Mientras daba un paso atrás, casi en defensa, cruzó sus brazos sobre su pecho, su cara quedó pálida, provocando que los ojos pareciesen más grandes, más oscuros que antes. El dolor recorrió su rostro mientras la humedad brillaba en sus ojos, prueba de que él estaba perforando el corazón de una mujer que había resultado demasiado herida en la últimas semanas.

—Ya veo, — susurró, obviamente luchando contra el dolor y la rabia que podía ver construyéndose en sus ojos.

—La noche en el club. El tipo que me atacó. ¿Le conocías también?

Nik frunció el ceño mientras sentía que el hielo que había construido a su alrededor antes de venir aquí comenzaba a romperse.

—¿Crees que yo he hecho que alguien te atacara, Mikayla?

Los labios de Mikayla se apretaron en una mueca burlona.

—Lo siento, tonta de mí. Te gusta hacer el trabajo sucio ¿verdad? ¿Consigues más satisfacción de esa manera?

No podía culparla por su ira. Había esperado algo mucho peor que esto. Pero tenía que admitir que este dolor

silencioso le desgarraba más profundamente que cualquier acusación a gritos.

Podría haberse alejado de los gritos. Alejarse de este dolor silencioso era mucho más duro.

—Mataría a cualquier hombre que intentara hacerte daño, — le dijo.

—Nunca te haría daño, Mikayla, no intencionadamente.

—¿Qué más se merece un mentiroso? — Sus dedos apretados en sus brazos mientras se sostenía así misma.

—¿No es así como lo ves? Me atreví a mentir acerca de tu precioso Maddix. ¿Qué más merezco?

Él negó con la cabeza, odiando esto. Lo odiaba más de lo que había odiado jamás algo en esta vida. Viendo el dolor en su cara, tensó cada músculo de su cuerpo y destrozado por su decisión de no tocarla.

—No creo que seas una embustera, Mikayla, — él suspiró.

—Como tampoco creo que Maddix sea un asesino. Lo que sí creo es que tú piensas que viste a Maddix. Era de noche. Las sombras cubren la obra en ese momento del día. Eso puede hacer que cualquier persona, cualquier cosa, tenga un aspecto muy diferente.

Cayó una lágrima.

Dios, él odiaba esa simple lágrima, la prueba de que ella estaba luchando muy duro para contener el dolor que él estaba infringiendo.

—Por supuesto, eso es todo lo que fue. — Ella asintió con la cabeza. Un acuerdo burlón, irónico. Uno lleno de traición.

—Lo averiguaste, Nik. Muchas gracias por solucionar este pequeño problema por mí. — dijo ella respirando

entrecortadamente, rompiendo un corazón que él no sabía que tenía.

—Ahora, puedes salir de mi casa y volver por dónde has venido.

En este momento, cualquier otra mujer que él conocía, o hubiera conocido, habría estado echando pestes por su boca. Gritando. Tirando cosas. Él podría haber escapado y agradecido a su buena estrella porque ella no había logrado golpearlo en la cabeza con algo.

Pero no Mikayla. Su espalda recta, su barbilla levantada desafiante, y combatiendo sus lágrimas y su ira con todo lo que tenía.

Y estaba matándola.

Mikayla devolvió la mirada a Nik, sintiendo como si estuviera a punto de vomitar. Su pecho se sentía apretado, su corazón luchando contra la agonía que sentía.

¿Había algo que pudiese doler tanto?

No, no lo había. No había dolido tanto cuando su tío le había hecho la misma pregunta.

No importaba que fuese una pregunta lógica.

—Extraño. — Su voz sonaba ahogada.

—Tú nunca me has preguntado sobre lo que ocurrió esa noche. Nunca me has preguntado sobre la posibilidad de que yo pudiera haber confundido a alguien con Maddix, ¿verdad, Nik?

Si hubiera preguntado, podía haberle dicho por qué ella estaba segura. Podía haberle dicho cómo la luz del sol atravesó las sombras, iluminando el rostro característico de Maddix durante unos pocos e inolvidables momentos.

Pero Nik no la había preguntado.

—No había ninguna razón para preguntar, Mikayla — afirmó; su expresión parecía estar llena de piedad.

—Hablé con Maddix, su familia, sus coartadas, y sus vecinos. Él estaba en casa, exactamente como dijo que estaba.

Mikayla asintió de nuevo. Cualquier cosa para sacarlo de su casa, de su vida. Sólo quería esconderse y lamerse las heridas mientras sentía que se desgarraba su corazón.

Había sabido que Nik Steele era una idea muy mala. Debería haber seguido sus instintos. Esto le enseñaría a hacer exactamente eso.

No podía creer que su corazón le había llevado por el mal camino de esta manera. Que había estado a punto de caer por un hombre que le había estado mintiendo todo el tiempo.

Al menos, él había tenido la decencia de no seducirla, se dijo a sí misma. No sufriría esa humillación final.

—Mikayla, vas a tener que aceptar que Maddix no mató a Eddie Foreman. — Le dijo Nik, su voz severa.

Cuanto más tiempo permanecía allí, más amenazante se volvía su expresión.

—Hey, estoy de acuerdo contigo. — Ella estaba luchando con sus lágrimas segundo a segundo. Dios la ayudase, si ella no conseguía echarle de su casa, ella se vendría abajo y se humillaría perdiendo el control de sus lágrimas.

—Puedes irte ahora, Nik. Has explicado todo. Vaya, Maddix debería haberte llamado antes para solucionar este pequeño problema suyo.

Ella odiaba a Nik. Quería odiarle. Quería odiar todo lo relacionado con él que la hacía tanto daño. Sentir las afiladas garras de la agonía arañando a través de su alma con las sutiles mentiras que él había practicado.

Nik tensó su mandíbula, los músculos trabajaban con fuerza mientras él obviamente luchaba para no decir lo que quería.

—¿Por qué no te vas? — sugirió ella mientras andaba hacia la puerta y la abría.

—Vete, Nik. Haz las maletas, regresa al lugar de donde viniste. No te necesitaba antes de que llegaras aquí y no te necesito ahora.

Ella no necesitaba a nadie más para recordarle que Maddix Nelson había conseguido librarse del asesinato. Lo veía en su rostro a diario. Lo pintaron con espray en el escaparate de su tienda. Lo decían en los mensajes de su contestador automático de su casa todas las noches.

La injusticia de todo hervía en su interior como si fuera ácido. Eddie Foreman podría no haber sido un buen hombre, pero no había merecido morir de esa manera. Y ella no era lo suficientemente fuerte como para llevar a su asesino ante la justicia.

El conocimiento de que no había nada que pudiera hacer al respecto le carcomía su mente como el ácido.

Nik miró a la puerta, luego a Mikayla.

Él quería hacer lo que ella le había ordenado. Dios sabía que era el curso de acción más inteligente. Debería salir por esa puerta y terminar con esto. Era obvio que se había acabado.

En cambio, la necesidad de tocarla estaba aumentando en su interior por momentos. Sería la última oportunidad para tocarla, para saborearla. La última oportunidad para experimentar ese increíble placer, la casi paz que encontró en su toque.

Se movió hacia la puerta como si fuera a seguir la orden. Su mirada permaneció atrapada en la de ella, cada célula de su cuerpo enfocada en su calor.

Mientras él se paraba delante de ella, su mano se aferró al borde de la puerta, la soltó de la mano de ella y la cerró suavemente mientras ella observaba en estado de shock.

—¿Ahora qué? — ella susurró, la ira atravesándola por un instante.

—¿Todavía quieres una respuesta a esa pregunta que hiciste antes? ¿Poco o mucho? — sus labios apretados, esa chispa de dolor oscureciendo aún más sus ojos.

—¿Adivina qué, Nik? ¿Qué dices sobre nada? Nada. No hay nada más que quiera de ti. No, solo vete para que pueda olvidar que alguna vez exististe.

—¿Por qué crees que me voy?, — su voz era un gruñido áspero que sorprendió a los dos.

En ese tono, él oyó lo que ella sentía. Un hambre como el que él nunca había conocido en su vida. Una necesidad que quemaba en su estómago, en sus bolas, que apretaban y llenaban de sangre su pene hasta ponerlo dolorosamente duro

La necesidad de follarla estaba desgarrándole. La necesidad de poseerla, de hacer lo imposible, de protegerla, rasgó a través de él con un poder tan fuerte que por un segundo rompió el control que él se había prometido mantener.

Antes de que pudiera detenerse, la atrajo hacia él. Antes de que ella pudiera protestar, la levantó, cubriendo sus labios con los suyos, y cedió ante la necesidad tan feroz, tan primordial, que era más animal que lógica.

Y Mikayla no podía resistirse.

Mientras sus labios se inclinaban sobre los de ella, Mikayla no podía contener su propia necesidad, de probarle, de sentirle, sólo una vez más.

Una última vez.

El dominio que ella había ejercido sobre sus lágrimas desapareció y la humedad cayó de sus ojos. El dolor gestándose en su interior encontró su liberación, el hambre que no podía controlar rompió las últimas barreras que había luchado para poner entre ella y este hombre, no podía contenerse.

El placer recorrió sus terminaciones nerviosas, barrió a través de su sistema. Garras forradas de terciopelo se agarraron en su vientre, enviando sensaciones que se apretaron en su sexo, inflamando con más fuerza su clítoris y dejándola indefensa en su abrazo.

Él era el chico malo. Un rompecorazones. Lo había percibido todo el tiempo, había sabido que no podía ceder a la tentación, no importaba lo que ella quisiera. Lo que anhelaba.

Sus labios se separaron más, su lengua lamiéndole mientras un gemido se escapó y sus manos agarraban sus hombros desesperadamente.

Él sabía salvaje y peligroso. Su beso era oscuro y terrenal, lleno de dominante y lujuriante éxtasis.

Arqueándose hacia él, sólo podía gemir mientras sentía sus dedos tirando del dobladillo de la blusa para sacarla de su falda. Su gran mano acariciaba por debajo de ella, cerrándose alrededor de sus caderas, levantándola hacia él mientras su otra mano se curvaba alrededor de la carne redondeada de su pecho.

Su pulgar acarició su pezón mientras sus dedos se adentraron por debajo del borde de su sujetador y liberaron su carne. Él se estaba moviendo cuando la acarició más allá

de la razón. Moviéndola. Antes de que pudiera procesar la información, procesar dónde estaba, se encontró tendida sobre el rico material de microfibra de la tapicería del sofá, Nik moviéndose sobre ella.

Su blusa estaba desabrochada, abierta. El cierre frontal de su sujetador estaba suelto y sus labios estaban viajando sobre uno de los senos, lamiendo, besando mientras le miraba en estado de shock. Ella observaba con desconcierto como sus labios se abrieron, cubrieron la cima apretada y dura de su pecho y lo succionaba en el calor abrasador de su boca.

Su lengua acariciaba el apretado grupo de terminaciones nerviosas, enviando ráfagas de placer eléctrico que arrasaban entre sus muslos mientras sentía fluir sus jugos desde el interior de su sexo. Su vagina estaba tensa, quemaba, se sentía vacía mientras el duro muslo de Nik presionaba contra el sensible montículo con firmeza.

Ella se estaba ahogando con las sensaciones. El placer la inundaba, acallando cualquier protesta que podría haber pensado hacer y había eliminado la traición, el dolor, la ira, llenando su lugar con calor y hambre.

Se encontró balanceándose contra su muslo, sus manos crispadas en su pelo para mantenerlo contra su pecho. Sus muslos apretaban contra él, acariciando su clítoris contra el algodón de sus vaqueros y la seda de sus bragas a la vez que el éxtasis amenazaba con conducirla salvajemente.

No lo podía soportar. La necesidad la estaba desgarrando, estaba creciendo, haciéndola caer a un abismo de pura sensación, demasiado intensa para negarla.

Ella quería más. Lo quería todo. El duro eje de su erección libre, caliente y duro, pulsando en ella, tomándola. Quería sentir el placer/dolor de esa primera posesión, quería sentir la agonía de ese primer orgasmo.

—Oh, Dios, Nik, por favor…— Ella se retorcía contra él, mientras sus labios se movieron hacia el valle entre sus senos, su lengua lamiendo a la vez que su mano acariciaba su estómago, sus dedos acariciando su carne.

—Mikayla — El gruñido de su voz la debilitó aún más, llevándola más profundo en el vértice del placer.

Las manos de Mikayla tiraron de su camisa, la necesidad de tocar su carne, un hambre diferente a cualquier otro que hubiera experimentado.

—Dulce bebé — él gimió, su muslo volvió atrás, sus dedos deslizándose por los muslos de ella.

—Joder, Mikayla, te necesito.

La admisión de Nik golpeó su vientre como un golpe bajo, haciendo que se apretase, que latiera con hambre salvaje.

Ella se sentía mareada, desesperada. Nada importaba sino su toque. Las mentiras estaban olvidadas, la traición empujada al fondo de su mente.

—Mikayla, bebé. — Sus dedos acariciaron el centro mojado de su cuerpo.

—Me hubiera encantado tener tiempo para convencerte de depilarte esta bonita carne. Déjame lamerte, probar tu dulce coño.

Ella gritó. El placer que se precipitó a través de ella era más de lo que podía soportar.

—¿Te gustaría eso, cariño?

Sus labios se movieron hacia abajo por su cuerpo, lamiendo su ombligo, acariciando a su alrededor mientras sus dedos presionaban sobre su clítoris.

—¿Quieres mi boca en ti?,¿succionando tu dulce clítoris, lamiéndolo? Te follaría con mi lengua, bebé. Llevándola muy profundo dentro de tu dulce coño.

Sus caderas corcovearon contra su mano mientras luchaba por respirar, las imágenes corriendo a través de su mente, alimentando el hambre.

Lo suficientemente alto que ella estaba dispuesta a suplicar. Estaba lista para rendirse, para rendir su corazón a un hombre que la había engañado. Qué había mentido por omisión.

Ella sintió las lágrimas que caían de sus ojos ahora. El dolor crecía en su interior, igualando al hambre. Él iba a romperle el corazón. Él iba a tomarlo todo.

—Mikayla.

Torturado, destrozado, su voz atrajo su mirada de nuevo hacia él mientras la miraba.

Sus dedos se alzaron para secarle las lágrimas.

—No puedo decirte no. — Ella de repente lloró.

—No puedo. Te necesito, Nik, tanto. — Su respiración entrecortada, la emoción la desgarraba.

—¿Qué hago cuando debo recordar que me mentiste? ¿Cuando tienes que irte? ¿Qué hago entonces?

CAPÍTULO 7

Al día siguiente, Mikayla fue a trabajar y se escondió en su oficina. No había dormido; no podía concentrarse. No lloraba, pero, Dios, quería hacerlo. Quería derrumbarse y gritar y enfurecerse y maldecir a Nik por romperla el corazón.

Obviamente, para la hora del almuerzo, Deirdre había tenido suficiente. Cuando entró en la oficina y cerró la puerta detrás de ella, Mikayla levantó la vista de la contabilidad en la que ni siquiera se estaba concentrando.

—Cerré la tienda durante el almuerzo. — le informó su amiga.

—Ya es hora de que hablemos.

Mikayla asintió con la cabeza. Esa mañana había contado a Deirdre lo que había ocurrido. Podía haber omitido los detalles, pero Deirdre sabía lo suficiente para comprender lo cerca que Mikayla había estado de entregarse a Nik.

Un hombre que ella ni siquiera conocía. Del que todavía sabía muy poco. Un hombre que la había engañado.

—¿Se marcha esta noche? — preguntó Deirdre cuando Mikayla no dijo nada.

—Eso ha dicho, — se recostó en su silla y pasó las manos por la cara, sabiendo que su aspecto era malo como el infierno.

¿Qué diablos estaba mal con ella, de todos modos? No podía estar enamorada de él, pero estaba cerca de sentir algo… Todo lo que sabía era que era algo bueno que se fuera; de lo contrario, acabaría rogándole que la llevara con él.

—Vas a decirle adiós, — dijo Deirdre, su voz airada.

Mikayla se inclinó hacia delante lentamente.

—¿Has perdido la cabeza?

Deirdre tenía que estar loca. El toque del hombre era como una droga. Ella no podía resistirse. ¿Y su mejor amiga pensaba que iba a tentar al peligro aún más?

—Si no lo haces, siempre vas a estar esperándole, nunca le dejarás marchar, no realmente. Siempre será el que se fue. Tú no quieres eso. He visto a mi madre pasar por esto con mi padre. No pudo verle marcharse y nunca dejó de esperar su vuelta.

Mikayla sacudió su cabeza.

—No estoy casada con él, — replicó desafiante.

—Ni siquiera estoy enamorada de él.

—No importa. — Deirdre apoyó las manos en sus caderas y miró de nuevo a Mikayla.

—Escucha, sé de lo que estoy hablando aquí. Vete a casa, dúchate, maquíllate un poco y ponte algo bonito. Y dile adiós a ese hijo de puta con una sonrisa, aunque te esté matando. Te prometo que dormirás mejor esta noche.

¿Sería verdad? ¿O sólo dolería más?

Mikayla dejó escapar un fuerte suspiro a la vez que cruzaba sus brazos sobre el escritorio y dejaba caer su cabeza sobre ellos.

—No quiero decir adiós, — murmuró, en tono rebelde.

—Podría llorar otra vez.

Qué humillación. No había tenido la fuerza necesaria para decirle simplemente no. En su lugar había llorado. Porque sabía que iba a marcharse. Sabía que la había mentido, que no la amaba, que iba a alejarse de ella tanto si le permitía ser su amante o como si no.

Y honestamente, era mejor de esta forma. Ella sabía desde el comienzo que era un rompecorazones. Todos los chicos malos lo son. Rompen corazones desde la cuna, y rara vez entregaban su corazón.

Ella lo había sabido desde el momento en que puso sus ojos sobre él al pasar por la calle de Gina Foreman. Él chico malo por excelencia.

—Vamos, Mikayla, no quieres obsesionarte con él después de que se haya ido y no quieres echarle la culpa. — Deirdre suspiró.

—Vete a casa, prepárate y, cuando se vaya, sonríe y dile adiós. Hazlo por ti misma o siempre te arrepentirás.

Sentada, miró a Deirdre, sabiendo cómo les había afectado el abandono de su padre, tanto a ella como a su madre. Ella y Mikayla habían sido amigas desde siempre. Compartían la pasión por la ropa y por el negocio. Tenían sueños distintos y vidas separadas y ambas se apoyaban una a la otra.

Y, probablemente, Deirdre tenía razón. Ella y su novio intermitente, Drake, habían tenido más de una relación tumultuosa. Drake había roto el corazón de Deirdre más veces de las que Mikayla podía contar. Si alguien sabía cómo duele no ser capaz de marcharse, ésa era Deirdre.

—Piénsalo, — instó a su amiga.

—No le permitas que te haga más daño de lo que ya te ha hecho, cariño.

Con eso, Deirdre abrió la puerta y volvió a la parte delantera de la tienda. Probablemente también a su almuerzo.

Mikayla deseaba tener apetito. En estos momentos, su estómago protestaba con la sola idea de la comida. No quería decir adiós a Nik. No quería que se marchara. Quería volver a

la noche pasada, antes de que ella hubiera sabido por qué estaba allí y qué estaba haciendo.

Al momento en que, en el fondo de su mente, se había preguntado si ella tenía lo que hay que tener para domar a un chico malo.

La idea hizo que se quedara inmóvil. Dios, ella era mejor que eso; tenía que haberlo sabido. Nunca se había permitido estar interesada en los chicos malos, los encantadores, los rompecorazones. En cambio, se había centrado en los chicos buenos, estables. Solo para aprender que muchos de ellos no eran tan estables después de todo.

Tenía veintiséis años y aun vivía ese sueño infantil de ofrecer su virginidad, ese regalo que podía dar solo una vez, al hombre con el que compartiría el resto de su vida.

Poco realista. Nadie podía acusar a Mikayla Martin de ser una realista inflexible, ¿verdad?

Sacudiendo su cabeza, se levantó al escuchar el bajo sonido melódico de la campana de la puerta tintineando delicadamente. Deirdre había vuelto a abrir la tienda en lugar de esperar a que terminase la hora del almuerzo.

No importaba. Mikayla se iba a casa. Iba a seguir el consejo de su mejor amiga y esperaba que supiera de lo que estaba hablando.

Después de que Mikayla recogiera todos sus papeles y los volviera a archivar, se dio la vuelta para coger su bolso y salir. La puerta de la oficina se abrió y dio un paso atrás con sorpresa mientras Deirdre seguía al hombre conocido dentro de la oficina.

—Hablando de frikis, — Deirdre se burló de Luke Nelson al tiempo que él la miraba.

—Acaba de entrar como si fuese el dueño del maldito lugar.

—Si no hubiera sido por mi familia, ella no tendría esta tienda, — Luke replicó con petulancia. Ella no había visto este lado de su carácter hasta que había cometido el error de salir con él unas cuantas veces.

Luke era egoísta, egocéntrico y, por lo que a él concernía, muy importante.

Mikayla nunca había considerado a Luke tan importante y, a cambio, había obtenido su menosprecio.

—¿Qué quieres, Luke? — Mikayla apoyó una mano en su cadera y le miró con irritación.

—Tengo cosas que hacer hoy y no tengo tiempo para tratar contigo.

—¿Cosas como Nikolai Steele? — replicó Luke.

—Dios, pensaba que tenías más sentido común como para mezclarte con semejante chusma.

Detrás de Luke, la expresión de Deirdre mostraba indignación mientras Mikayla le miraba en estado de shock.

—Ella salió contigo, — Deirdre le contestó.

—Nik Steele es cualquier cosa menos un ligue.

Luke la miró de nuevo mientras ella ponía sus ojos en blanco y se apoyaba en el marco de la puerta, obviamente negándose a irse.

—Luke, lo que hago o a quien veo no es asunto tuyo, — Mikayla le informó.

—¿Eres consciente de que ese bastardo no es más que un criminal? — le dijo Luke, su mirada recorriéndola de forma insultante.

—Tenía mejor opinión de ti y de tu señorita Santurrona.

¿Su señorita Santurrona?

—No soy santurrona, — murmuró Deirdre desafiante a espaldas de Luke a la vez que cruzaba los brazos sobre sus pechos y le fulminaba con la mirada.

—Dejadme en paz, — Mikayla miró a ambos.

—¿Qué demonios quieres, Luke? No tengo tiempo para tratar contigo.

—Ella dijo “demonios”, — los ojos de Deirdre se abrieron mientras ella y Luke se quedaron mirando a Mikayla como si hubiera cometido un crimen.

Ella siempre decía “demonios”. Sólo que nunca en voz alta. Sus hermanos tenían el monopolio del lenguaje vulgar. Mikayla había afirmado que no lo utilizaba. Eso no significaba que no lo pensara.

—Luke, ¿cuál es tu problema? — ella movió la cabeza, sin saber cómo tratar ahora a cualquiera de los dos.

—Tu amigo Nik Steele es mi problema, — Luke miró a Deirdre sobre su hombro como si estuviera retándola a hablar.

—¿Eres consciente de que el bastardo fue contratado por mi padre para demostrar que eres una mentirosa? ¿Que él está aquí para que parezcas tonta, Mikayla?

Mikayla arqueó sus cejas.

—Soy más que consciente de eso, Luke.

Su confesión congeló el aire por un momento. Él la miró, sus ojos desorbitados por la sorpresa.

Ella había logrado descolocarle. Luke no esperaba que ella supiera la verdadera razón por la que Nik estaba aquí. Había pensado que encontraría una forma de hacerla daño. Mikayla siempre había sabido que Luke era mezquino, pero no esperaba que fuera tan evidente al respecto.

—Tú no eres mejor que el resto de nosotros, — se burló él.

—No es más que un aspirante a terrorista y te estás revolcándote en la cama con él ¿no es cierto? A pesar de todos tus altos ideales.

Ella devolvió la mirada a Luke con picardía.

—¿Por qué? ¿Porque me negué a revolcarme en la cama contigo? Lo siento, Luke, quizás estaba buscando un hombre en lugar de un niño malcriado. Ahora, sal de mi tienda antes de que llame a Nik y te eche.

Era la mejor amenaza que podía idear, así como la más insultante. O por lo menos, fue tan rastrera como decir que estaba dispuesta a llegar a ese punto. Luke tenía problemas con su opinión sobre su virilidad, así como con la de los demás. No tenía sentido empeorarlo todo al echarle ella misma. Además, a ella le gustaba mucho cómo le quedaba el vestido de verano color verde pálido y los zapatos de tacón alto a juego que llevaba.

La expresión de Luke se retorció. Algo oscuro e inseguro brilló en sus ojos.

—Él es un problema, — Luke le gruñó de nuevo.

—Pero es mi problema, no el tuyo.

—¡Maldita sea! — la emoción casi ensombrecía sus ojos. —Maldita seas, Mikayla.

Girándose, salió de la tienda, la puerta se cerró con un portazo detrás de él.

—Es un niño pequeño con un cuerpo de infarto, — dijo Deirdre con pesar.

—Dios nos gastó una broma pesada cuando hizo a este hombre.

—Él hizo el cuerpo, no el hombre, — Mikayla se encogió de hombros, a pesar de que también sentía algo de pesar e inquietud.

—Luke es el único responsable de ser lo que es.

Deirdre miró a Mikayla con dudas.

—¿Con Maddix y Annette Nelson como padres?¿Qué otra opción tenía?

Annette, en todo caso. Pero Mikayla se guardó la observación para sí misma. Maddix Nelson había intentado criar a su hijo con algunos valores. Mikayla sabía que eso era un hecho. Durante muchos años, los Nelson y los Martin habían sido amigos.

Cuando Annete y Maddix se separaron, Annette consiguió la custodia de Luke, que era muy joven en ese momento y le educó de manera opuesta a cómo Maddix lo habría hecho.

Annete era una bruja; todo el mundo lo sabía. La habían tolerado porque Maddix gustaba a mucha gente y se beneficiaban de él. Su hijo… tampoco le aguantaban.

—Me voy a casa, — Mikayla suspiró con resignación mientras devolvía la mirada a su todavía silenciosa amiga.

—Voy a seguir tu consejo.

—Ya era hora, — le informó Deirdre.

—Métele caña, cariño. Podrá irse, pero te prometo que nunca te olvidará.

Igual que ella, no podría olvidarle. Tenía el mal presentimiento de que iba a ser el que se escapara sin importar lo que ella hiciese. Su reacción ante él era demasiado profunda, su necesidad de él era demasiado fuerte.

Podría haber prescindido de esos caprichos del destino que habían puesto a Nik en su camino. Podría haber vivido felizmente su vida sin el conocimiento de que existía ese placer.

No, ella rectificó. No podría. No hubiera querido perderse esto, no hubiera querido existir en un estado de ignorancia. Ahora sabía por qué no había funcionado ninguna de las relaciones que había tenido hasta el momento. Porque faltaba ese tipo de placer increíble.

Y ahora estaba saliendo de su vida antes de que supiera lo que se suponía que debía ser.

Nik observaba detrás de los visillos de la ventana delantera de la casa cuando el Jeep de Mikayla se detuvo en la puerta de al lado.

Mientras Mikayla se acercaba a su casa, Nik notó que iba vestida de forma impecable, como siempre. Ese hermoso pelo largo dorado estaba peinado de forma experta en una trenza francesa que caía por su espalda, solo su flequillo estaba suelto. La suave blusa de verano sin mangas que llevaba era de un suave color verde menta a juego con una falda por encima de la rodilla y tacones de color crema. Su bolso era del mismo color verde menta que su falda.

La maldita mujer siempre iba vestida de forma impecable y perfectamente coordinada. Daba la impresión de que no había una maldita cosa en el infierno que pudiera estropear su imagen perfecta.

Hasta que consiguió excitarla.

Y entonces, ella ardió en los brazos de un hombre.

O más bien, ardió en sus brazos.

—El hijo de Nelson fue a su tienda antes de que saliese, — Eleanor Longstrom, la propietaria de la tienda de antigüedades de la calle de Mikayla, declaró detrás de él.

Eleanor no tenía ni idea para quién trabajaba Nik, a pesar de su antiguo puesto clasificado en la CIA antes de su retirada diez años atrás.

Todo lo que Eleanor sabía era que se le había "pedido" cooperar con Travis Caine y Nik Steele cuando habían estado en la ciudad varias semanas antes. Esta vez, Nik la había pedido información, sabiendo que un par de ojos no sería suficiente.

Esa era la razón por la que había llegado esta noche, para entregar información, sin saber que él se iba y que por lo que a él concernía, su trabajo estaba terminado.

—¿Sabes por qué estuvo allí? — Nik preguntó mientras miraba por encima de su hombro a la vivaz abuelita que le observaba con una sonrisa de complicidad.

—Oí que estaba algo enojado, — declaró.

—Entré y hablé con Deirdre cuando Mikayla se fue. Luke fue muy insultante. Parecía creer que Mikayla se estaba rebajando por dormir contigo.

¿Por qué quería saber eso? ¿Y por qué estaba escuchando?

Nik gruñó ante la idea.

—Acaba de llegar a casa, — dijo.

—¿Dónde fue después de salir de la tienda?

—Se detuvo en la oficina de su padre durante un rato, — informó Eleanor.

—Su madre estaba allí. Mikayla y sus padres están muy unidos. Cualquier hombre del que Mikayla se enamore o empiece a ver en serio, tendrá que llegar a ser muy cercano a su familia.

Otra razón para irse, pensó Nik. Él no era un hombre de familia, por lo menos ya no lo era. Ahora era un solitario. Mikayla no necesitaba a un hombre que había jurado que nunca echaría raíces de nuevo.

—No es asunto mío, — le dijo a Eleanor.

—Me voy.

—Y eso es una lástima, — Eleanor suspiró.

—Ella te necesita en estos momentos. Aunque solo sea para averiguar qué está pasando.

—Está metida en un infierno de lío, — Nik declaró a la vez que se retiraba de la ventana.

—Nadie cree que Maddix matara a su capataz. Infiernos, incluso yo no creo que viera Maddix. Pero no creo que esté mintiendo. No hay pistas, no hay sospechosos. Es un callejón sin salida.

—Mikayla no es una mentirosa, — Eleanor encogió con gracia sus hombros mientras observaba a Nik con pensativos ojos azules.

—Yo solía hacer de canguro para su padre y he conocido a Mikayla toda su vida. Ella no es salvaje como sus hermanos y todos ellos son básicamente honestos, pero Mikayla se mantiene a un nivel superior. Siempre ha sido así. Es una buena chica, Nik y tiene problemas.

—¿Es una advertencia, señora. Longstrom? — Nik arqueó sus cejas ante la mirada de desaprobación en su cara.

Ella apretó los labios.

—Pensándolo bien, creo que es mejor para Mikayla que te vayas, — dijo sombríamente Eleanor.

—Ella no se merece un corazón roto junto con el resto de problemas con los que ha tenido que lidiar.

No, ella no lo merecía. Y Nik tampoco necesitaba añadir remordimientos a su vida.

—¿Tiene alguna información más? — preguntó Nik, asegurándose que su tono indicase que la reunión había terminado.

—No hay nada más que informar, Nik, — ella sacudió su cabeza, su corto pelo gris rozando la nuca.

—Pero como te dije cuando llegaste, Maddix estaba definitivamente en esa reunión cuando Eddie Foreman fue asesinado. Se trataba de una reunión improvisada que surgió cuando los miembros del consejo se enteraron de que la propiedad que habían estado intentando comprar para un proyecto de la ciudad, salía a la venta. La reunión en realidad se fijó pocas horas antes. Maddix tiene varios vecinos testigos de sus llegadas así como el hecho de que Maddix mismo abrió la puerta cuando llegó cada uno de ellos.

Tenía que haber algo que él no veía, pensó Nik. Había investigado esto hasta donde pudo. Su trabajo consistía en descubrir por qué Mikayla mentiría sobre lo que había visto.

No podía dar una respuesta porque ella estaba segura de haber visto a Maddix.

Era lamentable que Nik no hubiese sido capaz de resolver el problema y el que había matado a Eddie Foreman se había salido con la suya.

—Me voy ahora, — anunció Eleanor.

—Si necesitas algo más sólo tienes que hacérmelo saber. Es lamentable que no puedas quedarte y averiguar quién asesinó a Eddie. No siempre fue una buena persona pero no merecía ser asesinado.

—Tengo otras cosas que hacer, — le dijo Nik.

Eleanor asintió con la cabeza mientras se dirigía a la puerta de atrás.

—Es una buena cosa para el corazón de Mikayla, una mala para la propia situación. Tengo la sensación de que si no te vas, terminarás haciéndole daño.

O a él mismo.

Nik observó a Eleanor dejar la casa antes de volver a la ventana para mirar hacia la luz suave del atardecer.

Había guardado sus cosas y estaba preparado para irse, aunque no hubiera averiguado por qué no lo había hecho ya.

Había una parte de él que detestaba salir por la puerta, sin nada en la mano sino la bolsa de cuero con la que había llegado. Había algo que no veía, pero maldito si podía entender qué infiernos era.

Moviendo la cabeza ante la idea, Nik atravesó la casa, puso la alarma, luego cogió su bolsa de cuero que contenía varios cambios de ropa así como las armas que había traído consigo.

Tuvo que forzarse a salir por la puerta de entrada. Infiernos, alejarse siempre había sido fácil, especialmente desde su “muerte”. No sabía que era posible sentir ansia por una mujer como lo hacía él, por una pequeña dulce virgen.

Salió, deteniéndose en el porche mirando la luz que lentamente se iba oscureciendo en una noche de verano. Iba a llover. Podía sentirlo en el aire, prácticamente lo saboreaba en su lengua.

Ese perfume le recordaba a Mikayla.

Sacudió su cabeza, intentando eliminar el creciente pesar de su interior mientras avanzaba por la calzada hacia la moto aparcada allí.

—Nik.

Ella salió de detrás del Jeep y fue hacia la franja de césped que dividía el camino de acceso, pasando bajo el roble que crecía allí.

Un hada. Eso era lo que era. No podía sacar esa idea de su cabeza. Tan condenadamente pequeña e inocente, todavía creyendo, de alguna manera, en el bien de la humanidad. Él podía haberle dicho, debería haberle dicho, que ya no quedaba mucho de eso.

—Deberías haberte quedado en la casa, Mikayla.

Nik aseguró la bolsa de cuero en la alforja metálica del lateral de la moto.

—¿No debería decir adiós?

Había un ligero dolor en su voz ahora, que coincidía con el dolor que él había visto en sus ojos amatista, en su pálido rostro.

—"Adiós" es para los amigos, — le indicó mientras se enderezaba y le devolvía la mirada.

—¿Somos amigos, Mikayla?

Fue un desafío y él lo sabía. Ella seguía estando enfadada. La chispa de ira todavía persistía en su mirada, en la curva estrictamente controlada de sus labios.

—¿Por qué estás aquí? — Nik rodeó la parte trasera de la moto, sabía que permanecer aquí era un error.

Debería irse ahora, antes de que se acercara aún más. Antes de que jodiese completamente la frágil paz que había encontrado después de todos esos años.

—Yo digo adiós.

Los dedos de ella estaban entrelazados delante de ella, sus hombros rectos. Los tacones que llevaba apenas la hacían llegar a la mitad de su pecho. Se dio cuenta que quería

protegerla. Quería envolverla en sus brazos, protegerla del mundo y dejar toda esa inocencia y fuego sólo para sí mismo.

Debería estar encerrado por tan siquiera desear tal cosa, porque sabía lo frágil que podía ser esa ilusión.

—Te lo dije, yo digo adiós a un amigo, — gruñó él.

—O a alguien que deseaste que pudiera ser un amigo, — musitó ella en voz baja antes de atrapar el labio inferior con los dientes y mordisquearlo nerviosamente por un segundo.

—No te olvidaré, Nik.

Su estómago se cerró, su polla, dura desde el momento en que puso sus ojos en ella, intentaba engrosarse aún más. Infiernos, nunca había estado tan duro en su vida.

—Deberías. — Nik luchaba por mantener el control de su ira.

—Deberías olvidarme en el momento en que me monte en la moto y salga de aquí, Mikayla. ¿O te gusta cuando los hombres te mienten? ¿Cuando te hacen daño?

Ella se estremeció, sus labios se estrecharon.

—Quizás eso es por lo que estoy diciendo adiós, Nik, — sugirió entonces.

—Quizás me da miedo que si yo te veo marchar, entonces realmente no sea capaz de olvidarte.

Eso tenía más sentido, pero no iba a funcionar. Nik podría decirla que había momentos en la vida de una persona que no se podían olvidar. Para ellos, lo que no habían tenido, siempre los perseguiría. No se podía evitar.

Nik sacudió su cabeza.

—¿Qué coño quieres de mí, Mikayla? —suspiró

—Te dije la verdad. Tus hermanos son los que deberían estar aquí en tu lugar.

—¿Y qué harían? — preguntó ella con amargura.

—Si intentaran pelear contigo, les harías papilla. Si tuvieran suerte y te hicieran daño, nunca lo olvidaría. Se trata de una situación sin salida ¿no es así, Nik?

Por un segundo, las lágrimas brillaron en sus ojos antes de que las suprimiera. Dejó de mirarle durante un segundo, luego volvió a mirarle con fuerza renovada.

Mikayla tenía que ser una de las mujeres más fuertes en las que se había fijado. Maldita sea. Le hizo recordar los sueños que le ordenaron olvidar hacía mucho tiempo. Esa ilusión de encontrar la paz en medio de la guerra, la seguridad en un mundo donde la seguridad era una responsabilidad en lugar de un sueño etéreo.

—Es una situación sin salida, — añadió finalmente.

—Lo que haces con ello es lo que hace la diferencia, bebé. Cuando me haya ido, simplemente olvida. De lo contrario, solo te harás daño a ti misma.

Nik sabía que él ya había comenzado el doloroso proceso, observando el dolor que estaba construyéndose en los ojos de Mikayla. Una herida que no quería más que curar antes de que él hiciera exactamente lo que ella le había dicho que hiciera. Iba a dejar la ciudad, saliendo de su vida. A diferencia de ella, no tendría su ira para aferrarse a ella. Mikayla no había hecho nada para merecer su ira, por lo tanto, no había ningún escudo entre su hambre y su recuerdo.

Mikayla deslizó la lengua sobre sus labios de nuevo, tentándole a probar, a perderse en el hambre en lugar de huir de él.

—Deirdre estaba equivocada, — susurró ella finalmente mientras él se obligaba a mantener la distancia entre ellos.

—¿Sobre qué? — Los puños apretados a los lados, todo su cuerpo tan tenso que se preguntaba por qué no se había roto.

—Decir adiós no me ayudará a olvidar. Una mujer no olvida su primera necesidad. Nunca.

Nik se acercó a ella. Justo a tiempo.

Cuando estuvo junto a ella, apareció un pequeño haz de luz a cierta altura a su lado, un reflejo de luz característico donde no debería haber ninguno ya que la luz del sol se iba difuminando contra el cristal. Varias astillas de la corteza del árbol salieron disparadas mientras Nik tiraba de Mikayla hacia él, cayendo ambos al suelo y el disparo de un rifle de francotirador atravesaba el aire.

—¡Muévete! — Nik no dio ninguna oportunidad a Mikayla de moverse por sí misma a pesar de la orden.

Sujetándola por la cintura, la levantó del suelo cuando la siguiente bala dio en el suelo en el punto exacto donde había estado la cabeza de ella y la empujó al otro lado del árbol, delante del Jeep, luego corrió hacia la casa.

Una nueva ronda de disparos golpeó el cemento de la acera justo delante de él mientras tiraba de ambos dentro de la casa, la adrenalina y un repentino terror recorriéndole mientras Mikayla se desplomaba contra la pared, una mancha de color rojo en su rostro, en su blusa de color crema.

—Mikayla. — Su nombre fue un sonido áspero, roto mientras separaba los bordes de su blusa, buscando una herida. No había ninguna allí. Nada. Sólo sangre.

Sangre en su cara, en su cabeza.

—Ah, Dios. Mikayla. Mikayla.

Ella estaba mirándole horrorizada, sus ojos muy abiertos, en estado de shock, el color negro casi llenaba el color amatista a mientras su mano se alzaba hacia su cabeza, el color dorado manchado.

Las manos de Nik temblaban. Dulce Jesús. Ah, Dios. Ella tenía que estar bien.

—Madera. — Su voz estaba estrangulada.

—Creo que me dio.

Ella se tocó la cabeza de nuevo, las yemas de sus dedos estaban manchadas de rojo mientras las miraba. Comenzaron a temblar como una hoja ante una inminente tormenta. Ella levantó la mirada hacia él una vez más.

—Por favor, — susurró.

—Por favor, no dejes que me maten, Nik. Por favor.

Cayó una lágrima. Una simple gota de miedo y dolor que se deslizaba lentamente por su rostro demasiado pálido, para mezclarse con la mancha de sangre en su mejilla.

El miedo barrió su alma. Sólo una vez en su vida había conocido algo parecido a la pura agonía, el horror que sentía ahora.

No tenía ningún arma a parte de la pequeña pistola asegurada dentro de su bota. No era rival para un francotirador. Y había sangre en su mujer.

Su mujer.

Él no se iba a ninguna parte. No hasta que encontrara a la persona que Mikayla vio ese día y a quien, de repente, la quería muerta.

CAPÍTULO 8

Nik escapó justo después de medianoche cuando el padre de Mikayla declaró que no iba a dejar a su hija sola, dando a Nik la oportunidad que necesitaba para hacer una pequeña visita.

Solo una persona tenía razones para querer silenciar a Mikayla, y era el mismo Maddix. Él sabía que Nik no había terminado el trabajo. Al igual que sabía que Mikayla no dejaría de intentar probar que él había matado a Eddie Foreman.

Si no era Maddix, entonces era alguien cercano a él. Alguien que temía que ella demostrara que Maddix era culpable. ¿O se trataba de alguien tratando de hacer que pareciera como si Maddix se hubiera cansado de sus acusaciones?

Las posibilidades se estaban volviendo infinitas, y era hora de comenzar a eliminarlas.

La furia de Nik era fría y silenciosa. Una furia asesina que sólo había sentido una vez en su vida, quemando su alma. Que Dios ayude al tirador cuando Nik le pusiera las manos encima, y él lo encontraría. Y le mataría. Lentamente.

La visión de la sangre de Mikayla viviría en las pesadillas de Nik.

La policía había sido de muy poca ayuda y eso solo había servido para cabrearle aun más. Ella, en más de una ocasión, había dicho que el jefe de policía era un mentiroso cuando había proporcionado a Maddix una coartada. Eso la había colocado en una posición muy frágil ahora que necesitaba ayuda de esa misma fuerza policial.

Después de que Nik se colase en la comunidad vallada de Maddix, no le llevó mucho tiempo deslizarse en su patio trasero y dirigirse, por el patio, hacia las puertas de cristal que llevaban al estudio de Maddix.

El coche del jefe de policía estaba en la parte delantera de la casa, lo que significaba que había informado a Maddix sobre el tiroteo, como Nik sabía que ocurriría.

Hagerstown era una ciudad bastante grande, pero algunas cosas se movían rápidamente.

—¡Maldita sea, Daniel! ¿Qué demonios están tratando de probar tus hombres? — La voz de Maddix se levantó con furia.

—Hijo de puta de mierda, mantenlos bajo control.

El tono de Maddix sugería que estaba al borde del pánico. Sus ojos se llenaron de confuso estupor, su expresión furiosa.

—Maldita sea, Maddix, no me digas cómo hacer mi jodido trabajo, — el jefe gruñó en respuesta.

—¿Y qué demonios esperas de mis hombres? ¿Cuántas veces esa perra me ha llamado mentiroso? Insulta a todo el cuerpo de policía cuando hace eso.

—No me importa si ella personalmente insulta a cada hijo de puta del cuerpo, a sus ancestros, a sus descendientes y a los futuros miembros. — Maddix gritó, sus manos aplastadas en la elegante mesa de madera de cerezo que estaba detrás.

—¡Haz algo!

Nik se deslizó desde la entrada hacia el vacío salón, sus labios apretados por la mierda de seguridad de la casa de Maddix, incluso aunque él se aprovechara de la falta de ella.

Deslizándose a través de la oscuridad, se abrió paso hacia la pesada puerta de madera que llevaba al estudio.

Afortunadamente no estaba cerrada con llave. No es que eso le hubiera planteado algún problema.

—Mira, Maddix, ella se está buscando este problema.

—¡Vete a la mierda, Daniel! — Maddix sonó como si estuviera preparado para tener un ataque.

—Encuentra al bastardo. Ahora.

Nik entró en la habitación.

—Y cuando le encuentre, le quiero.

Nik estaba armado. La Glock que llevaba con facilidad en la mano no pasó desapercibida para el jefe de policía cuando se giró hacia Nik en estado de shock y Maddix se dejó caer pesadamente en su silla.

—Gracias a Dios, — murmuró Maddix, moviendo sus manos para pasar sus dedos por su pelo, no por primera vez.

—¿Ella está bien?

Nik cerró la puerta, bloqueándola con cuidado detrás de él mientras se enfrentaba a los dos hombres.

—¿Tú jefe no te lo dijo? — La furia helada amenazaba con escapar.

Maddix levantó la mirada interrogante hacia Daniel.

—Fue algo sin importancia, — el jefe replicó.

—Un rasguño, nada más.

—Dulce Jesús, — Maddix susurró. Inclinándose hacia delante, apoyó los brazos en su mesa y miró a Nik.

—¿Va a estar bien?

—Te dije que era un maldito rasguño, Maddix, — Daniel gruñó, su cara grande de huesos anchos roja de ira.

—¿Crees que te mentiría?

—Lo que yo creo es que podrías haber animado a tus hombres a que se preocuparan menos por Mikayla Martin que por cualquier otro ciudadano de esta ciudad,— respondió Nik por Maddix.

—Tu detective fue cualquier cosa menos exhaustivo y la unidad de criminalística fue negligente. Confía en mí cuando digo que me aseguraré que pagues por ello.

—Dios, Daniel, — Maddix murmuró de nuevo.

—No puedes manejar esto de esta forma. Tienes que cuidar de ella.

—No puedo controlar esto, Maddix, — el jefe argumentó.

—Infierno, ha cabreado a todo el cuerpo. Tampoco puedes controlarlo.

—Yo lo manejaré, — Nik les aseguró.

Realmente ya lo estaba manejando. Las llamadas telefónicas que Nik había hecho durante el camino habían asegurado que la situación recibiese su propia investigación especial.

—¿Por qué demonios estás aquí, de todos modos? — El jefe Riley espetó, sus labios apretados, sus ojos color avellana con chispas de indignación.

—No necesito que tú o cualquier otra persona me hable de mis hombres o me diga cómo deberían hacer su trabajo.

—No estoy de acuerdo, — Nik se encogió de hombros.

—Y puede irse. No es con usted con quien necesito hablar.

—Como el infierno.

—Vete, Daniel. Eres de tanta ayuda como lo fueron tus hombres esta noche, — gruñó Maddix.

Daniel lanzó a Maddix y a Nik una mirada furiosa antes de dirigirse indignado hacia la puerta.

Le tomó un momento desbloquearla antes de cerrarla furiosamente detrás de él.

Nik enfundó la Glock mientras se giraba, volvió a cerrar la puerta y luego se enfrentó a Maddix una vez más.

—Alguien casi la mata esta noche, Maddix, — dijo Nik, su voz baja, con evidentes intenciones asesinas en su tono.

—No me gusta cómo está yendo este juego.

—¿Y crees que a mí sí? — Maddix prácticamente saltó de la silla con indignación.

—Dios, Nik, si ella muere todo el mundo creerá que yo estoy detrás. ¿Crees que soy un loco de mierda?

Nik se acercó a la silla de cuero frente al escritorio y se sentó lentamente, apoyando el tobillo en la rodilla contraria a la vez que miraba al otro hombre durante largos momentos.

—Creo que un hombre desesperado usaría medidas desesperadas, — finalmente contestó Nik.

—Afortunadamente, tampoco creo que estés desesperado aun. Lo que me deja a mí para averiguar quién es. ¿Quién está tan decidido a acabar contigo?

Maddix se reclinó en su silla, con un aire de agotamiento a su alrededor.

—Infiernos, todos mis competidores. Me las he arreglado para conseguir algunos contratos de primera en los últimos años. Eso ha provocado que otras empresas estén en una situación difícil. Pero no como para estar con el agua al cuello. Conozco a los propietarios de esas empresas, Nik--.

—Ya llegaremos a eso, — interrumpió Nik.

—Mi trabajo ahora es proteger a Mikayla. Eso significa encontrar a la persona que mató a Eddie Foreman. Encontraré a esa persona y encontraré al hombre que casi puso una bala en su cabeza. Y cuando lo encuentre, no tendrá que preocuparse de que le cause más problemas.

Maddix tragó con fuerza.

—Ahora, vamos a ponernos en el supuesto de que usted no mató a Eddie y que Mikayla no está mintiendo. Ella cree que le vio. Lo que lleva a la pregunta ¿quién se parece a usted?

Maddix negó furiosamente.

—Ni siquiera mi hijo se parece a mí. Me parezco a la familia de mi madre y ella es hija única. Ni siquiera hay primos por ese lado.

—¿Primos ilegítimos o hermanos? — preguntó Nik.

—Infiernos, no. Con todo el dinero que gano, sabría si existiera alguno. Se arrastran como cucarachas cuando tienes dinero.

Nik devolvió la mirada a Maddix cuidadosamente. Había merecido la pena preguntar. Había tenido que descartarlo antes de que pudiera comenzar su propia investigación.

—Necesitaré toda la información que tenga de Eddie así como de la investigación que su departamento de policía ha puesto en marcha, no más tarde de mañana por la tarde.

—Puedo hacer algo mejor que eso, — Maddix alcanzó un cajón en el lateral de su escritorio.

—Tengo el archivo. Daniel lo ha mantenido actualizado. He repasado cada palabra del informe aunque no puedo encontrar nada que apunte a alguien en particular, Nik. No

hay sospechosos. Nadie vio nada excepto Mikayla y, juro por Dios, ella no me vio allí.

Maddix sacó el archivo. Fácilmente tenía más de 10 cm de grosor. Por lo menos, el departamento de policía había estado haciendo algo.

Nik tomó el archivo, mirándolo apenas un segundo antes de ponerlo debajo de su brazo y devolver la mirada a Maddix sin emociones.

—Mantén a Luke lejos de ella, — Nik ordenó finalmente al otro hombre con frío glacial.

—Si se acerca a ella otra vez, conseguirá salir herido.

Maddix suspiró profundamente.

—Le gustaba muchísimo, Nik. A pesar de las apariencias, esto es un duro golpe para Luke.

—Creo que es un bastardo malcriado y lo único que le ha golpeado es el hecho de que no podrá follarla. Manténgale lo más lejos posible de ella o lo voy a joder. ¿Nos entendemos?

Maddix tragó con fuerza.

—Me aseguraré de que permanezca lejos de ella.

Con una rápida inclinación de cabeza, Nik se volvió y dejó la habitación, desapareciendo entre las sombras de la casa y saliendo por donde había venido.

Este trabajo estaba hecho a su medida.

No había respuestas fáciles aquí, y no había sospechosos. Todo lo que tenía era una mujer que sabía era inocente, un amigo que sospechaba que era inocente y un juego sin reglas.

Afortunadamente, esos juegos eran los únicos que Nik jugaba bien.

—¿Mikayla? — La voz de Deirdre al otro lado de la puerta de Mikayla estaba en alerta.

Mikayla alzó su atención del maniquí y del vestido de fiesta que colgaba en él.

—¿Sí, Deirdre?

La puerta se abrió y Deirdre entró disculpándose.

—Verás, hay alguien aquí que exige hablar contigo.

—¿Quién? — Había algo de irritación en su voz y no podía evitarlo. No quería tener que lidiar con Luke de nuevo.

—Yo.

No, no era Luke, pero tal vez era igual de malo.

Glenda Nelson entró en la habitación. La esposa trofeo de Maddix. Ella era, fácilmente, veinte años más joven que él, una bella modelo con su piel chocolate oscuro y su pelo negro azabache hasta los hombros. Profundos ojos marrones oscuros miraban a Mikayla con un indicio de ansiedad en lugar de la animosidad que ella habría esperado.

Glenda era tan arrogante como siempre. Empujando a Deirdre, entró en la habitación, mirando alrededor del área de costura con gran curiosidad antes de volverse hacia Mikayla con un aire arrogante.

—Tenemos que hablar, — Glenda declaró.

—Yo me encargo, Deirdre, — le aseguró Mikayla.

—Vuelve a la tienda.

Mikayla esperó hasta que la puerta se cerró antes de volverse a la otra mujer.

—¿Qué puedo hacer por ti, Glenda? — preguntó con cansancio.

—Si estás aquí para tener tu propia pataleta como hizo Luke, entonces no quiero escucharlo.

Glenda sacudió su cabeza con una mueca mientras sus ojos color chocolate parecían oscurecerse aún más.

—Escuché acerca del tiroteo la pasada noche. Estaba inquieta y preocupada.

—¿Temerosa de que acuse a Maddix de esto también? — Mikayla dio un resoplido de burla.

—Ni por asomo, — Glenda le aseguró a Mikayla con un ligero movimiento de su cabeza.

—Estoy tan segura de la inocencia de Maddix como yo de la mía. Como te decía, estaba preocupada, igual que Maddix. Quería ver por mi misma que estabas ilesa.

Glenda había sido casi una amiga, una a la que Mikayla sentía que había apreciado. Ahora, solo la sospecha y el remordimiento se interponían entre ellas.

—Perfectamente ilesa, — Mikayla mantuvo los brazos delante de su cuerpo mientras luchaba contra la cólera que amenazaba en su interior.

¿Cuántas mujeres habían venido a la tienda hoy por simple curiosidad? No habían comprado nada, que hubiera sido lo correcto, después de husmear en su negocio. Miraron, susurraron y pretendieron buscar algo. Algunas incluso intentaron preguntarla, pero todas se fueron con las manos vacías. Mikayla había escapado al cuarto de costura simplemente para alejarse de todo. Después de más de un mes de cuchicheos, murmullos y preguntas, estaba dispuesta a correr a casa y esconderse por un tiempo.

¿Quién hubiera creído que intentando ser honesta, intentando buscar justicia, podía ocurrir esto?

—Puedo comprender por qué estás enojada, — dijo Glenda suavemente.

—Si realmente crees que viste lo que crees que viste, entonces esto será duro.

—Vete, Glenda. — Mikayla había tenido bastante. O era una mentirosa o su vista era pésima. Nadie parecía dispuesto a creer que ella pudo haber visto a Maddix Nelson cometer un asesinato.

—Bien, pero antes de irme, quiero ver el diseño del vestido en el que estábamos trabajando antes que esta mierda comenzara. — Glenda puso una mano en la elegante y esbelta cadera mientras su expresión se volvió superior y arrogante como siempre.

Las cejas de Mikayla se arquearon

—¿El diseño del vestido?

Era uno de los mejores. Todavía estaba sobre su escritorio, un vestido que, posiblemente, no podría empezar sin un comprador, un vestido diseñado para una persona específica. La persona que estaba de pie delante de Mikayla.

—¿Por qué? — preguntó con suspicacia.

Glenda no era una de las personas más fáciles de entender. Hubo un tiempo en que Mikayla casi había llamado amiga a Glenda. Pero eso había sido antes de que la ex modelo se casara con Maddix Nelson y ascendiera en la esfera social.

—Porque es mi vestido, — afirmó como si el motivo fuese una conclusión obvia. —Y lo quiero. El Baile Anual de Otoño será en menos de tres meses. Eso no nos deja mucho tiempo.

—Me dijiste que metiera este vestido en lugares que no quiero mencionar, — Mikayla recordó a Glenda, sus ojos estrechándose con ira.

—¿Qué te hace pensar que estoy dispuesta a hacerlo ahora?

Glenda cruzó los brazos sobre su pecho mientras miraba a Mikayla con frío desdén.

—Ese vestido fue diseñado para mí, Mikayla. Mi cuerpo.

Una mano grácil se deslizó por un lado con supremo amor por su propio cuerpo. Mikayla casi entornó sus ojos.

Mikayla necesitaba el dinero, no había duda. Desafortunadamente, a Mikayla le gustaba Glenda de verdad. La mujer, a pesar de ese aire de superioridad, tenía un gran corazón y un irónico sentido del humor. Antes de que se casara con Maddix, por cierto.

—Quiero mi vestido. — Los ojos de Glenda se estrecharon con determinación. Cuando ella ponía esa mirada, rara vez era una buena cosa.

—Para el Baile de Otoño. — Un mohín se formó en sus labios.

—Vamos, Kayla. Se amable conmigo. Lo estoy intentando.

—¿Por qué lo estás intentado? — La confusión se apoderó de Mikayla.

—¿Por qué te importa?

—No tengo ni idea. Acusas a mi marido de un acto atroz, mantienes tu historia, y casi consigues morir por ello. Me imagino que no estás mintiendo, ¿verdad? Alguien está jugando contigo, amiga. Y si ese es el caso, yo todavía puedo tener mi vestido y permanecer leal a mi marido. Incrementaré

el coste del pedido en mil dólares, y ya está. Trato final. Ahora, ¿puedo tener mi maldito vestido o qué?

—No me llames, Kayla, — Mikayla espetó detrás de ella.

—Acepta lo de mi vestido o toda la ciudad estará llamándote Kayla antes de que termine la semana. Me aseguraré de ello.

Como una amenaza, era malditamente buena. Mikayla despreciaba ese apodo. Era el que sus hermanos siempre habían utilizado cuando estaban jugándola una mala pasada de niña.

Mikayla suspiró con cansancio antes de echar un vistazo a su escritorio donde sabía que estaba el diseño. Sería una gran victoria para la tienda. Ese vestido era una pieza maestra y no había duda que Glenda se aseguraría de que todo el mundo supiese que ella tenía un modelo exclusivo.

Eran negocios. El negocio era el negocio, como el padre de Mikayla había dicho una vez.

Pero entonces, su padre también había cancelado el contrato de Maddix Nelson cuando se enteró lo fácilmente que el otro hombre se estaba librando del homicidio.

Y Mikayla necesitaba el dinero desesperadamente, así como el apoyo de Glenda a la tienda. Mikayla estaba sobreviviendo pero durante el pasado mes no había habido movimiento. Condenadamente ninguno.

—No puedo. — Y lo lamentaba como el infierno. Ese vestido era uno de los diseños más bonitos que jamás había diseñado.

—Lo siendo, Glenda, pero no puedo.

—Pero lo harás, — los ojos marrones de Glenda se entrecerraron en ella.

—Mira, hasta que esto se aclare ni Maddix ni yo queremos verte sufrir, Mikayla. O esta tienda. Estoy intentándolo, ayúdame... — Glenda parecía llegar al corazón del problema.

—Fuimos amigas una vez. Y tú padre está trabajando, Mikayla. Tiene un montón de trabajo para remplazar algunos de los contratos perdidos. ¿Y tú?

No, no tenía trabajo.

—Es solo un vestido, — dijo Glenda suavemente.

—Por una amiga. Me diste tu palabra antes de que esto sucediera. Tu padre ni siquiera ha firmado un contrato en los nuevos proyectos. Vamos a reconocer la verdad. No es la misma situación.

Los labios de Mikayla se apretaron mientras volvía la mirada a la otra mujer.

—No comprendo por qué estás haciendo esto. — Ella sacudió su cabeza.

—¿Qué ganas con ello, Glenda?

—Mi tranquilidad, maldita sea, — Glenda contestó bruscamente.

—Ahora, esperaré una llamada tuya o de Deirdre para hacerme saber cuándo empiezan las pruebas. No te olvides de la fecha, Mikayla. Y no acepto un no por respuesta.

Ella salió rápidamente de la habitación y, segundos más tarde, la campana de la puerta principal tintineó alegremente anunciando su marcha. El olor de su perfume todavía llenaba el cuarto de costura cuando Deirdre apareció en el umbral.

—¿Qué fue eso?, — preguntó.

Mikayla se lo explicó brevemente, tratando de dar sentido a lo que estaba pasando incluso mientras decidía si haría el trabajo o no.

—Necesitamos el dinero, — Deirdre dijo suavemente.

—El alquiler está a punto de cumplirse. Un adelanto de ese vestido pagaría más que eso.

Eso era más que la verdad.

—Tengo que pensar sobre ello. — Mikayla se encogió de hombros, su mirada volviendo de regreso a la mesa donde estaba el diseño.

—Dame unos pocos días, Deirdre.

—Unos pocos días. — Deirdre respiró profundamente.

—Tal vez en unos pocos días podamos tener un cheque mientras estamos pensando sobre esto. ¿Qué piensas sobre eso? — ella se volvió y se dirigió de nuevo a la tienda, justo cuando la campana tintineó de nuevo.

Mikayla agarró el borde de la puerta y con cuidado la cerró. Ella quería estamparla.

Dios, ella odiaba esto, se sentía desgarrada, rota y completamente inquieta. Y si no era suficiente que su vida se hubiera ido completamente al infierno, ahora Glenda estaba tratando de empujarla más profundamente en el pozo.

Y todavía tenía que ir a casa y enfrentarse a Nik, ya que él había decidido que podía protegerla más fácilmente mientras estuviese en su casa.

Ella gimió al pensarlo. Casa. Sola. Con Nik. Él se había mudado, al parecer, con la completa aprobación de su familia. No es que su padre estuviera cómodo con ello. Pero Nik todavía estaba allí. Él estaba haciendo papilla a su cerebro y eso hizo aún más difícil lidiar con Glenda. Porque idear una razón para no hacer ese hermoso vestido estaba siendo

imposible. Encontrar una razón para no tocar a Nik era aún más difícil.

Ella era virgen. Estaba guardándose para el matrimonio.

Mierda.

Nunca había conocido a un hombre que hiciera a su corazón palpitar, hacer explotar de sudor su carne, y a su corazón correr con tanto placer y excitación que temía que saliese disparado de su pecho.

Pasando sus dedos por su cabello, Mikayla giró y caminó hacia la parte posterior de la habitación. Mientras estaba en medio de rollos de tela, el olor de las telas de lujo llenando sus sentidos, de repente no era suficiente.

La tienda era su sueño. Era su profesión y su forma de vida. Pero no era su amante. No era la emoción que la llenaba al pensar que cuando saliese de la tienda había más esperándola en casa.

Y ahí era donde estaba a punto de meterse en problemas.

Acabaría el vestido. Tomaría los mil dólares adicionales de Glenda por encima del coste que ya había presupuestado y se aseguraría de que el maldito vestido valdría cada centavo.

Mikayla´s Creations tendría un nombre por sí mismo. Ella tendría al menos esto cuando Nik se fuera. No se hacía ninguna ilusión de que esto se iba a transformar en un tipo de situación para siempre.

Un gruñido arrancó de su garganta.

Estaba loca.

No estaba haciendo esto para sí misma.

No iba a…

¿O sí?

Miró alrededor de la habitación y sacudió su cabeza otra vez.

No podía pensar en esto ahora. No podía pensar en Nik así, ahora no.

Ella tenía un vestido que comenzar, una vida que vivir y, una vez que llegase a casa, tenía un asesino que atrapar.

Nik estaba viviendo en su casa, él había prometido averiguar qué estaba ocurriendo y eso significaba que probaría que Maddix Nelson había matado a Eddie Foreman. Y ella iba a ayudarlo.

CAPÍTULO 9

Nik llegó a la tienda precisamente a las ocho en punto, cuando Deirdre y Mikayla habían terminado de limpiar la tienda y sumado las cuentas del día. Estaban dando los toques finales a la nueva exposición del escaparate cuando la Harley retumbó al pararse en la acera y la visión de "áspero y listo" se balanceó desde el asiendo elevándose en toda su gloriosa altura.

Nik se quitó el escandaloso casco negro y dio a su cabeza una dura sacudida permitiendo que largos y gruesos mechones de color blanco cayeran descuidados justo por debajo de sus hombros.

—Dios mío, ¿crees que los hombres tienen una erección cuando ven a una mujer hacer eso? Yo ya estoy mojada. — Deirdre exhaló ante la visión con asombro.

Disparándola una mirada de disgusto, Mikayla se obligó a terminar de meter la parte de atrás del vestido de verano en el maniquí y fijarlo en su sitio antes de que la campana de la puerta anunciara que Nik había entrado en la tienda.

—¿Estás lista? — Su voz era firme, un profundo rugido que hacía que el estómago de Mikayla se encogiera en una oleada de placer.

Deirdre se giró, llamó la atención de Mikayla y levantó sus cejas mientras que vocalizaba, Oh, sí.

Mikayla ni siquiera se molestó en contestar a su amiga.

—Estamos listas, — le aseguró ella mientras se dirigía hacia el mostrador y cogía su bolso, observando como Deirdre la seguía.

En cuestión de minutos, Mikayla estaba en el Jeep y se dirigía a casa, muy consciente de la Harley detrás de ella siguiéndola.

Cuando aparcó en el camino de entrada, inhaló profundamente, recogió su bolso y el gran maletín de cuero que usaba para llevar sus materiales y cuadernos de bocetos.

—Entraré primero, — le dijo Nik cuando se dirigieron hacia la puerta.

—Permanece detrás de mí. Una vez que entremos en la casa, permanece en el vestíbulo mientras compruebo todo. Volveré a la sala de estar y vendré a buscarte si todo está bien. Si te digo que algo no está bien, entonces quiero que corras como alma que lleva el diablo y llames a Jordan Malone. He programado su número en tu teléfono móvil antes de que saliéramos de la tienda.

¿Cuándo, exactamente, se las había arreglado para hacer eso?

La idea de que algo le ocurriera, o que le amenazaran por su culpa, de repente tenía a su corazón desbocado por el miedo. ¿Qué podría hacer si, por casualidad, resultase herido? ¿Si de alguna manera el que la había disparado el día anterior lograba hacer daño a Nik?

—Y deja de preocuparte, — le ordenó.

Esa declaración feroz y áspera no podía describirse como otra cosa que una orden mientras él miraba por encima de su hombro y le daba una dura mirada antes de acceder al porche.

—Sí, me ocuparé de eso, — musitó ella mientras él extendía su mano por las llaves.

—Y tampoco te molestes en discutir conmigo, — le advirtió cuando ella se las entregó.

—Sé lo que estoy haciendo, Mikayla.

Mikayla vislumbró el letal arma de fuego que sacó de su espalda después de abrir la puerta.

Ella hizo lo que la había ordenado. Entró al vestíbulo, cerró y bloqueó la puerta detrás de ella antes de reajustar la alarma y esperó que comenzase a recorrer la casa.

Las luces se encendieron en todas las habitaciones. La sala de estar, la cocina y el comedor. El aseo, el vestíbulo. Ella le oyó recorrer cada habitación, después oyó el ruido de sus pasos mientras iba hacia las escaleras del sótano. Minutos más tarde, volvía a la sala de estar, la pistola ya no estaba a la vista.

—Odio esto, — dijo ella mientras arrojaba su bolso y el maletín sobre la mesa cercana y se dirigía hacia la cocina.

—Es ridículo.

—El precio que hay pagar por ser honesta. — Nik se encogió de hombros mientras la seguía.

—Deberías haber sabido que habría una reacción violenta cuando informaste de lo que habías visto, Mikayla.

Esos ojos pálidos, de color azul claro, la observaron intensamente mientras se acercaba a la nevera y sacaba una fuente de horno del interior. Introduciéndola en el horno, ajustó la temperatura y el tiempo antes de quitarse la chaqueta y mirarle.

No se molestó en responder.

—Necesito una ducha. La cena estará lista en una hora.

Ella escapó lo más rápidamente posible. Nik se disponía a hacer preguntas, pensó ella. Podía ver la intención en sus ojos. Preguntas que no quería responder otra vez. No deseaba ver la sospecha en sus ojos cuando le preguntara si estaba

segura de que había visto lo que ella sabía que había visto. Lo que pensaba que había visto.

Entrando bajo el agua, Mikayla frunció el ceño ante la idea. Estaba segura de que había visto a Maddix Nelson, ¿verdad?

Cerró los ojos mientras el agua caía por su cara y dejó que la imagen de ese día pasara por su mente una vez más.

Ella estaba mirando hacia arriba, los últimos rayos de sol alcanzaban los pisos superiores del esquelético edificio. Y Maddix estaba allí, su mirada fija en ella mientras Eddie Foreman caía al suelo, su pecho empapado en sangre.

Maddix. Sus rasgos eran inconfundibles. Las líneas de su rostro afable, la forma en que echó su pelo hacia atrás, la dura línea de su mandíbula, sus labios en una línea rígida de furia cuando la vio.

Como una foto, pero borrosa después del tiempo, admitió.

Sacudiendo la cabeza, se apresuró en su rutina nocturna. Cuando acabó, su pelo largo estaba casi seco y caía por la espalda en lugar de en la trenza en la que normalmente lo peinaba. Mallas de suave algodón y una camiseta demasiado grande completaban su indumentaria nocturna.

Normalmente, este era un tiempo de relax. Esta noche, tenía la sensación de que la relajación iba a ser la menor de sus preocupaciones.

Saliendo de su habitación, se encontró con la visión de Nik dejando la habitación de invitados. También se había duchado. Su húmedo cabello estaba retirado de nuevo en la nuca, exponiendo los rasgos fuertes y duros de su rostro, el azul hielo de sus ojos.

—La cena debería estar lista.

Ella raramente se esforzaba en hacer una cena especial. Normalmente cenaba tarde, por eso simplemente se contentaba con un guiso agradable. Esta noche, el menú era un guiso de pollo. Había preparado de más y comprado una barra de pan recién salida del horno para acompañarlo.

Sabía cuánto podía comer un hombre. Sus hermanos habían estado demostrándolo desde que alcanzaron la pubertad.

La cena fue tranquila. Gracias a Dios. Necesitaba tiempo para relajarse. Los sucesos de los pasados dos días estaban comenzando a afectarla. Cuanto más trataba de olvidar que alguien había intentado matarla, más nítida se volvía su memoria.

—¿Qué encontraste hoy? — preguntó finalmente mientras limpiaba la mesa y ponía los pocos platos en el fregadero para lavarlos después.

—No mucho, — contestó él.

Recostado en la silla, sujetando ligeramente la cerveza que había abierto entre dos dedos, la miró con un gesto reflexivo.

—Estudié el archivo que me dio Maddix ayer por la noche, lo comprobé con la información que tenía una de mis fuentes. La policía no tiene sospechosos, como ya sabíamos. Mañana iré a la obra, a ver que puedo encontrar ahí fuera.

—No encontrarás nada allí, — le informó ella.

—El edificio está medio construido ahora. La zona donde Eddie fue asesinado está completamente terminada y los trabajadores rehúsan hablar con nadie sobre ello. Maddix ha cubierto sus huellas bien.

Ella le echó una mirada por encima del hombro mientras empezaba a lavar los platos.

—O alguien más lo ha hecho. — Nik suspiró mientras se inclinaba hacia delante y le devolvía la mirada con atención.

—Supongamos que ambos estáis diciendo la verdad. Eso significa que hay otro jugador involucrado.

Ella sacudió su cabeza.

—¿Cómo puede tener sentido esa teoría? Solo Maddix tendría una razón para matarme. Si alguien más mató a Eddie, entonces no tendría sentido que esa persona quisiera hacerme daño porque creyera que vi a Maddix.

—Esa es una de las preguntas que se tiene que responder ahora, — le dijo él.

—¡Ojala nunca lo hubiera visto! — Volviendo a los platos, luchó contra su ira y sus lágrimas.

—Solo ha supuesto problemas para mí y para mi familia, Nik. Nadie me cree, y Maddix juega ese juego perfectamente. Está consiguiendo salir impune del asesinato y ni siquiera le preocupa a nadie.

Hasta Nik creía a Maddix. Mikayla podría decir que le creía.

La tensión en sus hombros estaba tan clara que Nik juró que podía sentirla en el aire.

Infiernos, no tenía ni idea de qué coño hacer aquí.

—Vamos a consultarlo con la almohada, veremos qué podemos sacar en claro.

—Sé que Maddix y Eddie tuvieron fuertes discusiones durante semanas ante de que Eddie fuese asesinado, — ella se dio la vuelta hacia Nik con una mirada feroz.

—Lo suficientemente fuertes como para que se escucharan desde fuera de la oficina que se encuentra en la obra. Luego otra vez, días más tarden en el bar. Maddix

estaba enojado con él por algo ¿Tu amigo te ha dicho por qué estuvieron discutiendo?

—Maddix no lo ha mencionado. Y ¿por qué justo ahora estás haciéndolo tú?

—Porque justo ahora estás mostrando algo de interés en hacer algo al respecto. — Mikayla se giró hacia él, esos increíbles ojos de color amatista húmedos y llenos de dolor.

—Nadie quiere escuchar, Nik. Eso es lo que estoy tratando de decirte. Y nadie quiere saber la verdad. La única razón de por qué sé sobre esto es porque mi hermano Scotty casualmente estaba tanto en la obra como en el bar. Él fue testigo.

Nik tomó nota mental de hablar con su hermano después de averiguar lo que pudiera en la obra.

Por ahora, tenía una larga e infernal noche por delante, porque sólo Dios sabía que iba a ser imposible dormir. Ella estaba a una sola puerta de distancia. Su perfume llenaba toda la casa. El pensamiento de ella, durmiendo sola en esa gran cama, extendida, tentadora y cálida era suficiente para volverle loco.

Joder.

Bebió lo último de su cerveza, su mirada en su espalda mientras terminaba con los platos y los colocaba en el escurridor.

La ropa que llevaba prácticamente colgaba de ella, pero no hacía nada para olvidar la dulce perfección de su cuerpo debajo de ella.

—Deberías dejarme ir a la obra contigo. — Girándose, se limpió las manos en una toalla pequeña dirigiéndole una mirada desafiante.

—Y tú deberías saltar encima de esta mesa y permitirme tenerte de postre, — sugirió él mientras permitía que su voz se llenara con un indicio del hambre que sentía.

Su cara enrojeció. La más bonita sombra de rosa teñía sus mejillas. ¿El resto de su cuerpo enrojecería de forma tan encantadora?

—No lo creo, — su voz era entrecortada y a él le gustó eso.

Supo que al menos ella estaba pensando en ello. Eso era algo bueno.

—Y eso no tiene nada que ver con ir a la obra contigo.

—Existe la misma posibilidad de que vayas a la obra y que me permitas hundirme en ti.— Él se encogió de hombros, observando de cerca su expresión.

—De hecho, hay más posibilidades que esté dentro de ti.

Todo su cuerpo se tensó al observar cómo Mikayla se quedaba sin respiración, vio sus pezones endurecidos debajo de su camiseta. Sabía que esos pequeños puntos duros y bonitos estaban dolorosamente sensibles. Quería poner su boca en ellos de nuevo. Quería lamerlos hasta que estuviesen de color rojo cereza y cada respiración provocase un grito que separara esos bonitos labios rosa.

—Lo dudo. — Ella trató de sonar firme, determinada, pero una virgen no era rival para el sensual Nik. Él la quería hasta que nada más importara. Quería saborearla con una desesperación que se clavaba en sus bolas.

—No me desafíes, Mikayla. — Se levantó de la silla antes de volverse y tirar la botella de cerveza a la basura.

—Podría no ser capaz de alejarme fácilmente. Lo deseas tanto como yo.

Salió de la habitación en vez quedarse allí y ver cómo la necesidad la llenaba. Maldita sea, era lo único que podía hacer para alejarse.

Mikayla tenía sueños. Cualquiera de esos sueños no implicaban la pérdida de su inocencia en su cama. Al menos no todavía.

Él iba a tenerla antes de que su trabajo hubiese terminado. Podía sentirlo. Lo sabía. Al igual que podía sentir el conocimiento de que tomarla podría destruirlos a ambos.

No necesitaba esto, se recordó a sí mismo, no por primera vez. No quería romper el corazón de Mikayla Martin. No quería robar el regalo que obviamente estaba guardando para su marido. Pero el hambre estaba cerca de anular sus convicciones. Y eso no era algo bueno.

A la mañana siguiente, Mikayla salió de su habitación con algún tipo de vestido de verano pecaminoso diseñado para detener el corazón de un hombre.

Era de un lila suave, sin mangas, con el frente en forma de corazón que ahuecaba sus pechos y los ceñía antes de caer sobre sus caderas y terminar justo por encima de sus rodillas en una falda estrecha, que hacía que sus manos estuvieran ansiosas por subirla por sus piernas.

Tacones de 10 centímetros de color crema cubrían sus diminutos pies y aun así era increíblemente pequeña. Su cabello estaba trenzado de nuevo, la trenza francesa retiraba los mechones de su cara y revelaba las líneas bonitas y suaves de su rostro.

Un mínimo de maquillaje complementaba su piel, pero el toque de brillo en sus labios le hacía desear lamerlo de las exuberantes curvas.

—Tienes que hacerte el desayuno, — le dijo ella al pasar a su lado, su atención centrada en el contenido del pequeño bolso color crema que llevaba.

—Deirdre generalmente compra algo de camino, por eso no cocino por la mañana.

Infiernos, él había mantenido la distancia la noche anterior. Esta mañana era otra cosa. Esos pequeños botones entre sus pechos tentaban sus dedos. La insinuación de la dulce carne entre sus pechos le atraía, tentaba su lengua.

En este momento estaba a punto de desayunar. Al menos, una pequeña muestra.

Enganchándola por la cintura, la atrajo hacia él.

Antes de que pudiera protestar, la levantó a la isla central, presionó entre sus bonitas piernas y la mantuvo inmóvil para un beso que quemó todas las sinapsis de su cerebro.

Todo lo que supo, todo lo que sintió, todo lo que probó, una vez que sus labios tocaron los de ella, era Mikayla, pasión y sexo. Su polla, ya dolorosamente dura, parecía engrosarse aún más. Sus bolas se apretaron y su cuerpo dolía por ella.

Un gemido de rendición fue la respuesta a su beso. Sus brazos envueltos alrededor de su nuca, sus pechos presionados contra su pecho, y Nik se perdió en ella.

Dios, ella sabía a pura pasión. Un hombre podía perderse en ella para siempre si lo permitía.

Una mano ahuecó la parte de atrás de su cabeza para mantenerla quieta mientras los dedos de la otra se movían a esos botones. Su objetivo era insinuar, estaban diseñados para atormentar.

Él los había aflojado en unos tres segundos y cuando descubrió que no llevaba sujetador, su respiración se detuvo en su pecho.

Sus manos se llenaron con los exuberantes montículos. No pudo evitarlo. Inclinando los labios sobre los de ella, agarró la carne firme y caliente, su pulgar rozó los pezones apretados mientras ella se estremecía bajo la caricia.

Nik se sentía como un colegial. Infiernos, como un adolescente que estaba con una chica por primera vez. Sus manos casi temblaban cuando ella se arqueó contra él y se estremecía de placer.

Tirando de ella hacia atrás, Nik miró hacia abajo donde las curvas inflamadas y femeninas llenaban sus manos. Su pulgar se movió despacio, firmemente, sobre el pezón y observó como una inspiración fuerte hizo que sus pechos se apretaran en su agarre.

—Como pequeñas bayas maduras, — susurró él, su mirada levantada para mirarla a los fascinados ojos.

El placer estaba inundándola. Nik conocía la mirada, conocía el rubor de la excitación fuera de control, los labios hinchados se abrieron para respirar más fácilmente. Pero había más. Sus ojos se oscurecieron cerca del púrpura, un brillo salvaje de hambre oscilando entre ellos mientras su pequeña lengua rosada humedecía sus labios.

—¿Para qué te estás reservando, Mikayla?, — le preguntó él.

Nik necesitaba saberlo. Tenía que conocer esos sueños antes de que cometiera el pecado más grande que iba a destruirlos.

Una inspiración un poco fuerte.

—Nik...

—Dime, bebé, — gruñó él.

—Dime para lo que te estás reservando.

Ella le destruyó cuando contestó.

—Para ti. Creo que he estado esperando desde siempre por ti, Nik.

Uno de estos días, iba a aprender a no forzar su suerte, a no tentar al destino y a nunca preguntar a una mujer, pensó Nik mientras metía la Harley en el aparcamiento delante del negocio y de las oficinas de ventas de Martin´s Plumbing and Water Works.

La tienda estaba a las afueras de la ciudad, ubicada en un edificio tosco que recordaba los días pasados. Sin embargo, la apariencia era deliberada, más que el resultado de una construcción que se estaba viniendo abajo.

Antes de seguir adelante con la investigación, Nik tenía algunas preguntas para Scotty Martin. Los tres hijos Martin ahora trabajaban para el negocio de su padre. Antes de unirse a su padre, todos ellos habían trabajado en otras áreas de la construcción. Su padre había insistido en que cogiesen experiencia.

Nik se había enterado que, esta semana, Scott estaba trabajando en la tienda principal con sus padres. Tenía algunas preguntas para el hijo más joven del clan Martin. Principalmente, por qué demonios había dejado colgada a su hermana después de encontrar a otro que le llevara ese día.

Entrando en la tienda, Nik encontró al joven inmediatamente. Scott le miró a Nik con la misma mirada sospechosa que el resto de la familia le había dado hacía varias noches cuando les había asegurado que cuidaría de la seguridad de Mikayla.

Ninguno de ellos confiaba en él y eso estaba bien. Pero aparte del padre, Nik no había notado que nadie protestara demasiado.

—Steele.

Los ojos de Scotty se estrecharon sobre Nik a la vez que Ramsey salía de la oficina en la parte de atrás. Nik saludó con la cabeza al padre antes de volverse hacia el hijo.

—¿Podríamos hablar un minuto?

Scott se movió nervioso. Era lo bastante hombre como para saber exactamente por qué Nik quería hablar con él.

—Vuelvo en un segundo, papá, — Scotty dijo a su padre antes de mirar hacia el aparcamiento.

—Podéis hablar en la oficina, — les informó Ramsey a ambos, obviamente tan seco como cualquier padre.

—Donde pueda veros a los dos.

Nik casi permitió a sus labios curvarse en una sonrisa. En cambio, se dirigió hacia la oficina, esperando que los otros dos le siguieran y sin importarle si estaban de acuerdo.

—¿Mikayla está bien? — Scott se aclaró la garganta nerviosamente mientras su padre y él entraban en la oficina y cerraban la puerta detrás de ellos.

—Está bien, — le aseguró NiK.

—Pero todo lo que tenías que hacer es llamarla para averiguarlo, ¿no te parece?

Scott aclaró su garganta otra vez antes de mirar a Ramsey que se dirigió detrás de su escritorio y se sentó.

—Scott está pagando por su negligencia de ese día, — declaró Ramsey con firmeza.

—Confío en que no esté aquí para comprobarlo, Señor Steele.

Nik arqueó una ceja y miró a Scott burlonamente. Scott se dio cuenta de que Nik estaba comprobando deliberadamente la protección de su padre. Él se retorció, agachando la cabeza por la vergüenza antes de levantar la mirada hacia Nik una vez más.

—Tengo algunas preguntas, — dijo Nik a ambos mientras tomaba asiento en una de las sillas de cuero frente al escritorio.

—Primero y más importante, ¿quién sabía que Mikayla iba a recoger a Scott ese día? — Deliberadamente planteó su pregunta al padre en lugar de al hijo.

—¿Scott? — Ramsey preguntó, frunciendo el ceño mientras miraba de nuevo a su hijo.

—Él puede preguntarme a mí, — gruñó Scott.

—¿Por qué te está preguntando a ti?

Ramsey continuó con el ceño fruncido.

—Cuando se trata de un niño, se acude al padre, — dijo Nik en voz baja.

—Si eres un hombre, entonces podemos prescindir de un tercero.

Ramsey miró de nuevo a Nik.

—Creo que los dos somos conscientes de que Scott no es rival para usted, Señor Steele.

—Y creo que ambos sabemos que la idea de la ira de Mikayla es un elemento disuasorio mucho mejor que golpear a este joven en la cabeza por su negligencia que su ira o cualquier otra cosa que pudiera hacer, Señor Martin, — dijo Nik .

—Tengo algunas preguntas, nada más. Pero si usted siente que debe protegerlo, entonces ninguno de los dos debería objetar cuando trate el asunto como adultos y le excluya todo lo posible.

Era una táctica que el padre de Nik había usado con él, sus hermanos y sus primos en más de una ocasión.

—Puedo manejar esto, — protestó Scott, cuadrando sus hombros mientras trataba de decirse a sí mismo y a su padre que él era un hombre.

Ramsey le echó a Nik otra dura mirada de advertencia antes de ponerse lentamente en pie, asintiendo con la cabeza y después dejó la habitación.

Nik se mantuvo en su asiento, devolviendo la mirada al joven con burla. Scott sabía que, si tenía suerte, iba a enfrentarse a un juicio. Y un infierno de mucho dolor si no tenía suerte.

Nik fue directo al grano.

—¿Por qué no llamaste a tu hermana y le hiciste saber que alguien te iba a llevar en lugar de dejarla llegar a la obra desierta donde algo podía haberle ocurrido?

Esto no tenía nada que ver con la investigación y todo con la protección primitiva alzándose dentro de Nik por ella.

—Lo olvidé, — Scott cruzó los brazos sobre su pecho, antes de meter las manos bajo las axilas a la defensiva, sus hombros encorvados como si llevase el peso de esa decisión y no lo llevara bien.

—Estaba hablando por teléfono con papá cuando ella llamó. Mi teléfono estaba sin batería. Pedí a papá que la llamara. Pero entonces, ella ya estaba allí y era demasiado tarde.

El chico sacudió su cabeza antes de tragar, sus ojos grises oscurecidos por el miedo no olvidado.

—Casi logré que la mataran.

—Deja que vuelva a suceder y no importa donde esté o qué esté haciendo. Vendré por ti, Scott. ¿Lo entiendes? Te mataré.

El chico palideció.

—Sí, tú y el resto de la familia.

—Tú familia te dejaría respirando. Yo no, — le dijo Nik señalando a la silla al lado del escritorio.

—Dime qué sabes sobre Eddie Foreman.

Scott parpadeó pero hizo lo que le ordenó. Se sentó despacio. Por su mirada, era evidente que Scott sabía que solo había ganado un aplazamiento por parte de Nik,

—Era un gilipollas, — Scott exhaló fuerte.

—Siempre abaratando los costes, siempre intentando hacer negocios y ganar dinero fácil.

—Mikayla dijo que fuiste testigo de una discusión entre él y Maddix Nelson, — le recordó Nik.

Scott asintió con la cabeza.

—No sé exactamente por qué fue. Solo oí pedazos. Por lo que oí, Maddix estaba acusándole de algo. Oí a Eddie gritando desde la oficina de la obra que él no lo había hecho y que Maddix estaba loco. Oí a Maddix gritarle que pagaría por eso si lo había hecho.

—¿Y dijiste esto a la policía? — presionó Nik.

—Infierno, sí, lo hice. — Scott frunció el ceño, la ira oscureciendo su mirada.

—Los hijos de puta me mandaron a paseo. Dijeron que no importaba porque Maddix no lo había hecho. Mi hermana no miente…

Nik alzó la mano, reconociendo que Scott estaba en peligro de perder la paciencia. Él necesitaba a Scott calmado. Esta información no estaba en el informe de la policía. Había demasiados agujeros, faltaba demasiada información.

—¿Alguien más? — preguntó Nik.

—¿Quién podría querer la muerte de Eddie además de Maddix?

Scott movió su cabeza.

—Infierno, si lo sé. Probablemente todo el mundo. Como dije, era un gilipollas...

—¿Qué ocurrió esa noche? — preguntó Nik.

—¿Quién más sabía que Mikayla iba a recogerte?

Scott resopló.

—Todo el mundo. A los chicos les gusta Mikayla pero ella llegó tarde ese día. Otro me llevó, pensando que quizá ella se había olvidado de mí mientras estaba cosiendo. A veces hace eso. Los chicos con los que me marché y yo fuimos los últimos en salir. Incluso Eddie se había ido antes que nosotros. No tengo ni idea por qué volvió al lugar de trabajo.

Para reunirse con alguien, evidentemente.

—¿Qué hay de Maddix? — preguntó Nik.

—¿Iba a la obra con frecuencia?

—Siempre después de que todo el mundo se iba, — replicó Scott.

—Y sí, intenté decírselo a la policía y ellos siguieron sin escuchar.

Pero ahora Nik tenía algo con lo que comenzar. Desafortunadamente, ese algo era contra el propio Maddix.

Nik no confiaba en nadie incondicionalmente, especialmente en un hombre al que le debía un favor. La sospecha estaba plantada y ahora Nik tenía que averiguar a dónde iba.

—Scott, ¿qué hay del jefe de policía y la gente del consejo que estaba reunida con él esa noche? ¿Qué sabes sobre ellos?

—Sé que están todos juntos en la cama. — Scott se inclinó hacia delante, su expresión rebelde.

—De una manera o de otra, ya sea por negocios o por sexo, todos ellos están metidos hasta el cuello en algo y tienen una condenada buena razón para mentir por Maddix Nelson. Él es uno de ellos. Mikayla no. Ése es el motivo por el que la están tratando como la mierda y ése es el por qué la policía no la cree.

Si Maddix Nelson estaba mintiéndole a él, Nik se aseguraría de cumplir la amenaza. Había un núcleo de determinación duro como el acero corriendo dentro de Nik, uno que él no se molestó en combatir. Ataca a Mikayla y Nik sería el que contra atacase. Siempre había advertido a Maddix lo que podría ocurrir. Nik dejaría en manos del otro hombre hacer caso de la advertencia o no.

Llamar a Nik había sido un mal error si, de alguna forma, Maddix estaba involucrado en el asesinato de Eddie Foreman o en el tiroteo de Mikayla. Por supuesto, desde cierto punto de vista, podría haber sido considerado un acierto. ¿Contratar a alguien para que viniera a probar que Maddix era inocente con la excusa de que simplemente quería saber por qué estaba siendo el blanco? Eso era malditamente bueno.

Si Maddix y sus coartadas estaban mintiendo, entonces Nik se aseguraría de que todos ellos pagaran. Cuando se

fuera de la ciudad, se aseguraría de que no quedara ninguna amenaza contra Mikayla.

Cuando se fuera de la ciudad.

Ese pensamiento le dejó un amargo sabor en la boca y un pesar en su interior que estaba seguro que no debería permitirse sentir.

No se podía permitir sentirlo. Porque no había una oportunidad en el infierno de que pudiera quedarse.

CAPÍTULO 10

Mikayla llegó a casa temprano esa noche. Haciéndose a un lado, esperó mientras Nik recorría la casa y luego volvía a la sala de estar. Una noche más había vuelto a encontrar su casa sin forzar.

Qué suerte la suya. Si solo pudiera decir lo mismo de su tienda. Había más amigos de Maddix Nelson y amigos de éstos entrando y saliendo que de ella.

Financieramente, eso era bueno, pero sus nervios estaban destrozados.

—Tengo que salir durante un momento, — le dijo Nik mientras volvía a la sala de estar, su mandíbula tensa como si estuviese apretando los dientes.

—Bien. Te dejaré la cena en el horno, — se encogió de hombros como si no le importara.

Ella no iba a dejar que le importara. Después del episodio completamente humillante de aquella tarde, cuanto menos tiempo tuviera que pasar con él mejor.

—Me aseguraré de recordarlo. — Había un sonido oscuro y hambriento en su voz, un tono áspero que provocó un escalofrío por la espalda de Mikayla a medida que él se acercaba.

Ella respiró profundamente, inhalando el oscuro aroma de él. Una pizca de invierno en el verano. Una pizca de calor en una noche fría de invierno.

—Mikayla. — Hizo una pausa antes de llegar a ella; la forma en que se alzaba sobre ella la había hecho sentir algo más que intensamente femenina, protegida.

—Pensaba que tenías que salir. — Ella lo miró, los tacones de 10 cm no servían para hacer que se sintiera un poco más a su nivel.

Había sido maldecida con su baja estatura, determinó Mikayla. Y delante de un hombre como Nik, alto y ancho, elevándose sobre ella y haciéndola sentir femenina y protegida, podía ser peligroso para el corazón.

—Eres una mujer peligrosa. — Su voz baja, el hielo en sus ojos parecía que se derretía durante unos segundos.

—¿Y qué te hace pensar que soy una mujer tan peligrosa? — preguntó ella, su voz más fuerte de lo que actualmente era.

—Porque me haces olvidar algunas lecciones infernales, — afirmó Nik levantando la mano, su pulgar rozando los labios de ella con suavidad.

Sus labios temblaron con su toque. Mikayla no podía evitarlo. La necesidad de su toque había estado creciendo desde que se había alejado de ella esa mañana.

¿A quién estaba engañando? La necesidad de su toque estaba a punto de conducirla sin duda alguna a la locura. Jamás había estado tan dolorida. Hasta el punto que todo su cuerpo estaba hiper sensibilizado, en llamas. Estaba quemándose viva.

—Pensé que te ibas, — repitió ella, un pequeño chillido en su voz mientras sus labios rozaban de nuevo el pulgar de él.

Oh Dios, ella necesitaba desesperadamente apretar sus muslos, poner solo un poco de presión sobre su clítoris para disminuir esa pequeña quemazón allí abajo.

La forma en que Nik la miraba, estaba volviéndola loca. Como si él pudiera ver directamente el deseo, su lado sexual. La parte que tenía fantasías malvadas, peligrosas sobre él.

—Hablaremos más tarde. — Eso sonaba como una amenaza. Una amenaza sensual, hambrienta que tenía a su sexo apretando involuntariamente mientras ella se obligaba a quitarse de en medio, para permitirle abrir la puerta e irse.

Cuando la puerta se cerró detrás de él, Mikayla podía haber jurado que algo de la vida en la sala se fue con él.

Eso era exactamente lo que no necesitaba, se dijo a sí misma mientras se obligaba a ir a la habitación. La vida no podía dejar la habitación cuando se fue; de lo contrario, ¿cuánto peor sería cuando saliese de su vida, no sólo de la habitación?

Evita que te rompan el corazón, niña, se dijo a sí misma mientras entraba en la ducha.

La ducha podría no haber sido la mejor idea, mientras el agua caía sobre su carne desnuda, acalorada y tibia, acariciándola, sus manos frotando desde sus hombros hacia abajo, a través de sus pechos, su cintura.

El roce de la toalla sobre su carne le recordó a Nik. El calor de sus callosas manos recorriendo sobre su cuerpo, tocándola, sintiéndola.

Con los ojos cerrados, perdidas las inhibiciones, un gemido apagado dejó sus labios, impactándola con el sonido del hambre.

Ella nunca había querido algo como lo deseaba en este momento. El toque de un hombre, su beso.

No, no solo el de un hombre, el de Nik. El toque de Nik. El beso de Nik. Sus manos acariciando su estómago, caderas, hasta sus muslos y más allá.

Dejando caer la toalla, dejó que sus dedos la tocaran, tan desesperada, tan encendida, que ahora nada más que carne sobre carne podría estar cerca de lo que ella necesitaba.

Su cabeza se inclinó contra la pared de la ducha, sintiendo cómo su pelo acariciaba la parte superior de los redondos globos de su trasero. Otro recordatorio de un toque que deseaba, un toque que no tenía esperanza de conseguir si no tenía a Nik.

Pasando sus dedos sobre las hinchadas curvas de su sexo, Mikayla jadeó al acariciar levemente su clítoris.

La sensación se disparó a través de su cuerpo, encogiendo su estómago y apretando sus muslos mientras sus dedos separaban las curvas mojadas con el rico rocío de su coño y se adentraban en su interior.

Era bueno, malditamente bueno, pero no tan bueno como Nik.

Un gemido necesitado volvió a salir de sus labios mientras arrastraba su mano libre a sus pechos, sus dedos rozando primero un pezón, luego el otro. Dejó que sus uñas los pellizcasen mientras luchaba por encontrar la sensación callosa de Nik, las yemas de los ásperos dedos contra ellos.

Casi. Ella casi tenía la sensación. El placer.

El agua golpeaba a su alrededor, caliente y húmeda mientras sus dedos se deslizaban a través de la capa resbaladiza de jugos que manaban de su vagina. Ella deseaba, dolía, ser tocada allí. Ser tomada. Era un hambre como nunca podía haber imaginado.

—¡Mikayla!

Sus ojos se abrieron en estado de shock para encontrar las abrasadoras llamas azules de la mirada de Nik.

Una mano todavía ahuecaba su sexo, la otra sobre su pecho, sus dedos en sus pezones mientras su cerebro intentaba comprender el cambio repentino.

Para asimilar el hecho de que Nik estaba desnudándose. Se quitó la camiseta en un instante, sus vaqueros aflojados con una mano, bajando la cremallera, su polla saltando libre cuando él los deslizó sobre sus caderas, su mirada negándose a dejar la de ella, su expresión llena de deseo, con algo más que pura lujuria.

—Yo… — Ella intentó hablar, explicarse, mientras la mano de él se apoderaba de la de ella y la sacaba de entre sus muslos.

Su cara estaba enrojecida. Ella se había quedado allí, todavía tocándose mientras él se desnudaba. Qué humillante. Y, sin embargo, qué sexy.

El agua se cerró. Ella le miró mientras la sacaba de la ducha.

Hipnotizada. Así era como estaba. Estaba hipnotizada. Sabía condenadamente bien lo que estaba a punto de suceder y estaba suspendida entre la incredulidad y una impotente anticipación.

Cuando los labios de Nik encontraron los suyos, la adrenalina se apoderó de sus venas, derramándose en sus sentidos mientras sentía sus manos acariciándola.

No, esas no eran sus manos. Bien, sí lo eran, pero él sostenía una toalla entre su carne y la de ella.

Secándola.

Un gemido salió de sus labios mientras se quejaba por el roce sobre su sensitiva carne. Se sentía débil, insegura. El roce de la toalla sobre su piel era casi demasiado. Ráfagas repentinas de placer la atravesaron.

Sus jadeos de sorprendido placer fueron silenciados por los labios de Nik sobre los de ella, pero las sacudidas de su cuerpo, la profunda inhalación, no le pasaron desapercibidos. Parecía ponerle más duro, más caliente. Sus labios se

inclinaron sobre los de ella, su lengua presionando contra ella y acariciando en rápidos movimientos que aumentaron su propia necesidad.

Mikayla dejó de tratar de darle sentido. La dura y desnuda presión de su polla contra su estómago era como una marca. Sus manos eran grandes, fuertes, sosteniéndola contra él mientras la levantaba y la llevaba hacia la habitación.

Mikayla estaba temblando. Podía sentir los temblores recorriendo su cuerpo mientras los labios de él continuaban saqueando los de ella.

—Acabarás conmigo. — Él se apartó del beso y la puso en la cama, mirándola fijamente, los amplios y bronceados hombros haciendo sombra sobre ella.

Mikayla tenía que tocarlos.

Sus uñas arañaron sobre su dura carne, sintiendo el músculo por debajo.

—¿Cómo? — Ella obligó a que esa palabra saliera de sus labios, cuestionando su declaración en lugar de rogarle, como deseaba.

Observando cómo movía la mano, cómo sus largos dedos cubrían su seno, Mikayla perdió la capacidad de razonar.

—Esto... — La respuesta se perdió en ella.

—Este cuerpo sexy dulce y pequeño. Esa inocencia en tus ojos. No sé si mi conciencia puede sobrevivir a ti, Mikayla.

—Entonces, haz que valga la pena, — susurró ella, luchando contra el gemido en su voz.

—Para los dos.

Ella tenía que tocarle mientras hablaba. Nunca había imaginado un placer como este, nunca imaginó esa necesidad

de tocar a un hombre. Su mano se deslizó por su pecho, su duro abdomen, hasta el tallo grueso que aumentaba entre sus muslos.

No podía rodearlo con sus dedos. Era pesada, fuerte y caliente, palpitante debajo de sus dedos con vida y placer.

El cuello de Mikayla se arqueó cuando los labios de él buscaron los de ella de nuevo, su beso hambriento, más caliente que nunca.

Iba a suceder, pensó ella. Su ideal de romance había sido enviado al infierno. El vestido blanco que ella había planeado era polvo en el viento.

¿Podría valer el blanco antiguo? Se preguntó, porque ella no iba a negarse esto.

Quería tocarle. Todo él. Por todas partes.

Su muslo velludo acariciaba el más suave de Mikayla mientras ella pasaba su pie por la pierna de Nik, sintiendo la fuerza, el calor y el suave pelo masculino contra su pie. No sabía que sus pies pudieran ser tan sensibles.

Pero sabía que su cuello era sensible. Inmóvil, cuando los labios de Nik dejaron su boca y acariciaron su cuello, no pudo detener el grito que escapó de sus labios.

Quería frotar todo su cuerpo contra él.

El sabor de su hombro tenía un toque de sal, muy duro, vibrante y lleno de vida. El sabor de su carne era casi un afrodisiaco, atrayéndola aun más al interior del torbellino sexual a su alrededor.

—No sabes lo que estás pidiendo, — gimió él, mientras sus labios rozaban a lo largo de su piel, moviéndose infaliblemente hacia las curvas de sus hinchados pechos.

¿No sabía lo que estaba pidiendo?

—Todo lo que tienes para darme, — demandó ella, su cabeza moviéndose contra la almohada mientras sus manos ahuecaban sus pechos, elevándoles mientras su boca descendía sobre un duro y muy sensible pezón.

—Mírame, Mikayla. — Su tono era más oscuro, más áspero.

Forzando sus ojos a abrirse, Mikayla miró las llamas azul pálido del deseo de su mirada.

—Tú no quieres todo, — susurró Nik, su pecho rozando contra su pezón.

—Todo.

No importa cuan oscuro, no importa cuan vigoroso. Quería todo de él.

Los ojos de Nik se entrecerraron mirándola, su lengua lamió y chupó el pezón un segundo antes de que sus labios lo cubrieran, llevándolo hacia el fuego líquido de boca.

Mikayla se arqueó, sus brazos envolviéndose en su nuca para mantenerlo junto a ella mientras sentía una mano moverse desde su pecho al muslo. Trató de prestar atención; realmente quería hacerlo. Necesitaba tener una idea de qué hacerle cuando tuviera la oportunidad. Lo que podría volverle loco. Deirdre dijo que podía hacerse de esa manera. Que los hombres, a veces, tocan cómo y dónde les gustaría que les tocaran.

Si eso era verdad, entonces ella estaba condenada al fracaso.

¿Qué estaba haciendo con su boca en su pezón? La forma en que lo chupaba, la forma en que sus dientes y su lengua raspaban sobre él estaba volviéndola loca. Los profundos toques enviaban afiladas ráfagas de sensaciones que desgarraban su vientre, su clítoris.

Estaba indefensa debajo de él. Mikayla no había imaginado que el placer pudiese ser tan fuerte, tan profundo. Mientras sus labios se movían de un pezón a otro, acariciándolos y atormentándolos por igual, se encontró cada vez desesperada por más. Más toques. Más placer.

Sus dedos se hundieron en el pelo de Nik, aferrándose a las hebras mientras sus labios rodaban entre sus muslos, la dura cuña de su polla presionando en la parte baja de su estómago.

El placer era extremo. La invadieron ondas de sensaciones demasiado fuertes, demasiado escandalosas para asimilar mientras los labios de Nik se movían desde sus pechos, más abajo, por el estómago y luego por sus muslos.

—¿Crees que puedes manejar esto, pequeña inocente? — gruñó él mientras sus labios rozaban sus muslos.

—Cualquier cosa que quieras dar.

Un rayo iba a matarla por esa mentira, porque solo la sensación de las puntas de su pelo rozando a lo largo de sus muslos estaba llevando sus sentidos al caos.

Casi merecía la pena la mentira por ver esa mueca divertida de sus labios. Era tan sexy, perversa y dominante.

Y solo esa rápida sensación arponeó a lo largo de su clítoris, llevando a su cuerpo a un estado de máxima alerta y haciendo que sus rodillas se doblaran hacia sus caderas.

—¿Es bueno? — preguntó él.

¿Bueno? Sus dedos estaban ordeñando su clítoris. Con cariño, ella se lo concedió. Pero el efecto fue catastrófico. Ella habría tomado represalias si tuviera lo bastante en su cerebro como para encontrar la manera de devolvérselo.

En lugar de eso, sus dedos se apretaron en su cabello mientras sus caderas se arqueaban, llevando su clítoris más cerca de sus labios.

Los labios de Nik acariciaron ambos lados del clítoris, rozando sus muslos, provocando llamas a lo largo de cada terminación nerviosa que encontraba.

—Eso no es justo, — gimió ella.

—Si juego limpio estaríamos en lados opuestos de la tierra, cariño, — Nik canturreó mientras su lengua lamía contra su carne.

—¿Quieres que juegue limpio?

—No. — La cabeza de Mikayla negó rápidamente.

Si él la dejaba ahora, se tendría que convertir en la perra que sus hermanos juraban que se estaba convirtiendo.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Saboréame.

Mikayla se paralizó. Nik se quedó inmóvil, como si la sola idea de que ella hubiera dicho semejante cosa, de alguna manera, detuviera el mundo sobre su eje.

¿La tímida virgen Mikayla? ¿Hablando sucio?

Sabía cómo hacerlo, pensó ella con rebeldía.

—¿Saborearte? — susurró él un segundo antes de depositar un suave beso directamente sobre su clítoris.

—Mikayla, el tiempo de jugar casi ha terminado. ¿Estás segura que esto es lo que quieres?

—Te lo dije, haz lo que quieras. — Ella estaba loca y lo sabía.

Mikayla quería los recuerdos. Cada uno de ellos. Cuando él se hubiera ido, quería saber que, por primera vez, había sido quien quería ser. Que era ella misma. Que por una vez, lanzó la precaución al viento y vivió el momento y aprovechó la oportunidad que tenía de sentir un verdadero placer sensual.

¿Hacer lo que quisiera? Nik tenía escenarios variados y perversos que había reproducido en su imaginación más de una vez en lo que concernía a Mikayla.

Tenerla debajo de él, desnuda, salvaje, no era más que una parte de ellas. Nunca había imaginado que ella fuese tan valiente, tan atrevida como para retarlo a hacer lo que quisiera.

Porque eso podía ser malo. Sexual, dominante y hambriento, era un hombre que conocía las profundidades de sus propios deseos, al igual que sabía que detener a esta mujer sería casi imposible.

Ella le había desafiado. Bajo condiciones normales, no sería suficiente, pero con Mikayla, era el interruptor que despertaba a la fiera sexual que merodeaba en su interior.

Mirándola por debajo de sus pestañas, evaluando su verdadero valor, después separó los pliegues hinchados de su coño y puso sus labios en la dulce carne sensible de su clítoris.

Sus caderas se arquearon, fuerte y rápido. Sosteniendo sus muslos con firmeza, Nik la sujetó en el sitio mientras él ponía un delicado beso tras otro contra el palpitante botón.

Sus caderas se sacudieron en su agarre, gritos estrangulados salieron de sus labios mientras usaba su lengua en cada beso, encendiendo en el delicado nudo de nervios y comenzando a excitar su cuerpo.

Ella era virgen, no idiota, Mikayla se aseguró a sí misma desesperadamente cuando sintió que sus sentidos quemaban bajo los destructivos besos que Nik colocaba en su hinchado clítoris. Podía no tener experiencia física, pero leía. Escuchaba. Veía la televisión y había tenido sus propias fantasías. Y sabía lo que le gustaba. Que era cualquier cosa con Nik.

Levantando sus caderas más cerca de él, se dejó deleitar en el placer que la recorría incluso mientras luchaba por evitar entrar en estado catatónico.

Quería esto. Cada toque que él quisiera darle. Pero también quería más. Quería tocar así como ser tocada. Quería llevarle a la locura al igual que ella estaba loca por él.

Sus hombros anchos estaban encajados entre sus muslos, sosteniéndola abierta para él mientras alzaba sus pestañas, mirándola mientras lamía alrededor de su clítoris. Lo acarició, lo chupó en una caricia tan perversamente caliente que deberían haber aparecido llamas sobre su cuerpo.

Observando, apenas capaz de procesar cualquier cosa salvo el placer, Mikayla se arqueó más cerca, necesitando más.

Y Nik estaba más que dispuesto a darla más. Mientras sus jugos manaban de su vagina, sus labios y lengua lamían más abajo, acercándose al centro del cruel dolor que azotaba su cuerpo.

Sus dedos separaron los pliegues de su carne mientras Mikayla volvía a gemir. Y chupó. Lamidas largas y lentas, su lengua golpeando la entrada, hundiéndose en su interior, un gemido salía de su garganta mientras ella se acercaba aún más.

Dios, Mikayla le necesitaba más cerca.

—¡Nik! — Su nombre salió de sus labios mientras su lengua empujaba en su interior, penetrando con un calor que arrancó el último vestigio de contención de su mente.

Sus muslos se abrieron más, levantando las rodillas mientras sus dedos se enterraban en su pelo para mantenerlo más cerca de ella. Sintiendo su lengua dentro de ella, acariciando la carne que nunca había sido tocada, excitando terminaciones nerviosas recientemente despertadas.

Mikayla se retorcía contra él, amando cada caricia, disfrutándolo mientras sus dedos se agarraban a su cabello para mantenerle con ella. Cada golpe y empalamiento de su lengua la conducía más cerca del borde, avivando el fuego dentro de ella y construyendo una necesidad cada vez mayor con cada toque.

Ella se iba a correr. Sabía que estaba montando en el borde, sabía que una vez que se liberara, no habría ninguna oportunidad de que esto fuese una aventura compartida. Se convertiría en su aventura en solitario.

Ella también quería tocarlo. Quería observar sus manos acariciando su pecho, sentir la fuerza de su polla entre sus manos, sus labios.

—Nik, por favor, — gimió mientras se estremecía con el cercano éxtasis que comenzaba a sacudir su cuerpo.

—Por favor, Nik.

—¿Por favor qué, bebé? — Su cabeza giró, sus labios acariciando la parte interna de sus muslos de nuevo.

—Déjame tocarte. Por favor, Nik, antes de correrme, necesito tocarte.

Él no podía soportarlo.

Nik la miró, viendo su desesperación en los aturdidos ojos amatista y en los sonrojados rasgos femeninos. No se atrevía a permitirla tocarle. Todavía no.

Mientras sostenía su mirada, sus dedos tocaron la tierna abertura de su coño, separando los pliegues, siguiendo el valle poco profundo a la entrada húmeda de su sexo.

Resbaladiza y caliente, la pequeña abertura se apretó ante el toque de sus dedos, flexionándose contra su caricia. Sus ojos aún estaban más aturdidos. El deseo se apoderaba de Nik mientras las caderas de Mikayla se arqueaban de nuevo, la necesidad apretaba su cuerpo, luego se sorprendió cuando sus dedos se sumergieron más abajo, la punta de un dedo acariciando contra la entrada de su apretado trasero.

Ella estaba al borde del orgasmo. Lo suficientemente cerca que él estaba seguro de poder contener la necesidad de ella por tocar.

Introduciendo la punta del dedo en la pequeña roseta, volvió su atención a la dulce, jugosa carne de su coño. Su sabor era increíble. Atrayéndole, intoxicándole mientras sus rodillas se alzaban, colocando un delicado pie en la cadera cuando ella misma se abrió aún más para él, poniendo a prueba hasta el último gramo del auto control que jamás había poseído.

Estaba perdiéndose en ella; podía sentirlo. Su polla palpitaba con necesidad viciosa mientras sus bolas se apretaban, su olor, su tacto le estaba volviendo loco.

Agarrando su cadera con una mano, la sostuvo contra él mientras su lengua acarició su clítoris antes de llevarlo dentro de su boca. Lo chupó suavemente, lamiendo con movimientos firmes mientras la punta de su dedo facilitaba la tierna entrada más abajo.

Mikayla temblaba en sus manos, sus muslos se tensaban mientras gemidos silenciosos salían de sus labios. La carne

que agarraba la punta de su dedo flexionaba y ordeñaba la punta, tentándole a penetrarla aún más.

Un deseo sensual estaba creciendo en su interior. Mientras su coño se humedecía, su ano se relajaba, haciendo su empalamiento más fácil, atrayéndolo más profundamente cuando él la acercó.

El placer era un demonio quemando por debajo de la carne de Mikayla, conduciéndola con más fuerza, más profundo, mientras sentía el empalamiento en su trasero, los labios y la lengua de Nik en su clítoris. Estaba ahogándose en la sensación. Garras de placer recorrían su carne, atravesando su torrente sanguíneo hasta que explotó a través de cada célula de su cuerpo.

Mikayla susurró el nombre de Nik. Sus caderas se arquearon, dejó escapar un grito ahogado cuando ráfagas de un éxtasis intenso y abrumador atravesaron cada terminación nerviosa y la lanzó a una vorágine de éxtasis total.

Parecía interminable. Un choque caótico de sensaciones y placer que la dejó estremeciéndose, temblando en una secuela que no tenía ni idea de cómo manejar.

Y no era suficiente.

Ella necesitaba más.

Antes de que Nik pudiera agarrar sus caderas y mantenerla inmóvil una vez más, antes de que pudiera mantener el control y volver a ocuparse de ella para aniquilar sus sentidos, Mikayla se movió.

Nik se irguió entre sus muslos, dándole la oportunidad perfecta para sentarse rápidamente, sus manos apretando contra los duros abdominales, su mirada puesta en la erección cada vez más gruesa entre sus muslos.

—Mikayla. — Su voz sonó estrangulada cuando ella se inclinaba hacia delante, sus labios presionando contra el músculo duro en la parte baja de su estómago.

—Esta no es una buena idea, mi amor.

Mikayla no le contestó. No tenía la capacidad de contestarle. Mientras abría sus ojos y giraba la cabeza, los dedos de una mano intentaban agarrar la pesada carne.

Estaba hambrienta de él. Necesitaba sentirle, saborearle. Mientras los dedos de Nik se enroscaban en su pelo, ella temía que intentara alejarla de él, se levantó y presionó sus labios en el eje lleno de venas.

Nik se detuvo. Sus dedos agarraron el pelo de Mikayla, su mirada se centró en ella mientras sentía el calor satinado de sus labios contra la torturada longitud de su polla.

Dulce misericordia, ella estaba destruyéndole y ni siquiera lo sabía. Incluso su toque era inocente, tentativo y, sin embargo, tan condenadamente sensual y hambriento que era lo único que podía hacer para no retirar la cabeza de Mikayla y empujar la cresta de su polla dentro de la dulce provocación de su boca.

Nik necesitaba mantenerla quieta, impedirla tomarle con esa intimidad. Poseerla, robarla el velo de su inocencia, era una cosa. Robarla realmente el corazón de su inocencia era otra. Hacer realidad las fantasías de liberar el lado salvaje, desenfrenado de Mikayla Martin podría ayudarle a superar esa noche, pero hacerlo era un riesgo para su alma y él lo sabía.

Aun así, se sentía impotente para hacer nada excepto mirar cómo su lengua lamía la engrosada, oscura cresta de su pene antes de chuparle en una larga y lenta lamida que envió una chispa de pura lujuria que electrificaron sus bolas.

Mirándola, observó cómo sus ojos se agitaban cerrados y sus exuberantes e impertinentes labios cubrían lentamente la palpitante cabeza de su polla.

No iba a ser capaz de separarla. No podía separarla. Era demasiado condenadamente bueno. Su boca era líquido caliente, sus labios como seda cliente, el tiro de su boca como puro éxtasis.

Hijo de puta. ¿Se suponía que debía dejar esto? ¿Qué le había hecho creer que tal cosa fuera posible?

Las uñas de una delicada mano arañaron debajo de sus abdominales mientras sujetaba el eje duro con los dedos de la otra. Sus labios y su ajustada boca abarcaron la engrosada cresta, su pequeña lengua caliente vacilante lo acariciaron mientras cada músculo de su cuerpo se tensaba con la marea de sensaciones arremolinándose a su alrededor.

Los movimientos tentativos e inocentes eran más destructivos que cualquier toque que había conocido en su vida. Había estado con mujeres cuya experiencia igualaba a la suya, pero, hasta entonces, no había estado tan afectado como lo estaba ahora.

Ahora, Nik se estaba ahogando en el jodido placer. Estaba desgarrando su sistema con una destrucción salvaje y rompía su determinación de contenerse, para aliviar el daño que podía hacer a su corazón cuando esto se terminara.

No había modo de contenerse con la polla en su boca, o con los inocentes movimientos que le aspiraban hacia la parte posterior de la garganta, el murmullo de un pequeño gemido vibrando contra la punta antes de que se retirara y luego lo tomara de nuevo.

Antes de que Nik pudiera frenar el deseo que le estaba superando, sus dedos apretaron el cabello de Mikayla y folló su boca con movimientos ajustados y controlados.

Movimientos que enseñó a Mikayla lo que no sabía instintivamente.

Mientras miraba cómo sus labios se movían sobre él, observó el deseo que llenaba su cara mientras sus labios se cerraban en él, Nik podía sentir cómo perdía el control que tanto luchó por mantener.

Ráfagas eléctricas de sensaciones recorrían desde sus bolas hasta su espalda y volvían otra vez al principio. El deseo era una necesidad voraz que desgarraba su mente, demandando más que sus labios, más que sus delgados dedos intentando encerrarle. Ese deseo demandaba tanto ese velo de inocencia como su corazón.

Enterrado bajo ese deseo existía una llama que luchaba por negar. Una oleada de posesividad, de ternura. Un conocimiento de que en su vida nunca había sentido algo como lo que estaba sintiendo ahora.

—Basta. — Su voz era dura cuando se echó hacia atrás, forzando a que su polla saliera del calor de su boca cuando la empujo sobre su espalda y se movió entre sus muslos, sus rodillas presionando las piernas de ella para separarlas.

Mientras ella se extendía ante él como una oferta exquisita para el hambre furiosa que rugía dentro de él, Nik no pudo evitar tomarse un momento para apreciar la belleza única de ella.

Su soñolienta mirada amatista brillaba con un fuego violáceo. Los largos mechones trigueños extendidos a su alrededor mientras sus labios hinchados se abrieron para jadear.

Los firmes pechos con puntas rosadas se levantaron y cayeron pesadamente, los globos pálidos tentaban sus labios, aunque los rizos que cubrían el montículo brillante de rocío de su coño atrajeron su mirada y la longitud de su pene palpitante.

—¿Estás segura? — Era la pregunta más loca que podía haber preguntado.

Si ella cambiaba de opinión ahora, él iba a explotar de dolor más que de placer.

Ella se agachó, sus delgados dedos agarraron su polla mientras levantaba sus caderas.

Un calor femenino abrasador rozó la cabeza de su polla, provocándole una mueca de agonía erótica. La necesidad de empujar dentro de ella le estaba llevando a la locura.

—¿Crees que estoy segura? — Su voz era jadeante, sin aliento, mientras las caderas de Nik se desplazaron, la polla separando la entrada de su hinchado coño para presionar de nuevo contra la estrecha y apretada entrada de su cuerpo.

Nik rezó para tener paciencia. Sus manos apretaron sus muslos mientras se acercaba más, observando como su polla comenzaba a presionar dentro de ella.

El calor rodeó la cresta llena de sangre, recorrió su eje y rompió a través de todo su sistema.

Su instinto gritaba Mía. Rompió los últimos escudos que había mantenido alrededor de su alma durante tantos años y se clavó directamente en el centro de su espíritu.

Era suya. Ella le pertenecía.

Mikayla levantó la mirada hacia Nik, sintiendo el estiramiento lento y constante en la entrada de su coño. Placer/dolor comenzó a fluir a través de ella mientras empujaba hacia su interior, su polla tomándola, poseyéndola de una forma que ella no había esperado.

Mikayla se esforzaba por tener los ojos abiertos mientras observaba separarse los pliegues de su sexo, veía cómo se separaban sus húmedos pliegues cargados de jugos, abrazando su carne cuando entraba en su interior.

—Nik.

Las manos de Mikayla agarraron sus muñecas mientras él sostenía sus muslos, sus caderas presionando en un avance constante.

—Nik, yo… — Ella se lamió los labios. No sabía qué decir, qué hacer.

El placer estaba desgarrándola; una apretada y punzante quemadura se mezclaba con el violento erotismo, haciendo que aumentara aun más su excitación. El calor se apoderó de ella, quemando debajo de su carne cuando un placer doloroso comenzó a aumentar.

—Aguante, bebé. — La voz de Nik era profunda, oscura, acariciando sus sentidos y empujándola más alto.

—Agárrate a mí, Mikayla.

Las manos de Mikayla se agarraron a las muñecas de Nik, mientras ella pensaba que sabía lo que se avecinaba. Deirdre y otras amigas la habían asegurado que habría dolor. La habían asegurado que, cuando más grande era el hombre, mayor era el dolor.

Nik empujó en su interior, su polla presionaba contra el fino escudo de su virginidad. Su pulgar se movió a su clítoris, presionándolo, girándolo y haciendo a sus sentidos gritar en una sensación repentina, vibrante.

El orgasmo que se apoderó de ella la sorprendió. La sumió en un placer tan extremo que perdió el aliento, su voz, y cualquier dolor que pudo haber sentido cuando Nik empujó en su interior, al romper el escudo de virginidad que había guardado para él.

Una parte de Mikayla reconoció eso. Ella no le conocía, no sabía quién era o cuándo había entrado en su vida, pero esto era para lo que ella se había reservado.

Una sensación salvaje y exquisita se estrelló sobre ella, arqueando sus caderas y enterrando su polla más profundo y más duro dentro de ella mientras las caderas de Nik empujaron una vez más.

El dolor estaba sumergido debajo de un placer brutal. Estaba disfrazado en un éxtasis agónico cuando un orgasmo se apoderó de ella y comenzaba a construirse otro.

La sensación de su polla estirándola, empujando duro y profundo dentro de ella, tenía todo su cuerpo arqueándose hacia él cuando Nik se corrió. Su duro cuerpo la rodeó, sus brazos estrechándola más cerca mientras sus labios cubrían los de ella.

Un gemido brutal masculino se unió al torturado gemido de placer que arrancó de la garganta de Mikayla cuando lengua de Nik empujó con avidez dentro de su boca.

El vello de su pecho raspaba contra sus pezones; la barba de su rostro raspaba contra la suya, sus muslos acariciaban los de ella, su polla clavada en su interior. Duro. Profundo. Provocándola un clímax que arrancó de las mismas profundidades de su alma y la envió volando en puro éxtasis.

Nik se tensó en sus brazos, su erección enterrada profunda cuando ella le sintió tensarse, sintió su polla pulsar y palpitar dentro de ella.

Fue una descarga de adrenalina y éxtasis. Un placer tan brutal que Mikayla nunca podría haberse imaginado. Ninguna de sus amigas le había advertido de esto. Era como volar hacia el sol y entrar en el paraíso mientras Nik gemía su nombre, susurrando algo en otro idioma y colapsando contra ella.

Era como si finalmente se perteneciesen.

CAPÍTULO 11

Mikayla estaba dormida.

Nik miró la cara relajada de Mikayla mientras volvía a la cama con un paño caliente y húmedo en la mano.

Limpiándola con suavidad, no podía dejar de maravillarse, una vez más, con la suavidad de su piel. Su piel sin manchas, ligeramente bronceada, sus músculos tonificados con suavidad femenina a la que apenas podía resistirse.

Estuvo a punto de olvidar ponerse un condón.

Cuando volvía de nuevo al baño, ese pensamiento le torturaba. Desde que era un adolescente, nunca había olvidado ponerse un condón. No desde la concepción de la hija que había perdido. Pero había estado a punto de olvidarlo con Mikayla.

Deshaciéndose del paño húmedo, se giró, apoyó sus manos en el lavabo definitivamente femenino y se miró en el espejo.

Lo que vio allí le molestaba de una manera elemental. La falta de emoción que había habido en sus ojos, infiernos, en su alma, durante los últimos años era sustituido ahora por demasiadas emociones.

Las pupilas azul claro parecían torturadas. Tan torturadas como él se sentía. Podía sentir las pesadillas del pasado moviéndose ahora en él, gestándose por detrás de esa puerta cerrada que tenía sus emociones bloqueadas detrás de ella.

Esa puerta ya no estaba cerrada. Mikayla la había abierto y ahora no tenía ni idea de qué demonios iba a hacer con las

emociones que manaban de su interior. ¿Qué diablos se suponía que tenía que hacer con Mikayla?

Volviendo a la habitación, tenía toda la intención de marcharse y volver de nuevo a la cama fría y solitaria del cuarto de invitados. ¿Por qué agravar el error?, pensó.

Dormir con ella solo podía hacer más difícil marcharse después.

Los ojos amatista estaban abiertos ahora, observándole en silencio mientras Nik la miraba, como si supiera lo que estaba a punto de hacer.

Nik acababa de tomar su inocencia, tomado un regalo que ella sólo podía dar una vez. Un regalo que había guardado todos estos años solo para concederlo a una causa perdida.

Ella recordaría esta noche para siempre; él no quería que terminara lamentándolo.

Como un hombre que caminaba hacia la cámara de la muerte, Nik volvió a la cama y a la mujer. Se deslizó dentro y la abrazó contra su pecho mientras se preguntaba si, después de esto, en su sueño habría algo más que pesar.

—No tienes ninguna responsabilidad hacia mí, Nik, — susurró ella en la oscuridad mientras él apagaba la lámpara de la pequeña mesita al lado de la cama.

Dios, ella estaba tan equivocada.

—No he dicho que la tenga. — Nik mantuvo su voz baja, luchando por mantener sus emociones bajo control mientras enterraba sus dedos en los largos mechones de pelo que fluían de su cabeza.

Nik sintió sus labios contra su pecho mientras los dedos de Mikayla jugaban suavemente con el ligero vello de su pecho.

—Dime algo sobre ti, — susurró ella.

Nik se quedó mirando el techo a oscuras y se dio cuenta de lo poco que en realidad sabía de él. Lo poco que permitía a cualquier persona saber de él.

—Estuve casado una vez. — Hizo una mueca, preguntándose de dónde demonios había venido esa admisión.

En vez de saltar y continuar el interrogatorio, Mikayla permaneció en silencio.

—Tuve una hija. Su nombre era Nicolette. — No le había hablado a nadie de su hija. Nunca hablaba de ella. Algunas veces, sentía como si Nicolette no hubiese sido más que un sueño.

—Es un nombre muy bonito, — Mikayla respiró suavemente contra su pecho.

Nik podía sentir el dolor, tan afilado, tan punzante como siempre, pero esta vez parecía atenuado por el tiempo, o por Mikayla.

—¿Qué la ocurrió? — preguntó ella suavemente después de transcurridos varios minutos, un borde de tristeza en su voz que le advirtió que sabía que su bebé ya se había ido.

—¿Cómo sabes que le ocurrió algo?

Mikayla levantó la cabeza de su pecho hasta que pudo mirarle, la tenue luz de la luna entrando por las ventanas, dándole la suficiente luz para ver.

—Si no hubiera ocurrido, entonces ella todavía estaría contigo, — dijo Mikayla suavemente.

—No estarías esquivando balas por una mujer que apenas conoces si tuvieses un niño pendiente de tu regreso a casa.

Dios, cuánta razón tenía.

—Estaba en el ejército. — Él se aclaró la garganta, recordando con demasiada claridad las decisiones que había tomado por su hija.

—Dejé la unidad en la que estaba por un trabajo de oficina cuando mi esposa quedó embarazada. Nicolette tenía cinco años cuando su madre decidió que el matrimonio no era para ella. Ella tenía una aventura mientras yo trabajaba muchas horas para tratar de darles todo lo que podía a ella y a Nicolette. No fue suficiente.

—Estaba en el trabajo cuando ella se fue. El hombre con el que se había estado acostando estaba mezclado en un mal negocio. Algunos de sus enemigos pensaron que él estaba en el coche con ella y Nicolette. Lo interceptaron. Nicolette recibió un disparo.

Su cuerpo quedó destrozado por la potencia y la velocidad de las balas que habían atravesado su pequeño cuerpo.

Nik todavía podía verlo. La sangre, el horror. El conocimiento de que él no había protegido a su niña.

—Fue culpa mía, — finalmente susurró, aceptando ahora esa culpabilidad como nunca antes. Aceptándolo porque comprendió el cuidado que se necesitaba para mantener el corazón de una mujer.

Nik no había tenido esas atenciones. Se había ocupado de su trabajo, se había ocupado de su posición, dando su tiempo libre a su hija, mientras su mujer había estado fuera buscando una oportunidad.

—¿Por qué fue por tu culpa? — preguntó Mikayla.

Nik la miró.

—Porque yo no fui el marido que debería haber sido, Mikayla. No fui el hombre que debería haber sido.

—Nik, lo siento mucho, — susurró ella, y juró que vio el brillo de una lágrima resbalando por su mejilla.

—Pero no fue culpa tuya. Tu mujer tomó esa decisión, no tú.

Alguien que no era él derramó una lágrima por la niña que nunca había tenido la oportunidad de vivir. La delicada niñita que quería ser bailarina. La traviesa sonriente que esperaba cada noche a que su papá volviera a casa.

—Fue hace mucho tiempo. — Tuvo que parpadear para eliminar la humedad de sus propios ojos.

Mikayla sacudió su cabeza.

—Es como si hubiera sucedido ayer. Así de claro está en tu corazón, Nik. Amabas a tu hija.

Él asintió con la cabeza lentamente y dijo,

—Sí.

Sucedía casi todas las noches en sus sueños, casi diariamente en sus recuerdos. Y el dolor nunca desaparecía por completo, aunque con los años se había suavizado.

—Túmbate. — Presionó a Mikayla para que se acostara de nuevo sobre su hombro.

—Nicolette te hubiera querido. Pareces una de esas malditas hadas sobre las que siempre estaba leyendo.

Y Mikayla parecía una. En ese momento, Nik se dio cuenta de lo mucho que se parecía a uno de esos pequeños duendes de aquellos libros antiguos que Nicolette le hacía leerla.

—¿Un hada, eh? — Él sintió a Mikayla sonriendo contra su pecho.

—Un hada muy bonita y muy salvaje. — Nik casi sonrío.

—Revoloteando por ahí y buscando problemas siempre que tiene la oportunidad. Necesitas un guardián a tiempo completo.

—¿Te estás ofreciendo para el trabajo? — La risa en su voz, la burla gentil, era más de lo que podía soportar.

—Demasiados trabajos ya. — Nik tuvo que cerrar los ojos ante la negativa que obligó a salir de sus labios.

—Déjame que te saque de este lío primero, bebé. Quizás aprenderás a permanecer alejada de los problemas después de esto.

—Puedes tener esa esperanza. — Su voz estaba seria, la constatación de que no se quedaría, no podría, era un silencioso recordatorio de que nada dura para siempre.

—Puedo esperarlo. — Él besó la parte superior de su cabeza con suavidad antes de acercarla más a su cuerpo.

Nik podía esperar muchas cosas, a pesar de que había dejado de hacerlo hacía mucho tiempo. Si uno no esperaba nada, entonces no se llevaba una decepción. Tener esperanza significaba que había un motivo para vivir, y vivir por algo o alguien más implicaba que estabas rogando por sufrir.

Nik se aseguraría de que estaba segura. Después, se aseguraría que alguien la vigilara. Alguien que no fuera él.

Al día siguiente Mikayla se aseguró a sí misma que había entrado en esto con los ojos abiertos. No estaba enamorada, se prometió a sí misma. Cuando Nik se fuera, y sabía que se iría, entonces sería capaz de seguir adelante sin cuidar de un corazón roto.

No servía de nada saber que estaba mintiendo. Tan autocrático como podía ser, tan dominante como era, aun así

Mikayla se estaba enamorando y ese conocimiento tenía el poder de aterrorizarla.

Él era mucho más que la mayoría de los hombres que conocía. Infiernos, más que cualquier hombre que hubiera conocido. En la oscuridad la noche anterior, había aprendido algo sobre él que no había esperado. Algo que podría explicar ese aire oscuro y torturado que vislumbraba a su alrededor.

Nik había perdido demasiado. De algún modo, toda una vida. Una esposa y una niña. Obviamente había dejado el ejército después de sus muertes y ahora trabajaba con un grupo privado. Pero todavía estaba solo. Y una persistente y pequeña advertencia en el fondo de la mente de Mikayla susurraba que parecía gustarle estar solo.

Cuando él se fue en la moto después de haberla seguido hasta la tienda, Mikayla miró su espalda con el ceño fruncido durante largos segundos. Esa mañana Nik ya se había alejado. Ya se había duchado y tenía el café preparado cuando ella se levantó. Cuando ella le miró, su mirada era tan fría como siempre.

Quizás más fría, se dijo a sí misma mientras entraba a la tienda y saludaba a Deirdre antes de dirigirse a su oficina.

Tenía llamadas de teléfono que hacer. Nik estaba buscando al asesino de Eddie, pero eso no significaba que no pudiera ayudarle de otras maneras.

Odiaba quedar al margen cuando se trataba de su propia protección. Mikayla no se ocultaba de las realidades de la vida. Esta era su vida y ella era la que, ahora, se había convertido en el objetivo de un asesino.

Pero ¿por qué?

Le tomó un tiempo, pero finalmente logró encontrar a un amigo de Eddie Foreman que había estado esquivo durante muchas semanas.

—Mira, Mikayla, — Robert Cronin suspiró después de darse cuenta que estaba intentando localizarle.

—Deja que la policía investigue esto.

—Robert, no están investigando a nadie, — le informó con cansancio.

Ella conocía a Robert desde hacía años. Antes de su divorcio, su mujer había acudido a ella a menudo para arreglar sus vestidos. Como Robert era otro capataz de la construcción, aunque ahora ya no trabajaba con Maddix Nelson, había información así como chismes de los que él tenía que estar al corriente.

—¿Por qué dejaste la compañía de Maddix Nelson? — preguntó ella.

—Simplemente dame información, Robert. Ayúdame.

—Hija de puta, vas a terminar muerta, — dijo él y ella casi podía imaginar la mueca en su cara curtida.

—Maddix Nelson no es ningún asesino. Y si su abuelo estuviese vivo, entonces diría que le mirasen a él. Ese hombre era un hijo de Satán con el corazón negro, si me preguntas.

Ella no quería una disección del árbol familiar. Sólo información, pensó con frustración.

—Tal vez Maddix es muy bueno escondiéndolo, — sugirió ella.

Robert estaba en silencio, aunque se podía oír el sonido distante de la maquinaria al fondo.

—Hay ciertos rumores, — dijo finalmente.

—Han visto a Maddix en lugares en los que él no debía ser visto, quizás hablando con gente con la que no debería hablar. Del tipo ilegal. Eddie estaba en una fiesta hace unos

meses; solía ponerse bastante borracho, ¿sabes? — Robert aclaró su garganta.

—De todos modos, él dijo que tenía algo con Maddix. No dijo qué, pero dijo que podía hacerle caer.

Mikayla mordió su labio.

—¿Tienes alguna idea de qué era?

—Él no lo dijo, Mikayla, — Robert gruñó.

—Lo que fuera, sin embargo, Eddie estaba seguro que podía hacer daño a Maddix con ello. Si Eddie dijo a alguien qué era, entonces habría sido a Steve Gainard. Él es el único en el que Eddie confiaba, si es que confiaba en alguien.

Y Steve había estado fuera de la ciudad durante meses. Mikayla había dejado varios mensajes en su contestador así como en su teléfono móvil.

—No puedo creer que Maddix hiciese esto. — Robert suspiró de nuevo.

—Pero tampoco puedo creer que estés mintiendo. Eso pone a muchos de nosotros entre la espalda y la pared, Mikayla. Como dije, su abuelo era un hijo de puta. Yo le hubiera echado la culpa antes de su muerte. Ese viejo bastardo llegó tan lejos como amenazar con desheredar al padre de Maddix si se atrevía a decidir tener otro hijo. No quería que el padre de Maddix, Lowell, tuviera una familia grande. Sentía que le echarían de la empresa que estaban construyendo.

—Pero como tú dices, está muerto, — señaló Mikayla.

—Y no fue el abuelo de Maddix a quien yo vi, Robert. Fue a Maddix.

—Sí, te he oído. — La confusión llenando su voz.

—Ojalá tuviera respuestas para ti, muchacha. No me gusta que nadie te vaya disparando. Deja esto, antes de que te maten.

Mikayla no podía dejarlo. La injusticia misma así como el conocimiento de que dejarlo solo convencería a todos de que estaba mintiendo. No podía hacer eso. No era una mentirosa. Sabía lo que había visto.

—Gracias por tu tiempo, Robert. — Finalizó la llamada con la sensación de caer aun más en el agujero en el que su vida se había convertido.

—Cuando quieras, Mikayla, — Robert le prometió.

—Saluda a tu padre de mi parte. Voy a rezar por ti.

Mikayla terminó la llamada y miró el teléfono durante mucho tiempo antes de llamar a Nik.

Ella le dio la información rápidamente y no tuvo que esperar mucho a su reacción.

—Mantente al margen de esto, — gruñó él, la ira creciendo en su voz.

—Mira, te estoy enviando un mensaje de texto con el número del teléfono móvil de Robert. Está dispuesto a hablar contigo también.

—Te dije que te mantuvieses al margen, — le espetó de nuevo.

—Y yo te dije que es mi vida, — replicó ella.

—Tú no sabes con quién hablar, Nik. Yo sí. Puede que no sea capaz de obtener todas las respuestas pero esto es algo que no teníamos antes.

—Envíame el maldito número, — gruñó.

—Deja el teléfono de mierda y mantén tu culo lejos de problemas hasta que vuelva. ¿Me has entendido?

Ella casi sonrió.

Sonaba más protector que enojado.

—Haré todo lo que pueda, — le dijo ella, a sabiendas que él lo sabía de sobra.

Ella lo sabía de sobra. Si a ella se le ocurriera qué otra cosa podía hacer, entonces podría hacer la llamada o la visita o enviar un email. Como le dijo a Nik, esto era su vida y no se daba por vencida.

Enviando el número en un mensaje después de colgar, se quedó mirando el teléfono, frotó su frente, entonces hizo una breve nota con la información que Robert la había dado antes de añadirlo al archivo que tenía.

Sin tener en cuenta las órdenes de Nik, hizo otras llamadas, pero no pudo confirmar la información que Robert le había dado por las pocas fuentes con las que tenía que hablar, fuentes en las que podía confiar. Eso la dejó con aun más hilos sueltos.

Hilos que tendría que recoger más tarde, pensó mientras colgaba el teléfono una hora más tarde.

El resto del día transcurrió como la mayoría de los otros. Mikayla trabajó en los vestidos en la parte de atrás, tuvo varias citas para arreglos e incluso se las arregló para vender dos más de sus propios diseños antes de que llegara la hora de cerrar.

Mientras ella y Deirdre estaban en el mostrador esperando a Nik, una explosión rompió el silencio de la tienda.

Llovieron cristales dentro de la tienda mientras los maniquís que estaban en el escaparate se caían al suelo, tirando un perchero de vestidos al suelo y dejando a Mikayla mirando todo en estado de shock mientras el sonido de unos neumáticos chirriando parecían hacer eco a su alrededor.

Deirdre estaba gritando algo. Parecía estar maldiciendo mientras Mikayla miraba la destrucción en estado de shock.

—¡Eso fue un maldito disparo¡ — Deirdre le gritó.

—¡Dios mío, Mikayla¡

—Llama a la policía, Deirdre. — Mikayla se sentía paralizada.

No podría haber evitado el disparo si hubiera estado destinado a ella. Habría estado muerta. Pero no iban detrás de ella esta vez. Fueron por su tienda. Su forma de vida. Su seguridad.

Alguien estaba intentando asustarla, intentando obligarla a dar marcha atrás.

Sacó su teléfono móvil del bolso y buscó en la agenda el número de Nik.

—¿Mikayla? Estoy de camino a recogerte, — contestó él inmediatamente.

—Voy a tardar un rato en salir, — le dijo ella.

—Alguien acaba de disparar en la tienda y ha destruido el escaparate. Tengo que llamar a mi padre para que lo tape para esta noche. Puedo hacer que me lleven...

—Voy para allá. — La línea se desconectó.

Mientras Deirdre colocaba el perchero de vestidos que se había caído, Mikayla la observó mientras marcaba el número de su padre. Al igual que con Nik, nada más explicar lo que había ocurrido, su padre colgó con un “Vamos para allá”. Lo que, por supuesto, significaba que vendría toda la familia.

Por lo menos, el escaparate se podría tapar rápidamente, pensó con cansancio.

Mikayla no se había movido del mostrador. No tenía intención de moverse.

—Vete a casa, Deirdre. — Mikayla miró a su amiga mientras miraba el montón de ropa con impotencia una vez más.

La cabeza de Deirdre se sacudió, su expresión incrédula mientras se volvía a mirar a Mikayla.

—¿Que haga qué? — preguntó con incredulidad.

—Vete a casa. Papá y Nik estarán aquí pronto. No te molestes en volver por un tiempo.

No fue un ladrillo arrojado por la ventana. No era una pintada en el cristal. Esto había sido una bala y Deirdre podía muy bien haber estado en su camino.

—Como el infierno, — Deirdre replicó mientras se acercaba al mostrador.

—No me voy a ningún sitio. Y que me aspen si algún imbécil va a hacerme salir corriendo.

—¿Prefieres que uno de ellos te mate? — le preguntó a su amiga a quemarropa.

—Eso fue una bala.

—Y una puta mierda, — Deirdre le gritó, sus manos yendo a sus caderas.

—Y yo vi el coche en el que estaban y conseguí parte del número de la matrícula. Que se jodan.

La rabia brillaba en sus ojos verdes.

—No voy a ninguna parte.

El final de su frase fue puntualizada por un duro y furioso rugido de la Harley mientras saltaba a la acera y paraba de repente.

Mikayla observó cómo Nik saltaba de su asiento y pasaba por la abertura abierta donde había estado el escaparate y se dirigió rápidamente hacia ella.

Lo había hecho con tanta facilidad, pensó ella estúpidamente. Subido en el asiento, esas largas piernas entraron por el marco del escaparate a la tienda. Como si fuera el dueño del lugar.

—¿Estás bien? — Sus manos agarraron sus hombros, sus ojos, ya no congelados sino ardiendo con furia, la revisaban rápido.

—Maldita sea, Mikayla. Te dije que me dejaras ocuparme de esto.

Mikayla se sintió temblar. Estaba agarrando sus antebrazos como si se trataran de un salvavidas.

—Esta es la segunda vez desde el asesinato de Eddie, — susurró con voz temblorosa mientras lo miraba.

—¿Qué dicen sobre la tercera vez?¿Un hechizo?

—Está bien, bebé. — La apretó contra él, su mano en la parte de atrás de su cabeza, presionándola contra su pecho mientras él la protegía con su duro y fuerte cuerpo.

—Dios, bebé, tienes que dejar de presionar botones, aquí. Deja que me ocupe de esto.

En ese momento, se dio cuenta de lo que había pasado. Si él no hubiera estado sujetándola, podría haber caído al suelo con un ataque de histeria. Alguien la había disparado otra vez. ¿Y si realmente esa bala tuviera éxito la próxima vez?

Nik podía sentir la rabia rasgando a través de él mientras miraba de Mikayla a la otra chica.

Deirdre Maple estaba observándole estrechamente, sus ojos verdes curiosos, conocedores. Y suspicaces. Ella no

confiaba en Nik en absoluto y eso era probablemente una buena cosa. Se trataba de una cualidad que Mikayla debería haber desarrollado antes de dejarle entrar en su cama.

No es que tuviera intención de traicionarla, pero ella era tan jodidamente confiada.

—El coche era un Civic último modelo, — declaró Deirdre mientras Mikayla continuaba aferrándose a él.

—Matrícula de Maryland. — Rápidamente recitó los tres primeros números.

—Era de color grisáceo o plateado, difícil de decir teniendo en cuenta la poca luz. — Ella señaló con la cabeza a la muy transitada calle.

—Dispararon desde una calle lateral y desaparecieron en vez de continuar por Washington Street.

—Yo no vi nada, solo el cristal explotando en la tienda. — Dijo Mikayla.

—Yo estaba observando la calle. — Deirdre se encogió de hombros.

—Desde la última vez que alguien intentó dispararte, he estado intentando observar las cosas más atentamente. Vi al tipo sacar el brazo por la ventana hacia nuestro escaparate pero no vi el arma ni le vi la cara.

Teniendo en cuenta la poca luz, habría sido fácil en ese ángulo no ver el arma, pensó Nik mientras se volvía y miraba por la puerta.

—Esto es una locura, — susurró Mikayla mientras se echaba hacia atrás lo poco que Nik la permitió alejarse.

—¿Por qué intentar matarme ahora? He estado haciendo preguntas a la gente durante semanas.

—Porque estas acercándote demasiado, — Nik gruñó.

—¡Por amor de Dios, tienes que parar esto!

También era una advertencia para él, Nik lo sabía. Una advertencia para dar marcha atrás, igual que ese primer tiroteo había sido una advertencia para Mikayla. Para que dejara la investigación.

—Y aquí está el Detective Tonto del culo, nuestro amigable detective del vecindario, — el tono de Deirdre era casi una mueca desdeñosa mientras diversos coches de policía se detuvieron así como un coche sin identificar.

El Detective Robert Denover salió del vehículo sin identificar, su cabeza calva brillando con las luces superiores cuando apoyó las manos en sus caderas y miró fijamente el frente de la tienda con el ceño fruncido.

Deirdre se colocó al lado de Mikayla mientras Nik, despacio, se alejó de ella para atender al detective cuando entró en la tienda.

—Señorita Martin. — Saludó con la cabeza a Mikayla antes de que su mirada girase hacia Nik, sus ojos grises estrechándose con sospecha.

—Señor Steele. Me sorprende verle aquí.

La mirada de Mikayla cambió entre Nik y el detective.

—¿Conoces al Detective Denover?— le preguntó débilmente.

—Nos conocemos. — Nik asintió brevemente con la cabeza.

—También está investigando el asesinato de Foreman.

Mikayla sabía eso y no estaba satisfecha con los esfuerzos que ella sabía que él había puesto en esa investigación. Había sido casi insultante la noche en que ella había denunciado el asesinato una vez que le había dicho a quién vio.

Denover miró alrededor de la tienda, sacudiendo su cabeza antes de volverse hacia los oficiales detrás de él.

—Encuentren la bala, — les ordenó con un indicio de frustración.

—Conseguid las declaraciones. Repasaré sus informes cuando vuelva a la oficina por la mañana.

Él se volvió para irse.

—Se ocupará de esto usted mismo. — Nik no estaba dispuesto a dejarle marchar sin investigar adecuadamente el asunto. Ya había tenido bastante de la actitud de este bastardo.

—Lo hará o me aseguraré de que su jefe se entere de su negligencia.

Los labios del detective se curvaron burlonamente.

—No se sorprenderá.

—Pero puede que se sorprenda más cuando agentes federales acudan a su oficina para investigar cómo lo está llevando a cabo. — Nik ofreció con chanza burlona.

—Puedo organizarlo, Denover. Y lo haré.

Nik tenía toda la intención de gestionarlo de todas formas una vez que esto se hubiera acabado. Mikayla no estaba siendo protegida y el asesinato de Foreman no se estaba investigando como debiera. El hecho de que Maddix fuese buen amigo del alcalde así como del jefe de policía y que estuviera haciendo negocios con la ciudad, le había dado un prestigio que no debería haber tenido.

Los labios de Denover se apretaron mientras lanzaba una mirada irritada a Mikayla. Sacudiendo su cabeza, procedió a supervisar la búsqueda de la bala y la toma de las declaraciones que Mikayla y Deirdre dieron.

Cuando terminaron, la camioneta del padre de Mikayla aparcó en el exterior con toda la familia en la cabina doble del vehículo. Tres hermanos, un padre furioso y una madre preocupada.

Durante un momento, un deja vu pasó a través de Nik. Sus padres habían llegado a su casa de una forma similar, sus hermanos y hermanas muy cerca detrás, la noche en que su mujer y su hija habían muerto. Se habían reunido a su alrededor, habían jurado apoyarlo. Hasta que Nik había ido contra varios políticos en su determinación por encontrar al hombre responsable de sus muertes. Fue entonces cuando su familia le había dado la espalda.

Sin embargo, la familia de Mikayla no le había dado la espalda cuando vieron lo difícil de la lucha. Ellos estaban allí. Sus hermanos levantaron piezas de madera contrachapada de la parte trasera de la camioneta mientras sus padres se apresuraron al interior.

—Nik. — Ramsey Martin asintió en su dirección mientras su mujer, Jorrey, se precipitaba al lado de Mikayla.

—Quiero llevarla a casa.

Se trataba de una conversación similar a la que se había producido la última vez que alguien había disparado contra Mikayla.

—Ella no es una niña. — Nik sacudió su cabeza.

—Ayudaré a Mikayla, sin importar lo que decida. Pero es su decisión.

—Y yo no me voy con mis padres. — Mikayla se apartó de los brazos de su madre con el ceño fruncido.

—Ya os lo he dicho.

Ramsey pasó los dedos de una mano por la parte posterior de su nuca con frustración, la preocupación y el amor patentes en su cara, en sus oscuros ojos grises.

—Mikayla, alguien está intentando matarte, — argumentó su madre.

—Si alguien estuviera intentando matarme, entonces estaría muerta, — Mikayla señaló y Nik no pudo evitar estar de acuerdo con ella.

—Alguien está tratando de asustarme y, aunque están haciendo un maldito buen trabajo, no voy a huir y a esconderme.

—Maldición. — Mikayla dijo.

Nik la miró con sorpresa, y parecía que sus padres hacían lo mismo. Mikayla simplemente nunca maldecía.

—Esto cada vez es más serio, — protestó Ramsey.

—No quiero tener que enterrar a mi propia hija, Mikayla. Apreciaría que estuvieras por aquí lo suficiente como para asegurarte de que tus hermanos pagan mi funeral.

Los labios de Mikayla temblaron mientras miraba a Nik.

—Él jura que mis hermanos venderán su negocio y vivirán por todo lo alto con ese dinero durante los días que les dure.

—Unas pocas horas, — resopló Ramsey mientras se giraba y miraba a los tres jóvenes que trabajaban rápidamente para cerrar la abertura delantera donde había estado el escaparate.

—Y eso no viene al caso. El caso es que esto no va a funcionar. No me gusta saber que algún hijo de puta está tiroteando a mi hija.

—Escondiéndome no va a cambiar nada, — argumentó Mikayla, aunque Nik podía ver que era difícil para ella discutir con su padre.

—También te pone a ti en peligro.

—Tomaré medidas para asegurar que esto no pase de nuevo, señor Martin, — Nik tomó la palabra y casi golpea sus propios dientes en cuanto dijo esas palabras.

¿Qué diablos estaba mal en él? Lo mejor que podía hacer era lograr que volviese con sus padres, terminar esta investigación y luego dirigirse en la moto hacia la puesta del maldito sol. Esperaba que sin romper el corazón de Mikayla Martin.

Pero no podía hacerlo.

—Le han disparado dos veces desde que viniste a la ciudad, — declaró su padre, su mirada acusadora.

—Ella no tenía problemas entonces.

—Papá, por favor. — Mikayla se puso delante de su padre como si pensara que podía proteger a uno de ellos. Como si existiese una razón para sentir que uno de ellos necesitaba protección.

—Estaré bien.

Su padre bajó la mirada hacia ella, igual que Nik estaba mirándola. Con paciencia.

A continuación su padre se acercó, la agarró por los brazos y la puso suavemente fuera de su camino. Como a un niño.

Si Nik no hubiera estado observando la cara de Mikayla no podría haber visto el dolor que sintió con la indiferencia casual de su padre por su posición.

Fue suficiente para que Nik deseara levantarla y ponerla otra vez en su sitio. No dudaba del amor de su padre por ella, pero Nik dudaba de la capacidad de su padre por comprender a la mujer que era, en lugar de la niña que él quería que fuese.

—Ramsey. — Su madre se movió al lado de Mikayla.

—No puedes forzarla a venir a casa.

Ramsey frunció el ceño a su mujer, antes de volverse a mirar a su hija.

Mikayla sacudió su cabeza, esa mirada de orgullo herido brillando en sus ojos amatista.

—No soy un hueso por el que luchar, — dijo ella, con un dolor denso y pesado en su voz.

—Voy a ir a mi casa. Gracias, papá por traer a los chicos para arreglar el escaparate. Y gracias por estar aquí para mí. Pero no puedes ayudarme en esta ocasión. Y no voy a esconderme debajo de tu cama como hacía cuando era una niña cuando los niños del colegio la tomaban conmigo. Ahora tengo mi propia cama.

Ella se volvió y caminó regiamente, tan majestuosa como un hada puede ser cuando sus alas se caían por la falta de respeto de un padre. Ramsey Martin amaba a su hija, pero para Ramsey todavía era una niña pequeña. Y su pequeña estaba en peligro y rehusaba escuchar su consejo.

Nik se volvió a su padre suavemente. Él estaba mirando a Mikayla como si acabará de robarle el corazón.

—Vas a conseguir que la maten, — Ramsey acusó a Nik, su voz baja, vibrando con ira y miedo.

Nik sacudió su cabeza.

—Soy el único que puede salvarla, señor Martin. Usted no puede ayudarla, sus hijos no pueden ayudarla. Yo sí.

Ramsey se frotó la nuca una vez más, un gesto que endureció su cara.

—No puedo evitar creer que tú eres la razón de que le esté ocurriendo esto. — Miró a la puerta cerrada de la oficina.

—Pero ella no me va a dejar cuidarla ¿verdad?

—Ella no quiere que la cuiden, — Jorrey Ramsey afirmó, aunque su mirada se quedó en Nik.

—Ella quiere ser parte de su vida. No un espectador.

Y qué diablos significaba eso, Nik solo podía adivinar.

Sacudiendo su cabeza, él se volvió al investigador cuando volvió de la parte de atrás de la habitación.

—Encontramos la bala, — le informó Denover.

—Balística se hará cargo a partir de aquí. Pero no esperaría nada más que lo que hemos conseguido en la última.

—¿Y qué fue?, —Nik le devolvió la mirada con frialdad.

Todavía no había un informe del último tiroteo.

Denover sonrió burlonamente.

—Nada. — Asintiendo con la cabeza, se dirigió hacia la puerta, los oficiales que estaban detrás de él le siguieron muy de cerca.

Lo que esencialmente significaba que todo lo concerniente a Mikayla Martin no era de alta prioridad.

Eso iba a cambiar en el minuto en que Nik tuviera la oportunidad de hacer una llamada de teléfono. Si Jordan le quería de vuelta pronto, entonces su comandante podía buscar la forma de conseguir que este caso subiera un poco en la lista de prioridades en cuanto al departamento de policía concernía.

—Eso es lo que está mal en el mundo hoy en día, — Ramsey Martin gruñó cuando el investigador y sus oficiales dejaron la tienda.

—Una total falta de respecto. Conocí al padre del pequeño cabrón. Se estaría revolviendo en su tumba si viese a su hijo actuando de esa manera en lo que a la ley se refiere.

No le sorprendía a Nik en lo más mínimo. Solo reafirmaba su creencia de que todo el mundo, los políticos y la policía tenían mucho en común, no importaba de qué nación fuesen.

—Señor Ramsey, lleve a su familia a casa. — Nik se volvió hacia el padre de Mikayla.

—Yo llevaré a la señorita Maple y a Mikayla a casa. Y llegaré hasta el fondo de este asunto. De una forma u otra.

Una cosa era malditamente segura. Si él lograba poner sus manos sobre la persona que había disparado a Mikayla, entonces lo mataría. No había fuerza en esta tierra que fuese capaz de impedir a Nik que cortara la cabeza al hijo de puta.

Nik no tenía ninguna duda de que no había un lugar especial en el infierno reservado para el hombre que se atrevió a amenazar con dañar a bonitas y pequeñas hadas. En el remoto caso de que no lo hubiera, Nik se aseguraría de que el tirador sufriera antes de morir.

—¿Crees que me dirá adiós? — Ramsey preguntó en voz alta mientras miraba la puerta de la oficina una vez más.

—Yo diría que la dolería más si no se despide de ella, — Nik respondió mientras se alejaba para poner a prueba la barrera de madera que los hermanos habían puesto.

Dejó a los Martin solos cuando fueron a la oficina de Mikayla. Quizás, si el padre lo intentaba, podría borrar el daño que había puesto allí antes.

—Sabes que vas a romperle el corazón, — Deirdre dijo mientras se movía detrás de Nik.

Nik se giró y se enfrentó a la pelirroja, viendo la preocupación en sus ojos por su amiga.

Deirdre Maple y Mikayla Martin habían sido amigas desde el jardín de infancia. El informe que había elaborado de Mikayla mostraba una entrañable amistad entre ambas. Deirdre era la hermana que los padres de Mikayla no habían sido capaces de dar a su hija. Y en ese momento, Deirdre estaba jugando a la hermana mayor como siempre hacía.

Y Nik no tenía una respuesta o una garantía para ella.

Ella sacudió su cabeza ante su falta de respuesta.

—Conozco esa mirada. Ella no será la única que quedará con cicatrices, ¿verdad, señor Steele?

—No, — finalmente le contestó suavemente.

—No será la única, señorita Maple.

Se alejó de ella y salió de la tienda para comprobar el trabajo que los chicos habían hecho. Cuando salía, ellos entraron, mirándolo con recelo como solían hacer.

Eran hombres. Sabían que él no sería interrogado en lo que a su hermana se refería, igual que sabían que era una entidad de la que había que desconfiar.

Él nunca perjudicaría a Mikayla, pero si sus hermanos se interponían en su camino mientras la protegía, entonces que Dios les ayude.

Que Dios ayude a cualquier ser vivo que se atreva a hacerla daño otra vez.

Nik estaba asqueado y cansado de la maldita gente que se metía con su hada.

CAPÍTULO 12

La gente la veía como una presa fácil y Mikayla lo sabía.

Cuando esa noche salió de la ducha, se secó y se vistió con un camisón largo de algodón, admitió que bien podría ser condenadamente demasiado amable.

Incluso Nik la trataba con guantes de seda. Existía una diferencia entre la necesidad de ser protegida de un asesino y la necesidad de ser protegida de la vida.

No tenía ningún deseo de ser protegida de la vida. Quería vivir la vida, quería experimentarla. Quería reír y quería amar y, si eso significaba que le rompieran el corazón, entonces también quería eso.

Había tenido planes, admitió. Planes de llegar virgen a su noche de bodas, planes de llevar su vestido blanco, pero esos planes habían cambiado. Tenía la mala sensación de que posiblemente Nik no se quedara para celebrar una boda con su vestido blanco.

No porque fuera un rompecorazones. No porque tuviera algún deseo de herirla, algún deseo de echar a perder los planes que ella había hecho. Sino porque la oscuridad dentro de él no le permitiría amar con la misma necesidad, la misma intensidad con la que Mikayla le amaría.

Moviéndose por la casa, era consciente de Nik en la sala de estar, sentado en el borde del sofá mientras limpiaba su arma sobre la mesita de café.

Nik había hecho lo mismo la noche anterior cuando se levantaron de la cama para picar algo. Mientras Mikayla hacia unos bocadillos, él había limpiado su arma. Tenía un cuidado excepcional con su arma.

—Encargué una pizza, — gritó él mientras ella se dirigía hacia la nevera.

—Llegó hace unos minutos.

Mikayla tenía que admitir que no le apetecía cocinar a medianoche.

—Qué bien que no esté a dieta, — murmuró mientras se servía un vaso de té dulce e iba hacia la sala de estar.

Efectivamente, había una caja de pizza en el extremo de la mesa junto al sillón reclinable con varios platos de papel.

Mikayla cortó una pequeña porción, dio un sorbo a su té y observó a Nik terminar de limpiar el arma.

Nik también se había duchado.

Su pelo estaba casi seco, cayendo alrededor de su cara cuando inclinó la cabeza a su tarea y volvía a montar el arma cuidadosamente.

—¿Qué harás mañana?, — preguntó ella mientras dejaba el arma a un lado.

—Iré a la obra para hablar con el nuevo capataz y con algunos de los amigos de Eddie Foreman. Tiene que haber una razón para que alguien quisiera matarlo. Sólo tengo que averiguar el motivo.

—¿Qué has encontrado hasta ahora?, — ella sabía lo que había averiguado, lo mismo que ella. Ninguna maldita cosa.

—Solo unos pocos rumores. — Él se sentó hacia atrás en el sofá y la miró pensativamente.

—Foreman no se llevaba bien con un montón de gente. Llamé a su amigo. Me dio la misma información que te dio a ti, pero no he podido verificarlo ni encontrar a Steve Gainard.

—Steve está fuera de la ciudad. — Mikayla declaró antes de respirar profundamente.

—Para ser un hombre al que no apreciaban, nadie quiere hablar de Eddie.

—Veremos. — Nik se encogió de hombros.

—Tengo algunas pistas más para seguir.

—Voy contigo. — Ella enderezó los hombros y le devolvió la mirada con determinación.

—Deirdre me ha desafiado a que no regrese a la tienda hasta que esto se aclare.

—No. No lo harás, — su voz acerada mientras la miraba con ojos fríos y amenazantes.

—Ya estás en suficiente peligro, Mikayla. No voy a permitir que lo aumentes. Tus hermanos estarán en la tienda contigo mañana y harás lo que has estado haciendo; trabajarás en la habitación trasera. Te recogeré yo mismo una vez que consiga otro vehículo y te llevaré al trabajo y te recogeré.

—No, no lo harás. — Ella se levantó.

—No me gusta eso, Nik.

—Entonces, morirás. — gruñó mientras se ponía también en pie.

—Y eso no es aceptable en lo que a mí respecta. Solo te pondrás en peligro aún más yendo conmigo.

—Es mi negocio y mi vida. — Sus brazos se cruzaron sobre su pecho mientras levantaba la barbilla.

Ella iba a ayudarle; era así de simple.

—No.

Ella no iba a hacer nada por el estilo y era así de simple. La sola idea de que Mikayla se pusiese mucho más cerca del peligro, era suficiente para enviar ráfagas de terror a través

de él. Simplemente, eso no iba a ocurrir. Aunque tuviera que atarla a la silla de su oficina y liberarla él mismo al final del día, eso no iba a suceder.

Maldición, era terca. Podía ver esa belicosa pequeña luz en sus ojos amatista, la determinación en la inclinación de su barbilla, el puro fuego en sus ojos.

Su polla, ya dura y engrosada, parecía crecer aún más y dolía con tal deseo que se preguntaba si alguna vez volvería a estar saciado.

Había tratado de decirse a sí mismo a lo largo del día que tenía un trabajo que hacer aquí y que ese trabajo no incluía retozar en la cama con Mikayla siempre que tuviera oportunidad.

Su imaginación procedió a colocarla en el mostrador de la cocina, sobre el sofá, en la mesita de café, donde quiera que pudiera tenerla, si es que la cama era un problema.

—No puedes decirme que no, — afirmó, la incredulidad tiñendo su voz.

—Es mi vida, Nik, y es mi problema. Me han disparado tres veces y soy quien va a morir si esto no se aclara.

—No voy a dejarte morir.

El hielo en sus ojos fue sustituido por fuego así de rápido. Antes de que las palabras dejaran sus labios él había cruzado la distancia entre ambos, las manos agarraron sus brazos y bajo la mirada hacia ella.

—Ese es el motivo por lo que no vendrás, Mikayla.

—No voy a aceptar...

Antes de que pudiera terminar la frase su mente se derretía por un beso que la dejó sin aliento y sin sentido.

Ese beso era diferente a cualquier otro que le había dado ya. Fue un acto sexual descomunal, un hambre que devoraba sus labios y su lengua mientras la atraía hacia su cuerpo y la intoxicaba con la incandescencia de su beso.

No había concesiones para la inocencia en ese beso. No había excusas para el deseo que comenzó a crepitar y quemar entre ellos.

Definitivamente no había pedido permiso mientras Nik desataba el cinturón de su bata, la empujaba por sus hombros y la levantaba en sus brazos, se giró y se sentó en el sillón.

Mikayla se habría sorprendido si hubiera tenido la oportunidad. Nik la atrajo sobre él hasta que ella se quedó a horcajadas en su regazo, el sensible montículo de su sexo presionando contra la dura polla mientras se tensaba por debajo del pantalón de chándal de algodón que llevaba él.

Eso era deseo puro, sin adulterar con un poco de dominación pasada de moda. Bueno, tal vez más que un poco. Era una dominación total.

Las mejillas de su culo ahuecadas en la palma de sus manos, atrayéndola más cerca, restregándola contra la carne palpitante presionando entre sus muslos y enviando su clítoris a una completa sobrecarga de sensaciones. El pequeño brote se hinchó instantáneamente, llegando a arder, doliendo y exigiendo satisfacción.

Bajo las manos de Mikayla, el pecho desnudo de Nik subía y bajaba con rapidez mientras sus labios se inclinaban hacia los de ella, su lengua acariciaba la de ella mientras Mikayla pasaba sus dedos por los mechones de su pelo y se sujetaba para la cabalgada.

Uno de estos días, ella pensó, tendría la experiencia, el conocimiento para destruir su control con la misma eficacia. Hasta entonces, ella tomaría con avidez cada beso, cada

caricia y aprendería de ellos, incluso mientras se deleitaba en ello.

Y ella lo disfrutaba.

Sus muslos se apretaron sobre él al sentir sus palmas callosas empujando bajo el dobladillo de su bata y tirando de ella hacia arriba, deslizándola de su cuerpo hasta que sus brazos se levantaron y la arrojó como si no importara.

No se detuvo en su ataque contra sus sentidos. No Nik. Era un hombre que sabía exactamente qué quería y cómo lograrlo. Y ahora, definitivamente, estaba logrando su objetivo.

Sus labios se apartaron de ella, sus manos se movieron a sus hombros, abrazándola mientras sus labios bajaban rápidamente a sus pechos.

Los temblores sacudieron su cuerpo cuando el placer comenzó a invadirla. Como una llama bajo su piel, consumiendo todo su cuerpo, llamaradas de sensaciones comenzaron a chisporrotear y a arder. La aterciopelada sensación de los labios moviéndose sobre la curva de un seno la tenía temblando. Ráfagas de impulsos eléctricos se disparaban directamente a su vientre, apretándolo con la necesidad y arrastrando un grito desde su garganta cuando su lengua acarició tentadoramente un pezón.

—Podría devorarte. — Su voz era un gruñido de puro deseo.

—Lo juro por Dios, cada vez que te toco es como ser quemado por el placer.

Mikayla se estaba derritiendo como la mantequilla sobre él. El sonido de su voz, el golpe de sus labios y de su lengua sobre su pezón y el erotismo de sus palabras se combinaba para que sus jugos fluyeran y mojaran la seda de sus bragas.

Su vagina se apretó con una necesidad hambrienta y juró que sus pezones se endurecieron aún más.

—Entonces, devórame, — susurró ella, un inconfundible dolor en su voz mientras le observaba.

Sus labios estaban dispuestos sobre su pezón, su duro rostro bronceado oscurecido con lujuria, con necesidad.

Si solo fuera simple lujuria y nada más, pensó ella. Pero Mikayla veía más y dolía comprender qué significaba la emoción en sus ojos.

Sus labios se arquearon antes de concederle un beso succionador sobre el sensitivo pico de su pecho, haciendo que se le cortara la respiración por la excitación.

—Te gusta el placer ¿no es así, bebé? — Su mejilla raspaba contra la curva de su pecho mientras sus labios se alzaban de su pezón.

—Dulce pequeña inocente.

El movimiento de sus manos por su espalda hacia la curva superior de sus nalgas la obligaba a coger aire en anticipación.

Por supuesto, Nik no se perdía la reacción, pensaba ella aturdida por la excitación. Sus dedos comenzaron a jugar allí, dibujando círculos, las puntas de sus uñas arañando sobre su piel mientras ella reaccionaba estremeciéndose.

—Te voy a follar aquí mismo, — le prometió él.

—Voy a llevar mi polla hasta ese dulce coño, Mikayla, mientras mis dedos juegan de otras formas. — Uno de sus dedos trazó la estrecha hendidura de su trasero hasta sus muslos.

Mikayla gritó por la sobrecarga de sensaciones mientras él elegía ese momento para cubrir su pezón con sus labios. Sus dientes lo rasparon con suavidad; su lengua lo golpeaba y

lo chupaba. Chupaba el tierno brote con su boca, dibujándolo con caliente destrucción mientras Mikayla perdía hasta la capacidad de pensar.

Ella sintió cómo desgarraba sus bragas. Él no se molestó en quitarlas, solo las separó del cuerpo y juró que casi se corrió por la excitación de lo que hacía.

Mikayla no pudo siquiera conservar el control en lo referente a sus respuestas hacia él. Cada toque hacía que corrientes de adrenalina atravesaran su torrente sanguíneo, impulsando la necesidad de más, haciendo de cada toque una recompensa de placer.

Las manos de Mikayla acariciaron los hombros de Nik mientras él aspiraba primero un pezón, luego el otro, aspirándolo dentro de su boca, lamiéndolo con su lengua, sintiendo el fuego en su vientre con cada tirón de su boca.

La anticipación empezó a tronar en su cabeza mientras sentía cómo sus dedos se movían entre sus muslos. Mikayla pensó que liberaría su larga erección, pensó que la tomaría entonces, para calmar el ardiente dolor por su posesión.

En cambio, sus dedos se ahuecaron entre sus muslos, echó su cabeza hacia atrás, sus labios liberaron su pezón para mirarla.

Sus dedos acariciaron el interior de sus pliegues mojados. Se deslizaron a través de la humedad, retrocedieron, jugaron sobre la hambrienta abertura, luego acarició su clítoris con resultados casi devastadores.

—¡Qué dulce y caliente! — canturreó Nik.

—Haces que un hombre quiera arder en tu interior, Mikayla.

Arder, arder, cantaba ella en silencio mientras sus caderas se movían como si tuvieron vida propia, presionando contra sus dedos y pidiendo más.

—¿Es esto lo que quieres, bebé? — Un dedo presionó fuerte y duro contra ella, llenándola de un repentino fuego ardiente que la hacía arquear la espalda, haciendo que su nombre saliera de sus labios.

Oh, Dios, eso era lo que ella necesitaba.

El roce de sus dedos contra las sensibles terminaciones nerviosas era casi más de lo que podía soportar. Se sentía como si de su interior surgiera electricidad, abrasándola.

—Ah, quieres esto, — su voz áspera, con aprobación y el deseo oscureciendo su tono.

—¿Quieres más, Mikayla?

Él le dio más. Un segundo dedo se unió al primero, presionando dentro de ella, estirándola, quemándola con las sensaciones mientras ella jadeaba, sus caderas presionando la penetración.

Era exquisito. La sensación de sus dedos moviéndose dentro de ella, acariciándola, separando los músculos apretados y encontrando las ocultas terminaciones nerviosas que no habían conocido otro toque salvo el de Nik.

Su pulgar acarició alrededor de su clítoris, la áspera almohadilla proporcionaba una áspera fricción que la mantenía flotando en el borde de la liberación. Crecientes sensaciones calientes atacaban sus terminaciones nerviosas, chisporroteando a través de su clítoris, a través de su vagina, gritando en demanda silenciosa al sentir sus dedos abriéndola.

Ella se tensó con la invasión de su interior, el sudor mojaba su carne mientras el calor que surgía a través de su cuerpo comenzaba a consumirla.

No podía contener su respuesta; no quería detenerla. Quería perderse en él, en el placer.

Obligándose a abrir sus ojos, Mikayla le miró, su cuerpo se sacudía con cada oleada de placer que la atravesaba. Cada empuje de sus dedos dentro de su cuerpo.

—Lo que me haces, — susurró sin aliento.

—Me encanta, Nik. Me encanta lo que me haces.

Su expresión se tensó, sus dedos aún entraron más profundo, entonces se detuvo, la acarició y consiguió que gritara a causa de las increíbles sensaciones que arrasaban su vientre.

—Ahí, niña bonita, — gruño él, la mano que sujetaba su trasero moviéndose mientras que sus dedos se deslizaban en el estrecho pliegue.

—Ahí vas, déjalo que se sienta bien.

Todo tipo de buenas sensaciones.

Mikayla se estremeció cuando la mano de su trasero cambió de rumbo, se movió, y segundos más tarde ella sintió la dura longitud de su desnuda polla, presionando contra su muslo.

—Ven aquí, cariño, — sus dedos salieron de su coño.

Una mano agarró su muslo, la otra, la dura longitud de su erección y la llevaba a la entrada de su cuerpo.

—Móntame, Mikayla. Tómame, bebé, como tú me necesites.

De cualquier forma que le necesitase. Ella necesitaba todo de él, salvaje e incontrolado. Romper ese control no sería fácil. No ocurriría esa noche. Esta noche, ella conocería el placer.

Todo el placer. Controlándolo, tomándolo, disfrutándolo.

Empalándose a sí misma, Mikayla sintió sus pestañas aletear sin control ante esa entrada furiosa y que la estiraba.

La sensación de la cresta llena de sangre empujando dentro de la tierna carne, quemando mientras separaba los tejidos sensibles y acariciaba las ocultas terminaciones nerviosas con exquisito vigor.

Ella se movía sobre él lentamente, tomándole poco a poco mientras observaba su rostro. La forma en que sus ojos se estrecharon, el rubor en sus mejillas, las duras y apretadas líneas de su expresión, transformándose.

Un hambre salvaje brillaba en los ojos de Nik y tensaba su cara justo cuando empezaba a recorrer a través del sistema de Mikayla.

Ella estaba desenfrenada. Estaba hambrienta de él. Meciéndose contra él, presionando hacia abajo, levantándose lenta y fácil, aceptó cada centímetro duro y veteado de su polla y se estremeció con el placer que la recorría.

Nunca había conocido nada como esto. Le gustaba controlar la fuerza y el poder del hombre debajo de ella, tomándolo, moviéndose contra él para su propio placer y observando el placer que también llenaba su cara.

La hizo querer más. La hizo querer ver si su cara podía tensarse aun más, si el placer podía hacer brillar más sus ojos.

Sujetándose en sus hombros, ella respiró ásperamente y luchó por mantenerse en sus cabales, lo suficiente para observarlo, para memorizar su expresión, su respuesta. La forma en que se tensaron y se apretaron los músculos de sus hombros, las perlas de sudor en su frente bajaban en un pequeño riachuelo por un lado de su cara.

Su dedo se deslizó por la redonda carne de su trasero, la apretó y la separó antes de deslizarse hacia el interior, encontrándose en la hendidura poco profunda que separaba los sensibles globos.

Los ojos de Mikayla se cerraron. El color rebotó detrás de sus párpados cuando ella sintió sus dedos rozar contra la delicada abertura que él encontró allí antes de que su dedo se enterrara al punto donde sus cuerpos se juntaban.

Mikayla quería moverse, necesitaba moverse, pero mientras sus dedos acariciaban los bordes de su estirada abertura, sólo podía sentir y dejar que el placer la bañara mientras él llevaba hacia su entrada trasera la humedad pesada y resbaladiza.

Cuando sus dedos se movieron una vez más, ella se levantó, sus músculos internos se apretaron convulsamente sobre su polla ya que la fricción la calentó aún más.

Deslizándose hacia abajo una vez más, Mikayla sintió su dedo rozar contra su entrada trasera, sintió que lo metía suavemente contra ella, usando la presión de su cuerpo al bajar para penetrar lo suficiente como para advertirla de sus intenciones.

Los ojos de Mikayla se abrieron de par en par cuando se paralizó. La sensación de su dedo preparado justo en la entrada prohibida hizo que se quedara sin respiración mientras la estrecha mirada azul pálido se encontraba con la suya.

—¿Paro? — preguntó él, su voz baja, más ronca de lo normal mientras retrocedía y salía, solo para atraer más de la humedad que salía de su vagina a la sensible zona.

Ella se levantó de nuevo.

Su dedo volvió a entrar.

¿Se atrevería? ¿Podría atreverse?

Cerrando sus ojos, mordiéndose los labios, Mikayla descendió lentamente una vez más.

La mirada en su cara casi hizo que Nik perdiera el control sobre la liberación que amenazaba con estallar desde sus bolas.

Nik apretó los dientes mientras luchaba contra ese dolor, sintió que su coño ondulaba alrededor de él a punto del orgasmo que quemaba a través de la delgada protección del condón que se las había arreglado para desenrollar sobre su polla antes de que comenzara a follarlo.

La inocencia marcaba su expresión, llenaba sus ojos. A pesar del erotismo del acto, esa inocencia estaba todavía allí. A pesar de que Mikayla iba poco a poco, vacilante, tomando su dedo en el culo, su polla en su coño casi virgen, todavía parecía una virgen. Como una traviesa, inocente hada encaramada en su regazo, volviéndole loco con el placer.

Era todo lo que podía hacer para controlarse. Todo lo que podía hacer para retener su liberación mientras sentía esos músculos internos sujetando su dedo mientras Mikayla comenzaba a moverse sobre él.

Era una agonía de placer. Fragmentos afilados de sensaciones corrían arriba y debajo de su columna, juntándose en sus bolas y llevándole más cerca de la liberación, a otro clavo de su maldito ataúd.

Maldita sea, Mikayla estaba robando cada escudo que había colocado alrededor de su alma y no podía entender cómo lo hacía. No podía detenerla para que no lo hiciera y no podía dejarla para impedir que ocurriera.

Mientras él le agarraba de la cadera con su mano libre, su cabeza descansaba en la parte de atrás del sillón. Ella estaba moviéndose más rápido ahora, más duro. Su cuerpo ondulaba contra él, subiendo y bajando, su espalda arqueada, su cara radiante, como si le gustara la sensación de su cuerpo. Como si lo necesitara. Mikayla lo anhelaba tanto como él a ella.

Dios, él necesitaba más de ella.

Quería pasar cada segundo así. Con ella tomando su placer de él. Montándolo como si no pudiera evitarlo. Como la visión perfecta del placer sensual. Su cara enrojecida, sus ojos amatista oscurecidos, sus pechos hinchados, sus pezones tan duros como bayas.

—Ahí está, bebé, — gruñó él.

—Fóllame, Mikayla. Ahí está, duro y rápido, cariño. Fóllame.

Nik estaba llegando. Podía sentir los duros impulsos de la sensación eléctrica desgarrando su espalda, crepitando en sus bolas. Su polla apretada, latiendo.

Agarrando su cadera con más fuerza, él se movió más fuerte debajo de ella, más rápido. Subiendo dentro del agarre ajustado que apretaba alrededor de su polla así como en su dedo, ordeñándoles, destruyéndole con la respuesta que obtenía de Mikayla.

Ella estaba cerca. Nik podía sentirla creciendo, podía verlo en su cara.

Las manos de Mikayla agarraron sus hombros mientras gritos estrangulados salían de sus labios. Los pezones tensos, duros, rozaban su pecho, quemaban en su pecho.

—Oh, Dios. Nik. — Apretándose más, comenzó a temblar.

—Dámelo, Mikayla, — gimió mientras la follaba más duro, sus caderas alzándose debajo de ella, conduciendo su polla dentro del agarre caliente casi demasiado ajustado de su coño.

— Dámelo, bebé. Córrete para mí, Mikayla.

Como si ella no necesitase más, Mikayla explotó. Él sintió su clímax, sintió que tiraba de su polla, su dedo. Sus jugos

fluían a lo largo de su eje hasta sus bolas mientras ella se apretaba, se arqueaba y gritaba su nombre como si ahora sólo él pudiera mantenerla sobre la tierra.

Envolviendo sus brazos alrededor de ella, la atrajo hacia su pecho, la abrazó y se impulsó dentro de ella. Una vez. Dos veces. La explosión rompió a través de él mientras Mikayla se sacudía y se estremecía entre sus brazos, perdida en su propio placer mientras él encontraba el suyo a su lado.

Contenerse se estaba haciendo cada vez más difícil. Mantener su corazón y su alma detrás de los bordes irregulares de los escudos que quedaban era casi imposible.

Acunándola en sus brazos, todavía enterrado en su interior, Nik se dio cuenta en ese momento que nunca tendría suficiente de ella. Que perderla, alejarse de ella podría destruir lo que había retenido de su humanidad en los últimos diez años. No sería nada más que el caparazón de un hombre.

Justo entonces se dio cuenta que no tenía otra opción. Cuando esto hubiese acabado, cuando ella estuviese a salvo, no tendría otra opción que marcharse. Al hacerlo, dejaría los últimos trozos de su alma con ella.

Levantándose de la silla, la sostuvo más cerca de su corazón y se dirigió hacia su habitación, a la gran cama que había compartido con ella la noche anterior y al calor que había encontrado allí.

Acostándola, Nik no pudo evitar sonreír por el beso somnoliento que ella puso en sus labios antes que se enderezase y dirigirse hacia el baño.

Minutos más tarde, volvió con una toalla caliente y húmeda. Limpió sus muslos y los delicados pliegues de su sedoso coño antes de secarla suavemente.

—¿Por qué haces eso? — ella le devolvió la mirada, sus pestañas pesadas mientras él se enderezaba.

—Porque puedo.

Mientras iba de nuevo hacia el baño, no quería decirle la verdad. Que nada importaba sino cuidar de ella, mostrándola lo que ella se merecía, lo que debería tener si invitaba a otro hombre a su cama una vez que él se fuera.

Por supuesto que podría, se dijo a sí mismo. Ella era una mujer bella y vibrante. Una mujer apasionada. Ella no podía vivir su vida sola.

Pero el pensamiento de otro hombre compartiendo su cama le roía las tripas como el ácido de una batería. Ningún otro hombre podía necesitarla como él la necesitaba. Ningún otro podía tocarla con el mismo deseo, con la misma desesperación con la que Nik la tocaba.

Ningún otro hombre podía ver la delicada hada debajo de la mujer joven y fuerte que era.

Y ningún otro hombre podía amarla tanto como él la amaba. Tanto como siempre lo haría.

En su interior, Nik se congeló. Una parte de su alma ardía como una llama blanca con el conocimiento de esa emoción estrellándose dentro de su mente. En su corazón.

Que Dios le ayudase.

La amaba.

CAPÍTULO 13

La razón de Nik para estar en Hagerstown y en la obra de Nelson, donde había muerto Eddie Foreman, no era un secreto. Cuando llegó a la obra la tarde siguiente y comenzó a interrogar a los empleados después de dejar de hablar con Robert Cronin, también se enteró de que existían sentimientos mezclados entre los hombres. También se había enterado de la sospecha que él había suscitado desde que comenzara la tarea de encontrar a un asesino en lugar de a un mentiroso.

Gracias a Dios, los hermanos de Mikayla parecían haber logrado aflojar las lenguas. Puesto que todos los trabajadores pasaron por el remolque de la oficina para hablar con Nik, se enteró que los hermanos Martin ya habían informado a los que consideraban amigos que Nik estaba más preocupado por encontrar al asesino y por la protección de Mikayla que por la protección de la reputación de cualquiera.

Todavía había algunos que no estaban convencidos, pero al menos estaban hablando con él.

—Mikayla siempre fue la mejor, incluso en la escuela, — uno de los empleados le dijo mientras se sentaba frente a la pequeña mesa que Nik estaba usando para interrogar al hombre.

—Sin embargo, usted se negó a hablar con ella sobre Eddie Foreman cuando intentó hablar con usted, — dijo Nik mientras se inclinaba hacia atrás en la silla y observaba al joven.

David Melbourne era de la edad de Mikayla. Se había graduado en la misma clase del instituto que ella y la conocía dese que era una niña. Era amigo de los hermanos Martin y también se sabía que había socializado con Eddie Foreman.

—Bueno, no hablé con ella porque sus hermanos no creían que ella debiera investigar cosas, y yo estaba de acuerdo con ellos. — David se encogió de hombros con una mueca.

—Infiernos, alguien ya había disparado contra ella cuando él mató a Eddie. No quería que la hirieran y ella no hacía más que meter la nariz donde no debía.

—¿Así que prefiere que el asesino de Eddie quede libre? — preguntó Nik.

—Lo prefiero antes que hieran a Mikayla. — David estuvo de acuerdo asintiendo con un movimiento definitivo.

—Además, Eddie era un gilipollas. Con el tiempo, alguien iba a matarle. Mikayla es agradable, ¿sabe? No necesitaba sufrir más. Y ahora, alguien ha intentado dispararle tres veces. Debería olvidarse del asunto.

—¿Ha oído que alguien disparó en la tienda ayer por la noche? — preguntó Nik.

David asintió con su cabeza enmarañada.

—Esa es una de las razones por las que estoy dispuesto a hablar con usted ahora. La policía no quiso escuchar lo que tenía que decir cuando Eddie fue asesinado, pero me imagino que, de todos modos, lo va a escuchar de otro.

—¿Y de qué se trata?

Nik se inclinó hacia delante, observando cuidadosamente cómo el otro hombre comenzaba a sospechar. Nik rara vez encontraba a alguien dispuesto a hablar sólo por el placer de hacerlo.

—Mire, Eddie no era un gran tipo, — le informó David.

—Tenía muchos enemigos. Le gustaba aplicar castigos ejemplares a la gente. Un par de semanas antes de ser asesinado, despidió a un tipo, Jarvis Dalton. He estado

pensando sobre eso. Jarvis se parece un poco a Maddix. Es una especie de primo lejano. De todos modos, Jarvis estaba aquí el día que Eddie fue asesinado, gritándole. Dijo a Eddie que si él no le devolvía su trabajo entonces iba a pagar por ello. Creo que Jarvis hizo a Eddie pagar por ello.

—Hay un rumor de que se ha visto a Maddix reunirse con un corredor de apuestas en D.C. y, posiblemente, uno aquí en Hagerstown. ¿Qué sabe sobre eso? — preguntó Nik, pensando si David podría confirmar la información que Cronin le había dado.

David sacudió su cabeza.

—No sé nada de eso. Pero yo no me meto con corredores de apuestas, pero ¿qué se yo?

Nik no estaba seguro del grado de precisión de la información que había obtenido de David o de Robert. No estaba en los informes que Nik había recibido de Maddix o en los informes que había hecho el oficial de investigación. Pero, a medida que avanzaba el día, no era la primera vez que Nik escuchaba la versión de David, ni la primera vez que no podía confirmar la de Cronin.

Del mismo modo que no era la primera vez que Nik había oído que la razón por la que ningún hombre había hablado con Mikayla era por el miedo de sus hermanos a que ella resultara herida.

Ellos la habían protegido y Nik sabía que, si Mikayla se enteraba, caería un infierno sobre ellos.

Cuando el nuevo capataz del equipo entró en el remolque, Nik estaba comenzando a hartarse de escuchar lo indefensa que estaba Mikayla. “Indefensa” no era la palabra que él utilizaría. Usaría “Vulnerable”, pero eso no viene al caso. La información de la que se había enterado podría haber sido útil si la hubiese tenido nada más llegar, sin importar si procedía de Mikayla o de Maddix.

—Señor Wallace, — Nik asintió con la cabeza al capataz de mediana edad que se sentó delante del escritorio.

—Vamos a terminar con esto para que pueda volver al trabajo, — Jack Wallace exhaló fuertemente.

—No puedo imaginar por qué Maddix le dio permiso para interrumpir una obra como esta.

—¿Quizás para atrapar a un asesino? ¿O cree que Maddix cometió el asesinato? — preguntó Nik.

Wallace bufó ante la idea.

—No dudo que Maddix podría matar, pero Eddie Foreman no valía el precio de la bala usada en él. Maddix tiene mejor sentido de los negocios.

—¿Puede decirme qué sabe acerca de las reuniones de Eddie el día que murió?

Como asistente del capataz, Jack Wallace debería conocer todas las reuniones que Eddie había tenido.

—Ninguna ese día. — Wallace negó con su cabeza.

—A Eddie le gustaba tener sus reuniones en el bar o en la pista de carreras, si podía. No le gustaba tener reuniones aquí porque siempre había alguien escuchando alguna cosa y eso le cabreaba.

Lo que significaba que probablemente él escondía algo, pensó Nik.

—¿Y qué pasa con Maddix Nelson?¿Venía a la obra a menudo?

Jack Wallace se encogió de hombros.

—Puede que unas pocas veces a la semana. Hablaba con Eddie sobre algo, revisaba las cosas, después volvía a la ciudad o a donde sea.

—¿Acerca de Eddie, entonces?, —preguntó Nik,

—¿Qué tipo de capataz era?

—Era un bastardo de mierda. — Wallace hizo una mueca.

—Un hijo de puta que le gustaba tratar a los hombres con tono paternalista y que se daba aires de grandeza.

Sonaba como un infierno de tipo, pensó Nik burlonamente.

—¿No era muy querido, entonces?

Wallace asintió con la cabeza.

—Nada. Infiernos, ni siquiera me gustaba y yo me llevo bien con todo el mundo.

Nik dudaba bastante de eso.

—¿Discutió con un ex empleado el día que murió? — verificó Nik.

—¿Qué sabe sobre eso?

—Jarvis Dalton. — El otro hombre asintió con la cabeza.

—Eddie lo había despedido unas pocas semanas antes. Le acusó de robo. Jarvis estaba bastante cabreado. Quería recuperar el trabajo pero Eddie no se lo daba. Estaba harto de Jarvis por alguna razón.

—¿Pero usted no conoce la razón? — presionó Nik.

Wallace frunció el ceño.

—Digamos que no estoy seguro. Sospecho que Jarvis estaba robando, pero Eddie nunca lo dijo y se enojó cuando yo le pregunté, así que dejé el tema.

—¿Y sobre el día de la muerte de Eddie? ¿Muchos de los trabajadores sabían que Mikayla iba a recoger a su hermano?

Wallace resopló.

—Probablemente todo el mundo. Tenía que recoger a Scotty con bastante frecuencia, y a los chicos les gustaba ver cómo se ruborizaba cuando la piropeaban y la silbaban. Ella es guapa y a los chicos les gusta una chica bonita.

Nik apostaba que sí. Apretó sus dientes para mantener la ira y la posesividad que no debía sentir. Por el momento, Mikayla era suya, se recordó a sí mismo. No podía permitirse acercarse más a ella de lo que ya estaba, no si quería conservar su salud mental cuando llegase el momento de marcharse.

—¿Que usted sepa, Maddix se reunía con Eddie a menudo en la pista de carreras o en los bares? — preguntó Nik.

Jack Wallace frunció el ceño.

—Que yo sepa, Maddix Nelson no hace apuestas. Le he oído decir que sus negocios son suficientes juegos de azar, no necesita complicar sus pérdidas.

—Gracias, señor Wallace. — Nik se levantó de la silla y reunió sus notas.

—Y dé las gracias a sus hombres por hablar conmigo.

—Bien, cuanto más rápido se ocupe de esto, antes conseguiré algo de paz en la obra, — Wallace gruñó.

—Esta situación ha sido la chispa de todas las condenadas disputas que han estallado en la obra. Demasiados hombres aquí se inclinan a pensar que Maddix lo hizo, mientras otros están seguros que no. Saber una cosa u otra, sería agradable.

—¿Y usted qué piensa? — preguntó Nik con curiosidad.

—¿Cree que lo hizo?

Wallace se detuvo.

—Creo que él es más que capaz de hacerlo, como ya le dije, pongámoslo de esa manera, — finalmente contestó.

—Maddix tiene genio y si Eddie hizo algo para amenazarle a él o a la obra, entonces sí. — Asintió con la cabeza.

—Maddix sería capaz de hacerlo. Pero podría haberse librado de él despidiéndole y Maddix, normalmente, toma la ruta más inteligente, sin importar lo que esté haciendo.

Interesante. Nik no esperaba que el actual capataz admitiera eso.

—Gracias de nuevo, señor Wallace. — Nik asintió con la cabeza mientras se encaminaba a la puerta.

—Le devolveré la oficina ahora.

Dejó el remolque de la oficina, se puso las gafas de sol y miró el edificio casi terminado donde Eddie Foreman había muerto.

Hasta ahora, la investigación de Nik no había conseguido mucha más información de lo que había conseguido hoy. Había pasado la semana anterior en los bares y cafés haciendo preguntas, a veces simplemente escuchando chismes locales. Y había muchos.

Maddix Nelson y Mikayla Martin fueron temas de grandes debates. Ambos eran muy conocidos. Mikayla era muy querida; Maddix era un empresario y muy apreciado con la misma intensidad con la que era odiado.

Y el asesinato siempre era material para el cotilleo.

Hasta ahora, Robert Cronin era el único que asociaba a Maddix con las pistas de las apuestas y casinos clandestinos de Baltimore y D.C. Nadie más había oído hablar de los juegos de azar de Maddix.

Cogiendo las llaves del nuevo GMC Sierra que había alquilado esa mañana, Nik lo abrió, activó el arranque automático, esperó, y luego se dirigió al coche.

Ya había perdido todo lo que alguna vez significó algo para él. Perderlo de nuevo no estaba en lo alto de su lista de prioridades. No había dejado de vivir para las armas. Dudaba que alguna vez dejara de hacerlo. Dios sabía lo que podría ocurrirle, pensó, si algo le pasaba a Mikayla.

Sacando el teléfono móvil de la funda de cuero de su costado, apretó la marcación rápida y esperó.

—Malone, — Jordan contestó al primer timbrazo.

—Voy a necesitar más tiempo, — informó Nik al otro hombre.

—Es posible que también necesite ayuda.

Jordan guardó silencio durante largos momentos.

—¿Qué está pasando?

Nik rápidamente expuso la situación sin informar a su comandante que ahora estaba durmiendo con la mujer a la que tenía que investigar. Es más, estaba más preocupado en proteger a la mujer que en proteger al hombre que le había contratado.

Jordan no era tonto. Él había estado quejándose durante semanas de que sus agentes no podían mantener sus pollas en los pantalones ni sus corazones en sus pechos hasta que terminaban sus compromisos con las Fuerzas Especiales.

Estaba furioso por el hecho de que Travis Caine, el agente que más recientemente había sucumbido a Cupido, se había enganchado con una amante de alto nivel.

Lady Victoria Lillian Harrington había sido una agente, hasta que un intento de asesinato había borrado su memoria y le había permitido volver a su vida anterior.

No es que su vuelta al grupo no hubiera beneficiado a las Fuerzas Especiales. Sí que los había beneficiado. Su vuelta había sido una misión en sí misma. Pero eso no significaba que a Jordan tuviera que gustarle que Travis hubiera colocado a una persona por encima de las Fuerzas Especiales. Igual que otros tres agentes habían hecho antes.

La rama de las Fuerzas Especiales de Jordan, en su opinión, estaba debilitada por el hecho de que sus hombres habían adquirido la mayor debilidad de todas. El amor.

—¿Qué cerca estás de resolverlo?, — preguntó Jordan.

—Infiernos si lo sé, — exhaló Nik.

—La han disparado tres veces, pero cuanto más pienso en ello, no puedo evitar pensar que fallaron deliberadamente. Todas las veces tenían disparos claros. Estaban cerca, pero fallaron. No puedo dejarlo hasta que averigüe quién mató a ese maldito capataz y ha creado este lío. Si le encuentro, entonces encontraré a la persona que disparó a Mikayla.

—Tu trabajo era averiguar si la señorita Martin estaba mintiendo y, en caso de ser así, a quién estaba encubriendo, — Jordan le recordó.

—Has completado el trabajo para el que te contrataron. Ahora puedes pasar la información a las autoridades locales y marcharte.

Era una sutil advertencia para que dejara la misión y volviera a la base.

Eso no iba a ocurrir.

—Jordan, no me marcharé hasta que ella esté a salvo.

El silencio se prolongó entre ellos durante largos momentos.

—Joder. Estaba seguro que al menos tú podrías resistirte hasta que tu contrato con las Fuerzas Especiales llegase a su fin, — Jordan gruñó.

—Esto no va a ser fácil de explicar al Comando Élite.

—¿Qué hay que explicar? — preguntó Nik fríamente.

—Estoy terminando una misión para pagar una deuda, nada más.

—Entonces ¿por qué necesitas ayuda, Nik — preguntó Jordan — si todo lo que estás haciendo es pagar una deuda?

—Explica al Comando Élite lo que tengas que decir, — declaró Nik.

—Necesito al menos un agente.

—En este momento, todo el mundo está fuera, — Jordan espetó.

—La misión actual ha sido un infierno en cuanto a información. Podría sacar a una de las chicas de la otra unidad. Creo que Raisa vuelve de Inglaterra esta noche o mañana. Puedo enviarla si regresa.

—Será suficiente.

Las agentes de Élite Dos habían sido reasignadas al comando de Jordan durante los pocos años que aún tenían de contrato. Las chicas se encargaban de obtener información, entre bastidores, solo de apoyo. Eran malditamente buenas. Nik permitiría que Raisa le cubriera las espaldas en cualquier momento.

—Kira Richards y Bailey Vincent están en D.C., — reflexionó Jordan.

—Están en una misión de investigación. Se fueron anteanoche. Veré si puedo contactar con ellas.

—Eso podría funcionar. — Nik asintió con la cabeza.

—Te mantendré al día de lo que encuentre aquí, pero es un infierno de situación. No creo que Mikayla esté mintiendo, Jordan. Eso deja a Maddix sosteniendo una pistola humeante y un sueño de coartada para decir que él no lo hizo.

Pero no había nada para sospechar de Maddix. Sus coartadas eran amigos y socios de negocios. Si matar a Eddie también les había beneficiado, entonces todos ellos estaban implicados.

—Nelson tiene algunos contactos en D.C., — Jordan le recordó.

—Un miembro del Comando Élite le conoce personalmente. Esa información no sentará bien.

—No me importa si no sienta bien. — Nik entró en la interestatal, sus ojos entrecerrados con cólera mientras miraba a la carretera.

—Tu criterio está comprometido, — señaló Jordan.

—Te estás acostando con ella ¿verdad, Nik?

Nik apretó los labios. No iba a responder a esa pregunta. En lo que a él concernía, no era asunto de Jordan.

—Mi criterio no ha sido comprometido, — Nik gruñó.

—Maddix Nelson no está por encima del homicidio.

—Y ninguna mujer está por encima de la mentira, — Jordan señaló con frialdad.

—De cualquier forma, averigua qué infiernos está pasando. Veré a quién puedo conseguir, pero recuerda, Nik, ellas enviaran sus propios informes. Asegúrate que tu juicio es sólido. No podemos arriesgar algo menos aquí.

Su juicio estaba bien, era su corazón lo que estaba en duda, admitió Nik silenciosamente.

—Hazme saber si envías a alguien, — Nik declaró en lugar de debatir con Jordan.

—Enviaré un informe cuando sepa algo.

—Sí, bien, hazlo pronto, — ordenó Jordan.

La línea se desconectó.

Nik respiró cansado mientras echaba una mirada al teclado del teléfono y marcaba el número de la tienda de Mikayla.

Cuando él colgó, estaba casi gruñendo con furia.

Deirdre le había informado que Mikayla no estaba allí. Había salido al menos una hora después que él ha había dejado y Deirdre sospechaba que Mikayla estaba investigando de nuevo el asesinato de Eddie Foreman.

¿Cómo diablos la iba a mantener a salvo a este paso? Estaba arriesgando su vida y eso no era aceptable.

Nik marcó su número de móvil rápidamente.

—¿Dónde demonios estás? — preguntó él en cuanto contestó al teléfono.

Ella hizo una pausa antes de decir.

—¿Te he preguntado yo dónde estabas tú?

Su tono era dulce caramelo, inmediatamente puso sus instintos de supervivencia en alerta máxima. Supervivencia masculina, ese instinto que le advertía que estaba haciendo enfadar a su mujer y que ella tenía el poder de hacerle pagar por ello.

—Mikayla, ambos sabemos lo que estoy haciendo, — declaró cuidadosamente.

—Yo no puedo hacer eso si no estás a salvo.

—Estoy perfectamente a salvo, — le aseguró.

—Estoy trabajando.

—No estás en el trabajo, — espetó él.

—Yo no dije que estaba en el trabajo; dije que estaba trabajando, — señaló, su voz deliberadamente dulce.

—¿En qué? — su mandíbula estaba tan apretada que sus dientes dolían.

—Dime dónde estás y te seguiré de vuelta a la tienda.

—No estoy lista para volver a la tienda, — le informó con paciente énfasis.

—Tengo cosas que hacer, Nik. Cosas que te he permitido retrasar por mí. Quieres trabajar solo, está bien. Yo puedo hacer lo mismo.

Paciencia. Nik se obligó a tener paciencia. Gruñéndola a ella no iba a hacer ningún maldito bien y él lo sabía. Lo sentía con un conocimiento íntimo que sólo un amante podría tener.

—Estás poniendo en peligro tu vida, Mikayla, — dijo al final Nik con calma.

—¿Es eso lo que realmente quieres hacer?¿Quieres darle al hijo de puta que quiere matarte un disparo claro?¿Una oportunidad para matarte la próxima vez?

—Supongo que ésa es tu elección, Nik — dijo ella tranquilamente.

—Esto no se trata solo de tu trabajo; es mi problema. Tengo el derecho de estar contigo y tengo el derecho de saber qué está pasando.

Y Nik simplemente no estaba de acuerdo con ella.

—Tienes ese derecho cuando tienes el entrenamiento para respaldar ese deseo, — le informó, apenas logrando ocultar la creciente ira en su interior.

—No empujes esto, Mikayla; sabes que no vas a ganar. Solo vas a conseguir que te maten.

Una vez que consiguiese poner sus manos sobre ella, iba a asegurarse de que entendiera quién era el jefe aquí. Que le condenen si iba a tenerla corriendo por toda la ciudad con un asesino centrado en ella.

—Por lo menos sabré que peleé, — señaló, la determinación en su voz era francamente aterradora.

—Eso es algo que algunas personas no pueden hacer.

La conexión se desactivó. Nik esperó, seguro de que ella no le había colgado, solo para darse cuenta que había hecho justo eso.

Bajando el teléfono, Nik le echó una mirada. Mikayla le había colgado. Su mandíbula se apretó mientras marcaba otro número.

—Hola, bebé, — Tehya Talamosi se puso al aparato.

La asistente de Jordan y su tormento.

—Oí a Jordan maldiciendo hace unos minutos. ¿Estás teniendo algo de acción?

Uno de estos días. Nik decidió que Jordan estaba en lo cierto, Tehya y la cinta adhesiva estarían bien juntos.

—Tehya, si te doy un número de teléfono móvil, ¿podrías localizarlo? — preguntó cuidadosamente.

—Si tiene GPS. ¿Qué ocurre? ¿Perdiste a tu pequeña belleza? — preguntó ella, obviamente refiriéndose a Mikayla.

Nik le dio a Tehya el número despacio.

—Lo tengo. Ahora ¿me vas a contestar?

—Ella puede estar fuera de lugar por el momento, — Nik rechinó la admisión.

Tehya rió.

—Bien, da la casualidad que ella está en una cafetería pequeña y pintoresca, cuatro edificios más allá de su tienda.

Él la iba a matar; así de malditamente simple.

—Maldición, — Tehya exhaló.

—¿Maldición? — el tono de su voz le hizo apretar su mano en el volante.

—¿A qué te refieres con maldición, Tehya?

— Maldición, está con Bailey y Kira.

Nik parpadeó. Por un segundo, puro terror masculino quemó sus entrañas. Jordan no había tenido tiempo para enviar a las otras mujeres; eso significaba que ellas estaban curioseando. Que eran curiosas y que, muy probablemente, estaban interfiriendo. Esa no era una buena combinación.

—¿Ella está qué?

—Ahora mismo, tomando un café con Bailey y Kira. Creía que estaban en D.C.

Nik colgó y aceleró, arriesgándose a que le pusieran una multa por exceso de velocidad. ¿Bailey y Kira con Mikayla?¿Qué demonios estaban haciendo? ¿No había mantenido él sus narices fuera de sus relaciones con sus compañeros agentes? ¿No se había apartado, apoyándolas donde podía y cubriéndolas cuando lo necesitaban?

¿Qué demonios estaban haciendo?

El teléfono sonó desde el asiento donde él lo había arrojado.

—¿Qué? — ladró

—Ya tienes tu respaldo, — Jordan gruñó.

—No. — Nik estaba listo para rechinar sus dientes hasta volverlos polvo.

—No esas dos, porque ya tienen su propia agenda aquí, y es interferir en mi vida. No.

Casi podía sentir la diversión de Jordan.

—¿Miedo, Nik?

—Jodidamente aterrorizado, — gruñó.

—¿Crees que ellas la van a mantener fuera de los problemas? Joder, no. También podría tenerla conmigo mientras estoy interrogando a maleantes y esquivando balas.

—Esa siempre es una opción, — convino Jordan.

—Entonces, podría traerlas de regreso a la base.

Nik iba a estrangular el teléfono. Luego, iba a estrangular a Bailey y a Kira. Cuando acabase con ellas, iba a follar a Mikayla hasta que estuviera demasiado malditamente cansada como para discutir con él.

Hijo de puta.

Bailey y Kira eran chicas de la CIA, Bailey una antigua agente y Kira un agente a sueldo. Ambas eran más ricas que Midas y a ninguna de ellas le importaba lo más mínimo meter sus condenadas narices en los asuntos de los demás.

—Tú hiciste esto, — Nik acusó a Jordan furiosamente.

—Admítelo. Tú azuzaste a las dos contra mí antes de que incluso te llamase, ¿verdad, Jordan?

Jordan no bromeaba cuando, en su opinión, pensaba que uno de sus agentes estaba haciendo lo que consideraba el más terrible de los errores. Enamorarse.

—¿Olvidas con quién estás hablando, Renegade? — El tono de Jordan mostraba demasiada autosatisfacción.

—Soy tu comandante, ¿recuerdas?

—Comandante Malone, ¡que te jodan¡

Nik colgó a su jefe, rezando para que el otro hombre fuera suficientemente estúpido como para retirarle de la misión ahora. Dejaría que Jordan enviase a todo el equipo de mierda detrás de él. Cuando volviera a la base, iba a mostrar a su entrometido comandante exactamente cómo se hacía realmente de casamentero.

¿Creía que Nik no conocía su debilidad?¿Que los otros hombres no eran conscientes de a quién no podía quitar los malditos ojos de encima?

Oh, ellos lo sabían, y Nik iba a mostrarle al bastardo las reglas de jugar a ser un casamentero.

¿Jordan pensaba que estaba lanzando obstáculos en el camino de Nik? ¿Que iba poner las cosas lo suficientemente difíciles que Nik se apartaría de Mikayla?

Eso no iba a ocurrir. Pero cuando regresara a la base, Nik iba a ver hasta qué punto podía interferir Jordan.

Mikayla se quedó mirando al silencioso teléfono que estaba sobre la mesa antes de mirar a sus dos nuevos clientes mientras miraban el libro de diseños que Mikayla había reunido.

Algunos eran sus propios diseños; otros eran cedidos. Los vestidos de fiesta eran, con mucho, los más caros que tenía, así como los más hermosos.

—Me encanta tu estilo, — Kira comentó mientras la miraba con una sonrisa, sus ojos grises llenos de vivacidad cuando ella se recogió un mechón de su largo pelo negro detrás de su oreja.

—He oído que eras buena, pero esto supera mis expectativas.

—Y exactamente, ¿cómo te has enterado sobre mí? — Mikayla preguntó mientras recogía su agua y sorbía.

Las dos mujeres, parecían saber mucho sobre ella. Eran dulces y elegantes pero la forma en que sus ojos observaban todo, la forma en que se movían, la forma en que actuaban, Mikayla pensaba que actuaban como Nik.

—Una fiesta la semana pasada, — Bailey Serborne Vincent contestó.

—Margaret Westfield llevaba un hermoso vestido azul brillante. Estaba completamente celosa. Ella me dio tu nombre.

Mikayla asintió con la cabeza. Había hecho varios vestidos para Margaret Westfield.

—Tenemos varios eventos de caridad este invierno. — Kira miró a Bailey.

La mirada que las dos mujeres habían compartido hizo que Mikayla entrecerrara los ojos.

Ella no era estúpida y las otras dos mujeres ni siquiera trataban de ocultar el hecho de que estaban divirtiéndose con algo.

—¿Y necesitáis vestidos? — Mikayla adivinó.

—Varios, — Bailey convino, sus ojos verdes evaluando mientras se giraba a los patrones de los diseños dispuestos sobre la mesa.

—Tres para ser exactos. Y creo que estaremos interesadas en que los hagas. ¿Crees que podrías terminar seis vestidos antes de octubre?

—Podría terminar dos para octubre y dos para principios de los siguientes dos meses. No hay forma de poder hacer los seis para octubre. También será necesario que estén disponibles para las pruebas con poco tiempo de preaviso.

Las dos mujeres guardaron silencio un largo rato antes de que Kira mirase a su amiga y luego asintió con la cabeza despacio.

—Estoy de acuerdo con esos arreglos. — Ella seleccionó tres patrones del libro que estaba sujetando.

—Estoy interesadas en estos, aunque necesitaré una garantía de que no tendré que preocuparme de que nadie más lleve el mismo diseño en otro momento, durante el resto del año.

Ella no tenía nada de que preocuparse. Los vestidos que había elegido eran tres de los más caros que tenía Mikayla. Eran sus propios diseños y estaban completamente bajo su control.

—Eso se puede arreglar. — Mikayla no tendría que preocuparse del alquiler de la tienda durante los próximos dos años.

—Me gustaría mirar los diseños un poco más, — Bailey declaró.

—¿Podría venir a la tienda mañana y decirte los que he elegido? Y por supuesto, necesitaré la misma garantía.

—Solo puedo dar esa garantía si eliges vestidos que yo he diseñado, — Mikayla declaró.

Bailey asintió con una sonrisa.

—Por supuesto.

Era demasiado bueno para ser verdad.

Mikayla no era una gran creyente de las coincidencias, admitió. Esas dos mujeres eran malditamente buenas. No habían movido una pestaña mientras estaba hablando por teléfono con Nik, pero la llamada que habían recibido justo después de su llamada, había puesto a sus instintos en clamorosa alerta.

—¿Así que las dos conocen bien a Nik Steele? — las preguntó ella.

No se sorprendieron lo más mínimo.

—Nos movemos con frecuencia en el mismo ámbito social. — Bailey sonrió con frialdad.

—En realidad, Nik es un conocido de nuestros dos maridos.

—¿Y ahí es donde habéis oído hablar de mis vestidos? — preguntó Mikayla, bastante segura de que Margaret Westfield no había dado su nombre. Ella era amiga de Maddix. Eso hacía la diferencia.

—No, en realidad, no, — Kira sonrió divertida.

—Nik nunca nos lo hubiera dicho. Otro conocido común sabía dónde estaba y que estaba ayudando a un amigo aquí. Pudo mencionar tu nombre. Los cotilleos viajan rápido, querida, y cuando Margaret Westfield también te mencionó, decidimos echar un vistazo

—Y estáis aquí debido a Nik. ¿Por qué?— peguntó Mikayla con curiosidad.

—Porque Nik es un amigo y no divertimos atormentando a nuestros amigos. — Bailey rió.

—Cuando se entere de que estamos aquí, él va a estar…

—Tan furioso como para llamar a vuestros maridos, — Nik gruñó detrás de ellas mientras se acercaba a la mesa.

Alto, vestido con esos malvados pantalones de cuero negro, con el ceño fruncido en su rostro y la irritación brillando en sus ojos.

Se sentó y miró a cada una de ellas. Kira. Bailey. Mikayla.

Mikayla le devolvió la sonrisa plácidamente.

—Hola, Nik. Ian y John te envían sus saludos. — Bailey se estaba riendo de él mientras Mikayla observaba sus ojos entrecerrados, un músculo palpitando en su mandíbula.

—Estoy seguro de que lo hicieron. — Apretó la mandíbula aun más antes de volverse hacia Mikayla.

—¿Estas lista para irte ahora?

Mikayla miró a las otras dos mujeres.

—¿Hemos terminado por ahora?

—Por ahora, — Bailey acordó mientras recogía los patrones.

—Te los devolveré mañana, una vez haya hecho mis elecciones, si te parece bien.

—Perfecto, — Mikayla convino mientras se ponía en pie, seguida por Nik.

—Espero con interés saber de ti.

—Gracias por reunirte con nosotras en tan poco tiempo, — Kira expresó con genuino entusiasmo.

—Hablaremos pronto

Mikayla apostaba a que sí, igual que apostaba que no hablarían de vestidos.

—Tendrás que llevarme, — le dijo a Nik mientras su mano se instaló en la parte baja de su espalda y la condujo a través del café.

—Vine aquí con la señora Richards y la señora Vincent.

—No es problema, — su tono era corto y áspero.

El sonido envió un escalofrío de anticipación a la espina dorsal de Mikayla y ella no tenía ni idea de por qué.

—Bien. — Ella le devolvió la sonrisa, asegurándose de que la curva de sus labios fuera despreocupada y alegre.

—Estoy segura de que será un paseo divertido.

Sus dedos parecían apretarse en su espalda y Mikayla juraría que su cuerpo se tensó. Nik derramaba sexo a medida que caminaban por la acera y se dirigían al pequeño aparcamiento al lado del café.

Dirigiéndola a la parte posterior del estacionamiento, la llevó hacia la monstruosa camioneta negra. Dirigiéndose hacia el lado del pasajero, Mikayla esperó hasta que él desbloqueó la puerta del vehículo que había arrancado de forma automática cuando salieron de la cafetería.

Abrió la puerta, la agarró por la cintura, la levantó en el asiento, entonces cogió la parte de atrás de su cabeza y cubrió su boca con sus labios.

Al instante, llamaradas atravesaron su cuerpo. Su clítoris aumentó, palpitó, sus pechos se sentían electrizados y su aliento parecía detenerse en sus pulmones.

El beso era fuerte, un sello caliente de propiedad y posesión. Su lengua rozó sus labios, forzándola a abrirse para encontrar la suya. La acarició, lamió, probó, hasta que Mikayla se perdió en las sensaciones y ya no le importaba donde estaban o por qué estaba enojada con él, para empezar.

Esto era lo que importaba. En ese momento, ero todo lo que importaba. Sosteniéndole junto a ella, amándole con cada toque de su lengua contra la de él, cada toque de su pelo contra sus dedos mientras los enredaba en él.

El toque, sentirle. Nada más importaba. Nada más podría importar mientras ella sintiera las llamas, el deseo creciendo en su interior.

Hasta que su cabeza retrocedió y sus ojos se abrieron para mirar en las encendidas profundidades azul pálido de los ojos de Nik.

—No te saldrás con la tuya. — le aseguró él, su voz gruesa y pesada por la lujuria.

Mikayla se inclinó hacia delante con lentitud, manteniendo sus ojos fijos en los de él, y tocando sus labios con los de ella suavemente mientras decía.

—Qué te apuestas.

CAPÍTULO 14

Nik no podía explicar las emociones que sentía mientras maniobraba la camioneta de regreso a casa de Mikayla. Sus manos estaban fuertemente cerradas en el volante, la tensión iba en aumento mientras luchaba contra la tensión en su pecho, apretando su abdomen. No había manera de luchar contra el engrosamiento de su polla.

Estaba dura como el hierro, palpitaba dolorosamente mientras luchaba con la necesidad de follarla hasta la sumisión.

Su sexualidad siempre había sido una de sus grandes maldiciones, pero nunca en su vida había perdido el control. Él era el que controlaba sus ansias, sus deseos, no al revés. No hasta que conoció la suavidad de una dulce y etérea hada.

Nik la miró. Estaba sentada en una pose perfecta, con las manos entrelazadas en el regazo sobre la vaporosa falda de gasa violeta del vestido de verano que llevaba.

En sus delicados pies, llevaba tacones de al menos 10 cm, que proporcionaban a sus piernas un aspecto largo y elegante. Nik pensaba que podría levantar su falda hasta los muslos y profundizar en la rica dulzura de su apretado coño.

Mikayla estaría apretada, incluso alrededor de su dedo. Húmeda. Caliente. Le tomaría. Ya estaba preparada para él.

¿Qué demonios le estaba haciendo?

La batalla por contenerse de no tocarla ahora mismo estaba casi perdida. Casi podía sentir el calor, los jugos resbaladizos recubriendo sus dedos, facilitando su camino dentro de ella.

—Sabes que realmente esto no es tan malo como estás consiguiendo que parezca. — Mikayla dijo finalmente, su tono preciso, pomposo.

—Actúas como si te hubiera arrancado el corazón del pecho.

Ese era un resumen bastante exacto. Estaba aterrorizándole con su valentía y su negativa a permitirle protegerla.

—Esto es algo que necesitamos discutir en casa, — él rechinó con los dientes apretados.

—Déjalo estar por ahora, Mikayla.

Parar en el arcén de la interestatal para follarla no era una opción aceptable. Pero si continuaba presionándole, entonces iba a ser la única opción. La necesidad de tocarla, de tomarla, de sentirla a salvo y con vida, le estaba ahogando, le estaba desesperando. Desesperado por poseerla, por sentir su beso, por sentir la seda de su carne bajo sus manos.

¿Qué diablos estaba permitiendo que le ocurriera? Nik se preguntaba mientras tomaba la salida a Williamsport y rápidamente giraba hacia la casa de Mikayla.

En cuestión de minutos, estaba aparcando en el camino de acceso y apagaba el vehículo.

Por el rabillo del ojo, observaba cómo Mikayla recogía su bolso y su maletín de piel del suelo. Nik salió del coche y se dirigió hacia el lado del pasajero para ayudarla a salir. Una vez más, fue consciente de esos malditos zapatos de tacón alto que cubrían sus pequeños pies, que la alzaban unos buenos 10 cm, poniéndola casi bajo su barbilla.

Mikayla tenía que ser la mujer más pequeña sobre la que había puesto sus manos. Colocándola con cuidado en el suelo, se movió delante de ella mientras sacaba la Glock de la funda de la espalda y la sostenía con cuidado en el muslo.

Mikayla permaneció en silencio, pero no era una calma tranquila. Nik juró que podía oírla echar humo sin que dijese una palabra. Furiosa y excitada. La excitación aun brillaba en sus ojos. Ese beso en el aparcamiento del café había sido suficiente para excitarlos a los dos.

Desbloqueando la puerta, Nik entró en la casa cuidadosamente y la comprobó a fondo mientras Mikayla esperaba en el vestíbulo. Nik necesitaba ese tiempo para conseguir contener su deseo así como sus emociones.

Cuando más se esforzaba por mantenerse lejos de ella, más crecía su deseo. La valentía temeraria que mostraba, junto con sus modales impecables y su gentileza propia de una dama, era una combinación a la que no se podía resistir.

Le estaba destrozando. Ella quería más de lo que podía darle.

Mikayla quería ser parte de su propia protección, de su propia vida y ese pensamiento le asustaba. Le asustaba de una forma que no podía explicar. Tenía el poder de destruirle.

Y la destrucción no era un futuro al que deseara volver de nuevo.

Nik había esperado que el recorrido por la casa le diera la oportunidad de controlar su excitación, su necesidad de ella. Pero no estaba ayudando. Podía jurar que sus manos estaban casi temblando por la necesidad de tocarla; su polla estaba preparada para salir disparada de sus pantalones.

Con la mandíbula apretada, se movió desde la habitación hacia la sala donde esperaba Mikayla.

Ella permanecía donde la había dejado, junto a la puerta cerrada. Apoyándose en la pared, con los brazos cruzados bajo sus pechos, claramente estaba esperando con forzada paciencia.

—¿Todo bien? — Sus cejas se levantaron mientras se metía un mechón de pelo detrás de la oreja.

Hoy había llevado el pelo suelto. Flotaba por su espalda como seda pesada, tentando a sus manos con la memorable sensación.

—Despejado, — le dijo él mientras se movía hacia ella, sabiendo que estaba perdiendo la batalla para mantener la restricción que necesitaba. Estaba perdiéndolo todo.

Sus manos se dirigieron al botón y a la cremallera de sus pantalones de cuero mientras los ojos de Mikayla se abrían, se oscurecían y separaba sus labios rosados.

—Nik.

—No. — Él estaba frente a ella, sus dedos extendidos contra sus labios mientras él respiraba fuerte, profundo.

—Por amor de Dios, Mikayla, déjame mi cordura.

No quería discutir con ella. No quería sentir su enfado más. Quería sentir su cuerpo contra él, caliente y cariñoso. Besarla en los labios. Sus manos manteniéndole junto a ella.

—¿Por qué debería? — Susurró contra sus dedos.

—No me dejas nada, Nik.

Y él iba asegurarse de que ninguno de los dos tuviera algo de cordura.

Mientras Nik la levantaba contra él, sus labios descendieron sobre los suyos, la seda caliente encontrándose con sus labios mientras ella los separaba para él. Sus manos se sujetaron a Nik, agarrándose a su cabello mientras sus brazos se envolvían alrededor de su cuello.

Mikayla era como una llama en sus brazos. Una llama que nunca quería ver apagada.

Levantándola, la colocó sobre el respaldo del sillón colocado a la entrada de la habitación, de espaldas al vestíbulo. Era una disposición interesante y que funcionaba a la perfección con su impaciencia.

Impaciencia. Deseo. Dios, ¿qué le estaba haciendo?. Mikayla le embriagaba. Había anulado cualquier indicio de cortesía que pudo haber imaginado poseer y le dejó tan primitivo como cualquier macho podría ser.

Tan primitivo que lo único que importaba era tenerla, tocarla, saborearla.

Empujando esa falda hasta sus muslos mientras separaba sus labios de los de ella, cayó de rodillas a sus pies.

Solo para saborearla.

—Me voy a caer, — ella le advirtió, su voz temblorosa mientras él separaba sus piernas y le arrancaba las bragas.

No es que se pudieran considerar bragas. Maldita sea, tenía que ser la seda más fina que jamás hubiera tocado.

—Lo tengo, — prometió Nik.

Él lo tenía. Con sus piernas sobre los hombros de Nik, una mano detrás de su espalda y las manos de ella en su pelo. Sí, él lo tenía.

Nik deslizó su lengua a través de los más dulces y jugosos pliegues de carne. Su sabor explotó contra su lengua como ambrosia. Infiernos, era mejor que el vodka y se subía a la cabeza más rápido.

Nik nunca se había arrodillado por una mujer en su vida, pero lo que no iba a suceder era realmente tomarse el tiempo para llevarla a la cama, al sofá, a la encimera, al reclinable.

Su necesidad por ella había aumentado demasiado.

Mikayla había conseguido acorralarle en un rincón. Exigía participación. Exigía igualdad y no había nada de igualdad en sus habilidades para protegerla.

Existía esto. Aquí, Nik podía perderse en ella. Aquí no había peligro para ella, no existía el temor de perderla.

Solo existía la sensación y su sabor.

Nik besó el delicado nudo de su clítoris. Tirando de él entre sus labios y succionándolo suavemente mientras sus muslos se tensaban sobre su cabeza y sus gritos llenaban sus sentidos.

Retrocediendo, Nik lamió, acarició, saboreó cada centímetro de la sedosa carne mientras sentía su agarre. Moviendo la lengua alrededor de su clítoris una vez más, lo lamió, lo acarició, la llevó a lo más alto posible antes de retroceder, tranquilizándola de la liberación que sentía construyéndose en su cuerpo.

Mikayla estaba lista para correrse para él. Podía sentirlo quemando dentro de ella, azotando a través de su cuerpo. Y él estaba dispuesto a probar el dulce exceso de su placer fluyendo a través de ella.

Pero todavía no. Aún no. Quería sentir su liberación mientras estaba dentro de ella, tomándola. El dulce agarre de su coño alrededor de su polla era adictivo. Podía jurar que nunca había sentido un placer tan intenso como con Mikayla.

Poniéndose de pie, Nik agarró su polla que ya salía de la abertura frontal de sus pantalones de cuero. Levantándola contra él, la instó a poner sus piernas alrededor de sus caderas, colocó la cabeza de su pene contra ella y se empujó dentro.

El placer era tan intenso que casi perdió el equilibrio. Tambaleándose, Nik la apretujó contra la pared, todo su

cuerpo casi temblando mientras un puro y dulce éxtasis comenzaba a consumir la cabeza de su polla.

Los delicados músculos se separaron lentamente, agarrando su carne como un guante caliente a medida que ondulaba sobre su polla con un millón de punzadas de placer.

—Dulce Mikayla, — gimió Nik cuando tocó su frente con la suya, mirando los oscuros ojos amatista y sintiendo como si ella se estuviera hundiendo en su alma.

—Solo abrázame, bebé. Solo durante un momento.

Los brazos de Mikayla se apretaron alrededor de su cuello, sus piernas alrededor de sus caderas mientras él profundizaba más en su interior, tomándola más, mientras sentía su pecho apretándose por la sensación extrema y pura que le recorría.

—Te abrazaré para siempre.

Siempre. ¿Cómo decirle a una hada que para siempre era una ilusión? Que ellos no tenían un para siempre, que solo tenían este momento. El para siempre estaba solo en los recuerdos, y Dios sabía que Nik no sabía si podría existir solo con los recuerdos de Mikayla.

Se apoderó de los redondos globos de su trasero, la abrazó y balanceó sus caderas contra ella, penetrándola más profundamente con cada movimiento mientras sentía que su cabeza le daba vueltas por el placer.

Maldita sea, ella estaba destruyéndole con cada toque. ¿Sabía lo que le hacía?¿Tendría alguna idea de cómo se estaba introduciendo dentro de su espíritu cada vez que la tocaba?

No importaba si lo sabía. Eso era lo que estaba sucediendo. Cada vez que su pene se hundía en su interior, podía sentir otra parte de su alma abriéndose a ella. Mirando sus ojos, estremeciéndose por el placer tanto físico como

emocional, Nik comenzó a preguntarse si el destino finalmente le había atrapado.

Vive por la espada, muere por la espada, recordaba vagamente. No podría sobrevivir si esa espada se acercaba a romper la vida que brillaba en los hermosos ojos de Mikayla.

—Nik. — Ella se arqueó hacia él, su respiración áspera, irregular, mientras pequeños gemidos salían de sus labios.

—Es tan bueno. Oh Dios, es tan bueno.

Mikayla le hacía sentir como un jodido Superman cuando Nik sabía que no era más que un hombre.

Pero el sentimiento estaba allí, el conocimiento de que ella veía en él más que los demás, le veía como ninguna otra mujer lo había visto.

Temblando en sus brazos, Mikayla sostuvo su mirada mientras su coño le agarraba ajustado y caliente, tan jodidamente dulce. La caricia ondulante de sus apretados músculos era casi más de lo que Nik podía soportar. Sus bolas estaban apretadas, la inminente liberación temblaba a través de sus músculos mientras luchaba por mantener el control, solo un poco más.

Necesitaba sentirla solo unos pocos minutos más. Necesitaba ser parte de ella lo más posible. Solo un recuerdo más al que se pudiera agarrar.

Mientras se mecía contra ella, sus labios se movieron a lo largo de su mejilla, a sus labios. Bebió un sorbo de las hinchadas curvas antes de que sus labios viajasen a lo largo de su mandíbula, a su cuello, a las redondas curvas de sus pechos.

Con una mano, ahuecó un lado de su pecho, levantó su pezón y llevó sus labios hacia él.

El grito estrangulado que salió de los labios de Mikayla hizo que su polla latiera, que la liberación arañara sus bolas mientras lamía el pezón. Dios, no podría contenerse mucho más.

Succionando la tierna punta dentro de su boca, la lamió con su lengua, la saboreó con sus sentidos y se entregó al más puro y dulce placer de Mikayla.

Sus caderas se movieron más rápido, se balancearon más duro contra la tierna carne que le agarraba. Cada embestida desesperada dentro del interior caliente y resbaladizo le condujo más profundo hacia un laberinto de pura sensación.

Mikayla estaba abrazándole. Sus brazos y piernas apretadas a su alrededor mientras él se conducía en su interior, su pene embistiendo dentro de los apretados músculos mientras la sentía precipitándose a su orgasmo.

Mikayla gritó en éxtasis cuando se corrió, el nombre de Nik era un cántico que salía de sus labios mientras él agarraba sus caderas y se precipitaba hacia la liberación que le esperaba.

Un fuego sedoso le consumió. Desgarró su columna, se apretó alrededor de sus bolas, dejándole sin respiración al sentir que su semen brotaba profundo y duro de la punta palpitante de su polla.

Sin protección.

Un gruñido torturado salió de su pecho al darse cuenta que había olvidado usar un condón. Que se estaba derramando dentro del brillante y vulnerable calor de su cuerpo.

Pero no podía dar marcha atrás. No podía liberarse de las garras que lo encerraban. En lugar de eso, se introdujo más profundo, su semilla brotando violentamente de su

cuerpo, marcándola, poseyéndola, mientras gemía su nombre como un hombre enloquecido por el placer.

Y quizá lo estaba. Puede que hubiera perdido el último atisbo de cordura, del mismo modo que había perdido su último hilo de control en sus brazos.

Mikayla se recostó sobre él, exhausta, pequeños estremecimiento todavía ondeaban sobre su cuerpo mientras Nik, finalmente, encontraba otra vez la capacidad de pensar.

Y pensar no era algo que quisiera hacer.

—Lo olvidé, — Nik susurró contra su pelo.

—¿Mmm? — él casi sonrió al oír el pequeño sonido curioso que hizo Mikayla .

—Olvidé el condón. — Él lo había jodido por los dos.

—Está bien, — suspiró Mikayla.

—Estoy protegida.

Nik frunció el ceño ante eso, mientras le recorría una extraña chispa de decepción.

—Eras virgen, — afirmó él.

—¿Por qué estás protegida?

—Porque no soy estúpida, — sus labios rozaron su hombro en un perezoso beso.

—Me protejo a mí misma, Nik. Intento no permitir que otras personas se ocupen de mí. Ahora, deja que me baje; mis piernas están entumecidas.

Nik escuchó la suave risa de su voz mientras la empujaba por los hombros.

Bajándola suavemente al suelo, vio como se tambaleaba durante un momento antes de quitarse el zapato que aún llevaba y lo dejaba junto a su compañero en el suelo.

—¿Quieres ducharte conmigo?

Mikayla estaba indudablemente hecha un desastre. Su pelo estaba desordenado, su bonito vestido perfecto estaba arrugado y colgaba de un hombro donde Nik lo había dejado para llegar a su pecho.

Sus labios estaban hinchados y enrojecidos, su mirada soñolienta y sexy como el infierno.

Joder, ella le estaba atrapando y ni siquiera parecía darse cuenta de que lo hacía.

—Por supuesto, luego tenemos que hablar.

—¿Sobre qué? ¿Todas las razones por las que no me quieres contigo durante el día?

Ella le sonrió dulcemente.

—Puedes hablar todo lo que quieras, Nik. Si alguien va a seguir disparándome, entonces voy a tomar parte en averiguar por qué. Es mi sangre la que está intentando derramar. Al menos, dame la satisfacción de intentar entender por qué.

Mikayla iba a acabar con él. Aún peor, no podría encontrar ni un solo argumento para contrarrestar esa declaración.

Y no es que no lo intentase.

Mientras se duchaban, mientras observaba a Mikayla echarse crema en el cuerpo, secar su pelo, ponerse unos pantalones y una camiseta suelta, Nik luchaba consigo mismo y con todos los argumentos que se le ocurrieron y, aun así, nada podía rebatir la declaración que había hecho.

—Tienes que hacer lo que te diga, — finalmente Nik declaró con fuerza cuando se sentaron uno frente al otro en la sala de estar, una pizza extendida sobre la mesa de café delate de ellos.

—Lo digo en serio, Mikayla. Esto no es un juego. No es hora de jugar y un asesino no es ningún chiste. No importa lo que te diga, tú hazlo.

—No soy estúpida, Nik, — dijo sobriamente.

—Sé como seguir órdenes.

—Nunca imaginé que fueras estúpida, — él exhaló ásperamente.

—Pero no, Mikayla, si no te gustan las órdenes, no las sigues. No finjas lo contrario. Tanto si te gusta la orden como si no, tú la seguirás. ¿Lo entiendes?

Nik observó cómo sus ojos se entrecerraban suspicazmente.

—¿No me darás órdenes para deshacerte de mí y mantenerme fuera de la investigación?

Solo deseaba que cuidar de ella fuera malditamente más sencillo.

—No te daré órdenes innecesarias, — prometió.

—Al mismo tiempo, si creo que la situación se está volviendo o puede llegar a ser peligrosa para ti, entonces te retirarás a donde estés a salvo. Estarás de acuerdo con esto o te encerraré en una habitación hasta que esto se acabe. Es así de simple.

Nik se preguntaba si eso no sería lo mejor que se podía hacer ahora, en lugar de esperar. Estaba permitiéndola ponerse en peligro y eso no le sentaba nada bien.

—¿Cómo de peligroso tiene que ser? — le preguntó ella lógicamente mientras ponía su trozo de pizza en la caja.

—Esta investigación se ha vuelto peligrosa desde que llegaste, Nik. No se va a detener y ¿qué pasa si ellos atacan como lo hicieron la otra noche?¿Mientras no estás cerca?

—Esa es la única jodida razón por la que estoy de acuerdo con esto, — Nik gruñó, la ira creciendo en su interior al pensar en el bastardo que había disparado a la tienda.

—Porque no sabes como mantener la nariz fuera de esto y me dejas manejarlo.

—Mira, pelear por esto no va a hacer ningún bien a ninguno de los dos. — Los hombros de Mikayla se encorvaron casi a la defensiva.

—¿Estarás siempre a mi alrededor para protegerme, Nik?

Sólo podía mirarla. Dios sabía que él quería pasar su vida protegiéndola y sabía por experiencia que eso no era posible. La mierda siempre salía a flote. Las personas a las que amamos morían. Se ha perdido la inocencia y un hombre podría perder su alma como resultado.

—No creo. — No había recriminación en su tono, o en su mirada, solo una desolada aceptación.

—Si me aparto y dejo que me protejas ahora, habré perdido una valiosa experiencia en mi propia protección para el futuro. No me quites eso.

—¿Y si acabas muerta? — le preguntó él.

—Si me dejas protegerte, al menos tendrás una vida cuando esto acabe. Acude a clases de tiro después de que me vaya. Haz cursos de defensa personal…

—No pueden enseñarte en una clase lo que yo aprendería sólo observándote, estando contigo. — Mikayla declaró, la determinación brillando en sus ojos.

—Y no te tendré en esas clases, Nik. No soy una niña y no estoy indefensa. No voy a esconderme en una esquina con una palmadita en la cabeza.

—Eres malditamente demasiado obstinada, — replicó él.

—Bien, soy malditamente demasiado obstinada, pero en este caso sabes que tengo razón. De lo contrario, ya me habrías encerrado en mi habitación mientras haces lo que diablos sea que haces mientras estás fuera todo el día. Quiero estar contigo. Quiero mirar a esas personas a los ojos y, si una de ellas es el que me disparó, entonces le quiero cara a cara. He terminado de esconderme.

Ella había terminado de ocultarse.

—Quieres decir que has terminado de estar segura, — replicó Nik, un atisbo de ira deslizándose libre en su voz.

—Si así es como quieres verlo, entonces, bien. Estoy cansada de estar a salvo, — contestó Mikayla.

—Pero tampoco puedes mirarme a los ojos y decirme que estoy equivocada.

No, no podía y eso jodidamente le enojaba.

—¿Qué hiciste hoy? — ella levantó su bebida y bebió como si la tensión en el aire no fuera lo bastante espesa como para estrangularlos a ambos.

Frotándose la parte posterior de su nuca, él la miro de nuevo.

—Vamos, Nik.

Dulce e inocente hada como una mañana de primavera, ella le devolvió la mirada con reprobación.

—Veamos cómo va. Si no funciona, entonces tendremos que volver a evaluar la situación.

—En otras palabras, redefinirás tu argumento,— gruñó Nik.

Una pícara sonrisa curvó sus labios.

—Esa es una opción. Pero realmente no quiero morir, así que, al menos, voy a considerar tu versión de la situación.

Bueno, por lo menos tenía eso. Sacudiendo su cabeza, Nik se recostó en el sofá y la miró fijamente mientras intentaba encontrar alguna maldita forma de contrarrestar sus objeciones de mantenerse a salvo.

No iba a suceder esta noche.

—Interrogué al nuevo capataz, Jack Wallace, — le dijo.

—Tenía alguna información con la que no me había topado hasta ahora. Iba a comprobarla mañana. Aunque no he podido confirmar la información de tu amigo Cronin.

El interés brillaba en sus ojos.

—¿Y qué información es esa?

Nik la repasó sucintamente, terminando con la información que pretendía preguntar al empleado descontento al día siguiente.

—Eso debería ser lo bastante seguro como para que vaya contigo, — Mikayla sonrío dulcemente.

—Conozco a Jarvis Dalton. Es inofensivo.

—Eso es lo que los vecinos dijeron sobre el hijo de Sam, — Nik le informó mientras intentaba contener su irritación.

La sonrisa se desvaneció. Poniéndose en pie, Mikayla silenciosamente retiró la comida mientras Nik estaba sentado allí y la observaba, preguntándose qué demonios se suponía que debía hacer con ella.

Podría alejarse de cualquier otra mujer. Debería ponerla un guardaespaldas, hacer lo que tuviera que hacer, luego dejaría la ciudad tan silenciosamente como había llegado.

Pero ella no era cualquier otra mujer.

Ella era su mujer. Incluso aunque sólo lo fuera un rato. Ella era suya.

—Me voy a la cama, — Mikayla estaba en la puerta de la cocina.

—Iré más tarde.

Después de que se hubiera dormido. Después de que hubiera, esperaba, encontrado una manera de reconstruir, al menos, algunos de los escudos alrededor de su corazón.

Si, deliberadamente, Mikayla se iba a colocar en peligro, entonces necesitaba prepararse para lo peor.

Nik no estaba preparado para la mirada herida en esos bonitos ojos, antes de que se diese la vuelta y se dirigiera hacia la habitación.

En la habitación de invitados, Nik recogió su portátil y sus notas antes de volver al sofá para recopilar la mayor cantidad de información posible de Jarvis Dalton.

Iba a tener que encontrar un asesino más rápido de lo que jamás había imaginado si iba a mantener segura a su hada y a evitar que destruyeran su alma.

CAPÍTULO 15

A la mañana siguiente, había algo distinto. Mikayla podía percibirlo, sentirlo, cuando entró en la cocina y encontró a Nik preparando café y colocando sobre la mesa un plato pequeño de panecillos dulces.

—No viniste a la cama anoche, — comentó Mikayla mientras le observaba poner la cantidad adecuada de azúcar en la taza de ella y luego la crema. Revolviéndolo rápidamente, la colocó en la pequeña mesa de la cocina antes de volver a por la suya.

—Tenía trabajo que hacer. — Su voz era tan fría como una mañana de invierno, sus ojos tan helados como el helado Norte.

¿Qué había cambiado?, se preguntó ella.

¿Cómo logró pasar de amante desesperado al mercenario frío y duro en el transcurso de unas pocas horas?

—¿Qué tipo de trabajo? — Mikayla se sentó a la mesa, observando cuidadosamente mientras él tomaba asiento frente a ella y recogía un archivo de la otra silla.

—Jarvis Dalton. — El archivo era grueso y pesado.

—Parece que tiene problemas para mantener un trabajo durante mucho tiempo. Ha trabajado para varias empresas de construcción entre aquí y D.C. y, si mi información es correcta, incluso trabajó para tu padre durante unos meses. Es un delincuente de delitos menores. Robo, hurto, allanamiento de morada, amenazas terroristas. El hombre tiene una hoja de antecedentes penales que demuestra tanto su estupidez como su ineptitud.

—No sabía que trabajó para papá. — No había siquiera un destello de cordialidad en los ojos de Nik.

—Raramente hablo con él sobre los negocios o de sus empleados.

—¿Conoces bien a Jarvis? — preguntó Nik

—Él estaba unas clases superiores a mí en el colegio. — Ella bebió su café pensativamente.

—Él es diferente. Muy tranquilo. Lo último que supe es que estaba viviendo en Nolan Village con su hermana y su sobrina desde que cumplió seis meses de cárcel por robar en tiendas. Oí que le despidieron de la obra donde mataron a Eddie tres semanas antes del asesinato, pero no oí por qué.

Nik asintió lentamente.

—Tengo la dirección del apartamento. Vamos a ver si podemos hablar con Jarvis antes de que salga esta mañana. — Su mirada se desvió a la veraniega blusa de encaje que llevaba Mikayla.

—Si fuera tú, me cambiaría de ropa. Sería mejor llevar vaqueros, camiseta y zapatillas de deporte.

Nerviosa, se mordió el labio mientras continuaba observándole. Había algo demasiado frío, demasiado duro sobre él. Como si la capa de hielo solo escondiera un volcán en ebullición. La puso nerviosa, le hizo preguntarse en qué consistía ese volcán en realidad.

Acabando el ligero desayuno, Mikayla se levantó de la mesa mientras Nik repasaba el archivo que, de alguna manera, había conseguido reunir durante la noche. Retirándose a su habitación, se cambió rápidamente de ropa antes de trenzar su cabello, luego se calzó unas zapatillas blancas.

Mikayla no solía llevar pantalones vaqueros y camisetas. No era el mejor atuendo para la tienda y allí era donde pasaba la mayor parte de su tiempo.

Volviendo a la cocina, encontró a Nik esperándola. Los platos estaban limpios, las tazas de café enjuagadas y la estaba esperando con aire de impaciencia mientras ella entraba en la habitación.

—Recuerda lo que te dije anoche, — la advirtió.

—Si digo “salta”, no te molestes en preguntar a qué altura. Sólo salta tan alto como puedas. Si te metes en medio, será el último viaje que hagas conmigo.

—Me siento tan bienvenida, — murmuró Mikayla mientras dejaban la casa y Nik rápidamente activaba la alarma y cerraba la puerta detrás de él.

—Entonces no estoy usando el tono de voz apropiado, — gruñó Nik antes de agarrarla del brazo, girarla y mirarla.

—Consigue que te hieran y te prometo que te arrepentirás por muchas más razones que las obvias. No te atrevas a cuestionar una orden que te dé y, si piensas hacer un movimiento que no apruebe de antemano, haré que el que te disparen desde un coche te parezca un picnic en el parque. ¿Me entiendes?

Los ojos de Mikayla se entrecerraron. Él era grande, fuerte y le daba órdenes que no necesitaba.

—Si no sales de mi vista, vas a encontrar mi rodilla en una zona muy sensible de tu cuerpo.

Mikayla se las había arreglado, mientras hablaba, para maniobrar dicha rodilla hasta presionar contra el grueso abultamiento de sus vaqueros.

Su mandíbula se apretó. Así que estaba muy enfadado. Gran cosa. Mikayla también estaba muy enfadada.

—Este no es momento para jugar, Mikayla.

Nik casi gruñía. Él era lindo, sexy como el infierno, pero el fuego que ardía bajo el hielo de sus ojos era casi hipnotizante.

—Entonces, no juegues, Nik. — Su rodilla presionó más firmemente donde estaba.

—O podríamos salir tarde.

Mikayla no le dio la oportunidad de alejarse de ella o de tomar represalias con burla, sarcasmo o con disgusto masculino. Volviéndose, rodeó el camión, se apoyó contra él y esperó pacientemente a que la ayudara. El camión era demasiado alto.

—No me apetece escalar, — declaró mientras Nik la miraba desde el otro lado del camión.

Si su mandíbula se apretase más, iba a romperse.

Nik caminó enérgicamente alrededor del camión, abrió la puerta y la levantó hasta el asiento del pasajero antes de cerrar la puerta y volver al lado del conductor.

El viaje hasta la residencia de Jarvis Dalton y de su hermana en Hagerstown fue rápido y silencioso, lleno de tensión. Mikayla ni siquiera intentó hablar.

Mientras el camión entraba en Nolan Village, Mikayla tomó aire profunda y lentamente. Aparcando, Nik salió del camión, la ayudó a bajar, luego manteniéndose cuidadosamente delante de ella, se dirigió hacia el apartamento donde vivían Jarvis y su hermana.

Jarvis era el mismo pequeño pervertido de ojos grandes que Mikayla recordaba. Desde el segundo en que Nik y ella entraron al apartamento, los ojos de Jarvis no parecían querer dejar la zona de sus pechos.

—¿Qué es lo que quieren? — Jarvis se pasó una mano por su grasiento pelo negro mientras con la otra mano se frotaba su voluminoso pecho mientras miraba los pechos de Mikayla otra vez.

Perro baboso.

Descalzo y vestido solo con pantalones de chándal, Jarvis caminó a lo largo de la alfombra llena de manchas hacia la sala de estar llena de montones de cajas de pizza, cervezas y latas de refrescos y una gruesa capa de polvo.

Nik sacó la billetera de cuero negro de su bolsillo trasero y enseñó la insignia de su identificación oficial.

—FBI, agente Nik Steele. Tengo algunas preguntas para usted.

—FBI. — Jarvis parpadeó antes de mirar borrosamente a Mikayla.

—No había oído que tu novio fuese del FBI, Miki.

Nik apretó los dientes ante el apodo con que Jarvis se dirigió a Mikayla.

—Mi relación con Mikayla no es el problema. — Nik informó al otro hombre rápidamente.

—Usted sí.

—¿Yo? — Jarvis se rascó la cabeza, separando su cabello grasiento.

—¿Qué quiere de mí?

—Quiero saber dónde estaba la noche en que Eddie Foreman fue asesinado, — dijo Nik mientras se paraba delante de Mikayla junto a la puerta.

Mikayla observó cómo Jarvis se giró, miró la habitación y luego se dejó caer en un sillón reclinable raído, encorvó la

espalda y dejó las manos entre los muslos mientras miraba de nuevo a Mikayla.

—Estaba en un club nocturno, tío. — arrastró las palabras con un bostezo.

—Estaba con amigos, aunque apuesto que mis amigos estaban realmente allí. ¿Puede Maddix Nelson decir lo mismo?

—Esto no es sobre Nelson, es sobre usted, Jarvis. — La voz de Nik se volvió oscura, peligrosa con un borde letal.

Como un animal detectando su muerte a la vuelta de la esquina. Jarvis se irguió, sus pequeños ojos marrones devolviendo la mirada con recelo a Nik.

—¿Cómo sobre mí? — Jarvis tragó, dando a Nik toda su atención de nuevo.

—¿Por qué estaba en el lugar de la obra el día que Eddie fue asesinado? — Nik se mantuvo alto, firme, con sus pies ligeramente separados, los brazos relajados a los lados mientras preguntaba de nuevo a Jarvis.

El valor de la intimidación era apabullante. Por la postura de Nik, Jarvis podía vislumbrar un destello de la Glock que Nik llevaba a su costado, por debajo de la ligera chaqueta de cuero que se había puesto antes de que Mikayla y él salieran de la casa.

—Mira, necesito recuperar mi trabajo. — La mirada de Jarvis estaba enfocada en la zona donde estaba la pistola.

—No me metí en ningún problema y no empecé ninguno. Quería recuperar mi trabajo, discutimos y me marché. No tiene importancia.

—¿Por qué fue despedido, Jarvis? ¿Qué hizo para que Eddie le echara? — La voz de Nik se hizo más baja, más oscura.

—Porque era un cabrón, — Jarvis exhaló ásperamente.

—Faltaban algunos materiales y tenía que culpar a alguien. Yo no robé nada. No tenía ninguna razón para ello. Pero tenía que culpar a alguien, por eso me despidió. Si yo los hubiera robado, no hubiera regresado como si tal cosa.

—Entonces, estaba enojado con él, — presionó Nik.

—Infiernos, sí. Estaba enojado. — La mirada de Jarvis se fijó en la cara de Nik.

—Pero yo no le maté, tío. No tenía ninguna razón para matarle.

El miedo estaba comenzando a brillar en los oscuros ojos marrones de Jarvis y gotas de sudor perlaban su frente. Parecía un hombre frente a un pelotón de fusilamiento y Mikayla no podía culparle. Si Nik hubiese dirigido esa mirada hacia ella, entonces probablemente habría salido corriendo a casa de sus padres.

—¿Vio algo raro o inusual mientras estuvo allí?¿Algo fuera de lo normal? — Nik preguntó finalmente.

—No ese día, — Jarvis negó con su cabeza.

—La semana anterior. Estaba allí después del trabajo. Eddie estaba hablando con un tipo. Un individuo grande. Me resultaba familiar pero no le pude ver bien. Pelo oscuro y rizado, quizá perilla, no estoy seguro. — Él sacudió su cabeza.

—Eso es todo lo que sé, tío. Pregunta a Maddix Nelson si necesitas algo más. Todo el mundo sabe que Mikayla no miente por nadie. Si ella dice que él disparó a Eddie, entonces mejor cree que él disparó a Eddie. — Jarvis asintió con la cabeza hacia Mikayla con una súplica en sus ojos, como si le estuviera pidiendo que sacara a Nik fuera de su apartamento.

Ella casi entornó sus ojos. Sí, Nik iba a escucharla, seguro. No lo creía.

—Jarvis, si me entero que me está mintiendo, regresaré, — prometió Nik y no había duda ni en la mente de Mikayla ni en la de Jarvis de que quería decir cada una de esas palabras.

Jarvis todavía estaba asintiendo con la cabeza cuando Nik se giró, se apoderó del brazo de Mikayla y salieron del apartamento.

—El bar no estará abierto hasta más tarde, — Mikayla le dijo mientras caminaban de vuelta a al camión.

—Tienes la intención de comprobar su coartada ¿verdad?

Ella levantó la mirada hacia Nik mientras éste le dirigía una dura mirada.

—No soy Jarvis, — Mikayla le informó, la irritación deslizándose en su voz.

—Esa mirada no me asusta.

Aún.

Nik gruñó. Mientras cruzaban el patio, apuntó con el mando a distancia al camión y un segundo más tarde arrancó con un zumbido suave. No le llevó mucho tiempo caminar alrededor del camión, comprobar que todo estaba bien y a continuación abrir la puerta y meterla en el interior.

Mikayla se abrochó el cinturón de seguridad y esperó mientras él daba la vuelta, se montaba en el camión y salía marcha atrás de la plaza de aparcamiento.

—Gina Foreman, — él gruñó.

—La llamé esta mañana. Accedió a reunirse con nosotros si nos presentamos antes de que se vaya a trabajar.

Los labios de Mikayla se abrieron con la sorpresa.

—¿Gina? No quiso hablar conmigo.

—Tuve alguna ayuda, — le informó él.

—Su jefe la llamó y le dio el visto bueno para hablar con nosotros.

—¿Y como lograste eso? — Mikayla preguntó dulcemente, la ira agitándose dentro de ella.

—Mi encanto personal. — Su voz era oscura y áspera, la sonrisa que le disparó mostraba todos sus dientes.

Sí, podía ver cómo funcionaría eso. Sin duda, su amigo Maddix Nelson lo había arreglado. Algunas veces, Maddix no tenía sentido alguno. Para un asesino, estaba haciendo todo lo que podía para cooperar con Nik, en lugar de intentar cubrir cualquier información que Nik pudiera encontrar.

Nik estaba regañón, gruñón y poco comunicativo mientras se dirigieron hacia la casa de Gina Foreman. Mikayla estaba contenta de ver que esta parte del trayecto llegaba a su fin.

Gina se reunió con ellos en la puerta, su expresión preocupada, sus ojos oscuros de la fatiga mientras se retiraba y les permitía entrar.

—Por favor, sentaros, — les invitó cuando entraron a la desgastada aunque impecable sala de estar.

—Tengo que ir a trabajar muy pronto así que tendremos que darnos prisa.

Mikayla se sentó en el borde del sofá mientras Nik se sentaba a su lado y Gina se en una silla frente a ellos.

—Estoy preparando la casa para venderla, — Gina suspiró mientras miraba a su alrededor.

—Me siento sola aquí.

—Lo siento, Gina, — Mikayla se inclinó sobre la estrecha mesa de café y apretó la mano de la otra mujer que estaba sobre su regazo.

—Gracias, Mikayla, — Gina asintió mientras Mikayla se retiraba.

—Y gracias a ti y a tu familia por las flores también. Las agradezco.

Nik se abstuvo de mirar fijamente a Mikayla en estado de shock. Esta mujer había rehusado hablar con Mikayla después del funeral. ¿Y Mikayla se comportaba como si pensase que nada de eso había pasado? Tenía que ser la persona más amable que Nik había conocido. Incluso sus propias hermanas habrían estado golpeando la cabeza de la otra mujer en estos momentos.

—Señora Foreman, tengo algunas preguntas, — Nik prometió mientras se inclinaba hacia delante.

—¿Eddie actuaba de forma extraña antes de su muerte?¿Estaba sucediendo algo raro?

Gina negó con la cabeza lentamente, pensativa.

—Estaba tenso a menudo, gritaba mucho. Aunque fue peor en los meses anteriores al asesinato.

Nik apostaba a que sí. Eddie Foreman había estado haciendo algo. Nik podía sentirlo. Sólo tenía que averiguar qué.

—¿Tenía enemigos? — Nik preguntó.

Los labios de Gina se curvaron con tristeza.

—Bastantes. No gustaba a mucha gente, señor Steele. Podía ser ofensivo.

—¿Qué hay sobre Jarvis Dalton? — dijo Nik, preguntándose dónde cuadraba realmente el otro hombre.

—¿Tuvo problemas con él?

—¿Jarvis? — la sorpresa asomó en la cara de la mujer.

—Eran amigos. Jarvis era uno de los pocos amigos que tenía Eddie. Por lo que sé, no tenían problemas.

Nik tenía que ser justo con Mikayla. La sorpresa no apareció en su rostro, aunque Nik sintió que se ponía rígida a su lado.

—¿Sabia que Eddie despidió a Jarvis un par de semanas antes de que fuese asesinado?

—¿Despidió a Jarvis? — Gina los miró con confusión.

—¿Por qué haría eso?

—Según Jarvis, Eddie le acusó de robo.

Nik observó su cara estrechamente, sus ojos. Gina Foreman actuaba como una mujer que no tenía ni idea que lo que estaba hablando.

—No me extrañaría que Jarvis robase, — ella finalmente exhaló ásperamente.

—Pero no sabía nada de eso.

—¿Tenía Eddie problemas de dinero? — Nik sondeó una vez más, intentando encontrar un punto de vista, cualquier ángulo que lo llevase en la dirección correcta.

—Siempre estábamos justos de dinero. Ahora también. — Gina se encogió de hombros.

—Pero no más de lo habitual.

—¿Tenía Eddie una oficina?

Gina asintió lentamente.

—Transformó uno de los dormitorios en oficina.

—¿Podríamos verla? — le preguntó Nik.

—Quizá haya algo allí que pueda ayudarnos a comprender qué ocurrió.

—Por aquí. — Gina se levantó y los condujo por un corto pasillo hasta la habitación.

—Por favor, dense prisa. Tengo que salir en 20 minutos.

Gina se giró y dejó la habitación y un segundo más tarde Nik oyó cerrar otra puerta, probablemente su habitación. Nik se giró hacia Mikayla.

—¿Qué piensas?

Ella suspiró profundamente.

—Creo que Jarvis estaba mintiendo y Gina está diciendo la verdad.

—¿Sobre qué estaba mintiendo Jarvis? — preguntó Nik con curiosidad mientras se dirigía al desordenado escritorio.

—Eso no lo sé, — Mikayla respondió suavemente.

—No le conozco realmente bien, pero mantenía su mirada lejos de ti, aunque se esforzaba en no hacerlo.

Ella le guiñó un ojo a Nik de broma.

—Él debe ver mucho CSI.

—¿Eso crees? — él gruñó mientras le echaba una mirada irritada.

Había un indicio de ablandamiento en la actitud dura, como si la actitud fría fuese deliberada. Sentado detrás del ancho escritorio que Eddie había usado, Nik comenzó a mirar los papeles mientras Mikayla vagaba por la habitación.

Eddie no había sido muy pulcro, Mikayla pensó. La oficina estaba llena de papeles, revistas, unos pocos libros y mucho polvo.

Regresando al escritorio, se colocó detrás de la silla en la que Nik estaba sentado y colocó una mano en el hombro mientras él estaba con los papeles, sin saber lo que estaba

buscando. Dudaba que Nik siquiera supiese qué estaba buscando exactamente.

Su cuerpo se tensó cuando Mikayla apoyó la mano sobre su hombro y se inclinó hacia delante para ver lo que estaba haciendo.

Por debajo de trozos de papel, tarjetas de visita, tarjetas de control y archivos de listas de materiales, Nik sacó una pequeña tarjeta.

Se podía leer “Reed Holbrook” y tres números de teléfono. Casa, teléfono móvil y oficina.

—Reed Holbrook, — dijo ella suavemente.

—Es el dueño de Holbrook Construction en D.C. Si no estoy equivocada, Reed también es de la ciudad. Él y Maddix crecieron en la misma zona de la ciudad.

—¿Conoces a todo el mundo en Hagerstown? — Nik la frunció el ceño.

Levantando sus cejas, Mikayla le echó una alegre sonrisa.

—No cometas el error de ir a la tienda conmigo. Me lleva horas hacer la compra puesto que me paro y saludo a todos los que conozco.

La mirada que él le dio la desconcertó por unos momentos. Como si no pudiera imaginar tener que tratar de detenerse para hablar con cualquier persona en un supermercado.

Mikayla era muy conocida No podía evitarlo. Disfrutaba de la gente y disfrutaba haciendo vida social.

—Parece que entonces tenemos que hablar con Reed Holbrook, — dijo Nik mientras se alejaba de ella y se quedaba con la tarjeta.

—¿Hemos acabado aquí entonces? — Mikayla miró alrededor de la habitación, preguntándose cómo podrían estar seguros de que no se habían perdido algo más.

—Hemos acabado aquí. — Nik asintió.

—No revisamos todo. — ella señaló.

—Lo haremos más tarde. — Su voz era aguda, baja, llegando solo a ella, mientras le devolvía la mirada con sorpresa, con excitación.

—¿Volveremos esta noche a escondidas? — Mikayla podía sentir surgir la anticipación, mientras él la miraba con algo parecido al horror.

Nik pensó que, para ser sincero, la emoción que brillaba en sus ojos le asustaba como la mierda. La idea de irrumpir en la casa de Foreman y robar los documentos la tenía casi frotándose las manos con regocijo.

Nik estaba creando un monstruo.

—No, — Nik enunció claramente.

—No lo haremos.

Agarrando su brazo, él la condujo hacia la puerta mientras un pequeño mohín se formaba en sus labios.

—Eso no es justo. No deberías hacer estas cosas tú solo. Necesitas un vigilante. — Ella se estaba riendo de él. Estaba en su voz y en sus ojos.

—¿No tienes vestidos que hacer? — Nik gruñó, preguntándose cómo diablos iba a mantener la distancia emocional que estaba intentando mantener entre ellos.

—Quizá esto sea más divertido. — Sus cejas se arquearon mientras Nik abría la puerta y salían al pequeño recibidor.

—Además, llamé a Bailey y a Kira. Se reunirán conmigo en casa esta noche.

Gina Foreman estaba esperándoles en la sala, su mirada sombría mientras caminaban hacia ella.

—¿Encontraron algo? — preguntó.

—Nada aún, señora Foreman. — Nik le respondió.

Ella asintió lentamente a medida que sus labios se bajaron con un borde de amargura.

—Al menos alguien está intentando averiguar qué ocurrió. Se hace difícil trabajar en la comisaria, preguntándome si el jefe está mintiendo, preguntándome qué ocurrió realmente. — Gina sacudió la cabeza y metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Eso destruye la fe en las personas.

Nik observó cómo Mikayla cruzaba la habitación y abrazaba a la otra mujer como si un abrazo pudiera arreglar cualquier cosa. Todo.

—Lo siento, — Nik escuchó a Mikayla susurrar.

—Lo siento mucho, Gina.

Los brazos de la mujer la rodearon mientras Gina asentía, sorbía y, curiosamente, pareció encontrar fuerza en ese abrazo.

—Llámame si me necesitas. — Mikayla dio un paso atrás y masajeó suavemente los brazos de la mujer.

—Lo digo en serio. Pasa por la tienda, lo que quieras.

Una sonrisa tímida y triste tiró de los labios de Gina.

—Gracias, Mikayla.

Y de pronto sonó como si, en algún lugar, de alguna manera, hubiera encontrado esperanza.

¿Se hubiera sentido él de diferente manera después de la muerte de su hija si hubiera sentido esa esperanza? Se preguntó Nik mientras él y Mikayla salían de la casa. ¿Hubiera tomado decisiones distintas, encontrado otros caminos para devolver el golpe al hombre que había matado a su familia?

Si Mikayla hubiese sido una parte de su vida ¿habría compartido su encanto de hada con él y ayudado a curar los destrozados pedazos de su alma?

Era posible, admitió. Parecía que la acompañaba una capacidad de amor que le dejaba atónito. Pero aún más, la capacidad para encontrar dulzura dentro de las personas que ellos no sabían que existía.

Dentro de Nik, ella había encontrado emociones que nunca esperó sentir de nuevo. Emociones que temía que pudieran destruirle realmente.

—Quiero ir a D.C., ver si podemos hablar con Holbrook, — dijo Nik mientras tomaba la salida interestatal I-70.

—Foreman tuvo que haber estado en estrecho contacto con él si tenía el número de su casa.

—Holbrook Construction no tiene la reputación de Nelson. — Mikayla reflexionó mientras él la miraba.

—Ha habido varias acusaciones dirigidas contra él por intentar sabotear otras obras, por sobornar a empleados de otras empresas y encontrar formas de obligar a las otras empresas a dejar sus contratos para que él pudiera hacerse cargo. No se demostró nada pero las acusaciones están ahí.

—Entonces, podía haber estado sobornando a Eddie Foreman, — Nik adivinó.

—Lo que de le da Maddix Nelson el motivo perfecto para asesinar, — concluyó ella dulcemente.

Nik hizo una mueca. No podía discutir el asunto. Si no conociese a Maddix, estaría de los primeros en la lista de sospechosos de Nik. Infiernos, si no conociese a Maddix, él hubiera investigado a todo el mundo de esa supuesta reunión.

¿Cuándo había comenzado a permitir que las asociaciones personales interfirieran con su trabajo? Nik se preguntó a sí mismo mientras tomaba nota mental para poner a Kira y Bailey sobre el jefe de policía y los dos miembros del consejo. Como Mikayla declaró, Maddix tenía el motivo perfecto y sus amigos tenían algunas malditas buenas razones para mentir por él. En cuanto a negocios se refería, estaban en la misma cama, y eso, a menudo, creaba unas malditas buenas coartadas.

—Si Maddix mató a Eddie Foreman, entonces el mejor modo para probarlo es seguir el rastro de las pruebas. — Nik dijo a Mikayla.

—Nos conducirán donde necesitamos ir. Vamos a hablar con Holbrook, ver lo que sucede allí; luego quiero comprobar la coartada de Jarvis Dalton. Él estaba mintiendo; no estoy seguro sobre qué estaba mintiendo.

—No creo que Jarvis sea lo bastante inteligente como para llevar a cabo con éxito un asesinato, incluso uno así de sencillo. — Ella negó con la cabeza antes de volver sus ojos hacia Nik.

—Pero Nik, yo vi lo que ocurrió. Vi morir a Eddie. Vi quién lo mató. ¿Por qué no puedes creerme?

—No es cuestión de creer, Mikayla, — él exhaló fuertemente.

—Es cuestión de pruebas. Pero tienes razón, Maddix puede tener un infierno de motivo. Una cosa es malditamente

segura. Si él lo hizo, lo averiguaré. Y me aseguraré de que pague por ello.

—¿Cómo podría no haberlo hecho?

Nik sacudió la cabeza.

—Confía en mí, se pueden hacer cosas sorprendentes con maquillaje y látex. Lo sé. Todo el mundo sabía que ibas a ir a recoger a Scotty. Cualquiera podría haber estado esperando una oportunidad para matar a Eddie y echarle la culpa a Maddix. — Él alzó su mano. — No esto diciendo que lo hicieran. Estoy diciendo que es posible. Voy a comprobar a Maddix más profundamente así como a sus amigos y vecinos. No lo voy a pasar por alto. En este momento, estoy siguiendo los rumores y las pruebas que es lo que se tiene que hacer sin importar quién lo mató.

—Nadie intentó matarme cuando no me creían, — Mikayla declaró con sobriedad.

—El primer atentado ocurrió después de que comenzaras a investigarme.

Nik asintió con la cabeza. Sabía eso y lo enfurecía. El pensamiento de una de esas balas hiriendo su frágil cuerpo era suficiente para que estuviera aterrorizado. El mundo no podía soportar perder a Mikayla, pensó él. Ya se habían destruido demasiadas hadas.

Infiernos, no podía seguir pensando de esta manera. Mikayla no era una jodida hada; era una mujer pequeña, independiente, demasiado confiada, no era una inocente criatura mitológica.

Eso es lo que su cabeza decía. Otra parte de él, como su corazón o su alma, decía algo totalmente diferente. Mikayla era el epítome de todo lo que una mujer no podía ser en estos días y con su edad. Inocente, dulce, confiada, atenta. Su propia naturaleza iba a terminar destruyéndola y Nik estaba

aterrado de que no hubiese una maldita cosa que pudiera hacer para detenerlo.

—¿Nik? — ella interrumpió sus reflexiones en voz baja.

—No me has contestado. ¿Por qué alguien intenta matarme si no es Maddix?

—¿Por qué Maddix me iba a contratar si no quisiera que saliera la verdad? — Nik contrarrestó.

—No puedo pasarlo por alto, Mikayla. Maddix sabe quién soy, de lo que soy capaz y sabe que si él mató a Eddie, lo averiguaré. Y él sufrirá.

Era una advertencia que ya había dado al otro hombre. Era una advertencia que llevaría a cabo.

CAPÍTULO 16

Reed Holbrok se negó a verlos y la coartada de Jarvis Dalton era una mentira.

Mikayla observó a Nik mientras el día avanzaba hacia la noche y volvían a casa. No mucho tiempo después, llegaron Bailey y Kira para que les tomara las medidas y hacer las decisiones finales sobre los vestidos que querían. Esto sólo retrasaba la oportunidad de Mikayla para entender la actitud de Nik.

Nik era frío como una roca, tan frío, tan gélido, que tuvo un escalofrío y la dejó deseando haberse puesto una chaqueta a pesar del aire de verano.

Desde el momento en que Nik había hecho su declaración sobre Maddix Nelson, se había vuelto incluso más frío. Mikayla estaba entrando en su casa con Frosty el maldito muñeco de nieve.

Mikayla se quedó de pie en el vestíbulo después de que las amigas de Nik se fueron, observándole silenciosamente mientras él la miraba desde la cocina. Estaba cansada. El viaje de ida y vuelta a D.C. había sido tan tenso como para espesar el aire y hacer que respirar fuera difícil. La curiosidad preocupada de Bailey y Kira mientras estuvieron allí no había ayudado en lo más mínimo.

Cuanto más frío se volvía Nik, más dolía. Él la estaba bloqueando, estaba distanciándose de ella. Parecía una ruptura, excepto que Mikayla había dado a Nik mucho más de lo que nunca había dado a otro hombre. Y no era una ruptura, porque todavía estaba allí, atormentándola con su presencia y recordando la sensación de sus manos contra su piel. El calor de su cuerpo protegiendo el suyo.

¿Qué pasó? La necesidad de hablar, de exigir una explicación, estaba en la punta de su lengua, pero las palabras no salían de sus labios.

En ese momento, Nik era completamente inaccesible.

—Me voy a duchar.

Mikayla tenía que alejarse de él antes de hacer el ridículo. Antes de que exigiese respuestas que no tenía derecho a exigir. Antes de que empezara a llorar, cuando no tenía derecho a hacerlo.

Había entrado en esto con los ojos bien abiertos. Nik la había advertido que no podía amarla y ella se había prometido que no lo amaría.

Mientras el agua caliente de la ducha caía sobre su cuerpo, Mikayla se acordó de esa promesa. No estaba enamorada de él, se dijo a sí misma. Pero si no estaba enamorada, entonces ¿por qué demonios dolía tanto? ¿Por qué sentía su pecho apretado, su cuerpo pesado por el dolor?

Mikayla apoyó la cabeza contra la pared de la ducha y luchó por contener las lágrimas. Nik había pasado dos noches separado de ella y lo echaba de menos hasta el punto de que la noche anterior había sido imposible dormir. Podía sentir que esta noche ocurriría lo mismo.

Nunca había imaginado que podía ser tan fácil acostumbrarse a que un hombre durmiera en la cama con ella. Pero dormir con Nik había parecido tan natural como respirar. Y le echaba de menos.

Sorbiendo las lágrimas que habían caído, Mikayla terminó de ducharse, se secó el cuerpo y el pelo antes de vestirse con pantalones sueltos de algodón de verano y una camiseta sin mangas.

Yendo hacia la cocina, se paró en la puerta observando cómo Nik sacaba la cazuela que había puesto en horno esa mañana y volvía a ajustar el temporizador del horno.

Todavía estaba templado. El guisado de queso, hamburguesas y macarrones perfumaba el aire y recordaba a Mikayla que habían comido muy poco ese día.

En cuestión de minutos estaban sentados separados uno del otro mientras comían, todavía en silencio.

La tensión entre ellos solo estaba aumentando . No era una tensión de enfado, pero lo suficientemente espesa como para cortarla con un cuchillo. Estaba rodeada de secretos y el silencio lo intensificaba.

Era un silencio que ponía a Mikayla de los nervios y la dejaba luchando por contener el resentimiento que podía sentir creciendo en su interior.

—¿Qué hacemos a continuación?, — Mikayla preguntó mientras Nik se reclinaba después de terminar de comer y parecía listo para dejar la mesa.

Su mirada cayó sobre ella, y lo que vio en esos pocos segundos la sacudió hasta su alma.

El hielo estaba allí, pero por debajo se escondía un dolor sombrío, una oscura agonía que apretaba su pecho por ver el dolor de Nik. Como si la batalla silenciosa entre ellos estuviese tocando unas sombras en su interior que él no tenía ningún deseo de visitar.

¿La muerte de su esposa y su hija? Mikayla se preguntó.

¿Algo había hecho renacer esa pesadilla dentro de él que lo dejó recordando el dolor que debió haber sentido al perderlas?

—Lo siguiente es volver a visitar a Jarvis y preguntarle cortésmente por qué su coartada no se sostiene. Luego

necesitaré ver por qué Reed Holbrook prefiere no hablar con nosotros.

Había un destello de determinación depredadora en la mirada de Nik que envió un escalofrío por su espalda. Y Mikayla no había pasado por alto el cambio de “nosotros” al “yo”. Nik no tenía intención de llevarla con él cuando discutiese esto con Reed.

Mikayla sólo pudo sacudir la cabeza.

—Comprendo tus razones para seguir las pistas como lo estás haciendo, pero no estás diciendo qué parte puede haber jugado Maddix en esto.

—A efectos de argumentación, diremos que lo hizo Maddix. — Nik se inclinó hacia delante mientras le devolvía la mirada de modo implacable.

—Ahora mismo, está consiguiendo salirse con la suya. Su coartada es sólida. Si quieres romper esa coartada, sigues las pistas. Es así de simple.

—Entonces, ¿hay una posibilidad de que él matase a Eddie porque Eddie estaba trabajando con Reed Holbrook?

—Y el hecho de que Reed se niegue rotundamente a hablar con nosotros me dice que hay una posibilidad de que él tiene algo que ocultar. Está comenzando a parecer como si ese algo pudiese ser el hecho de que estaba pagando a Eddie Foreman para sabotear la obra.

Mikayla le devolvió la mirada pensativa.

—Creo recordar una noticia en el periódico el año pasado. Hubo varios retrasos en la obra porque se tuvo que volver a hacer los cimientos de un edificio cuando el inspector encontró una grieta en el cemento. Oí que Maddix despidió a todo el equipo del cemento cuando eso ocurrió.

Nik asintió.

—Seguiremos la pista y veremos dónde nos lleva.

—Pero aun así no crees que vaya a volver a Maddix, — Mikayla adivinó.

Nik la echó una mirada irritada antes de colocar sus brazos sobre la mesa y mirarla.

—Mikayla, creo que piensas que viste a Maddix. De verdad que sí. Pero Maddix Nelson no es un hombre estúpido. Él sabía cuando me contrató que iba a llegar al fondo del asunto. Puso sobre la mesa un montón de dinero para asegurarse de que lo hiciera. Así que no, no creo que él lo hiciera.

—Quizás es más inteligente de lo que tú crees,— ella sugirió, intentando ignorar la punzada de dolor que la explicación la había provocado.

—Puede que supiera lo que ibas a hacer y planeó todo.

Nik se encogió de hombros.

—Eso siempre es posible. No es probable, pero es posible.

La sonrisa que cruzó sus labios no tenía nada que ver con la diversión y mucho que ver con una posible intención mortal.

Aun dejó a Mikayla más confusa. Personalmente, pensaba que interrogar a Maddix hasta que se quebrara era una buena idea. Funcionaba en CSI, ¿verdad? Aunque sabía que no iba a funcionar con Maddix, al menos iba a tener una cierta satisfacción.

—Necesito encargarme de algunas cosas. — Nik se levantó de la silla, la empujó con cuidado y la devolvió la mirada.

—Estaré en la habitación de invitados trabajando.

En otras palabras, Nik intentaba usar el trabajo como una excusa para no dormir con ella.

Mikayla observó cómo dejaba la habitación antes de levantarse y limpiar los platos en silencio. Ahora, se sentía desconcertada, sin saber qué hacer. Mikayla quería tocarle, abrazarle, aliviar el dolor sombrío de todos los rincones de su alma, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Eso la dejaba sola y nunca se había dado cuenta de lo sola que podía estar hasta ahora.

Nik estaba a punto de lanzar algo. Había pasado casi una década desde que su puño había atravesado una pared, pero el impulso de hacerlo en este momento recorrió su sistema como una potente enfermedad.

Distanciarse de Mikayla estaba matándole e hiriéndola. Pero esa distancia era todo lo que le quedaba para salvar su alma cuando esto terminara. De lo contrario, alejarse de ella sería imposible. Quedarse con ella sólo la pondría en peligro, y él tampoco podía enfrentarse a eso.

Nik paseó por la pequeña habitación, sin mirar a penas el ordenador portátil abierto y los archivos que había subido antes de ducharse. La información sobre Reed Holbrook, Jarvis Danton, Eddie Foreman y Maddix Nelson estaba esperando la lectura de Nik.

Nik ya sospechaba que Eddie Foreman había estado robando material y sustituyéndolo por otro de calidad inferior o saboteando deliberadamente la obra para Reed Holbrook. De cualquier manera, como el actual capataz de Maddix había declarado, se trataba de una fórmula garantizada para alimentar el temperamento de Maddix, pero no suficiente para matarle.

Mientras paseaba hacia la ventana y las pesadas cortinas que bloqueaban la vista del patrio trasero, su teléfono móvil vibró.

Nik lo agarró como un salvavidas, desesperado por encontrar algo, cualquier cosa que le evitara arrastrarse hasta Mikayla como un animal salvaje necesitado.

—Hola, sexy, — Kira arrastró las palabras.

Nik escuchó a su marido al fondo, el ex SEAL de la marina, Ian Richards, protestando entre risas.

—¿Qué han encontrado?

Nik no estaba interesado en sus juegos. Estaba interesado en la visita secreta de Ian y John a la casa de Foreman. Francamente, esta noche, Nik no lo podía manejar. Le recordaba malditamente demasiado a lo que no tenía con Mikayla.

La visita de esa tarde de Kira y Bailey había sido tensa. Ellas habían sentido la tensión entre él y Mikayla y él lo sabía. Vendrían preguntas. Eran preguntas que no quería hacer.

—Interesante material, — Kira declaró.

—Ian y John acaban de regresar de la casa de Foreman. Mezclado con el lío de los sistemas de archivo que tenía ese hombre, han encontrado los planos de la obra donde fue asesinado. Hay algunas X marcadas en los planos. Ian dijo que eran puntos particularmente débiles. Lugares donde los cimientos y el esqueleto tendrían que reforzarse mediante el uso de materiales específicos. Uno de esos lugares era los cimientos que el año pasado Nelson había sustituido por completo cuando el inspector encontró la formación de una grieta en el cemento. También había vagas notas que podían hacer referencia a otras áreas donde se habrían usado esos materiales de menor calidad. La valoración de Ian y John es que él estaba saboteando deliberadamente el edificio, y yo estoy de acuerdo con ellos.

Nik se pasó los dedos por el pelo con una mueca tensa. Las pruebas apuntaban contra Maddix, lo que significaba que

Nik iba a tener que hacer otro viaje para hablar con él. Desafortunadamente, esta vez Nik tenía la sensación de que iba a llevar a Mikayla con él.

Maldita mujer obstinada y testaruda, pensó, ella iba a ser su muerte.

—Ian hizo un poco de investigación sobre Maddix, — continuó Kira.

—Él tiene genio, y él y Eddie Foreman ya se habían enfrentado antes, pero Eddie estuvo fastidiando a un montón de gente antes de morir.

—Me está fastidiando ahora, — gruñó Nik .

—La coartada de Maddix es sólida a partir de los informes que me enviaste y el seguimiento que Ian hizo hoy, — le informó Kira.

—También comprobó a Robert Cronin, pero la información que dio aún no ha sido confirmada por ninguno de nuestros contactos, aunque aún es pronto para recibir algo más de información. Si Maddix estaba involucrado con el mundo de las apuestas clandestinas, entonces lo sabremos pronto. Eddie Foreman estaba implicado, incluso nuestros contactos le conocían, y a ellos no les gustaba más que a cualquier otro. Debía dinero a todo el mundo.

—Mikayla está segura de que fue Maddix. Eso significa que estamos buscando a alguien que trata de incriminarlo por alguna razón. Vamos a profundizar en el pasado de Eddie y Maddix, ver que podemos encontrar, — sugirió Nik.

—Tehya ya ha sugerido eso y está en ello, — le aseguró Kira.

—Dila que se dé prisa, — suspiró él.

—La próxima vez que el hijo de puta dispare contra Mikayla, podría ser fatal.

—Mikayla es una joven interesante, — dijo Kira suavemente.

—Soy malditamente buena juzgando a las personas. Ni una sola vez esta noche intentó llevarte la contraria o discutir contigo cualquier problema que los dos estéis teniendo. Hizo un buen trabajo ocultándolo también, incluso tan cansada como estaba. Tienes un tesoro allí, amigo mío.

—No empieces, Kira, — Nik exhaló rudamente.

—Y me pareció como si estuvierais bastante involucrados. — Su voz se suavizó.

—¿Vas a romper su corazón, Nik?

¿Lo iba a hacer? En lo que a él concernía, no había manera de evitarlo, a menos que Mikayla no estuviese enamorada de él. Y sabía muy bien que ella no era pegajosa, llorona o posesiva, hasta ahora, pero estaba enamorada.

—Si no tienes más información, Kira, entonces tengo que irme, — la dijo sin contestar a su pregunta.

—Hazme saber si Ian se entera de algo más.

—Me aseguraré de ello, Nik. — Su voz tenía el tono amable, simpático que ella reservaba para los animales y los imbéciles.

Nik sólo podía imaginar lo que ella estaría pensando.

Colgando, puso el teléfono móvil en la mesita de noche antes de frotar la parte posterior de su cuello mientras luchaba con la irritación, la excitación que sólo aumentaba en su interior.

Casi podía sentir la suave piel de Mikayla contra sus manos, sus dedos cerrándose con el recuerdo de su calidez, el calor acogedor de su coño envolviendo su polla.

Estaba tan duro como el hierro. Había estado tan duro como el hierro durante todo el día. Su maldita polla iba a conseguir meterle en el tipo de problemas a los que no quería enfrentarse. El tipo de problemas que le haría volver a la cama de Mikayla y tener un infierno de muchos problemas para ambos.

Nik se paseaba por la habitación como un tigre enjaulado, ese deseo comiéndole desde dentro mientras luchaba contra la necesidad de ir con ella, para aliviar el dolor y la confusión de sus hermosos ojos.

Mikayla le estaba ablandando, podía sentirlo y lo odiaba. Ablandarse significaba mirarse a sí mismo, ver las sombras que sabía que existían dentro de su propia alma. Recordar cuando no quería recordar.

—¿Nik? — Un golpe suave, la voz baja de Mikayla y sus sentidos parecían ir a toda marcha.

La puerta se abrió despacio.

Mikayla se quedó allí, su pelo largo y rubio flotando a su alrededor, mientras los ojos amatista le miraban con inocente deseo. Se había cambiado los pantalones por una bata y, si él no se equivocaba, estaba desnuda debajo de ella.

—¿Vienes a la cama? — Suave como un susurro, como si fueran alas de hada, su necesidad se acercó para acariciar sus sentidos.

—Te echo de menos a mi lado, Nik.

—Mikayla, — él suspiró su nombre.

Debería decirle que no, debería irse ahora. Así que ¿por qué no lo hacía?

—¿Se ha terminado tan rápido? — le preguntó entonces, una pizca de conocimiento doloroso llenando su mirada.

—No me lo esperaba.

—No me quieres esta noche, Mikayla. — Él movió su cabeza con cansancio.

—¿Por qué no? — preguntó ella suavemente.

—Te he querido desde el momento en que te vi. ¿Por qué habría de cambiar?

La desesperación sombría que Mikayla había sentido antes sombreó su mirada una vez más.

—Tan jodidamente inocente. —Él se sentía como un animal, la necesidad de ella quemando a través de sus venas.

—No tienes ni idea de las cosas que podría pedir.

Nik estaba agonizando, luchando por contenerse. Ella no tenía ni idea de lo realmente duro que era contenerse.

Una chispa de ira debería haber iluminado los ojos de Mikayla en lugar de la chispa de necesidad que iba más allá del deseo o de la lujuria. Ese atisbo de algo profundo, algo que le atravesó el alma y le dejó dolorido por perderse en su abrazo de seda.

Mikayla le devolvió la mirada mientras se mordía el labio inferior y le miraba con ese deseo dulce y ardiente. Entonces ella hizo algo que Nik no esperaba de ningún modo. Con increíble gracia, sus dedos aflojaron el cinturón de la bata mientras se encogía de hombros, el material de seda violeta deslizándose por sus hombros, sus brazos, hasta quedar a sus pies en el suelo.

Los cremosos pechos con sus picos rosados se elevaron y rápidamente los pezones se endurecieron tentando a la lengua de Nik, mientras sus dedos se curvaban con la necesidad de tocarla.

Nik se sentía como un animal listo para saltar, el hambre furiosa le atravesó con una desesperación que no habría creído posible. Mikayla era suya. La inocencia brillando en sus

ojos, la suave calidez, la necesidad, eran suyos. Él era su primer amante. Era su único amante. La necesidad de marcarla como suya para siempre arrasó con una fuerza casi imposible de controlar. Marcar su cuerpo, su corazón, su alma. Asegurar que ella siempre sería suya.

Nik se movió sin pensar. Pensar era una cosa del pasado. A grandes zancadas, levantó a su mujer en sus brazos y se dirigió por el pasillo a la habitación y a la cama donde la había reclamado por primera vez. La cama donde había encontrado el mayor placer imaginable.

Sus labios robaron los de Mikayla en un beso que encendió su sangre en el segundo en que la levantaba. Mientras ella entrelazaba sus brazos alrededor de su nuca, un bajo y delicado gemido envió a sus sentidos a estrellarse de pura necesidad.

Lujuria, Nik se recordó a la fuerza. Era lujuria. No era necesidad.

Pero era necesidad. Una necesidad indescriptible. El deseo que rasgó a través de él no tenía sentido, sin embargo se sentía tan natural como respirar. Se sentía tan necesario como el aire que le rodeaba.

Mikayla era una llama ardiente en sus brazos y Nik era incapaz de hacer nada salvo arder con ella.

Abriendo su puerta con los hombros, Nik la atravesó antes de cerrarla con el pie tras ellos. Nik la colocó sobre la cama, sus labios abriéndose mientras Nik luchaba por aspirar suficiente aire como para no ahogarse. Lo suficiente, esperaba, como para diluir la creciente excitación. Nada podía diluir lo que estaba sintiendo ahora. No había fuerza en la tierra o en la naturaleza que pudiera disminuir el fuego ardiente que sentía.

Estirándose por encima de Mikayla, Nik mantuvo su peso en sus rodillas y sus codos mientras estiraba los brazos de

Mikayla por encima de su cabeza y los mantenía allí. La sensación de sus sedosas manos tocándole destrozaba su control. En ese momento, necesitaba ese control.

Los labios de Nik vagaron por su cuello, mordisqueando y acariciando con sus labios mientras ella se arqueaba bajo él con un gemido decididamente femenino. Los pechos con sus duros picos rozaron su pecho, abrasando su cuerpo y haciendo su boca agua con la necesidad de probarla, acariciarla.

Agachándose, lamió las cimas redondeadas, ignorando sus estridentes pequeñas exigencias de más y simplemente disfrutó de su sabor y de su tacto.

—Nik, estás matándome con las bromas, — ella susurró, su voz espesa con la excitación.

—Por favor.

—Por favor ¿qué?

Nik apenas podía respirar. El hambre furiosa que le atravesaba apretó su pecho y envió un dolor ardiente de deseo a través de sus sentidos.

—Tan hermosa, — canturreó él, sosteniéndola por las muñecas con una mano mientras acomodaba un pecho. Su pulgar rozando la punta endurecida; la sintió estremecerse de placer y tuvo que apretar los dientes para evitar follarla ahora.

—Te sientes tan bien, — Mikayla susurró mientras su cabeza bajaba sobre la almohada.

—Haces que me vuelva loca por el placer, Nik.

Mikayla le estaba matando. Dios, él necesitaba amordazarla si quería mantener su control, porque sus murmullos inocentes hacían que sus bolas estuviesen tensas, su polla palpitaba con la inminente liberación.

Rozando los labios sobre su pezón, Nik los separó para introducir la suculenta baya en su boca y liberar el dulce sabor de la carne femenina. La carne de su mujer.

Mikayla sintió un escalofrío, vibró contra él y Nik empezó a sudar mientras los dedos de ella se agarraban a la muñeca que la sujetaba.

—Oh, sí, — gimió ella.

—Oh, Nik. —

Sus muslos apretaban los suyos, sus caderas se levantaron para rozar el monte de su coño contra la parte superior de sus piernas.

—Es tan bueno. Tu boca es tan caliente.

Maldita sea. ¿Cómo diablos se suponía que iba a controlar su deseo de follarla con el placer sonando en su voz?

Pasando su lengua sobre el pezón, lo chupó vorazmente, sintiendo su placer mientras temblaba y se estremecía en sus brazos. La adrenalina estaba bombeando por las venas, la prueba de cómo le afectaba la tensión de sus músculos fue el engrosamiento de su pene hasta que se sintió atormentado por el deseo que recorría su sistema.

Su lengua lamió la tierna punta, provocando que saliera un grito de sus labios a la vez que se arqueaba más contra él. Nunca una mujer le había respondido tan fácilmente, tan incondicionalmente.

—También quiero tocarte, Nik, — exclamó mientras intentaba soltar sus muñecas.

—Quiero sentirte. Quiero saborearte. — Su muslo presionaba contra su polla.

—Oh, Dios. Como me permitiste antes. También te quiero en mi boca.

Joder. Joder.

Se iba a correr contra su pierna si seguía hablándole sucio.

El recuerdo de su polla en su boca le destruyó. Liberando su seno, se colocó de rodillas, la levantó y con una mano en la parte posterior de su cabeza, la otra agarrando su polla, Nik presionó la ardiente cresta contra sus labios cereza, enrojecidos por sus besos.

Nik echó hacia atrás su cuello hasta que se preguntó si podría romperse. El éxtasis rasgó a través de sus venas mientras Mikayla succionaba la cabeza palpitante dentro del calor líquido de su boca. Su lengua la lamió, como él había hecho a sus pezones. Un segundo más tarde, ella rodó su lengua sobre su polla con perezoso placer, el brillo de sus ojos amatista asomando por debajo de sus pestañas mientras frotaba la parte inferior de la corona.

Ah, infiernos. Estaba matándole.

Mikayla le chupó hasta la parte de atrás de su boca, lo lamió y lo saboreó hasta que Nik juró que iba a perder la cabeza por el placer. No podía creer a la seductora que ahora le sujetaba en su agarre.

Agachándose, pasó la mano por un pecho lleno y redondeado mientras que, con la otra mano, sujetaba la parte posterior de su cabeza. Su polla empujaba dentro y fuera de su boca, follándola con movimientos lentos y agonizantes mientras sentía la liberación hirviendo en sus bolas.

Mikayla estaba temblando con el placer y la necesidad recorriéndola. Nunca había imaginado que podía ser tan valiente, que podría aprender cómo la había tocado y usar ese conocimiento para usarlo en él. Ver que estaba dándole placer como él lo había hecho con ella.

Mikayla estaba al borde del clímax. Podía sentir sus jugos mojando sus muslos, su clítoris temblando de necesidad. Le quería como ella nunca había querido nada en su vida.

Chupando la cabeza de su polla tan profundamente como era posible, se estremeció de nuevo mientras Nik se retiraba, dejando solo la cresta gruesa justo dentro de sus labios. Mikayla la chupó, la lamió, sintiendo la mano de Nik bajando hacia sus bolas mientras sus dedos se apretaban alrededor de ellas para contener su liberación.

Una liberación que ella quería.

Con la punta de la lengua, perfiló con la lengua la fuerte anchura mientras sus uñas arañaban a lo largo de sus muslos y ella sentía que el cuerpo de Nik se estremecía un segundo antes de que un fuerte gemido retumbase en su pecho.

—Maldita sea, — gruñó Nik.

—Tu boca es tan jodidamente caliente, Mikayla. Dulce bebé. Chúpala más duro, cariño.

Mikayla succionó más profundo, más duro, sintiendo la cabeza de su polla palpitar mientras saboreaba la esencia de su liberación contra su lengua. Era sólo una muestra, mucho menos de lo que necesitaba.

Mientras lamía, chupaba y aspiraba la dura carne, Mikayla sintió la caricia áspera de su palma moviéndose hacia abajo por su espalda, después sobre la curva redondeada de su trasero.

La sensualidad la arrasó una vez más, apretando su vientre al sentir los dedos de Nik moverse en el estrecho pliegue de su trasero.

Esos diabólicos dedos presionaron y jugaron alrededor de la entrada prohibida antes de llevarlos más abajo,

hundiéndolos en la gruesa capa de jugos que empapaba su coño antes de volver a subir otra vez.

Mikayla se sentía como si se estuviera quemando viva. Sintiendo como las llamas lamían su carne mientras él lubricaba la entrada de su trasero con los resbaladizos jugos que salían de su vagina.

—Tan dulce y apretada, — él gruñó mientras ella luchaba por respirar a través de la caricia.

—Voy a tenerte aquí un día, Mikayla. Justo aquí. — Su dedo se hundió lentamente en el interior.

—Hasta que estés gritando de placer y pidiendo más.

Mikayla clavó sus uñas en los muslos de Nik mientras luchaba por sostenerse, por mantener el equilibrio. Ella quería robarle el control, robar esa increíble contención que usaba contra ella, pero en su lugar, Nik estaba robando el suyo.

No es que tuviese muchas defensas contra su toque, pero éste, este toque, la destruía. Era prohibido, perversamente excitante y completamente dominante.

Primero un dedo, luego un segundo la estiró, quemándola con una pizca de placer/dolor mientras un gemido tembloroso escapaba de sus labios.

Con cada movimiento de su boca en su polla, sus dedos se movían dentro de su culo, penetrando profundo, haciendo tijera y estirando su carne mientras sentía que las mordientes sensaciones llegaban a su clítoris.

—Mikayla, querida, jugar así va a meterte en problemas, — Nik gruñó mientras la lengua de ella rodaba contra el sensible punto justo debajo de la cabeza.

En represalia, los dedos de Nik se hundieron en su interior otra vez, empujando lento y suave, en cuidadoso ritmo con la polla empujando dentro de sus labios.

Mikayla se estaba muriendo. Se iba a correr y él no estaba tocando su clítoris ni su coño. Iba a explotar en fragmentos y no había nada que pudiera hacer para detenerlo.

—Maldita sea, Mikayla. Me voy a correr, — Nik gimió mientras hundía la mano en su pelo, sus dedos agarrando los mechones cuando comenzó a presionar su polla dentro y fuera de su boca con más fuerza, con movimientos más intensos.

Su polla pareció endurecerse entre sus labios, engrosarse. Sus dedos estaban moviéndose dentro de ella, acariciando terminaciones nerviosas que todavía no estaban acostumbradas a su toque.

Estremeciéndose, Mikayla podía sentir la necesidad de la liberación clamando en su cuerpo incluso al sentir la rigidez de Nik. Sus muslos endurecidos, su polla palpitaba, engrosada mientras intentaba retirar su cabeza.

Mikayla quería saborearle. Él no iba a robarla esto, ahora no. Gimiendo, demostrando su negación mientras chupaba más profundo, más duro, él la miró con un gemido torturado y duro y calientes chorros de liberación se derramaron en su boca.

El sabor de Nik impregnó sus sentidos, disparó su necesidad y quemó a través de su cuerpo con sensaciones fuertes, electrificadas, de agonizante deseo.

Mikayla nunca le había querido, nunca le había necesitado como lo hacía ahora. El hambre furiosa que la desgarraba era casi más de lo que podía soportar, definitivamente más contra lo que podía luchar.

—Maldita seas, Mikayla. — Su voz era torturada mientras tiraba de ella, sus dedos deslizándose de su trasero.

—¿Qué infiernos me has hecho?

Mikayla no tenía ni idea de lo que le había hecho, pero mientras se movía supo que iba a destruirla.

—Quédate ahí,— él ordenó, su voz severa mientras se movía detrás de ella, sus labios presionando en el hombro a la vez que con las palmas de la mano la presionaba sobre la cama.

—Justo aquí, bebé. Déjame mostrarte cómo juego.

¿Cómo jugaba? Ella no tenía ni idea si podría sobrevivir a ello.

—Tienes la piel más suave. — Sus labios recorrieron su espalda.

—Tan suave y tan dulce. — Nik lamió la carne justo por encima de un lado de sus redondas nalgas mientras ella se estremecía de placer.

—Y tan húmeda.

Sus dedos se movieron entre sus muslos.

—No puedo esperar a saborearte de nuevo, Mikayla. Podría alimentarme de la dulzura de tu coño.

Mikayla se estremeció. Iba a correrse tan solo escuchándole hablar con ella.

Sus labios vagaban por las curvas redondeadas de su trasero mientras ella luchaba por encontrar la fuerza para contenerse mientras él besaba y acariciaba desde su trasero a sus muslos.

Su lengua lamió la excesiva humedad que se había extendido por sus muslos, un gemido sordo vibrando contra su piel mientras ella temblaba con cada lamida.

—Dulce como el jodido azúcar, — murmuró Nik cuando ella le sintió moverse, girándose.

Un segundo más tarde, él estaba de espaldas, la cabeza debajo de ella, su lengua deslizándose a través de la abertura sensible de su coño.

Mikayla se sacudió, se estremeció, un llanto rasgado desde su garganta cuando su lengua dentro de ella subió hasta la sensible entrada y lamió el acogedor y tierno tejido íntimo.

Los dedos de Nik apretaron sus caderas, sosteniéndola en el sitio mientras la follaba con su lengua, lamía alrededor de su clítoris y volvía a hundirse en su interior otra vez.

No podía anticipar dónde podría lamerla cada vez, cuál de sus sentidos trataría de destruir con cada caricia. Punzadas de emocionantes sensaciones, mezcladas con adrenalina comenzaron a correr sobre su carne. El sudor se acumulaba en su piel, rodando por sus costados a la vez que su lengua forzaba los pliegues íntimos, follaba las profundidades de su apretado coño luego se trasladaba a aspirar el botón hinchado de su clítoris mientras las fuerzas escapaban lentamente de sus brazos.

La tensión crecía en su interior, apretaba los músculos, bloqueándolos en el sitio. Mientras su lengua empujaba dentro de ella otra vez, lamía y acariciaba, el mundo comenzó a explotar a su alrededor en una serie de vibrantes explosiones destroza-mentes que arrastró gritos estrangulados de su garganta.

Jadeando a través de cada explosión, Mikayla sólo necesitaba un segundo para recuperar el aliento, para arrastrar sus sentidos desde el éter, cuando sintió el duro, fuerte empuje que comenzó a estirar y quemar los sensibles músculos de su coño.

Arqueándose hacia atrás, sus brazos temblaban mientras luchaba por mantenerse en el sitio, Mikayla solo podía cerrar sus ojos y darse a Nik.

Sus manos se apoderaron de sus caderas cuando el segundo feroz empuje le enterró hasta la empuñadura, la cabeza de su polla presionando profundo y alto en su interior.

Los delicados músculos de Mikayla todavía se estremecían por su orgasmo, acariciando y ordeñando la gruesa carne mientras sentía incontrolables temblores que comenzaban a latir a través de ella.

Cada respiración se convirtió en una lucha cuando lloriqueantes gritos comenzaron a arrancar lágrimas de ella. Nik no le dio tiempo para acostumbrarse a su dura y gruesa carne penetrando y poseyéndola.

Cada embestida profunda y dura arrancó un grito de sus labios mientras luchaba por respirar. Su cuerpo sensibilizado. Sus brazos se derrumbaron, la parte superior de su cuerpo cayendo sobre el colchón cuando Nik se corrió sobre ella, sus caderas bombeando contra ella, sus labios descendiendo sobre ella.

—Dulce Mikayla, — gruñó Nik cuando sus dientes arañaron su cuello y sus caderas golpearon su polla dentro de ella.

Sus dedos se entrelazaron con los de ella cuando un grito arrancó de la garganta de Mikayla.

—Levanta el culo para mí, bebé, — él gimió cuando las caderas de Mikayla cayeron a la cama, sus rodillas deslizándose por debajo de ella cuando su resistencia se acabó.

—Vamos, Mikayla. Será mucho mejor.

Luchando, Mikayla levantó sus caderas, sintió sus dientes mordiendo su cuello, su polla presionando, llenándola, palpitando en su interior.

Una vez que estuvo enterrado, los empujes se convirtieron en golpes, una caricia profunda, interna que

presionaba y probaba y arañaba contra las terminaciones nerviosas tan sensibles que Mikayla comenzó a jadear y temblar en reacción al sentir construirse un orgasmo.

—Me encanta follarte, — gimió Nik mientras sus caderas se desplazaron y otra ráfaga de sensaciones recorrió su clítoris.

—La forma en que tu coño ordeña mi polla, palpita con tanda dulzura contra ella y luego aprieta como un pequeño puño a su alrededor. — Sus caderas bajaron, rotaron y el mundo explotó.

Mikayla gritó cuando el orgasmo rompió a través de ella, corrió por su cuerpo, quemó a través de sus terminaciones nerviosas y envió llamaradas azotando su clítoris, directamente a su vientre.

Detrás de ella, los dientes de Nik se cerraron en su hombro mientras ella sentía su liberación comenzar a brotar y enviaba llamaradas de pequeños temblores a través de ella.

Era exquisito, destructor del alma y Mikayla sabía que la había arruinado para cualquier hombre que pudiera aparecer después de que se fuera.

Un placer como este solo podía llegar a una mujer una vez en la vida. Una combinación de corazón, cuerpo y alma mezclándose en un éxtasis que selló su corazón para siempre.

Cuando cada temblor comenzó a desvanecerse y un rubor de saciada satisfacción inundó a Mikayla, un atisbo ensombrecido del futuro dolor se retorció muy dentro de ella.

Mikayla se había aconsejado a sí misma que no se enamorase de él. Se había prometido que no lo amaría.

Pero Mikayla sabía que lo amaba.

Corazón, cuerpo y alma. Gafados y sin futuro.

Ella estaba enamorada de Nik Steele.

CAPÍTULO 17

La noche anterior se desvaneció a la mañana siguiente, mientras se vestían y salían.

El tono de Nik era frío y tranquilo mientras planificaba lo que iban a hacer ese día, comenzando con Jarvis Dalton. El amante de la noche anterior había desaparecido.

Nik estaba decidido a mantener la distancia entre ellos y Mikayla no iba a luchar contra ello. No iría con él otra vez, no le pediría que volviera a su cama. No le rechazaría si él volvía a ella.

Una mujer tenía que tener algo de orgullo, Mikayla se dijo a sí misma mientras se detenían en el aparcamiento frente al apartamento que Jarvis Dalton compartía con su hermana.

—Quédate detrás de mí, — Nik advirtió a Mikayla mientras salían del vehículo.

—Si ves un arma, pon tu culo tan cerca del suelo como puedas y corre hacia el camión. Cuando estés a salvo en el interior, llama al 911.

Mikayla asintió. Le había dado esas mismas instrucciones esa mañana, como si no hubiera aprendido nada de él el día anterior.

Moviéndose detrás de Nik hacia la puerta, permaneció atrás con cuidado mientras él llamaba a la puerta.

Jarvis, el pobre tipo, abrió la puerta como si no existiera riesgo de que Nik pudiera volver.

Mikayla tuvo que morderse el labio en un grito sorprendido cuando la mano de Nik inmediatamente agarró la

garganta del otro hombre y rápidamente lo metió en el apartamento.

Un grito ahogado salió de los labios de Jarvis mientras sus ojos casi se salían de las órbitas, su cuerpo pataleaba con impotencia mientras Nik le inmovilizaba contra la pared bastante alto, lo suficiente para que Jarvis luchara para mantener sus pies en el suelo.

Mikayla cerró la puerta en silencio, su mirada moviéndose por la habitación mientras buscaba armas o alguna sorpresa que pudiera venir de alguna de las otras habitaciones.

—Jarvis, Jarvis, Jarvis, — Nik suspiró.

—¿Te expliqué, cuando estuve aquí la última vez, que odio a los mentirosos? ¿Que los odio tanto que solo quiero poner una bala en su cerebro?

Un chillido aterrado dejó los labios de Jarvis cuando le devolvió la mirada a Nik con absoluto terror. Mikayla casi sentía pena por Jarvis.

—¿Por qué me mentiste, Jarvis? No estuviste en el bar en el que dijiste que estabas. Dime cómo hiciste para parecerte a Maddix cuando mataste a Eddie.

Mikayla sabía que Nik realmente no creía que Jarvis matara a Eddie. Él simplemente quería respuestas. Quería encontrar la pista que conducía de Jarvis a Maddix.

En la mirada de Jarvis apareció un miedo feroz.

—Oh, Dios, hombre, no. No entiendes. — Jarvis jadeó.

—Seguro que no, — Nik convino.

—Así que ¿por qué no haces que comprenda por qué mataste a Eddie?

—Joder no, no entiendes. Yo no he matado a nadie.

—Haz que comprenda, — Nik sugirió una vez más, su tono de voz paciente, mortal.

Jarvis se sacudió casi con violencia.

—Tío, estaba en un bar. Lo juro. Estaba en el Deer Park. Solo que no quiero que nadie lo sepa.

El silencio reinó cuando Nik miró a Mikayla, obviamente no conocía el bar. Ella no tenía dudas de que él no había comprobado ese lugar concreto.

—Es un bar gay, — Mikayla le informó con una peculiar sonrisa.

La mirada de Nik mostró sorpresa mientras Jarvis intentaba sonreír nerviosamente a Mikayla.

—Te he visto allí algunas veces.

La mirada de Nik se centró en ella, esa mirada asesina.

—Es un bar agradable. — Mikayla se encogió de hombros.

—Tienen buena música y a los chicos de allí les gusta bailar y nada más. Por lo menos conmigo. — Ella arqueó sus cejas con diversión

—Me estás mintiendo, Jarvis. — Nik se volvió hacia él, su voz endurecida.

—No, tío, lo juro, — Jarvis gimió, el miedo volviendo a su voz.

—No estoy mintiendo. Nadie del trabajo sabía que yo era gay hasta que Eddie lo descubrió. Mi novio trabaja para el gobierno. Su jefe no sabe que es gay. Eddie amenazó con contarlo. Yo no iba a decir nada sobre lo que sabía.

—¿Ese fue el motivo por el que Eddie te despidió? — preguntó Nik, su voz suave, oscura.

Jarvis intentó sacudir su cabeza, pero los dedos envueltos alrededor de su cuello lo mantenían inmóvil.

—No. Eddie estaba teniendo problemas.... — él intentó tragar.

—Problemas de dinero. Él quería que utilizara algunos materiales de inferior calidad. Reducir costes. Tenía en marcha algún tipo de estafa, pero no sé cuál.

Ahora esto era interesante. Mikayla observaba con curiosidad cómo el miedo comenzaba a aflojar la lengua de Jarvis.

—Deja de mentirme, Jarvis, — ordenó Nik, su tono volviéndose más amenazador.

—Me estás tomando el pelo con esta historia. De lo contrario, lo habrías soltado la última vez que hablamos.

—Lo juro, no es mentira. Quería descubrir quién fue. Quería tiempo para trabajar sobre ello yo mismo. Podría conseguir unos dólares. — Él intentó sonreír de nuevo. Esa sonrisa temblaba de miedo.

—No lo haría por él. Por Eddie, quiero decir. Al principio le dije que lo haría, luego me retracté. Él estaba muy cabreado, quizá incluso asustado. Él dijo que estaba jodiéndole. Me despidió, entonces me dijo que si alguna vez dejaba que alguien supiese lo que él quería que hiciera, entonces les diría que era gay.

—Sabes que voy a comprobar esto, Jarvis, — Nik le advirtió.

—También voy a comprobar a tu novio. ¿Cómo se llama?

—Vamos, hombre, — Jarvis se quejó.

—No me hagas esto. Quiero que me lleve a D.C. con él. Si le causas problemas nunca lo hará.

—Su nombre, Jarvis, — los dedos de Nik apretaron una vez más en torno a la garganta de Jarvis.

Una lágrima se deslizó por la mejilla de Jarvis mientras la miseria llenaba sus ojos.

—Darnell. — Él dio en nombre que Nik quería.

—Darnell Waters.

Los labios de Mikayla se apretaron ante el nombre que dio Jarvis. Odiaba decirle que Darnell Waters nunca le llevaría a D.C. con él. Darnell Waters tenía esposa, una familia y una posible carrera política. No arriesgaría el futuro que su suegro, el senador, había planeado cuidadosamente para el.

—¿Quién más te vio allí? — Nik gruñó.

—Dame nombres o me voy a asegurar de hacerte daño antes de marcharme.

Los labios de Jarvis temblaron, pero hizo lo que Nik ordenó. Nombrando al camarero así como a varios de los habituales a los que Mikayla también conocía.

—Muy bien, Jarvis. — Nik sonrió, una sonrisa dura y fría que implicaba peligro cuando liberó al otro hombre y dio un paso atrás.

—Comprobaré esta última historia, ¿comprendes?

Con sus dedos masajeando su garganta, Jarvis asintió nerviosamente.

—¿Sabes si Eddie encontró a alguien más para hacer el trabajo que quería que tu hicieses? — preguntó Nik mientras se dirigía hacia la puerta.

—No lo sé. — la voz de Jarvis vaciló.

—Pero sé que todavía estaba asustado ese último día, cuando discutimos. Conocía a Eddie y sé que ese día había miedo en sus ojos.

Nik no se volvió. No hizo más preguntas. Abriendo la puerta, escoltó a Mikayla dela casa hasta el camión.

—¿Le crees? — Preguntó Mikayla mientras Nik salía del aparcamiento y giraba para irse.

—Creo que sí, — Nik suspiró.

—Y eso me saca de mis casillas. Porque era un buen maldito material sospechoso.

Los labios de Mikayla se afilaron.

—No se parece en nada a Madix.

Nik asintió con la cabeza.

—Y él nos lleva de nuevo directamente a Maddix. No hay ninguna duda en mi cabeza de que Maddix no habría matado a Eddie si lo pilló intentando sabotear ese proyecto.

Mikayla miró a Nik en silencio, casi conteniendo la respiración.

—¿Ahora qué? — preguntó ella, preguntándose si Nik incluso mencionaría a Maddix Nelson.

—¿Ahora? — Nik le echó una mirada resignada antes de llevar el camión hacia la interestatal.

—Vemos si podemos pillar de nuevo a Holbrook, luego comprobaremos esta nueva historia del señor Dalton.

Pero esta vez no pudieron localizar a Reed Holbrook. Según su secretaria, no estaba disponible y no tenía ni idea cuándo estaría en la oficina.

Era más que obvio que les estaba evitando y Mikayla podía sentir la ira de Nik mientras miraba la puerta cerrada de la oficina de Reed Holbrook.

Apoyando las manos sobre el escritorio, Nik bajó la parte superior de su cuerpo hasta que su cara estaba a solo unos centímetros de la evidentemente cautelosa secretaria.

—Informe al señor Holbrook que tiene veinticuatro horas para contactar conmigo. — le dijo Nik tranquilamente.

—Después de eso, sé como mostrarme desagradable.

Alzándose, levantó un bolígrafo del escritorio, garabateó su nombre y número de teléfono móvil y se dio la vuelta.

Con la mano en la parte inferior de la espalda de Mikayla, la condujo fuera de las oficinas hacia el camión.

—Otro viaje perdido, — Mikayla murmuró mientras se dirigían a Hagerstown.

—Supuestamente. — Su voz era firme y dura.

—Él, obviamente, no tiene intención de hablar contigo, — señaló ella.

—Se le vio reunido con Eddie. Puede que Eddie estuviera trabajando para el.

—Cualquier cosa es posible, — Nik gruñó mientras se ponía unas gafas de sol oscuras y se dirigía hacia la interestatal.

—¿Por qué no me siento aquí y mantengo la boca cerrada mientras tú continuas haciendo pucheros? — ella cruzó los brazos sobre su pecho mientras miraba su perfil.

Nik había estado así la mayor parte del día. Respuestas cortas, actitud controlada y obviamente protector. Se estaba hartando de eso. No era una niña a la que él necesitara mantener en la ignorancia.

—¿Por qué debería estar haciendo pucheros, Mikayla? — Sus labios afinados, un músculo del lado de su mandíbula se apretaba y relajaba con evidente fastidio.

—No tengo ni idea de por qué estás haciendo pucheros, — respondió con un poco de irritación.

—Pero tengo tres hermanos. Conozco las señales. Si todavía estás molesto porque insistí en venir contigo entonces personalmente pienso que lo estás llevando al extremo.

—Estoy seguro que sí, — él agregó.

Dios, ella lo odiaba cuando sus hermanos hacían esto mismo con ella y era aún pero ahora que Nik lo estaba haciendo.

—¿Cuál es tu problema entonces? — resopló Mikayla.

—No es como si te pidiera que me llevaras a una zona de guerra. Nik, tengo todo el derecho a ser parte de esto.

No tienes ningún derecho a distraerme, Mikayla. — La ira hirviendo lento en su tono de voz.

—Eres mi amante, no un objetivo, un sospechoso o un cliente. Por el momento, eres mi amante y cada minuto que pasas conmigo, te pones más en peligro. ¿Piensas que me gusta eso?

Nik podía sentir una oscura sensación atravesándole desde que se había dado cuenta de su sombra cuando salieron de D.C. Les estaban siguiendo y, en lugar de pillar al hijo de puta y sacudir sus bolas para obtener información, se encontraba atrapado en el camión porque Mikayla había insistido en acompañarlo.

¿Cómo diablos se suponía que debía protegerla así? No podía trabajar de forma eficaz si tenía que comprobar sus acciones a causa de su presencia.

—¿Crees que me gusta esconderme en un cuarto trasero todo el día esperando noticias? Paseando por la tienda mientras tú decides qué información me darás y cuál no cuando regreses?

El dolor y la ira ensombrecían su voz pero él también oyó algo más. Vulnerabilidad, una sensación de impotencia. Su mundo había cambiado de repente, al igual que su seguridad. La batalla para aceptar eso estaba clara en su voz.

Nik la miró de nuevo con frustración.

—No es así, — argumentó él.

—Te digo lo que sé.

—Lo que sabes, no lo que sucedió, sus expresiones, sus acciones o los fragmentos de información que dan, — protestó ella.

—Nik, necesito ser parte de esto.

Y él necesitaba protegerla. La necesidad de protección le estaba comiendo vivo desde el interior.

Mirando por los espejos retrovisores de nuevo, aun podía ver el sedán de color canela claro que les había seguido desde que salieron de Hagerstown por la mañana ese día.

—Estás haciendo eso mucho. — dijo ella.

—¿Haciendo qué? — Nik la frunció el ceño.

—Comprobando los retrovisores. ¿Están siguiéndonos?

Infiernos, Mikayla era más intuitiva de lo que él quería aceptar.

—Hemos recogido una sombra antes, — Nik admitió por fin.

—Uno de los acólitos de Holbrook, supongo.

Lo averiguaría más tarde, se prometió a sí mismo. Si tuviera que deslizarse en la habitación de Holbrook y pinchar sus bolas con una cuchilla, entonces conseguiría la verdad.

—¿Está muy cerca?

En contra de lo que Nik pensaba que haría, no se giró a mirar detrás de ellos.

—Unos pocos coches más atrás.

Hasta el momento, quien quiera que fuera no representaba una amenaza, pero Nik sabía que eso podía cambiar en cualquier momento.

—Sólo dime cuándo y me agacharé, — prometió ella.

—Pero, por favor, deja de actuar como un niño de cinco años sin su PSP. Realmente me irrita.

Nik casi se rió por su comentario. El tono de voz era el que una mujer usaría solo con niños pequeños o jóvenes agresivos.

Él no lo era.

—¿A qué hora abre el bar? — Nik cambió de tema antes de que su propia irritación se hiciera más evidente.

—No te ayudará llegar antes de las diez, — Mikayla le dijo.

—El bar abre a las seis, pero para asegurarse de que los clientes habituales están allí para preguntarles, lo mejor sería llegar más tarde.

Tuvo que estar de acuerdo con eso y lo odiaba.

—Cena, entonces. — Nik suspiró, comprobando los espejos una vez más para localizar su sombra.

Estaba allí, en la misma posición.

—Bien, cena, — la voz de Mikayla era baja mientras apoyaba su codo en el apoyabrazos y se frotaba la frente.

La tensión entre ellos era como un cable de alta tensión, chisporroteando con demasiado maldito conocimiento. Excitación.

Follarla la noche anterior no había calmado el deseo por ella. No había hecho nada para aliviar el dolor que estallaba en su interior. Nada para aliviar el hambre.

El deseo tampoco se iba a aliviar a corto plazo, Nik admitió horas más tarde cuando entraron en el estacionamiento de la discoteca que Jarvis Dalton juraba que era su coartada.

En realidad, el pequeño bastardo era demasiado incompetente como para haber cometido ese asesinato. Pero una pista era una pista y, en este punto, Nik estaba desesperado por terminar esto. Si no se alejaba de ella, iba a perder su alma por ella.

El hecho de que Mikayla había insistido en regresar a casa para ducharse y cambiarse debería haberle dado un indicio de que ella iba a volverle loco esta noche.

Mirándola con su ceñido vestido de seda de color violeta, su cabello recogido en la coronilla de su cabeza que caía como una cascada sobre los hombros en deliciosas ondas que aún lo confundían. ¿Cómo había logrado esas ondas? Porque sabía que su cabello era liso y recto como la seda.

Si antes había pensado que parecía un hada, entonces, seguro como el infierno que ahora parecía una. Una con sandalias de 15 cm de alto que hacía a sus pies mucho más pequeños y delicados que nunca.

Con su mano contra la parte baja de su espalda, Nik la escoltó dentro del club, pagó la entrada y prácticamente hizo una mueca ante la clase de música que asaltó sus oídos. En la pista de baile, cuerpos giraban y se movían en un intento de seducción sincronizada.

Moviéndose por el borde de la pista de baile, siguió a Mikayla a través del caos hasta la larga barra de madera. El viaje hasta allí fue un infierno mucho más lento de lo que le

habría gustado. Parecía que Mikayla conocía a tanta gente aquí como en cualquier otro lugar al que iban.

Para cuando llegaron a la barra y se acercaron a dos taburetes vacíos, Nik estaba apretando sus dientes con pura irritación. Entre las invitaciones a bailar, las ofertas de una copa y los cotorreos sociales, tardó más de media hora en llegar a su destino.

—Mikayla, encanto. Cariño, ¿hiciste ya esa creación perfecta? — El tono nasal del camarero, junto con la mirada de aprobación que echó sobre el vestido, no tenía connotaciones sexuales.

—No mencionaste nuevos diseños, cariño.

—Nada nuevo, — Mikayla le prometió antes de volverse a Nik.

—Nik, este es Kevin Mackey. A veces cose para mí.

—Puntos precisos y delicados pueden hacer o romper una creación, — él dijo a Nik serio.

—Por supuesto, — Nik echó una mirada a Mikayla que hablaba por sí sola.

—Kevin, ¿Sam trabaja esta noche? — preguntó ella, refiriéndose al camarero que según Jarvis confirmaría su coartada.

—Debería llegar en cualquier momento, — Kevin señaló hacia la zona del bar.

—Llamó para decir que llegaría tarde. Su novia tenía una pequeña crisis. Ya sabes como es. — Kevin giró sus ojos mientras acariciaba el pequeño trozo de su barba recortada antes de mirar hacia la barra.

—Perdonarme, queridos. Clientes.

A Nik también le apetecía rodar sus ojos. No creía que pudiera nombrar una sola misión como esta. Sabía que nunca encontraría otra mujer como Mikayla.

—Aquí tienes. — Kevin volvió con una sonrisa divertida y un whisky que colocó delante de Nik.

Nik miró el vaso, luego al camarero.

Mientras Kevin levantaba sus cejas, su pequeña cara reflejaba diversión y miró al otro lado de la barra.

Un hombre más mayor estaba sentado observando, levantó su propia copa con una sonrisa mientras vocalizaba, Disfruta.

Nik se volvió a Mikayla.

Ella estaba observando el intercambio con una sonrisa y cuando Nik se volvió hacia ella, saludó al otro hombre con la mano antes de que ella cogiera el vaso y se bebiera el whisky.

Ni siquiera hizo una mueca.

Las facetas de esta mujer estaban comenzando a sorprenderle y eso no era algo bueno.

—Mikayla, cariño ¿tú papá sabe que estás aquí?— El hombre del final de la barra, apareció al lado de Nik.

—Ryan, si le dices a mi padre que estaba aquí, entonces vas a tener que decirle que tú estabas aquí y sabes que va a tener que hablar contigo sobre recoger a hombres extraños de nuevo. — Ella le señaló con un dedo de forma juguetona mientras Nik la miraba con los ojos entrecerrados.

Ryan rió.

—Hablando de hombres extraños, ¿me vas a presentar?

Los ojos amatista de Mikayla brillaban con risa.

—Ryan Bhats, te presento a un buen amigo mío, Nik Steele, — ella les presentó.

—Nik, Ryan Bhats, mi primo tercero y un creador de problemas.

—Señor Bhats. — Nik asintió.

—Así que tú eres el que está intentando encontrar al asesino de Eddie Foreman, — comentó Ryan.

—Hijo de puta. Matar a Foreman habría estado bien si no hubiera arrastrado a nuestra Mikayla en todo esto.

El hecho de que Eddie Foreman no era muy querido, no era el problema.

—Quizás podrías ayudarnos, Ryan, — Mikayla sonrió.

—¿Estabas aquí la noche en que Eddie fue asesinado?

—Sí. Llegué aquí con algunos amigos cuando abrieron las puertas, — él asintió.

—¿Te importaría responder algunas preguntas para nosotros? — preguntó ella.

Ryan se volvió hacia Nik, observándole, lentamente. Nik comprendió cómo se sentía una mujer cuando se quejaba de ser mirada como si fuera un pedazo de carne.

—Quizás, — Ryan arrastró las palabras.

—¿Crees tú, alto, moreno y peligroso, que podrías concederme un baile?

Nik se volvió, miró al otro hombre y Ryan Bhats no tardó más que un segundo en averiguar que eso no iba a ocurrir.

Bhats volvió a sonreír.

—¿Qué necesitas, querida?

—Jarvis Dalton, — contestó Nik por ella.

—Dice que estaba aquí esa noche.

Ryan asintió lentamente.

—Así es. Apareció casi a la misma hora que yo, nada más abrir. Sobre las cinco y media, diría yo.

—¿Estás seguro de que era Jarvis? — preguntó Nik

—Seguro. Él y su amigo vienen aquí con bastante regularidad. Creo que se llama Darnel. Un tipo de D.C. Estuvieron aquí hasta la hora de cerrar. — Él miro a Mikayla.

—Sabes como es esto. Todos nos reunimos y tonteamos a veces. Esa fue una de esas noches.

—Gracias, Ryan. — Mikayla le sonrió.

—Mira, cariño. Sé lo que estás pasando. Maddix es un pez gordo pero yo podría tener algo que podría ayudar. Es sólo que, ya sabes, también trabajo para él. — La mano de Ryan se asentó en su hombreo y Nik tuvo que apretar los dientes para evitar apartarle de ella mientras esperaba la información.

—Tu nombre no surgirá, — le informó Nik

Ryan hizo una respiración profunda, bajó la mano y miró a su alrededor durante un segundo.

—Maddix dice que estaba en una reunión. Lo dijeron los periódicos. Bueno, vi a Maddix mientras me dirigía hacia aquí. Estaba en la estación justo en la salida antes de llegar a la obra. Me pareció extraño porque estaba usando el cajero automático

Nik miró a Bhats mientras su mandíbula se apretaba con potencial furia. Seguían volviendo a Maddix. Todas las pistas se iban uniendo poco a poco para formar un lazo alrededor del cuello del dueño de la compañía de construcción y Nik empezaba a preguntarse qué hizo pensar a Maddix que podía manipular esto.

Infiernos, Nik había estado tan seguro de la inocencia de Maddix como lo estaba de la de Mikayla y el saber que podía estar equivocado lo enfurecía. Que Dios ayudase a Maddix si Nik probaba que el otro había usado no solo a él sino también a Mikayla para salirse con la suya. Y en lo que a Nik concernía, usar a Mikayla era un crimen mucho mayor.

—Creo que hemos terminado aquí. — Él se levantó de la barra, ayudó a Mikayla a bajar y se giró hacia Ryan Bhats. — Gracias, señor Bhats.

—Mira, mantén mi nombre fuera de esto. — La preocupación oscurecía los ojos del otro hombre.

—Me gusta Mikayla. Es una buena chica. Pero tengo un trabajo, tengo una hipoteca y disfruto de mi vida, ya sabes.

—Tú nombre no será parte de esto, — prometió Nik antes de volverse y urgir a Mikayla a salir.

Ella estaba callada, su expresión sombría cuando le miró.

Nik no podía mirarla. Había seguido la línea de investigación asumiendo que ella debía haber identificado erróneamente a Maddix. Que de alguna manera, alguien podría haberla engañado. Estaba empezando a parecer como si Maddix Nelson hubiese logrado engañarle a él.

—¿Nik? — Mikayla le preguntó mientras se detenía fuera del bar antes de dirigirse de nuevo al aparcamiento.

Dios, él amaba sus ojos. Amaba su olor, la sensación de ella. Infiernos, incluso disfrutaba que estuviera con él, aunque le sacara de quicio, interrogando a las personas involucradas, cuando él sabía que no debería disfrutarlo. Sin embargo, tenerla con él era una experiencia que sabía que echaría de menos cuando se terminara.

—Cuando lo demuestre, pagará por ello. — Nik le juro a ella.

—Te lo prometo, Mikayla. Me aseguraré que paga por cada momento de terror, por cada segundo que estuviste en peligro.

—Pagará por ello de todos modos, — ella le dijo a Nik.

—Las pruebas le llevarán a prisión.

Eso esperaba Nik.

—Tenemos que romper su coartada, pero primero, necesito más información. — Nik le dijo.

—Vamos, volvamos a casa. Necesito un ordenador.

Nik necesitaba hechos. Necesitaba encontrar pruebas no suposiciones, que era todo lo que tenía hasta ese momento.

—Entonces, vamos. — Caminando delante de él, Mikayla se movió con suavidad y elegancia, a pesar de la altura de sus tacones.

Sacudiendo su cabeza, el comenzó a seguirla. Debería haberse quedado más cerca de ella. Nunca debió dejar que fuese por delante de él más que un par de centímetros.

Saltó hacia ella cuando oyó las revoluciones de un motor, cuando las luces se encendieron de repente, cegándolo mientras el coche salía disparado desde una plaza de aparcamiento que estaba demasiado cerca y, con un fuerte acelerón, se dirigía hacia Mikayla.

Su mano fue a por la pistola de su costado mientras su brazo se aferraba alrededor de la cintura de Mikayla y tiraba de ella.

El coche pasó a centímetros. Soportando la mayor parte de la caída en su espalda mientras Mikayla gritaba, Nik estaba disparando al coche, la ira corriendo a través de él mientras una maldición arrancó de sus labios.

Rodando sin problemas, él protegió el cuerpo de Mikayla entre el suyo y un coche aparcado, arrastrándola rápidamente entre los vehículos estacionados.

Ella rodó con él. No luchó contra él. Cuando la empujó contra el lateral del coche y se puso sobre una rodilla, levantó el arma mientras el coche chirriaba hacia la calle principal.

El hijo de puta había escapado pero Nik estaba bastante malditamente seguro de que le había dado al menos una vez.

Asegurándose de que no había otra amenaza, se volvió hacia Mikayla.

Ella estaba reclinada contra el lateral del coche, los ojos abiertos, el perfecto cabello ondulado cayendo hacia un lado, cubriendo una mejilla y manchado de sangre.

Las manos de Nik temblaban mientras echaba el pelo de ella hacia atrás, primero aliviado al ver el largo arañazo que desaparecía en su cabello. Pero justo después de ese alivio, vino la ira, consumiéndolo todo que casi estalló dentro él.

Se estaba poniendo enfermo y condenadamente cansado de estos atentados contra su mujer. Alguien iba a pagar por esto. Cuando encontrase al asesino de Eddie, él encontraría a su agresor. Encontraría al tirador y, por Dios, ellos iban a pagar por todo.

CAPÍTULO 18

En opinión de Nik, le llevó demasiado tiempo llamar al departamento de policía, informar del intento de atentado y responder a las preguntas que el indiferente detective consiguió formular.

Nik hubiera preferido llevarla directamente al hospital, pero eso no era lo que deseaba Mikayla. Quería irse a casa. Y él la quería en casa. Necesitaba aferrarse a ella, solo por un rato, para convencerse de que estaba realmente bien.

Arrodillado delante de la cursi sillita que Mikayla tenía en su femenino cuarto de baño, limpió el arañazo con suavidad, lo comprobó para asegurarse que no era lo suficientemente profundo como para necesitar una visita al hospital.

El arañazo era profundo pero una vez que lo limpió, estuvo seguro de que no necesitaba puntos de sutura.

—Lo siento, bebé, — Nik dijo con ternura, tan tierno como lo permitía su áspera voz, casi arruinada.

Su estómago estaba apretado por el miedo, por la rabia ante el recuerdo del horror de ver a ese coche a toda velocidad hacia ella, el conocimiento de que si no se movía lo suficientemente rápido, entonces podría perderla.

Podía haberla perdido, igual que perdió a Nicolette. Como había perdido su vida hacía tanto tiempo, el futuro que había imaginado, casi había perdido a Mikayla también.

Alguien estaba desesperado por verla muerta. Los ataques contra ella se estaban volviendo más cercanos con cada sucesivo intento, pero ella todavía le devolvía la mirada con total confianza. Confianza y amor. Nik podía ver el amor en sus ojos y apretaba su pecho, le desgarraba el corazón

como nunca creyó que podría ser tocado de nuevo y el deseo le golpeó.

Y todavía no podía comprender lo que hacía que una mujer tan inocente, tan sensible, ofreciera su corazón a un hombre que le había advertido que no podría tener un futuro con ella.

—¿Por qué? — Nik no pudo evitar la pregunta.

Tenía que saberlo.

—¿Por qué no me estás exigiendo nada, Mikayla? ¿Compromiso? ¿Algún tipo de relación?¿Estás esperando a hacerlo más adelante?

Su mirada se llenó de dolor por la pregunta.

—Eres mi amante, Nik, no mi posesión. Dijiste que no tenías promesas para darme. Nunca me mentiste. Fuiste honesto desde el principio. ¿Sería justo por mi parte pedir más ahora? ¿O más adelante?

Mikayla le estaba rompiendo el corazón. Nik se preguntaba dolorosamente si ella tenía alguna idea de lo que le estaba haciendo. Estaba desgarrando los cimientos del hombre que él creía que era. El hombre frío, duro, insensible que quería ser, que había necesitado ser durante los últimos diez años. No tenía ni idea cómo se las iba a arreglar para salvar su alma cuando llegara el momento de alejarse de ella. Dios sabía que no podía quedarse. Si se quedara, si la perdiera más tarde, eso le mataría.

Y conocía a Mikayla. Querría niños. Ansiaría tener niños. Y Nik sabía que nunca podría, nunca se permitiría correr ese riesgo de nuevo.

—Nik, — susurró ella, su voz dolorida con dulzura, con emoción.

—Te tengo ahora, durante este momento. Para todo lo que estés dispuesto a darme. No tengo derecho a pedirte más cuando me advertiste desde el principio que no tenías más para darme.

Nik sacudió la cabeza. Mikayla destruía sus defensas sin ni siquiera intentarlo. Ella estaba encerrada en su interior, y que le condenaran si sabía cómo conseguir sacarla o cómo protegerse contra ella

—Te mereces algo mejor, bebé, — dijo a Mikayla mientras luchaba con las emociones que sentía.

—El felices para siempre, la boda de blanco con la que sueñas. Todo eso, Mikayla. ¿Por qué desperdiciar tu inocencia en un hombre que no te puede dar nada más que su cuerpo?

Mikayla le devolvió la mirada con tanto sombrío amor que le rompió el corazón.

—No he desperdiciado mi inocencia, Nik. — Lágrimas llenaron su mirada, pero ella las mantuvo cuidadosamente bajo control.

—Te la ofrecí a ti. Y sé que su recuerdo siempre estará a salvo contigo.

¿Cómo infiernos se suponía que iba a defenderse contra ella? Había una pureza en ella contra la que no podía luchar. Una inocencia interior que nunca querría verla perder. Una parte que, Nik se preguntaba, si ya llevaría dentro de sí mismo.

Nunca había conocido a nadie, nada, como Mikayla.

Alzando su mano, pasó los dedos alrededor de su cuello y la atrajo hacia él. Necesitaba sentir sus labios contra los suyos, sus besos calentando su alma. La deseaba tanto que no tenía ni idea de cómo combatirlo. El hambre por su calor hizo que perdiera el control y le llenó con una demanda por tocarla que no pudo contenerse.

Mikayla aliviaba sus pesadillas, así como el hielo que Nik había permitido construir en su alma desde la muerte de su familia. Ella le llenaba, le hacía creer en cuentos de hadas y solo Dios sabía lo peligrosa que era para él.

Sus manos acariciaron los brazos de Mikayla, sintiendo la suavidad de su piel de seda, su calor contra él. La necesitaba. Un recuerdo más para retener en su interior, para guardar durante las noches solitarias que vendrían.

Arrastrando sus dedos por sus brazos una vez más, Nik se detuvo en los tirantes de seda de su vestido y, lentamente, los bajó por sus brazos.

Tuvo que evitar que sus manos temblaran. Echándose hacia atrás, miró los suaves montículos inmaculados de sus hinchados pechos cuando la tela cayó sobre ellos. Los dulces pezones de color rosa estaban tirantes y duros, tentándole a saborearlos, a sentirlos contra su lengua.

Bajando la cabeza, Nik dejó que sus labios siguieran su camino por el costado de su cuello, hasta la dulce curva de su pecho. Su sabor llenó sus sentidos. Le dejó casi temblando con el deseo y la lujuria recorriendo su sistema.

¿Cómo infiernos se suponía que iba a sobrevivir alejándose de ella? Su recuerdo, su toque y su sabor siempre perseguirían sus recuerdos.

Abriendo los ojos, Nik bajó la mirada hacia ella mientras sus labios encontraban un pezón dulce y caliente. Nik observó su cara, la vio transformarse con el placer cuando dejó que su lengua lamiese la dura punta.

Los ojos amatista brillaban con caliente excitación. Estaban oscureciéndose, volviéndose casi púrpura mientras le observaba. Abandonándose al placer, a su toque, a su deseo. Nunca cesaban de sorprenderle.

Mientras su lengua acariciaba el delicado pezón, primero uno, luego el otro, sus manos agarraron la tela de su vestido y lo bajó hasta sus caderas.

Mikayla se levantó para él, como si sintiese la necesidad tácita de quitarse el vestido. Mientras Nik lo retiraba, sus manos presionaron entre los muslos de Mikayla, extendiéndolos, dejando que la punta de sus dedos acariciase su piel mientras se acercaba cada vez más a los cálidos pliegues de su coño, debajo de las bragas negras de seda.

Un pequeño gemido hizo eco a su alrededor cuando agarró la banda de sus bragas y se las quitó.

Retrocediendo, miró la dulce perfección entre sus muslos. Suaves rizos rubios brillaban con los jugos de su coño, oscureciendo los rizos.

—Mira qué hermosa eres. — Sus dedos rozaron los pliegues húmedos, las yemas de los dedos rozaron la miel que derramaba.

—Dulce y caliente. Embriagadora.

Mirándola, observó cómo sus dientes mordían su labio inferior, cómo sus pestañas bajaban sobre sus ojos cuando una somnolienta sensualidad se apoderaba de ella.

Sus labios se movieron hacia la suave curva de su estómago. Lamió la dulce carne mientras se movía más abajo, tan desesperado por saborearla que estaba a punto de empezar a temblar.

Los suaves pliegues cubiertos de rizos le atraían, tentándole. La vista de su glaseada miel femenina era una adicción que no podía rechazar. El nudo tenso e hinchado de su clítoris acogió sus labios y su lengua cuando se movió más abajo.

Su dulzura explotó en su lengua mientras un gemido salía de sus labios. Que el cielo le ayudase, no tenía ni idea si

podría aguantar lo suficiente para darla el placer que estaba deseando ofrecerla.

Separando los hinchados pliegues de su coño, pasó la lengua a través de la ranura empapada de sus jugos mientras ella susurraba de placer. Los dedos de Mikayla se enroscaron en el pelo de Nik, sujetándole contra ella mientras acariciaba con su lengua la carne íntima, moviéndose más cerca de la apretada entrada llena de jugos que dolía por él.

Agarrando sus tobillos con las manos, Nik levantó sus delicados pies mientras ella se apoyaba en el respaldo de la silla. Colocó sus pies en el asiento, abriéndola todavía más, observando cómo se abrían los pliegues de su coño, revelando la dulce carne rosada y brillante.

La necesitaba. Estaba muriendo por ella.

Su lengua lamió alrededor de su clítoris antes de que lo succionara suavemente dentro de su boca, lo chupó, lo acarició mientras Mikayla levantaba sus caderas hacia él, ofreciéndole más.

Y él necesitaba más. Mucho más.

Lamiendo más abajo, atrayendo más y más de la miel a su lengua, la acarició, la probó hasta llegar a la estrecha entrada de su coño.

Y Nik perdió sus sentidos, perdió su control. Empujando su lengua en su interior, lamió la delicada carne, acarició las paredes lisas del más dulce coño que nunca había conocido en su vida.

Su polla estaba tan dura que se estaba muriendo de necesidad. Sus bolas estaban apretadas, la punta de su polla ya estaba mojada con pre-semen mientras la follaba con su lengua, gimiendo por su sabor, la necesidad que hacía que Mikayla empujara las caderas de nuevo hacia él hasta que la sintió explotar.

Él lo sintió.

Su coño se cerró y se apretó alrededor de su lengua. Calientes y dulces jugos picantes se reunieron en su lengua mientras ella gritaba su nombre, sus manos tirando de su cabello, intentando arrastrarlo más cerca.

Nik se quedó sin respiración ante su respuesta, ante el completo abandono que ella le ofreció. La forma en que le llenó.

—Fóllame, Mikayla. — Nik suplicó mientras se arrancaba los pantalones, liberando la carne dolorosamente dura que empujaba contra la cremallera.

Infiernos, probablemente quedaron huellas de la cremallera en la carne demasiado dura.

Agarrando el eje, Nik se incorporó, presionó aún más hasta que la cabeza de su polla empujó contra la estrecha apertura.

—Una vez más, pequeña hada, fóllame.

Echándose hacia atrás, observó cómo comenzaba a penetrarla. La pesada y ancha carne presionando dentro, separándola mientras los pliegues de su coño comenzaron a agarrar y abrazar la pesada erección.

Nunca había conocido algo tan hermoso como esto. Como esta perfecta inocencia le aceptaba, elevándose hacia él, suplicando por él. Las manos de Mikayla agarraron sus brazos mientras arqueaba su cuello, su pelo cayendo alrededor de sus hombros mientras sus soñolientos ojos violetas le miraban, sin apartar la mirada.

Sus resbaladizos jugos se aferraban a su eje, perlando sus rizos, humedeciendo su polla. Follarla era puro placer. Era éxtasis puro. Era éxtasis dulce y caliente.

—Ahí, bebé, — arrulló con su voz áspera.

—Déjame tenerte, así. Justo así, Mikayla.

Nik empujó dentro de ella, la llenó, hundiéndose hasta la empuñadura mientras los tensos músculos le agarraron, flexionados alrededor de su delicada carne hasta que juró que se estaba muriendo de placer.

Nik no pudo contenerse. Estaba perdiéndose en ella. Podía sentirlo. Perdiéndose hasta que no le importaba nada más que esto. Nada más que abrazarla, follándola hasta que gritara su nombre, hasta que él oyese su propia voz, ahogada y desesperada mientras ella comenzaba a correrse a su alrededor.

Su coño lo agarró, lo acarició. Lo mantuvo apretado mientras ondulaba a su alrededor, sus jugos calentando su carne aún más cuando se corrió.

Su semen se derramó en su interior y una parte de él dolió, una parte de él ansió lo prohibido, lo imposible. Durante un segundo, pudo verla con su hijo, ver esa inocencia, esa pureza en los ojos de su hijo.

—Abrázame, Mikayla, — susurró mientras colapsaba contra ella.

—Dulce bebé, solo abrázame.

Y ella le abrazó. Le sostuvo en sus brazos. En su corazón. En su alma.

—Siempre tendré esto, Nik, — susurró Mikayla, su voz débil, somnolienta.

—El recuerdo del mayor placer de mi vida.

Esas palabras se hicieron eco a través de su cabeza mientras la limpiaba con suavidad y la llevaba a la cama. Apretándola contra él, la abrigó con su cuerpo, sintió su mano contra su corazón, su cabeza en su hombro mientras ella se deslizaba en el sueño.

Mikayla estaba a salvo aquí, se prometió a sí mismo. Aquí, en sus brazos era el único lugar en el que sabía que estaba a salvo. Una parte de él estaba aterrorizado por dejarla ir, aterrorizado de confiarla al destino. El destino era caprichoso, un cabrón vengativo y él lo sabía muy bien. Si confiase este tesoro a ese ser caprichoso, entonces solo sería un caparazón roto de un hombre en formas que nunca antes había sido.

Retirando el pelo de su cara, depositó un beso en lo alto de su cabeza mientras su mano acariciaba la espalda desnuda.

Nik estaba contento de mantenerla con él. Su protección era su prioridad más importante. Encontrar a la persona responsable de esto, de la muerte de Eddie, de los atentados contra ella, era el único camino para mantenerla a salvo cuando tuviera que irse.

Había creído a Maddix Nelson cuando le dijo que no tenía nada que ver con la muerte de Eddie Foreman. Había creído que Maddix le conocía mejor como para joderle así, mentirle y esperar salirse con la suya.

Maddix no conocía la organización a la que pertenecía Nik, pero el otro hombre era condenadamente consciente de que Nik no iba a ser fácil de manipular.

La coartada de Maddix había parecido sólida. Era obvio que no trabajaba solo.

Mientras Nik miraba al techo, su frente se arrugó en una mueca. Tenía ayuda aquí. Ian, Kira y Bailey. Estaban en D.C. y volverían a Hagerstown si era necesario.

Las necesitaba.

Tenía que hacer que se ocuparan de esto. Tenía que devolver la seguridad a la vida de Mikayla antes de que pudiera alejarse de ella.

¿Alejarse de ella?

Su mandíbula se apretó ante el pensamiento. ¿Cómo demonios se suponía que iba a alejarse de ella? Pero ¿cómo podría soportar quedarse con ella? Si algo le sucediese alguna vez, un accidente, una enfermedad, si se la arrebatasen después de que él estaba respirando por ella, entonces le destruirían.

Poniendo otro beso en su frente, Nik salió lentamente de la cama y anduvo silenciosamente hasta la habitación de invitados. Poniéndose un par de pantalones de chándal, recogió el teléfono móvil de la cómoda y pulsó el número de Kira Richards.

—¿Ella está bien? — Kira respondió rápidamente.

—Escuchamos que hubo un nuevo atentado. Ian ha estado paseándose de un lado a otro esperando que llamaras.

Nik dudó que Ian estuviese yendo de un lado a otro. Lo más probable es que Kira fuese la que se paseaba. Ian era más tranquilo, seguro de que si Nik los necesitaba, llamaría.

—¿Está Ian contigo ahora? — preguntó Nik

—Está aquí. ¿Debo activar el altavoz?, — preguntó Kira.

—Sí. — Nik tuvo que apretar los dientes con la palabra.

—Pedir ayuda a uno de los miembros del equipo de refuerzo de las Fuerzas Especiales no había sido fácil para él.

—Estoy aquí, Nik. — Ian habló un segundo más tarde.

—Todo lo que yo vi fue un sedan blanco, sin matrículas, — explicó Nik.

—Disparé al coche, y al menos acerté dos veces. Necesito que compruebes los vehículos en reparación. Podría haber oído la rotura de cristales, así que hay una posibilidad de que sea la ventanilla delantera o trasera.

—Lo tengo, — prometió Ian.

—¿Cómo te va con la investigación?

Nik se sentó pesadamente en el lateral de la cama.

—Continúa volviendo a Maddix, — admitió.

—Pensaba que era lo suficientemente inteligente como para no intentar utilizarme. Podría haber estado equivocado.

—Todo lo que he encontrado sobre Mikayla apunta a que es muy honesta, una mujer franca, — Kira declaró a través de la línea.

—Ni siquiera falsea sus impuestos. Pero si Maddix hizo esto, entonces no hay ni siquiera una pizca de evidencia que yo haya sido capaz de encontrar. Generalmente, todo lo que puedes conseguir es un rumor sólido.

Nik se frotó la parte posterior de su cuello.

—No va a ser fácil romper su coartada, — admitió Nik.

—Estoy siguiendo todas las pistas que puedo encontrar, pero como dije, esas pistas vuelven a Maddix. Mañana iré a ver a Gina Foreman otra vez. Mientras tanto, Kira, mira si puedes encontrar rastros financieros de Eddie Foreman y Maddix Nelson que coincidan en algo distinto del salario de Foreman. Después de reunirme con Gina, tengo que encontrar una vía hasta Reed Holbrook. El hombre me está evitando y hay una conexión con él en alguna parte.

Hubo un breve momento de silencio.

—¿Cómo encaja Reed Holbrook en esto? — preguntó Ian

—¿Le conoces? — preguntó Nik suavemente.

—Le conozco, — contestó Ian.

—Mikayla y yo encontramos los número de la oficina de Reed, el de su móvil y el de su casa en la oficina privada de

Eddie Foreman. También hubo un testigo que vio a Reed y a Eddie Foreman hablando el día que Eddie murió. Hay una gran cantidad de pistas en movimiento por aquí, Ian, necesito rastrear el mayor número posible.

—Te conseguiré una reunión con Reed, — prometió Ian.

—Si él está involucrado en esto, lo averiguaremos.

—Eso es lo que necesito, gracias.

—Voy a empezar a trabajar en las finanzas, — prometió Kira.

—Aunque puede tardar unos días.

—Hazlo lo más rápidamente posible, — pidió Nik.

—Esto tiene que terminar, Kira. Ya he estado aquí demasiado tiempo.

Nik no había estado aquí lo suficiente. No creía que cualquier cantidad de tiempo con Mikayla jamás fuera suficiente. Dejarla arrancaría su alma de su pecho, pero mejor eso, se dijo a sí mismo, que perder todo lo que él era para ella y conseguir que se la arrebataran.

Desconectó la llamada segundos más tarde y volvió a la habitación de Mikayla. Colocando el teléfono móvil en la mesita de noche, se quedó mirándola, observando cómo la frágil luz de la luna se derramaba a través de la pequeña costura de las cortinas hasta la cama y sobre la mujer.

Si alguna vez Mikayla se había parecido a un hada, entonces parecía una ahora. La luz de la luna amaba su piel, la acariciaba, la bañaba en una luz dorada.

Nik estaba siendo malditamente poético, algo que no había hecho en su vida, algo que no había hecho con ninguna otra mujer.

Desprendiéndose de los pantalones de algodón, volvió a la cama a su lado, sus labios hicieron una mueca cuando ella se movió contra él, dejando salir un pequeño gemido cuando él la puso contra su pecho otra vez.

La cabeza de Mikayla se apoyó en su hombro, su mano sobre su pecho mientras él la abrazaba contra él. No había dormido con una mujer en más de diez años. Las había follado. Las había disfrutado. Pero nunca había necesitado una en la cama, a su lado, hasta Mikayla.

No hasta que una había penetrado en esa parte de sí mismo que mantenía en reserva.

Incluso su esposa no lo había logrado. No fue hasta Mikayla cuando Nik había sentido su corazón escapándose de sus manos sin tener ni idea de cómo protegerlo.

Solo con Mikayla.

CAPÍTULO 19

—¿Vamos a interrogar a Maddix Nelson pronto? — Mikayla preguntó cuando, a la mañana siguiente, Nik se sentó en la mesa de la cocina con el ordenador portátil.

—Hoy no.

La respuesta la sorprendió. Normalmente no la respondía cuando se trataba de ciertas cuestiones. Maddix Nelson era una de ellas.

—Entonces ¿qué vamos a hacer hoy? — preguntó, mientras se servía más café y esperaba la respuesta de Nik.

—Hoy vamos a volver a casa de Gina Foreman.

Mikayla se volvió mientras él se giraba en su silla.

—Jarvis dijo que Eddie estaba intentando vender los planos y sabotear el proyecto. No tenía esa información cuando envié a algunos amigos a la oficina de la casa de Foreman. Quiero comprobarlo por mí mismo otra vez.

Mikayla parpadeó hacia él.

—¿Hiciste que amigos entraran en su oficina?

—Tengo amigos, — su ceja se arqueó con un filo de diversión.

—Bien, por supuesto que sí. — Mikayla carraspeó, todavía mirándolo sorprendida.

—Aunque no me dijiste que tenías amigos comprobando la oficina.

—Mi error. Me aseguraré de no volver a cometer ese mismo error.

Nik se volvió hacia el ordenador portátil y comenzó a desplazarse a través de un archivo que había subido.

—¿Tu error? — preguntó ella suavemente.

—Mi error. — Nik se encogió de hombros.

—¿Quiénes son tus amigos? — peguntó ella, intensamente curiosa.

Nik la miró por encima de su hombro.

—Podría decírtelo, pero entonces podrían tener que matarnos a uno de nosotros. Yo soy más valioso para ellos.

—Pero yo soy más bonita, — le informó ella maliciosamente.

—Dame una hora y yo podría gustarles mucho más de lo que tú les gustas.

Hubo una breve risa.

—No tengo ninguna duda.

Los ojos de Mikayla se entrecerraron mirándole.

—Estas siendo demasiado reservado de nuevo.

—No puedo decirte quiénes son mis amigos, — dijo él mientras Mikayla sacaba una silla y se sentaba frente a él.

—Lo que sí puedo decirte es que si Eddie estaba tramando algo sucio, entonces la prueba está allí. La encontraremos.

Por lo menos estaba diciendo “nosotros” y no “yo”.

—Bien. — Sorbiendo su café, Mikayla se echó hacia atrás en la silla y le observó en silencio durante varios minutos antes de decir:

—¿Cuándo vamos a la casa de Gina?

Nik comprobó su reloj.

—En unos minutos. Quiero llegar a la hora apropiada.

—¿Y qué consideras “apropiada”?

Los labios de Nik se arquearon.

—Apropiada es justo antes de que salga. No la quiero mirando sobre mi hombro y espero que confíe en ti lo suficiente como para dejarnos permanecer en la casa después de que se marche.

Mikayla le devolvió la mirada preocupada.

—Yo no apostaría que vaya a suceder.

Él le sonrió.

—Veremos.

Veremos.

Tres horas más tarde, Mikayla estaba con Nik en la puerta de la casa de Gina Foreman.

La puerta se abrió para revelar a una agobiada y somnolienta Gina Foreman. El cabello rubio oscuro estaba desordenado, los ojos marrón chocolate estaban somnolientos y era evidente que acababa de salir de la cama.

Y todo para pillarla antes de que se fuese a trabajar.

—¿Mikayla? — La confusión llenaba la voz de Gina.

—¿Señor Steele?

—Lo siento, Gina. — Mikayla sonrió.

—Queríamos hacerte algunas preguntas más antes de que te vayas a trabajar.

Gina sacudió su cabeza.

—Llamé esta mañana. Necesito un día libre. — Ella dio un paso atrás.

—Pero, entren. Responderé a lo que pueda.

Mikayla podía sentir la tensión emanando de Nik mientras se movía a su lado.

—¿Les gustaría un café o alguna cosa? — Gina se ató más fuerte una raída bata harapienta marrón y se apartó el pelo de la cara mientras se frotaba el pie contra el tobillo.

—Nada, Gina, — Mikayla replicó.

—Si sólo pudieras ayudarnos un poco.

—Por supuesto. — Pasando a la pequeña sala de estar, Gina se sentó en un sillón reclinable y les devolvió la mirada con curiosidad.

—¿Cómo puedo ayudaros?

Nik y Mikayla se sentaron en el sofá frente a ella.

Ahora ¿qué tenía planeado Nik? Mikayla se preguntó. Gina no estaba exactamente en consonancia con el plan que tenía Nik.

—Señora Foreman, ¿le dijo Eddie algo sobre que necesitara más dinero de lo normal? ¿Hizo o dijo algo que podría haber indicado que pronto tendría una entrada de efectivo?

Gina frunció el ceño.

—Como le dije antes, señor Steele, Eddie siempre necesitaba dinero. Y si tenía dinero extra, entonces no me lo habría mencionado. — Hubo un atisbo de amargo cinismo en su oscura mirada.

—¿Eddie jugaba a la lotería o apostaba de cualquier otra forma? — Nik la preguntó.

Gina se encogió de hombros, su mirada claramente disgustada ahora.

—Mire, Eddie dejó de hablarme hace mucho tiempo sobre dinero o cualquier otra cosa. Yo no era exactamente su mejor amiga.

Lo decía con total naturalidad, sin ira, pero con un profundo sentido de desilusión que era más poderoso de lo que podría haber sido la ira.

—¿Quién era su mejor amigo, Gina? — Nik se inclinó hacia delante, su mirada atenta mientras la observaba.

—¿Con quien podríamos hablar que pudiera saber si Eddie estaba tenido algunos problemas, Gina? ¿Alguien además de Jarvis?

Gina se echó hacia atrás en su silla y les devolvió la mirada con el ceño fruncido por un largo rato antes de suspirar cansadamente.

—Steve Gainard.

Oh, chico. Mikayla escuchó el nombre con una sensación de incomodidad.

—Steve era uno de los pocos amigos que tenía Eddie que era decente. Habían sido amigos desde el instituto, aunque Steve viaja mucho, así que pudo haber sido más fácil para Eddie continuar siendo su amigo.

—No nos lo mencionó antes, — Nik señaló.

Gina sacudió su cabeza.

—No estaba en la ciudad. Steve volvió anoche. Es arquitecto. Ha estado en Londres trabajando durante los últimos meses. Me llamó temprano esta mañana para decirme que había regresado y darme sus condolencias.

—¿Tiene su dirección, señora Foreman? — preguntó Nik.

Gina frunció el ceño a Mikayla.

—Mikayla le conoce. Solían salir.

Mikayla se mordió el labio antes de volverse hacia Nik con una brillante sonrisa.

—Sí, sé donde vive. No tienes que escribir la dirección.

—Dime, — Nik murmuró, su voz tan baja que Mikayla estaba segura de que solo ella le escuchó.

—¿Hay alguien con quien no hayas salido?

Ella sonrió y se encogió de hombros.

—Tú.

Los ojos de Nik se entrecerraron, pero, por fortuna, simplemente se volvió hacia Gina.

—Señora Foreman ¿le importa si echamos un vistazo a la oficina de Eddie de nuevo?

—Siéntanse como en su casa. — Ella señaló hacia la oficina.

—Alguien más lo hizo ayer por la noche. Entraron mientras estaba en el trabajo y robaron la mayor parte de la documentación. Eso es por lo que estoy en casa hoy. Tengo que conseguir cambiar las cerraduras e instalar un sistema de seguridad.

Mikayla dio un vistazo rápido a Nik cuando él se puso en pie y cruzó el corto pasillo hacia la oficina. Moviéndose detrás de él, llegó a la puerta justo cuando él entraba en la oficina.

—¿Tus amigos? — preguntó Mikayla, teniendo cuidado de mantener la voz baja.

Nik sacudió su cabeza.

—Mis amigos no.

Como Gina había declarado, había desaparecido casi todo. Los cajones del archivo estaban abiertos, los estantes habían sido vaciados y el desorden que había estado allí días antes, sin duda, era escaso ahora.

—Vaya. Alguien limpió la casa, — murmuró Mikayla.

—Sin duda. — Ahora un gélido desdén llenaba la voz de Nik mientras Mikayla continuaba mirando por la habitación.

—Puede que Steve sepa algo.

Mala idea. Ella nunca debería haberlo mencionado.

La mirada de Nik volvió a ella despacio, el hielo en sus pálidos ojos azules congelando el aire alrededor de ella.

—¿Cómo de seria fue esa relación que tuviste con Steve Gainard?

¿Cómo de seria?

No era cuestión de ser honesta con Nik, pero esa honestidad tenía el potencial de hacer que la mirada de Nik fuera aún más gélida.

—Bueno, él pudo haber ido más en serio en la relación que yo, — admitió ella.

—¿Y eso significa? — la voz de Nik más baja.

—Bien, podría haberme pedido que me casara con él. — Mikayla hizo una mueca cuando le dio la información.

No esperaba la reacción de Nik. Esperaba una cólera helada, esperaba que la distancia que había colocado entre ellos aumentara. Lo que no esperaba era que la metiera en la habitación, levantándola contra él y que cubriera sus labios con un posesivo beso de puro deseo.

La sobresaltó. Una necesidad oscura y profunda la recorrió como una oleada de deseo. No había una oportunidad

en el infierno de que ella fuera a luchar contra esto, no importaba lo breve que fuera.

Sus brazos rodearon el cuello de Nik, sus dedos tiraron de la correa de cuero que mantenía en una coleta su pelo hasta que las hebras gruesas y suaves cayeron sobre sus manos.

Mientras se levantaba más cerca de él, sus rodillas se sujetaron a sus caderas, el montículo ya sensible entre sus muslos se frotó contra la pesada longitud de su polla. Los dedos de Nik excavando en su pelo, agarrándola y sosteniéndola más cerca, sus labios separándose, su lengua encontrando y acariciando contra la suya hasta que él de repente se apartó de ella.

Su mirada ardía sobre ella.

Eso no era pálido hielo, era puras llamas de azul pálido. Al rojo vivo. Posesivo.

—Mientras yo esté aquí, tú eres mía, — él gruñó.

—¿Comprendes eso, Mikayla?

Mikayla sacudió la cabeza lentamente.

—No soy tuya, Nik. Por el momento, elijo estar contigo. Igual que elegí no estar con Steve.

Nik la miró en estado de shock. Eso no era lo que él esperaba. Esa no era la reacción que debería haberle dado. Ella iba a estar de acuerdo en que le pertenecía. Iba a aceptar eso, no a discutir con él.

Poniéndola con lentitud sobre sus pies, Nik retrocedió. La necesidad de levantarla y llevársela de regreso a su cama era casi irresistible. Quería demostrarla, quería probarla, que ella le pertenecía mucho antes de que llegaran a la puerta de Steve Gainard. Antes de que él tuviese que enfrentarse al

hombre que más probabilidades tendría de intentar recoger los pedazos de su relación con Mikayla una vez que se fuera.

—Te irás, — ella susurró, permaneciendo delante de él, pequeña y resuelta, tan fuerte y aún tan frágil.

—No me pidas más de lo que estás dispuesto a dar, Nik.

Mikayla se giró y lo dejó allí de pie. Vestida con pantalones de seda de color caramelo, esos tacones altos sexis como el infierno y un top sin mangas de color caramelo, se veía tan dulce y frágil como la salida del sol, pero lo que en repetidas ocasiones olvidaba era el hecho de que también era tan fuerte y tan entrañable como el amanecer.

Y maldito si no se sentía como si le hubiera puesto realmente en su lugar.

Más tarde, más tarde, se prometió a sí mismo, su momento llegaría. Esta noche, cuando la tuviera debajo de él, cuando estuviera gritando su nombre de placer, entonces él se aseguraría de que Mikayla comprendiera exactamente a quién pertenecía.

Mikayla se mantuvo en silencio mientras ellos recorrían el camino hacia la casa de Steve a las afueras de Hagerstown. La casa de dos pisos de cristal y acero, que se había construido hacía varios años, se encontraba en la ladera de Sideling Hill, mirando hacia el valle que estaba debajo.

El sinuoso camino asfaltado era un infierno en invierno cuando había hielo y nieve, pero Steve, Mikayla lo sabía, raramente estaba aquí en invierno.

Con frecuencia, estaba en casa en el verano, aunque ver el Bentley negro aparcado en el camino, cuando Nik y Mikayla se detuvieron delante de la casa, les aseguró que Steve estaba allí hoy.

Mikayla esperó hasta que Nik rodeó el camión y abrió la puerta del pasajero antes de girarse y permitirle ayudarla a bajar del vehículo.

Sus manos agarraron sus poderosos antebrazos y un rápido vistazo a su cara le aseguró que su último comentario había dado en el blanco. Desafortunadamente, eso sólo servía para incrementar la distancia que colocaba entre ellos.

Mikayla cubrió la herida que causó, la escondió profundo en su interior y luchó contra ella. No quería promesas de él, se recordó a sí misma, pero era lo bastante mujer como para que doliera saber que él esperaba que ella le diese todo mientras él mantenía oculta una parte de sí mismo.

Mikayla pensaba que era muy injusto que ni siquiera lo considerase. Nik sabía que iba a dejarla cuando esto acabase; lo sabía. ¿Tenía él que exigir todo cuando ella sabía que él podría ponerlo a sus pies, regresar a ella y alejarse?

Mikayla no se arrepentía, se dijo a sí misma. Eso no significaba que no tuviese su orgullo así como su determinación para asegurar que sobreviviría a esta pequeña aventura.

—Háblame de Gainard, — Nik demandó mientras cerraba la puerta del camión y tocaba su brazo para impedir que anduviera por delante de él.

¿Por qué no preguntó eso antes de que llegaran?

Frunciendo el ceño, miró hacia él.

—Tiene treinta y nueve años, es un arquitecto de gran éxito que trabaja en una empresa en D.C. Nunca se ha casado y no tiene hijos. Salimos durante unos seis meses.

—¿Por qué no te fuiste a la cama con él si salisteis tanto tiempo? — El hielo goteaba de la voz de Nik.

—Un hombre no va a desperdiciar seis meses en una mujer con la que no se acuesta.

—¿No crees que valga la pena conocerme primero? — preguntó ella, incapaz de ocultar el hecho de que eso dolía.

—Supongo que no. Te resultó bastante fácil que me metiera en tu cama, ¿verdad?

—Eso no fue lo que quería decir, Mikayla. — Su voz se hizo más profunda, dura.

—Estoy preguntándote por qué esperaste cuando era obvio que él estaba interesado en algo más que en sexo.

—No se trata sólo de sexo, Nik, — Mikayla replicó con irritación.

—No estaba lista y eso no significa que él no lo estuviese.

—Entonces ¿por qué no te casaste con él? — las preguntas iban a algún lugar, ella lo sabía, solo que no estaba segura de a dónde.

—¿Qué tiene esto que ver con Eddie Foreman o Maddix Nelson? — exigió Mikayla mientras devolvía la mirada a Nik.

—Mi relación personal con alguien no tiene nada que ver con el motivo de que estés aquí.

Nik no podía discutir eso, pero él estaba maldito si conseguía sacarlo de su mente. Ella había salido con este hombre durante seis meses, la había pedido que se casara con él, sin embargo no se había acostado con ella. No se había acostado con él, pero Steve Gainard había pensado que tenía lo suficiente de su corazón como para pedirla que se casase con él.

Eso estaba volviendo loco a Nik y sabía que no debería. No tenía derecho a demandar nada de ella, tampoco tenía

derecho a preocuparse sobre lo que hizo cuando se terminó o con quién lo hizo.

Pero eso le estaba quemando las tripas. Como una llama constante, pulsante que estaba abrasando sus entrañas con una fiebre posesiva que no era capaz de controlar.

—Tienes razón, — finalmente gruñó.

—No tiene nada que ver con esto.

Volviéndose, le soltó el brazo y colocó su mano en la parte baja de la espalda, muy consciente de los ojos que les observaban desde detrás de una cortina en la parte delantera de la casa.

Muy probablemente, Gina Foreman había llamado a Gainard y le advirtió de la llegada de Mikayla y Nik. Y, sin duda, Gina le había dicho al otro hombre que Nik estaba viviendo con Mikayla. Parecía que toda la maldita ciudad sabía que estaba viviendo con él. La mujer tenía más ojos sobre ella que cualquier otro que hubiera conocido.

Al entrar al porche cubierto de mármol, la puerta se abrió con decisión. De pie en el umbral, había un hombre rubio sombrío, su mirada verde contactó con Nik antes de volverse hacia Mikayla.

—Maldita sea, consigues estar más bonita cada vez que te veo, — dijo él con una sonrisa mientras se acercaba, la agarraba por los hombros y bajaba la cabeza para besar su mejilla con persistente afecto.

No, eso no era jodido afecto, pensó Nik mientras la ira apretaba todos los músculos de su cuerpo. Era una advertencia para Nik. Una advertencia de que Steve había conocido a Mikayla mucho más tiempo y mejor y estaría esperando para atacar cuando Nik ya no estuviese en la foto.

—Steve, es bueno verte. — No había la más ligera molestia en la voz de Mikayla.

—Me gustaría presentarte a Nik Steele, — ella les presentó.

—Está investigando el asesinato de Eddie.

A Nik no se le escapó eso. No había un “mi novio, Nik”, “mi hombre, Nik”, ni siquiera un “mi amigo Nik”. No había posesión alguna en su voz.

—Señor Steele. — La voz de Gainard era helada pero alargó su mano para saludar.

—Encantando de conocerle.

El apretón de manos fue breve, los dos combatientes muy conscientes de las apuestas del juego.

—Entremos. — La mano de Gainard se posó en el hombro de Mikayla con la invitación.

—Hay café en la cocina y Rosa tiene algunos de esos pasteles que te gustan tanto, Mikayla.

—He echado de menos a Rosa.

La voz de Mikayla hizo que Nik apretase los dientes. Familiaridad y genuino calor llenaba su voz y le hacia desear haber esperado para venir aquí. Esperado hasta que ella no estuviese con él.

—Ella te ha echado de menos, también, — el otro hombre la informó cuando los condujo a través de un amplio vestíbulo hacia la parte posterior de la casa.

—Ambos te echamos de menos.

Strike uno, pensó Nik mientras le dirigía al otro hombre una mirada gélida. Nik estaba controlando la situación, por ahora. Cuando llegase el momento adecuado, Gainard averiguaría rápido el error que estaba cometiendo.

Entrando en la cocina, les indicó con la mano una mesa de cristal donde esperaban los pasteles prometidos y el café.

—Gina dijo que tiene preguntas sobre Eddie. — Gainard suspiró mientras se sentaban.

—Me llamó cuando le asesinaron. Lo sentí pero no pude llegar al funeral.

—¿Conocía a Foreman bien, entonces? — Nik preguntó mientras declinaba la silenciosa oferta de café de Gainard.

Mikayla, por otro lado, aceptó la taza preparada por Gainard así como un plato pequeño con un croissant cubierto con copos de fruta.

—Le conocía desde el instituto. — Gainard asintió con la cabeza.

—Fuimos uña y carne hasta después de la universidad. Eddie entró en la construcción y yo me uní a un puesto de aprendiz en Londres. Cuando volví unos años más tarde, él no era el mismo, pero aun así, seguíamos siendo amigos.

—¿Tenía muchos enemigos? — Nik quería terminar con esto y lo quería terminar rápido.

Steve Gainard se rió de la pregunta.

—Muchos. Eddie era un gilipollas, señor Steele, si tenía oportunidad. Coleccionaba enemigos como un experto. El mandito hombre no podía entender el valor de más de unos pocos amigos.

—Sin embargo, ¿usted lo considera un amigo? — Nik señaló con frialdad.

—Digamos que yo no le di la oportunidad de ser un gilipollas. — Respondió Steve mientras su mirada se deslizaba hacia Mikayla una vez más.

El oscurecimiento de sus ojos verdes tenía a Nik observando a Mikayla, que estaba chupando la fruta dulce y pegajosa de la punta de sus dedos, su mirada en los pasteles más que en el hombre.

—Señor Gainard. — Nik recuperó su atención de nuevo.

—¿Conoce alguna razón por la que Maddix Nelson o cualquier otra persona querría matar a Eddie?

—Todo el mundo. — El otro hombre se rió.

—El problema es que ninguno tiene las agallas para hacerlo. Ni siquiera Maddix. Él podría contratar a alguien para matarle, pero nunca se ensuciaría sus propias manos para hacerlo.

Eso era más o menos lo que Nik había creído hasta los últimos días.

Nik atrapó a Gainard mirando a Mikayla de nuevo, pero afortunadamente, su atención otra vez estaba en ellos en vez de en los pasteles.

—¿Problemas de dinero? — presionó Nik

—Muchos, — le dijo.

—A Eddie le gustaba jugar demasiado. Lo guardaba en secreto, siempre lo hizo, pero tenía un problema con ello y no tenía mucha suerte.

—¿Le pidió dinero?

Gainard exhaló fuertemente ante la pregunta.

—Desde la universidad, Eddie y yo teníamos un trato por el que nunca me pediría dinero. Él malgastaba su dinero y yo me esforzaba en conseguirlo mediante trabajos de media jornada y becas. Sabía que no debía pedírmelo. Aunque rompió esa regla hace unos meses cuando yo estaba en la ciudad. Cuando no se lo di, amenazó con ir a un prestamista que conocíamos, Martín Kefler. Traté de disuadirle, esperaba haberle convencido, pero nunca volvió a mencionarlo.

—¿Dijo por qué necesitaba el dinero? — preguntó Nik.

La expresión de Steve se endureció mientras negaba con la cabeza.

—No quise saberlo. Tiene que comprender a Eddie Foreman, señor Steele. Le prestas un dólar y, antes que te des cuenta, te debe más de lo que jamás podría pagar. Perdió un montón de amigos así en la universidad. Yo no iba a ser uno de ellos.

—El prestamista, ¿dijo que le conoce?

Nik estaba malditamente harto del otro hombre mirando a Mikayla con ese borde de deseo en sus ojos. Gainard estaba actuando como un jodido animal de que estaba de caza.

—Martin Kefler. — Gainard asintió con la cabeza.

—Es corredor de apuestas, chulo y prestamista. Está metido en todo tipo de operaciones ilegales. — Él hizo una mueca.

—Otro conocido de la universidad, aunque estoy seguro de que Martin no se graduó en esos costosos cursos de negocios que su mafiosa familia le obligó a hacer. Eddie se metió en un montón de problemas con Kefler hace varios años. Se las arregló para pagarle, pero no antes de que consiguiese varias costillas rotas y una estancia en el hospital poco agradable.

—¿No es Kefler el mismo hombre por el que Maddix Nelson estuvo a punto de perder el terreno donde se encuentra la obra? — Mikayla preguntó entonces.

—Recuerdo algo sobre que otra oferta estuvo a punto de hacerle perder el terreno.

Gainard asintió con la cabeza.

—El dueño del terreno puso esa parcela en subastar en vez de tasarla en un precio. Quería una venta rápida. Kefler lo

quería, pero supongo que Maddix lo quería más. Kefler no estaba contento cuando lo perdió.

—¿Qué interés tenía en tenerlo? — Nik preguntó, preguntándose por qué un corredor de apuestas se molestaría en hacer una oferta sobre esa propiedad.

—Se debe a su ubicación privilegiada, — le informó Steve.

—El propietario no fue muy inteligente en la venta, pero tenía entendido que tenía que vender rápido. Kefler y Nelson lo querían pero por lo que entiendo, Kefler, por alguna razón no recibió el aviso de la última oferta de Nelson. Cuando no volvió con otra oferta, Nelson consiguió la propiedad.

—¿Qué sabe sobre Reed Holbrook? — Ya que el hijo de puta estaba tan lleno de información, Nik decidió investigar más.

Gainard frunció el ceño pensativamente mientras se frotaba la mandíbula.

—Es dueño de una empresa de construcción en D.C. No le conozco muy bien. No he tratado tanto con él. Aunque sus prácticas en los negocios han sido cuestionadas varias veces. Es un tiburón. Uno de los peores si el rumor es fiable. Pero eso es todo lo que sé sobre él.

La mirada de Gainard se deslizó de nuevo hacia Mikayla mientras ella tomaba un sorbo de café. Sus ojos estaban puestos en los labios de ella, labios todavía hinchados por el beso que intercambió con Nik en la casa de Foreman.

El otro hombre sabía el motivo de ese enrojecimiento. Su mirada volvió hacia Nik, con una pizca de ira en ella.

Nik sonrió. Una curva de sus labios lenta y posesiva mientras devolvía la mirada al otro hombre a sabiendas. Nik tenía lo que Gainard quería, lo que el otro hombre no había sido capaz de poseer y, si Nik fuese un hombre de apuestas,

apostaría que Gainard ya sabía que Mikayla tenía un amante antes de que volviese a la ciudad.

Una pequeña parte de Nik sintió maldita lástima por el otro hombre. Nik conocía la pura furia masculina que podría haber estado comiéndole vivo si Mikayla estuviese sentada aquí en frente de él con un amante. No habría manera en el infierno de que Nik pudiera ser lo suficientemente civilizado como para llevar una conversación con el otro hombre.

—Gracias por su tiempo, señor Gainard. — Nik asintió con la cabeza mientras se levantaba para marcharse.

—Antes de marcharnos, necesito usar el baño, — Mikayla anunció mientras se ponía de pie y miraba al otro hombre.

—¿Te importa, Steve?

—Sabes donde está, cariño. — Gainard asintió, su tono más suave, su mirada casi enferma de amor. Strike dos, hijo de puta, pensó Nik con sus dedos doblados en puños.

—Te veré en el vestíbulo, — Mikayla dijo a Nik mientras cruzaba la cocina hasta la entrada hacia otro vestíbulo.

El silencio llenó el vacío mientras Nik seguía a Gainard hacia el vestíbulo.

—Es una mujer maravillosa, espero que lo sepa. — el otro hombre dijo sombríamente después de varios minutos.

—No le rompas el corazón.

El consenso general era que Nik iba a romper su corazón. Se preguntó si alguien sabría lo que le haría a él cuando se fuese.

—¿Y si lo hago? — Nik con un borde de ira.

—Mikayla no se lo merece, — Steve sacudió su cabeza.

—Pero si lo hace, estaré aquí, Steele y la ayudaré a repararlo. ¿Es eso lo que quiere?

Strike tres, pero que le condenen si Nik podía golpear al bastardo. Quería hacerlo. La necesidad de encontrar y eliminar cualquier competencia hacía estragos en su interior.

—Lo que quiero no es de su incumbencia, — le informó Nik

—Lo que le hace a ella sí lo es, —Gainard gruñó de nuevo.

—Oí hablar de ti antes de que pusiera un pie en América y le he investigado, Steele. ¿Sabe Mikayla que no es más que un mandito mercenario? ¿Un jodido caro pistolero de alquiler? ¿Por qué no se da prisa, acaba su trabajo aquí y se larga de su vida? Ella no necesita que usted lo estropee.

Infiernos, él iba a terminar molestando a Mikayla, Nik podía sentirlo, porque iba a arrancar la cabeza de este bastardo de sus hombros.

El problema era que Gainard podía no tener toda la información adecuada, pero tenía razón en el hecho de que Mikayla no necesitaba en su vida la inestabilidad que Nik podría traer. Él sabía eso. No estaba intentando negarlo. Pero arrojárselo a la cara solo le estaba cabreando.

—Mantenga sus celos bajo control, Gainard, — respondió Nik finalmente burlándose con diversión.

—Le prometo que puedo hacer que usted lance el primer puñetazo y que Mikayla sienta maldita lástima por mí. ¿Eso es lo que quiere?

—Cuando se haya ido y sé que se irá, — le habían dicho, el tono del otro hombre era bajo, furioso.

—Le prometo que recogeré los pedazos. Podrá ser el primer amor, pero no será el último.

—Qué apuesta. — Nik apenas logró disimular el impacto de las instintivas palabras que escaparon de sus labios un segundo antes de que Mikayla entrase en el vestíbulo.

Se las arregló para sacarla sin gruñir como un animal o golpear su pecho como un Neandertal. Pero a duras penas.

De repente, la posesividad era un demonio furioso rugiendo a través de él, recorriendo sus sentidos y abriendo un pozo de lujuria que no tenía ni idea de cómo tapar.

De repente, no se conocía a sí mismo, no tenía ni idea de cómo manejar las necesidades que casi rompían su control o qué hacer con una pequeña mujer del tamaño de un hada.

Nik tenía la sensación de que estaba simple y llanamente bien jodido.

CAPÍTULO 20

Martin Kefler tenía una lista de antecedentes penales que habría hecho que cualquier padre mafioso se sintiera orgulloso, pensó Nik esa noche mientras estudiaba minuciosamente los ficheros que Kira y Bailey se ocupaban de recopilar y enviarle.

El hijo más joven de una de las principales familias del crimen, Martin había comenzado con su propio grupo de prostitutas a la tierna edad de diecisiete años. A los veintiuno, estaba metido en drogas, blanqueo de dinero y usura.

El hombre estaba trabajando para ganar su propia fortuna, si es que consigue mantener los pequeños dedos codiciosos de su familia lejos de sus negocios. La información recabada mostraba que Kefler debía a sus colegas mafiosos una parte considerable de sus beneficios, manteniéndole en la escala inferior de los juegos de poder que constantemente se libraban dentro de esa familia en particular.

—Eddie no era muy inteligente, — comentó Mikayla mientras leía sobre el hombro de Nik.

—Y Martin Kefler parece bastante aterrador.

Nik echó un vistazo a la foto de Martin. La cara larga, perilla espesa, pérdida de cabello en la parte frontal de su grueso pelo negro y ondulado, ojos grandes, cejas y piel pálidas. Había visto personajes mucho más sombríos, pero podía ver dónde Mikayla tenía problemas con este.

—Actualmente, está considerado uno de los jefes del crimen más agradables, — Nik dijo burlonamente.

—Por lo menos da a sus clientes la posibilidad de pagar. Algunos de los otros te persiguen si no pagas antes de que se cumpla el plazo.

En realidad, esa era más o menos la verdad, pensó Nik. La razón por la que Kefler estaba todavía en el nivel más bajo era su cifra de asesinatos. Él hacía el dinero, no se encargaba de los asesinatos, mientras que el resto de la familia no tenía ningún problema y, de hecho, disfrutaba con el derramamiento de sangre.

No es que Martin fuese considerado un buen tipo, simplemente no era tan sanguinario como el resto.

—Le conozco.

Nik la miró mientras ella se movía a la silla que estaba su lado, con una taza de café en la mano. Mikayla había pasado la mayor parte de la tarde en el cuarto trasero trabajando en un vestido. Ahora que estaba de vuelta en la habitación con él, parecía como si la vida hubiera regresado.

Maldita mierda, pensó él. Ella estaba deformando su mente.

—¿Qué demonios significa que le conoces? Dijiste que no le conocías.

—No conocía su nombre. — Mikayla se encogió de hombros.

—Conozco el nombre de su novia, Eloise Lancaster. Me encarga algunos de mis diseños más atrevidos. Me gusta.

Nik parpadeó mirando a Mikayla.

—Eloise es la vocalista de los Jezebels. Ahora mismo están tocando en un lugar pequeño en Frederick. Me dijo que su novio está allí cada fin de semana con ella, si quieres saber dónde encontrarle.

Mikayla lo dijo así, de manera casual, como si conocer a la amante de un jefe de la mafia no fuese gran cosa. Dulce, inocente, una virgen reciente y ella actuaba como si su

conexión con una familia del crimen fuera algo habitual en una jornada laboral.

—No dices nada, Nik, — dijo ella lentamente.

Él no decía nada. Dios sabía que no debería haberse sorprendido. Infiernos, había jurado hacía mucho tiempo que nada podría sorprenderle. Pero mirando a Mikayla, admitió que estaba sorprendido.

Infiernos, ella habría hecho un contacto perfecto. Tenía clientes de D.C. y dos que él conocía de L.A. Una tienda exclusiva y poco conocida que evidentemente tenía clientes que él simplemente no esperaba. Clientes que ni siquiera sabía que tenía.

—¿Dónde está ese club donde canta esta mujer? — Nik preguntó a Mikayla.

Ella sonrió

—¿Puedo ir contigo?

—No. — Nik no la llevaría a ningún lugar cerca de Martin Kefler.

La expresión de Mikayla se congeló.

—Entonces, encuéntralo tú mismo. Estoy segura que no te llevará mucho tiempo.

—Estoy seguro que no, — convino él.

—Ya veremos si él habla contigo, — ella cruzó una rodilla sobre la otra y le observó intencionadamente.

—Según Eloise, su novio tiene mucha gente que quiere hablar con él pero trata a unos pocos.

—Tratará conmigo, — le prometió Nik.

—Entonces, tengo un vestido que terminar. Buena suerte.

Mientras salía de la cocina, Nik la observaba, sintiendo que el calor de la habitación se iba con ella.

Durante un momento, estuvo medio tentado a llegar a un acuerdo para llevarla. Infiernos, él la quería allí. Pero Mikayla no tenía nada que hacer alrededor de hombres como Martin Kefler.

El hecho de que ella estuviera asociada con él a través de una de sus clientes no era lo mismo, se dijo Nik a sí mismo.

Había conseguido herirla. Se dejaba llevar por su necesidad de protegerla. Su suavidad, la dulzura que ella traía a su vida cada vez era más importante, más urgente.

No la quería en ningún lugar cerca de Kefler.

Mientras el pensamiento excavaba dentro del alma de Nik, su teléfono móvil vibró a su lado.

—Steele, — contestó rápidamente, manteniendo la voz baja.

—Tengo información adicional, — le informó Ian.

—Me dijeron que te lo diera personalmente.

Los labios de Nik se afinaron mientras miraba de nuevo hacia el pasillo por donde Mikayla había desaparecido.

—Tendrás que venir aquí.

Mikayla estaba en la parte de atrás con los vestidos, sabía Nik. Ian podía hacer el viaje hasta aquí con la misma facilidad con la que Nik y ella podían hacer el viaje hasta D.C.

—Llevaré a Kira conmigo, — Ian declaró.

—Puede hablar de vestidos con la señorita Martin mientras discutimos esto. Danos unas dos horas para llegar. Todavía hay algunas cosas que tengo que aclarar.

—Estaré esperando.

Nik desconectó la llamada antes de exhalar ásperamente y volver la mirada hacia el fichero sobre Martin Kefler.

Mikayla tenía razón. Conseguir una reunión con Kefler no fue fácil. Era un cauteloso hijo de puta y además un tipo duro. Ella era la excusa perfecta, porque de acuerdo a la información que Nik estaba mirando, la amante de Kefler, Eloise Lancaster, era, supuestamente, su única debilidad.

La señorita Lancaster, vocalista de una banda de rock femenina llamada las Jezebels, tenía tu propio guardaespaldas personal y más de un hombre había muerto por intentar acercarse demasiado a ella. Hombres que pensaban que atacar a la amante era una venganza adecuada contra el criminal con el que estaban tratando.

Kefler les había demostrado lo contrario e hizo un ejemplo con más de uno de ellos.

Levantándose de la silla, Nik fue hacia la habitación trasera. Permaneciendo ante la puerta abierta, observó mientras Mikayla unía minuciosamente el material, con el ceño fruncido cuando levantó la mirada hacia él.

Nik podía ver todavía la ira cociéndose a fuego lento allí, así como el dolor.

—Kira Richards y su marido, Ian, llegarán en unas pocas horas, — dijo a Mikayla.

—Ian y yo tenemos algunos intereses comerciales y creo que Kira quiere hablar de los vestidos.

Las cejas de Mikayla se arquearon. No se tragaba esa información y la prueba de ello era el escepticismo en su estrecha mirada.

—Está bien, — finalmente contestó antes de volver su atención al material.

—Mikayla, Kefler es demasiado peligroso para permitir que me acompañes, — Nik trató de compensar la ira que sentía crecer en ella.

Ella volvió a hacer una pausa antes de volver la cabeza, esos ojos amatista ahora disparaban llamas hacia él.

—¿Por qué no me dices quién va a decidir lo que es demasiado peligroso para mí o lo que no es peligroso una vez que decidas salir de mi vida? — sus graciosas manos fueron a sus caderas en desafío.

—¿Sabes qué, Nik? Me pone realmente enferma escuchar lo que crees que podría ser demasiado peligroso para mí cuando acompañarte significa nada más que ir a un maldito bar o a una oficina particular contigo para reunirse con el novio de una de mis clientas.

Los labios de Mikayla estaban apretados, su mirada penetrante mientras devolvía la mirada a Nik.

—Kefler no es alguien con quien yo quiera que te asocies.

Las cejas se dispararon.

—¿Desde cuándo es esa tu elección?

—Desde que me convertí en tu amante, desde entonces.

El control se fue volando por la maldita ventana mientras él enfrentaba el desafío que brotaba de Mikayla. ¿Qué coño pasaba con esta diminuta mujer que le volvía malditamente loco?

—¿Desde que te convertiste en mi amante? — la pregunta sonó desgarrada.

Ahora, Mikayla estaba preparada para estrangularlo con la ira fluyendo a través de ella, si el fuego en sus ojos era una pista.

—¿Desde cuándo ser mi amante te da derecho a darme órdenes de cualquier forma? Confía en mí, Nik, no tienes más derechos ahora que los que tenías el día en que entraste en la ciudad.

Ella no le gritaba. Mikayla no gritaba. No ponía mala cara. Intentaba realmente muy duro no llorar cuando estaba dolida o enojada. Pero no hizo nada para ocultar el puro disgusto que sentía con su decisión autocrática de que, simplemente, no iba a ir con él.

Ella podía conseguirle una reunión con Martin Kefler y no era como si ya no estuviera asociada con él de forma remota. No había ningún peligro adicional para ella estando con Nik.

—No quieres comprenderlo. — La voz de Nik estaba tensa, un signo seguro de que se estaba poniendo furioso y, realmente, a ella le importaba un comino.

—Me parece que estoy en más peligro lejos de ti, pero vete ya y reúnete con Kefler tú solo. Quizá tengamos suerte y la próxima vez que alguien intente dispararme también vuelvan a fallar.

Los ojos de Nik eran puras llamaradas azules incandescentes. Mikayla observó la transformación hipnotizada en cuanto sus ojos cambiaron.

Su concentración en esa furia tan visible la distrajo, dándola menos tiempo para reaccionar cuando él atravesó la habitación y tiró de ella hacia él.

—¿Crees que no te dejaría protegida?

—Niñera, — ella cargó de nuevo contra él, elevando su cabeza, su mirada bloqueada en la suya.

—Me hubieras puesto una niñera antes de llevarme contigo. Gracias, Nik, por mostrarme lo poco que significa para ti el tiempo que pasamos juntos. Supongo que realmente

no soy más que una follada rápida para ti. La culpa es mía por creer otra cosa.

Nik estaba en estado de shock, como si no pudiera creer que la palabra “follar” hubiera salido de su boca. Bueno, ella también sabía cómo usar palabras de cinco letras muy bien. Simplemente prefería no hacerlo.

La reacción que recibió no fue la que Mikayla esperaba. Nik tiro de ella hacia él, acercando su cuerpo hasta que la dura prueba de su erección presionó contra la parte baja de su estómago. La ira que se agitaba en el interior de Mikayla se transformó de repente en excitación mientras vislumbraba la repentina necesidad que brillaba en los ojos de Nik.

—Esto es todo lo que quieres, ¿verdad, Nik? — ella susurró, preguntándose por la desesperación que ahora veía en su mirada.

—No puede haber nada más, maldita sea. — Una necesidad desnuda y furiosa ardía en los ojos de Nik.

No era sólo lujuria. No era hambre. Era una necesidad, una desesperación ardiente, intensa que tenía poco o ningún sentido.

Las manos de Mikayla golpearon su pecho antes de agarrar los bordes de su camisa.

—¿Por qué?, ¡dime por qué! No quiero tus promesas, Nik. No quiero un compromiso que no puedes darme, pero, por Dios, quiero saber por qué.

Estaba explotando en su interior, su pecho, su cabeza, golpeando a través de su alma con un dolor que Mikayla no sabía cómo controlar. Nik no confiaba en ella, no se abría a ella. Lo único que estaba dispuesto a compartir era su cuerpo.

Debería haber sido bastante. Ella le había prometido que sería suficiente.

—No puedo. — Las palabras parecían desgarrarle pero el hambre que llenaba su mirada le decía otra cosa.

—No puedo darte eso.

No se lo daría a ella. No quería dárselo a ella.

Todo lo que tenía para darle era su cuerpo.

Las manos de Mikayla se separaron, arrancándole los botones que cerraban su camisa para exponer el duro y ancho contorno de su pecho. El suave tintineo de los botones contra el suelo desnudo era poco más que el conocimiento de dónde estaban cayendo los botones. No es que a Mikayla realmente le preocupara.

—Entonces, dame lo que puedo tener, — Mikayla suplicó dolorosamente.

—Deja de alejarte de mí, Nik.

Alejarse de ella. Ella pensaba que él estaba tomando algo de ella. No tenía ni idea de lo mucho que él ya la había dado. Lo mucho que la daba cada vez que la tocaba, la besaba, la poseía.

Bajando su cabeza, apoyó sus labios contra los de ella, separándolos y saboreándola con su lengua. Acariciándola, Nik gimió en el beso mientras luchaba por retroceder solo un poquito, solo lo suficiente para recuperar el aliento, para aferrarse a sus sentidos.

Sus sentidos no tenían nada a lo que aferrarse alrededor de Mikayla. Infiernos, apenas podía recordar su nombre mientras las manos de ella se anclaban en su pelo. Mientras le sujetaba contra ella, sus labios le mordieron y luchaba por tener el control del beso. Fue un movimiento que envió puro placer eléctrico gritando a través de sus terminaciones nerviosas.

Mikayla se estaba convirtiendo en un reto del que no podía alejarse. Justo cuando pensaba que la controlaba, justo cuando pensaba que podía manejarla, ella cambiaba las tornas.

Le mantenía alerta y eso era lo más peligroso que podía hacer. Era la forma más efectiva para lograr robarle el corazón.

Era ese desafío que enfrentaba cualquier tipo de oposición. Una oposición que indicaba que ella iba a salirse con la suya. El desafío, la determinación femenina para formar parte de él, para mantenerle junto a ella. Para unir su alma a la de ella. Y a pesar de todas las defensas que jamás haya construido contra tener a una mujer en su vida, Mikayla lo estaba haciendo.

Manteniendo el beso de Mikayla, Nik la levantó hasta que su culo encontró la mesa. Sus dedos se movieron a la cinturilla de sus pantalones de seda, los desabrochó a toda prisa, luego bajó la cremallera antes de quitárselos y la bajó sus bragas.

La ligera camisa fue fácil de eliminar. Ella le había arrancado la camisa así que él rasgó la suya por la espalda y disfrutó del grito ahogado de excitación que salió de los labios de Mikayla.

Este deseo rugía más alto, más caliente que nunca. Nik no se podía contener. No podía mantener el propio autocontrol que había logrado perder por causa de Mikayla.

Ella era fuego vivo en sus brazos, tentándole, llevándole a una red de tal hambre y necesidad que atravesó sus defensas, rompiendo una parte de su alma que él había creído que se había perdido para siempre.

Esa parte de él estaba furiosa. Estaba quemando fuera de control. Estaba rompiendo el velo de autoprotección que era mucho más delgado de lo que nunca había creído.

Desnuda ahora, el cuello de Mikayla se arqueaba hacia atrás mientras sus labios bajaban por la mandíbula, por el cuello hasta los duros pezones que se estiraban para alcanzar los labios de Nik.

¿O fueron los labios de Nik los que alcanzaron sus pezones?

Eran de color rosa y tan jodidamente dulces que quería ahogarse en su sabor. Quería embriagarse con ella. Quería saborearla hasta que sus sentidos estuvieran tan saciados de ella que nunca le atormentaran otra vez. Tan saciado que cuando tuviera que irse, la llevaría con él para siempre.

Llevando una de las apretadas puntas rosa dentro de su boca, la succionó, chasqueando su lengua sobre ella, lamiéndola, amándola con cada sabor de ella. Nik gimió con un deseo que fue directo a su alma.

Que Dios le ayudara, nunca estaría libre de Mikayla. Nunca sería libre porque cuanto más la probaba, más la necesitaba. Más aumentaba el hambre.

Arrastrando sus labios desde los pezones a lo largo de su estómago, Nik presionó su espalda contra la mesa, extendiendo sus muslos, levantando sus piernas, hasta que los sedosos rizos que ocultaban los pliegues de su coño se levantaron a sus labios.

Cuando esos pliegues se separaron revelaron la suave y delicada carne de color rosa oscuro. La diminuta perla de su clítoris apareció, la ajustada apertura hasta la entrada apretada de su coño.

Su polla estaba tan malditamente dura que la sentía a punto de estallar. Dominó la necesidad de empujar dentro de ella por una sola cosa.

La necesidad de saborearla.

Mientras baja sus labios, su lengua pasaba por la delicada hendidura, oscilando alrededor de su clítoris y saboreando el femenino calor que explotaba contra él. Dulce, sedoso. Nik gruño ante su exquisito sabor.

Levantando las pestañas, Nik observó cómo Mikayla abría los ojos, manteniendo su mirada sensualmente somnolienta mientras la permitía observarle lamer alrededor de su clítoris.

Ojos de hada. Los colores amatista y violeta se intercambiaban en sus ojos mientras observaba, sus labios se separaban mientras sus pechos subían y bajaban de forma errática.

Ah, Dios. Las manos de Mikayla estaban ahuecando sus pechos, sus dedos fueron a sus pezones.

Nik enroscó su lengua alrededor del delicado tejido de su clítoris antes de lamerlo. Observándola, preguntándose qué valiente sería, besó el pequeño nudo delicado antes de moverse más abajo.

Quería saborear el dulce rocío que derramaba su coño. Resbaladizo y caliente, como el almíbar más dulce.

Su lengua chasqueó en la entrada.

Los dedos de Mikayla se movieron de sus pezones, sus manos alisaron su estómago.

Joder. Ella iba a destruirle. Podía verlo en sus ojos. Un desafío desnudo brillaba en sus ojos mientras sus dedos bajaron más, levantando sus caderas, su coño cada vez más húmedo, más caliente, por debajo de su lengua mientras los dedos de Mikayla alcanzaban su clítoris.

Delicado, elegante. Una simple yema del dedo frotaba contra el lateral del pequeño nudo cuando su expresión comenzó a aflojarse con sensual deleite.

Las estrechas caderas subían y bajaban hasta su lengua mientras él empujaba dentro de las apretadas profundidades de su coño. Músculos de seda apretaron su lengua, palpitando como alas de mariposa contra su lengua.

Las manos de Nik soltaron sus vaqueros mientras los delicados pies de Mikayla empujaban contra sus hombros. Las caderas se arquearon intensamente, forzando a su lengua a ir más profundo mientras él la follaba con un gruñido.

Ella le hacía sentir como un animal. Tan hambriento, tan desesperado, que nada importaba nada salvo tomarla, poseerla, marcarla.

Follándola hasta que cada parte de sí mismo viviera dentro de ella. Era la única forma de saciar el deseo que sentía ahora.

Mientras los dedos de Mikayla acariciaban su enrojecido clítoris, Nik sacó la lengua del adictivo hueco de su calor femenino y levantó la cabeza hasta que pudo atrapar esos dedos con su boca.

Succionando la dulzura de ellos, mordisqueó las tiernas puntas, las lamió, luego levantó los dedos de su carne.

Elevándose, Nik la agarró por los tobillos, envolviéndolos alrededor de sus caderas mientras se acercaba.

La excitación hizo estragos en Mikayla. Estaba ardiendo. La tormenta de sensaciones que la desgarraba tenía a su corazón desbocado, su pulso latiendo en las venas mientras Nik se levantaba sobre ella. Su polla presionó contra los pliegues de su coño, separándolos mientras él se enderezaba, agarraba sus caderas y comenzaba a hundirse en su interior.

Ella observaba, jadeando, pequeños gemidos de placer salían de sus labios mientras observaba la cabeza de su polla estirándola hasta que el placer/dolor de la entrada comenzó a hacer estragos en ella.

—Sí, mírame follarte, bebé. Mira cómo ese bonito coño se estira por mí.

Las palabras. Tan explícitas. Tan sensuales. Una oleada de sensaciones la atravesó al escucharlas, avivando el placer.

Sus pliegues cubiertos de rizos se separaron por su polla, abrazaban el pesado eje. Le quería dentro de ella. Completamente. Quería todo de él. Oh, Dios, le quería en su interior y él iba tan malditamente despacio.

Cuando la intensidad de las sensaciones comenzaron a sacudirla, se mareó. Mientras levantaba las manos, sus uñas rasparon el abdomen de Nik, sus rodillas se doblaron hacia atrás para tomar más de él, sus ojos atraparon los suyos antes de que él empujara.

Mikayla apenas podía respirar, el placer era tan intenso ahora.

—¿A qué estás esperando? — gritó ella.

—A ti, — gruñó él.

—Qué jodidamente caliente me pones, Mikayla. Tan jodidamente apretada y dulce.

Ella le estaba haciendo esto a él. El placer brillaba en sus ojos, caliente y brillante.

—¿Vas a hablar toda la noche o vas a follarme ahora? — ella gimió.

Su mirada brilló, su cuerpo endureciéndose más. Retrocediendo, empujó fuerte, rápido. Mikayla sintió el grito que arrancó de sus labios cuando el placer comenzó a golpear en su interior con la misma fuerza de los impulsos de su polla trabajando dentro de ella.

Observó cómo Nik perdía el control. Los tendones de su cuello se tensaron, destacándose claramente mientras el sudor comenzaba a perlar su frente y sus hombros. Sus

caderas comenzaron a moverse más rápido, más fuerte, su polla estirándola con una ardiente quemadura mientras la empalaba hasta la empuñadura

Mikayla sintió que sus bolas se apretaban contra ella durante un solo segundo. Sintió su polla pulsando contra las paredes internas, durante un momento.

Dolor y placer golpearon en su interior, la quemadura era a la vez estimulante e insoportable. Golpeando duro en su interior, las ardientes sensaciones comenzaron a explotar y romper a través de su coño, su clítoris, su vientre. El orgasmo fue una explosión que envió una oleada de puras sensaciones de calor que la atravesaron.

La destruyó. La renovó. Fluyó a través de ella, la envolvió mientras sentía a Nik se corría duro y pesado dentro de ella, su semen saliendo a chorros, inundó sus sentidos y quemó cada delicada terminación nerviosa de su cuerpo.

Era como morir y volver a nacer.

Colapsando contra la mesa, Mikayla luchó para recuperar el aliento, para encontrar una apariencia de cordura donde estaba segura de que no podía encontrar ninguna.

Mientras los últimos estremecimientos comenzaron a disminuir lentamente dentro de ella, Mikayla levantó las pestañas, mirando cómo Nik se separaba poco a poco de ella.

—Nik, — ella le detuvo, su mano levantándose débilmente a su cara.

—Si haces esto sin mí, entonces lo que sea que tenemos entre nosotros, se dañará.

—Y, sin duda, sería mejor para los dos si simplemente se destruyera.

Ella le devolvió la mirada, algo rompiéndose en su pecho, restringiendo su corazón cuando le sintió salir de ella, la

todavía dura longitud de su polla abandonándola, igual que lo hacía el calor de su cuerpo.

Mikayla no podía hablar.

No podía contener el dolor que floreció en su interior con la fuerza del golpe.

Y no podía parar las lágrimas que llenaban sus ojos. No cayeron. Estaría condenada si iba a llorar por él. No iba a llorar por él.

Se sintió enferma por dentro. Su estómago se retorcía por el dolor, con las lágrimas que querían caer.

Levantándose poco a poco de la mesa, le ignoró consciente de que él la observaba, consciente del dolor oscuro y brutal que se reflejaba en su mirada. Un dolor que se construía dentro de ella con una fuerza contra la que no podía luchar.

Iba a llorar.

Casi la desgarró. Casi se desangró.

—Mikayla. — Él la agarró cuando ella se giraba para salir corriendo de la habitación.

—No. — La desesperación la sacudió.

—Déjame ir.

—No lo entiendes, — susurró él.

—Escúchame, Mikayla. No sabes quién soy. No sabes lo que soy. No me ames, bebé. No nos hagamos daño así.

Ella sacudió su cabeza. ¿Cómo se suponía que iba a contestarle? Cómo se suponía que iba a sobrevivir al dolor cuando sabía que lo que fuera que los mantenía más cerca, era algo que él quería destruir. No quería lo que fuera que ella tenía para darle. Había tenido razón en lo que había dicho antes: él la quería nada más que para follar.

—No puedo permitir que esto suceda. — La voz de Nik era dura.

—Entonces no lo hagas.

Separándose de él, desnuda, conteniendo las lágrimas, salió corriendo del cuarto de costura hacia la seguridad de su habitación.

En ese momento, Mikayla se dio cuenta de que había tenido esperanzas. Esperando demasiado. Una parte de ella había estado ocultando esa esperanza incluso a sí misma. Una esperanza de que Nik permitiera, al menos, una pequeña parte de lo que ella sentía en su corazón.

Sólo un poquito. No estaba pidiendo mucho. Sólo lo suficiente para que, tal vez, él pudiera pensar en ella cuando se fuera. Que tal vez, oh Dios, tal vez un día él pudiera volver a ella.

Corriendo hacia el cuarto de baño, cerró la puerta detrás de ella, apoyando la espalda y dejando caer la primera lágrima.

No iba a llorar por él. Estaba llorando por ella misma.

CAPÍTULO 21

Cuando Ian y Kira llegaron a la casa más de una hora más tarde, Nik observaba a Mikayla con cautela. Ella estaba serena, ningún indicio de las lágrimas que sabía que había derramado y ningún atisbo de ira.

Era como si lo que había pasado en la habitación de costura, el placer, el dolor, las pesadillas que resurgían en el interior de su mente, nunca hubiera ocurrido.

Pero, evidentemente, su propia compostura no era tan fuerte como él pensaba.

—¿Qué está pasando, Renegade? — preguntó Ian cuando se trasladaron hacia la terraza trasera con una cerveza.

—Tú eras el que quería una reunión, — Nik le recordó al terminar su segunda cerveza.

—Podría estar ahora en la cama durmiendo. Así que, diría que ésa es mi pregunta.

—Sí, pero no soy el único que está hecho un desastre y Kira no lleva maquillaje para ocultar el hecho de que ha estado llorando, — Ian señaló.

Nik le devolvió la mirada.

Al mirarle, nadie sabría jamás que el ex SEAL era el hijo de un ex líder de un cártel de drogas de América del Sur. O que había acabado con su padre, con una sola mano.

Ian Richards era uno de los pocos hombres en los que Nik confiaba. También era uno de los pocos que conocía los secretos de Nik y la vida que había tenido.

—Mikayla quiere más de lo que puedo dar, — afirmó mientras apretaba los dientes con frustración.

—Cree que su vida es un jodido juego y que ir conmigo a reunirse con Kefler es un maldito paseo por el parque.

Mikayla pensaba que podía amarle y que él a su vez podía amarla. ¿Cómo un hombre iba a convencer a un hada de que los cuentos de hadas simplemente no existían?

—Ella no es como Tatyiana, Nik.

Nik apretó los puños. Nunca pronunciaba el nombre de su difunta esposa. Nunca pensaba en él. La culpa de su propia ausencia en su matrimonio tenía el poder de hacerle querer encogerse de vergüenza y furia y su nombre era sólo un recordatorio del hecho de que su mujer y su hija habían muerto a causa de su negligencia en su matrimonio.

—Mikayla no parece ser una mujer que te permitiría olvidar de que tenías una esposa. Está demostrando ahora que podría introducirse donde ella siente que pertenece, — Ian continuó.

—¿Piensas que no sé eso? — Nik se mantuvo de espaldas al otro hombre mientras terminaba la cerveza con rapidez.

—Entonces ¿cuál es el problema? Es una condenada buena mujer por lo que he oído. Podrías hacer un infierno de cosas peores, — aconsejó a Nik.

—¿Quién dijo que estaba buscando? — Nik gruñó, la ira surgiendo dentro de él.

Ian se rió entre dientes.

—Eso es cuando lo encuentras, Nik. Cuando es la cosa más incómoda que podría ocurrir en tu vida.

—¿Qué era tan importante para que tuvieras que venir aquí? — Nik se giró hacia Ian, con cuidado de mantener su expresión impasible, no afectada.

Los labios de Ian se torcieron en una triste sonrisa mientras miraba a Nik a través de la oscuridad.

—Kefler es peligroso, — Ian declaró.

—Pero para la reunión que estás solicitando, sería suficientemente seguro llevarla. Lo que necesitas saber es cierta información que Kira y yo descubrimos. No sólo está respaldando algunos proyectos de construcción. Un contacto que he encontrado dice que está ayudando a alguien más a destruir a Nelson y a quedarse con su negocio. Nadie sabe quién es el socio, pero es alguien que Kefler piensa que puede controlar.

Nik podía sentir sus muelas apretando de frustración.

—Oh, pero es lo bastante seguro para llevar a Mikayla para que la conozca y la salude, ¿verdad?

Ian inclinó su cabeza.

—Nadie está fingiendo que es un buen tipo, Nik, pero también es una parte de la red. Una red que está garantizando su seguridad.

Los ojos de Nik se entrecerraron ante el tono bajo y la información. Esa red podía significar solo una cosa: Martin Kefler era un informante de la policía.

—Sabes cómo funciona, — continuó Ian.

—Le están dando el tratamiento de guante blanco y cierta libertad de acción a cambio de los servicios prestados. Eso no significa que no sea uno de los tiburones más humildes del grupo, pero significa que se le puede exigir que cumpla ciertos favores.

—¿Y el favor? — Nik gruñó.

—Necesitas información y la seguridad de que nadie de su pequeño grupo golpeará a tu mujer. Tienes eso.

Debería decirle llanamente a Ian que Mikayla no era suya. Sus labios se separaron para hacer justo eso pero las palabras no salieron.

—Lo tendré en cuenta, — respondió Nik.

Ian asintió lentamente.

—¿Contra qué estás luchando tan duro, Nik?¿Crees que no te mereces una vida ahora?

No, no lo merecía. Había fracasado cuando más había importado. Cuando la única inocencia que había conocido en su vida había dependido de él, y había fallado.

—Déjalo, Ian. — La ira estaba comenzando a despertar dentro de Nik otra vez, una ira que recordaba de esa noche hacía tanto tiempo, cuando había manchado sus manos con la sangre de sus compañeros soldados y había asesinado al hombre que había provocado esa destrucción.

Nik casi había muerto.

Había querido morir, pero en vez de eso, había vivido. ¿Para sufrir? A menudo se lo había peguntado. ¿Fue por eso que su alma se había negado a simplemente ir a la deriva?

Ian exhaló fuertemente.

—Nadie te negaría un poco de felicidad después de todos esos años, especialmente Nicolette.

Algo se estrelló dentro del alma de Nik. Podía jurar que sintió algo astillarse en su corazón, el dolor fue tan profundo.

—Déjalo. — Él escuchó su propia voz, escuchó el hielo goteando de su voz, sintió la furia amenazando con engullirlo.

—Claro, seguro, Nik, lo dejaré, — Ian suspiró.

—Pero vas a romper el corazón de esa joven y, cuando lo hagas, también sufrirás por ello.

Ya estaba sufriendo. Dios sabía que el dolor estaba hundiendo sus garras afiladas tan profundamente dentro de su carne que él se preguntaba si estaba sangrando por ello.

—Quiero respaldo. — Él regresó al tema que tenían entre manos.

—Cuando se haya fijado la reunión, te lo haré saber. Te quiero allí. Nada importa salvo ella. — Nik devolvió la mirada al otro hombre.

—¿Lo entiendes, Ian? No importa lo que ocurra, olvídate de los demás. Ella es todo lo que importa.

A la mierda las Fuerzas Especiales, la organización a la que Nik pertenecía y los hombres que le habían sacado del infierno y los que habían pagado una fortuna para volver a crearlo. Los últimos diez años y las promesas de fe que había hecho no significaban nada en comparación con la mujer cuyo corazón él estaba rompiendo.

—No hace falta que lo digas, Nik, — Ian le prometió.

—Algunos de los muchachos del equipo de apoyo están cerca de permiso. Íbamos a estar juntos durante una semana antes de pasar de nuevo al estado de misión. Te estábamos esperando. También Jordan está ahí por si le necesitas.

Sí, el comandante de Nik podría quejarse y gritar y maldecir por los codos pero haría lo que fuera necesario hacer.

Nik asintió bruscamente.

—De todos modos, — Ian declaró fuertemente, — ¿qué encontraste sobre Holbrook?

—La confirmación de que Kefler sin duda le está respaldando, — Nik dijo antes de relatar los detalles de la reunión con el otro hombre.

—Todavía estamos trabajando en las finanzas de todos los involucrados pero por lo que he visto hasta ahora, hay un infierno de dinero que está cambiando de manos entre Kefler

y Holbrook. Hay algunas otras anomalías, pero todavía estamos trabajando en ellas.

—Está pasando algo malditamente extraño, — Nik convino.

—Y no es sólo con el dinero. No puedo encajar todas las piezas. Si lo miro de forma lógica, Maddix tiene que estar involucrado, pero esa coartada va a ser condenadamente difícil de romper.

Ian asintió.

—Céntrate en Holbrook y Kefler hasta que consigamos algo con las cifras. — le aconsejó.

—Vas a necesitar argumentos antes de ir a Nelson o a los miembros de esa coartada. Recopilemos toda la información, luego puedes golpear.

Entonces, él mataría. Si Maddix era la razón por la que Mikayla estaba en peligro, entonces nada podría salvarle de Nik.

Sus puños se apretaron ante ese pensamiento. El pensamiento de que Maddix podría haberle usado contra Mikayla. Utilizarle para hacer que ella pareciera tonta, o como una mentirosa, lo enfurecía.

—¿Qué infiernos piensas que está pasando, Nik? — preguntó Ian.

—La posición de la señorita Martin en la comunidad es ejemplar. No se metió en ninguna de las travesuras adolescentes de sus hermanos y amigos. No bebe, no consume drogas. Es tranquila, confiable y compasiva. Y esto ha arrojado una sombra sobre la reputación por la que obviamente ha trabajado tan duro para lograr.

—Alguien está usándola, — Nik declaró.

—Cuando más avanzo, más evidente se hace. Para detenerlo, tengo que encontrar al asesino.

—No tiene sentido. — Ian sacudió su cabeza.

—Su reputación podría efectivamente destruir una coartada normal. Si fue Maddix, ¿por qué usar a una mujer con su reputación?

Nik movió su cabeza antes de frotar la parte posterior de su cuello.

—Esa es una de las razones por las que descarté a Maddix en el asesinato. Conoce a Mikayla. Conocía su reputación. Sabía que estaría allí. Sabía que le reconocería. ¿Por qué usarla? ¿Por qué traerme a mí? Hasta que pueda contestar esas preguntas, Ian, esto no acabará.

—Si Maddix está involucrado, entonces sus coartadas están involucradas también, — Ian reflexionó.

—¿Cuál podría ser la razón por la que está investigación permanece estancada? El jefe de policía, el propietario de un importante negocio así como dos miembros del consejo municipal. ¿Pero, por qué usar a Mikayla?

—Exactamente. ¿Por qué usar a Mikayla? ¿Por qué usar a alguien si es tan sencillo como cometer un asesinato? Él tiene una agenda. Una agenda que incluye a Mikayla y posiblemente me incluye a mí. Él me llamó. Me quería aquí específicamente.

—¿Crees que tiene algo sobre ti?

La Fuerzas Especiales tenían pasados. Tenían historias que eran potencialmente mortales si alguien conociese sus secretos o sus debilidades.

—Mira qué puedes encontrar, — Nik se dio la vuelta, mirando hacia la oscuridad mientras consideraba exactamente

qué podía saber de él el dueño de una construcción de una ciudad relativamente pequeña.

—Ya estoy trabajando en ello, — prometió Ian.

—Hasta entonces, si yo fuera tú, no sólo mantendría a mi mujer conmigo. También vigilaría mi espalda. Hay demasiadas improbabilidades aquí y eso hace que me pique el cuello.

Una picazón en el cuello nunca era algo bueno. Esa respuesta primaria y defensiva ante el peligro garantizaba que cualquier soldado se pusiera nervioso. ¿Y qué era él más que un simple y experimentado soldado?

—Me ocuparé de las cosas aquí, tú ocúpate de la información final, — le dijo Nik.

—Yo me encargaré de Mikayla.

—Sé que te ocuparás de ella, — Ian suspiró.

—Lo que me preocupa es tu idea de la mejor forma de hacerlo.

—¿Qué coño significa eso? — Nik se volvió hacia él, su mirada cortando hacia donde estaba Ian en el porche trasero observándole.

—La mejor manera de encargarte de una mujer como Mikayla no es guardándola en una zona de protección mientras su vida pasa. Dejarla no la salvará, Nik.

—Ni tampoco quedándome con ella. — El tono de su voz era agudo, furioso.

—¿Qué quieres, Ian? ¿Crees que porque la felicidad conyugal es válida para ti, se adapta al resto del jodido mundo?

Los labios de Ian se arquearon.

—Creo que disminuye los demonios, Nik, — dijo finalmente.

—Y tú tienes más que la mayoría. Pero si los demonios son mejores compañeros de cama que esa mujer que espera dentro, entonces esa es tu mala decisión, no la mía.

—Condenadamente cierto, — Nik gruñó.

—Recuerda eso.

La sonrisa de Ian era triste y teñida con un toque de compasión que sólo molestó más a Nik.

—Esta conversación ha acabado, — le informó Nik.

—Encuentras algo más sobre lo que hablar o vete al infierno. No me importa cuál elijas.

—Debería tener la información que necesitas pronto, Nik, — Ian le dijo, su tono sombrío ahora.

—Y si necesitas hablar más tarde, entonces estaré ahí.

Nik dio una dura sacudida con su cabeza mientras una risa amarga dejaba sus labios.

—¿Cuánto tiempo hace que nos conocemos, Ian?

—Mucho tiempo, — contestó Ian en voz baja

—¿Cuántas veces he necesitado una reunión con los amigos?

—Nunca has pedido una, Nik, — Ian declaró.

—Pero si un hombre alguna vez ha necesitado una, entonces ése eres tú. Lo que pasó con Nicolette no fue culpa tuya. Pero si culparte a ti mismo te ayuda a dormir mejor por la noche, entonces quién soy yo para decirte lo contrario.

Antes de que Nik pudiera burlarse en respuesta, Ian se giró y entró en la casa.

—Hola, cariño. — Nik escuchó a Kira, la esposa de Ian, saludarle.

—Los vestidos van a ser tan hermosos. El resto de brujas de la alta sociedad estarán tan celosas de mí.

La risa de Kira llenó su voz mientras bromeaba con su marido.

—Y todos los chicos estarán tan celosos de ti. Voy a estar caliente.

Ella hizo un sonido de excitación mientras entraba en el abrazo de su marido.

—Siempre estás caliente, — le dijo él.

—Uno de estos días, esos hijos de puta envidiosos se van a encontrar sin ojos.

Las bromas golpearon en el alma de Nik, cortando su corazón con una hoja dentada.

Él podría tener eso, con Mikayla. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo antes de que el trabajo, sus responsabilidades, rompieran su relación? ¿Cuánto tiempo antes de que ella decidiera que necesitaba un amante?... Ese pensamiento se rompió.

No, si Mikayla hacia los votos, los respetaría. Pero el amor decaía cuando no se alimentaba. Él no era libre. Las Fuerzas Especiales todavía tenían dos años más de su vida y las misiones a menudo eran viajes cercanos al suicidio.

Si él y Mikayla tenían un hijo, si un enemigo encontraba a Mikayla, si ella rompía con Nik, si descubría quién y qué era realmente, si ella necesitaba más de lo que podía dar…

Si... Demasiados “si”. Tantos que sabía que no había nada que hacer al final de la carretera, salvo caminar en la otra dirección.

Mientras Nik entraba en la cocina, su mirada se dirigió hacia ella. Estaba tan pálida como Ian dijo que estaba y parecía cansada. Necesitaba dormir en lugar de tratar con esto. Necesitaba estar haciendo sus vestidos más que temer por su vida.

Necesitaba apoyarse contra el cuerpo de Nik donde él sabía que estaría a salvo.

La mirada de Mikayla se levantó hacia él cuando entró en la habitación, sus inusuales ojos dilatados con deseo y dolor. Incluso después de que la había hecho daño, la hizo llorar, todavía le quería.

Una necesidad dolorosa e intensa, una desesperación casi furiosa los ensombrecía ahora.

Maldita sea, estaba atándose a él. Se estaba enamorando de él, si no lo estaba ya. Hacer frente a ese conocimiento era algo que encontró más difícil que enfrentarse a terroristas. Enfrentarse a la ávida necesidad que podía sentir dentro de ella era como enfrentarse a una bomba. Nuclear. Con el potencial de destruir mas que su salud mental. Tenía el potencial de destruir su alma misma.

—Ahora que estás feliz con tus vestidos, volveremos al hotel. — Ian sonrió a su esposa como si fuera la pequeña mariposa social que pretendía ser. La verdad era que Kira Richards era probablemente tan peligrosa como su marido. En algunos aspectos, más aún, porque un hombre no se lo podría esperar viniendo de ella.

—Estoy lista, — la mirada de Kira se volvió hacia Nik.

—Cuida de ella, Nik. Tengo el presentimiento de que ella y yo vamos a ser muy buenas amigas.

Esa declaración fue suficiente para enviar estremecimientos de alarma dispersándose por su columna, pero él asintió de todos modos. Retuvo el conocimiento de la

declaración de Kira de que él siempre tendría un vínculo con Mikayla. Kira se mantendría en contacto con ella. Ella mantendría a Mikayla a salvo.

Aunque eso no le ayudaría a dormir por la noche.

Más tarde, sosteniendo a Mikayla en las horas de oscuridad, Nik pasaba su mano por su espalda, sobre el ligero camisón sin mangas que llevaba, mientras sus ojos se cerraban en agonía.

Hubo algunas veces, en los últimos diez años, que se había permitido recordar el hecho de que una vez había amado a su difunta esposa. Que había confiado en ella, reído con ella. Que se había acostado en la cama y soñado con el futuro que habrían tenido juntos.

Pero no había sido lo mismo, admitió Nik. Siempre había una parte de él que se había preguntado si la aventura de su mujer con Anton había estado totalmente muerta.

Anton Vileski.

Nik apretó la mandíbula. Ella había estado durmiendo con Anton antes de que Nik la conociera, per él no se había enterado de esa relación hasta después de su matrimonio. Una relación que supuestamente había terminado antes de que conociera a Nik.

Aunque siempre se lo había preguntado. La había amado más de lo que nunca amó a otra mujer, pero una parte de él siempre había temido que su posición dentro del gobierno federal de Rusia había sido la razón por la que se había casado con él. Que se había casado con él por su amante.

Nik nunca había dudado de que Nicolette fuera suya. Desde el momento de su nacimiento, mirando fijamente sus ojos claros, ojos de color azul claro, había sabido que ese pedacito de humanidad chillona era suya. Y él la había adorado. La había querido.

Y la había perdido.

Bajando aún más su mano, sus dedos se encontraron con la piel desnuda donde el camisón de Mikayla se había subido por encima de sus caderas. Estaba desnuda. No había braguitas cubriéndola, sólo dulce calor, femenina carne.

Los recuerdos de su difunta esposa se retiraron bajo el calor de la piel desnuda de Mikayla. La necesidad de tocarla se hizo más importante que le necesidad de hacer retroceder las desconocidas emociones hacinándose dentro de él.

Aunque esas emociones que estaba encontrando solo amplificaron el placer. Mientras sus dedos se movían sobre la curva de su trasero para encontrar los húmedos y resbaladizos pliegues de su coño, apretaron su pecho, sus músculos, permitiendo a sus terminaciones nerviosas pulsar más cerca de la piel, para experimentar cada uno de los matices de su toque.

Mientras sus dedos se deslizaban sobre los regordetes pliegues, sintió el calor aumentando en su interior. Su polla se puso inmediatamente erecta, pulsando, latiendo con un hambre insaciable, imposible de controlar mientras Mikayla se despertaba lentamente a su lado.

Sin decir una palabra, se inclinó sobre él, levantándose, el pelo cayendo a su alrededor, desplegándose alrededor de su cara, sus labios bajaron hacia él.

Fue un beso adormilado, somnoliento. Uno lleno de lentitud, de hambre y caliente necesidad mientras una delgada pierna se deslizó por encima de sus caderas.

Lo que hizo después le llegó al alma. Levantándose, sus caderas se movieron, se desplazaron hasta que los calientes pliegues de su coño acunaron la hinchada cabeza de su polla.

Cuando ella presionó hacia abajo, el apretado tejido se separó, flexionándose alrededor de la sensible cresta, la

electricidad comenzó a hacer estragos en su cuerpo. Desde la punta de su cabeza hasta los dedos de sus pies, la sensación viajó como llamaradas a través de él. Tronó a través de sus venas. Se agolpó en su pecho.

Su coño agarró su polla como un guante apretado y sensual, ordeñándolo, amándolo. Como la pequeña boca más apretada succionándole profundo y duro, ella le condujo a su interior.

Agarrando sus caderas con las manos, Nik empujó con fuerza contra ella, abriendo los tiernos tejidos cuando gritó encima de él al enterrarse en ella hasta la empuñadura.

Fue rápido, glorioso. Fue un torrente de llamas abrasando su carne cuando él comenzó a impulsarse dentro de ella, conduciéndola rápido y duro en un orgasmo que la tuvo temblando, estremeciéndose contra él.

Cuando sintió su coño latiendo y agarrándole, Nik cedió a su propia necesidad. Cuando su semilla brotó dentro de ella, Mikayla colapsó contra él, respirando fuerte, temblando en sus brazos.

—Te amo, Nik. Te amo mucho. — ella susurró.

—Mucho.

Las palabras explotaron dentro de su cabeza, rompiéndole y arrancó una última reacción tortuosa procedente de su polla. La explosión final de placer saturó sus sentidos mientras que las palabras de Mikayla, habían saturado su alma.

Ella le amaba.

CAPÍTULO 22

¿Realmente había susurrado esas palabras la noche anterior? ¿Le había dicho que le amaba o simplemente había sido otro sueño?

Al día siguiente, mientras Nik y Mikayla entraban en el aparcamiento de Holbrook Constructions, Mikayla luchaba por recordar qué era real y qué era un simple sueño.

No era como si fuese la primera vez que había soñado con follar a Nik, montándole hasta el final mientras ella susurraba su amor por él.

Estaba tensa y nerviosa al pensar que podría haberle revelado ese secreto. Ni siquiera había querido admitirlo a sí misma hasta ahora. Hasta que surgió el peligro de que se atreviera a susurrar esas palabras a Nik.

Seguramente, si las hubiera dicho, él lo habría mencionado. Habría estado enfadado, anormalmente frío o algo. Nik estaba tan decidido a que ella no le amara, a que él no la amara, que seguramente no podría haberlo ignorado.

Aunque estaba actuando igual que siempre. Estaba actuando como si no hubiera pasado nada. Como si nada fuera diferente entre ellos, como si todo fuera igual que la noche anterior.

Mikayla era muy consciente del hecho de que Nik no quería su amor. Así que ¿dónde la dejaba eso?

Por lo menos, estaba con él, pensó con cansancio. Nik no había discutido sobre que le acompañara. Tampoco había sugerido que se escondiera en la tienda. Esa era su sugerencia normal cuando comenzaban cada día.

—Holbrook no es conocido por controlar su temperamento. — Nik la advirtió a medida que avanzaban hacia la entrada.

—Quédate detrás de mí, observa y escucha. Si se te ocurre algo, entonces consigue mi atención y lo discutiremos donde él no pueda oírlo. No vamos a darle la oportunidad de que nos lleve ventaja.

—¿Alguna vez he metido la pata? — preguntó ella.

—Nunca. — Su sorprendente admisión prácticamente casi hizo que se detuviera sorprendida.

Agarrando la puerta, Nik la abrió y entró antes de atraerla hacia él. Con su mano en la parte baja de su espalda, se dirigieron hacia el escritorio de la recepcionista.

La joven vestida con vaqueros azules, que estaba sentada detrás del escritorio, levantó la mirada del videojuego del ordenador, sus ojos marrones se ensancharon mientras miraba a Nik con recelo.

La pequeña placa sobre el escritorio indicaba “Tabitha Holbrook”. El nepotismo no siempre compensa. Entonces la chica hizo una mueca de disgusto cuando le devolvió la mirada a Nik.

Eso sorprendió a Mikayla. Había estado en el edificio de oficinas de Maddix Nelson varias veces y nunca había visto esto.

—¿Qué quieres? — la voz de la recepcionista chirrió.

Mikayla casi dio un respingo ante la total falta de protocolo.

—Nik Steele. Estoy aquí para ver a Reed Holbrook, — Nik informó a la recepcionista, su voz oscura y áspera tan casual como Mikayla nunca la había oído.

Era obvio que estaba intentando no asustar a la joven.

La recepcionista presionó un botón en el teclado de la centralita antes de hablar por el auricular que llevaba.

—Sí, uh, hay un Nik Steele aquí para ver a tío Reed…. — Ella parpadeó hacia Nik mientras la persona en la línea obviamente hablaba.

Mikayla podía haber jurado que se había puesto pálida.

—¿Quieres que yo haga qué? — ella siseó mientras agachaba su cabeza.

—Mira, si quieres decirle eso, díselo tú. Yo no. Da miedo.

Mikayla miró a Nik, notó su ceño fruncido y ocultó una sonrisa. En realidad, ella pensaba que estaba condenadamente sexy.

—Que se lo digas tú... — Tabitha repitió.

Nik se inclinó hacia delante, colocó sus manos planas sobre el escritorio y Mikayla estuvo a punto de reír cuando él frunció el ceño a la recepcionista, haciendo que saltara hacia atrás de miedo.

—Holbrook. Ahora. Dígale que el Senador Stanton le advierte que lo mejor para él es hablar con nosotros. — Puro dominio masculino transformó a Nik.

Se reflejaba en su cara y en su voz.

Pura arrogancia. Una fuerza de la naturaleza. Perderle iba a matar a Mikayla, pero lo que estaba aprendiendo de él nunca lo olvidaría. Determinación, arrogancia. Y cómo demostrar más ira de la que ella podría haber imaginado que tendría que afrontar.

Nik usó el nombre del senador, una tarjeta de visita que había pensado no utilizar para esta reunión. El senador había dejado un mensaje en el teléfono de Nik esa mañana sobre que su nombre podría conseguir que Nik viese a Holbrook, si nada más lo conseguía.

Stanton formaba parte de la organización que había creado las Fuerzas Especiales. Aunque su participación no era conocida fuera del grupo secreto de agentes, su poder iba aún mucho más lejos.

Nik todavía estaba mirando el miedo en los ojos de Tabitha Holbrook cuando las puertas a su espalda se abrieron.

La secretaria personal de Reed Holbrook, Arlene Dayton, estaba agobiada. El pelo negro y gris que le llegaba a la altura de los hombros estaba despeinado, los oscuros ojos grises estaban llenos de irritación mientras sus labios excesivamente pintados de rojo se afinaron y mantenían una línea de enojo.

La señorita Dayton no tenía nada que ver con Alison Chenkins, la secretaria personal de Maddix Nelson. Era evidente que no había profesionalismo aquí, no existía un protocolo comercial.

—Señor Steele. — El tono de Arlene Dayton estaba tan agobiado como su aspecto.

—El señor Holbrook tiene una agenda muy apretada pero puede darle cinco minutos si me acompaña.

Nik se enderezó y se volvió hacia Mikayla, su mano alcanzándola. Ella no dudó en tomarla. El movimiento apretó el pecho de Nik mientras luchaba contra la reacción y las emociones resultantes que aumentaron en su interior.

La secretaria personal los llevó a través de otra habitación y luego a la oficina de Reed Holbrook.

Abriendo las puertas, se hizo a un lado mientras ellos entraban.

Holbrook permanecía detrás de su escritorio, su escarpado rostro y ancha barba en forma de perilla le daban una apariencia cruel. Aquí no había ninguna apariencia de orden, eso era condenadamente cierto.

—Les ofrecería una copa, — Holbrook se burló, — pero exactamente no les invité a venir.

—Oh, está bien, Reed, — Nik contestó.

—En primer lugar, lo que buscaba no era exactamente una copa.

Nik se colocó justo delante de Mikayla mientras Reed les gruñía cuando tomaron asiento frente al escritorio.

—No tengo jodido tiempo para tratar con esto, — Reed saltó con furia mientras se echaba hacia atrás en su asiento.

—Pero hizo tiempo para reunirse con Eddie Foreman sobre el proyecto de construcción de Nelson el día que murió. Ahora puede hacer tiempo para discutirlo conmigo.

Reed hizo rodas sus ojos.

—¿Y qué? El pequeño hijo de puta juró que la espera haría que valiera la pena. No mereció la pena, así que me fui. No intente culparme de las acciones de Nelson. Yo no maté a Eddie.

—¿Cómo iba a hacer que su tiempo valiera la pena, Reed?, — preguntó Nik con una mueca de curiosidad.

—¿Qué tenía Eddie que pensaba que podría querer?

—Dijo que tenía cierta información, pruebas de que Nelson estaba usando materiales de mala calidad para un proyecto. Quería dinero por las prueba pero no tenía una mierda. Me fui.

Nik arqueó una ceja.

—¿Sólo quería dinero?¿Tenía algún problema con Nelson?

—El pequeño hijo de puta siempre estaba buscando dinero, y siempre estaba un punto débil con el que pudiera engañar a cualquiera.

—Suena como si le conociera bien, — Nik contestó, observando la astucia y el temperamento que brillaba en la mirada de Reed.

—Suficiente, — contestó Reed.

—Pero no tanto como usted desea adjudicarme. Ahora, si esto es todo, tengo una reunión a la que asistir.

Reed se puso en pie, mirando de nuevo a Nik mientras él y Mikayla se levantaban.

—Dígame, Reed, ¿sus socios comerciales, sus hermanos, saben que varios de sus proyectos están respaldados por un conocido criminal?

La sonrisa de Reed fue lenta, una fría sonrisa de tiburón que reflejaba puro triunfo.

—Fue idea de ellos, señor Steele, — él entonces se volvió hacia Mikayla.

—Señorita Martin, hágase una pregunta, — ordenó Reed mientras Nik daba un paso atrás para permitir que Mikayla pasase por delante de él

—¿Y cuál es? — preguntó ella.

—¿Por qué un mercenario de Maddix Nelson, una persona que él ha contratado, querría ayudar a la mujer por la que fue contratado y que debe demostrar que es una mentirosa?¿Piensa que acostándose con él le convencerá para que abandone el trabajo que aceptó?

—Acostarse conmigo no le haría abandonar nada, — dijo Mikayla suavemente antes de apartarse y dirigirse hacia la puerta.

El silencio que llenó la habitación estaba cargado de recriminaciones y de furia cuando Nik se volvió hacia Reed Holbrook.

—Vigile su espalda, — aconsejó Nik al otro hombre suavemente.

—De forma muy concienzuda, con mucho cuidado, Holbrook, vigile su espalda.

Nik sabía que nunca había pedido estar en sintonía con los sentimiento de otro. Era algo que no hubiera querido si se lo hubieran ofrecido. Pero, de repente, se encontró en sintonía. Compenetrado y dolorido porque sabía que habían herido a Mikayla.

Reed Holbrook había lastimado su corazón con su pregunta.

Los dedos de Nik se apretaron alrededor del volante. Estaba tan jodidamente cansado de observar a otros hombres diezmar a esta pequeña mujer. Tranquila, suave, compuesta. Mikayla, con toda su fuerza y determinación, no había arremetido contra Holbrook. Había levantado su testaruda barbilla, entrecerrado sus ojos y pronunciado su despedida sin autocompasión ni lágrimas.

—Podemos decir que todos los rumores sobre Reed Holbrook son verdad. — comentó ella.

—No es una persona muy agradable, ¿verdad?

Un hilo de compungida diversión en la voz de Mikayla hizo que Nik la mirara antes de acceder a la transitada carretera interestatal en la que se encontraban.

Su voz era divertida, pero él vio sus ojos. Estaban dolidos.

—Yo podría usar un lenguaje más fuerte, — gruñó Nik.

—Entonces, ¿qué es exactamente lo que sabemos, además del hecho de que es grosero, arrogante y feo?

Nik casi se rió con la descripción.

—Sabemos que, definitivamente, está involucrado con Kefler y que Kefler estaba involucrado con Eddie. Estamos estrechando los denominadores comunes que relacionan a varias personas.

—¿Pero están relacionados con Maddix? — ella suspiró.

—Maddix tiene vínculos con todo el mundo menos con Kefler. Si Eddie estaba trabajando para Holbrook, o Kefler, para sabotear la obra, entonces los retrasos habrían sido una gran pérdida de dinero para Maddix, así como para aquellos que se han aliado con él. Sus coartadas también tienes intereses, de una forma o de otra, en esa obra o en otras que Maddix posee. Una vez que consigamos los informes financieros que he solicitado y estudie con más detalle las actividades empresariales de Maddix, entonces tendré más información.

—¿Te pagó Maddix Nelson para hacerme parecer una mentirosa?

Nik había esperado la pregunta. Sabía que iba a venir.

—Maddix me pagó doscientos ochenta mil dólares para averiguar por qué estabas determinada a convencer a todo el mundo de que él cometió un asesinato, — le contestó Nik.

—No me contrataron para hacer que quedaras como una mentirosa, Mikayla. Me contrataron para averiguar por qué estabas intentando hacer que Maddix pareciera un asesino.

—Porque lo es, — dijo ella penosamente.

—Entonces, él se equivocó y gastó un infierno de dinero a cambio de nada. Porque te lo prometo, si él mató a Eddie Foreman, entonces pagará. Por nada más, tendrá que pagar por atreverse a arrastrarte en esto y poner tu vida en peligro.

—¿Qué es lo siguiente, entonces?¿Dónde vamos desde aquí?

La mandíbula de Nik se tensó. Su siguiente curso de acción era uno que odiaba hacer porque sabía que no había forma en el infierno de que pudiera mantener a Mikayla fuera del asunto.

—Kefler. A continuación, vamos a hablar con Kefler.

Y Nik se encargó de concertar esa cita rápidamente, pensó Mikayla mientras tomaban la salida hacia Hagerstown. Martin Kefler les estaba esperando en su oficina privada. De acuerdo con Nik, Kefler aseguró que no había ninguna posibilidad de rechazar una petición de la mujer de la que su novia hablaba tan bien.

Era evidente que Nik no estaba feliz de llevar a Mikayla. Su expresión era dura, su mirada tan gélida que era brutal. Se había distanciado completamente de ella. Se sentía como si estuviera sentada en el camión sola, el hombre que lo conducía ahora no era más que un robot.

—¿Por qué? — Mikayla preguntó mientras giraban hacia la salida.

—¿Por qué no me quieres contigo, Nik?

Su mandíbula pareció tensarse aún más.

—No comprendes el peligro, — contestó él, su voz ronca más oscura, más dura que nunca mientras sus manos se tensaron alrededor del volante.

—Explícamelo. Quiero entenderlo, Nik. Entonces, cuando te hayas ido, lo sabré.

Nik se quedó en silencio durante largos segundos. Después el músculo de su mandíbula latió antes de mirarla con ojos llenos de sombras.

—Hace mucho tiempo, — Nik contestó con calma, — estuve casado, Mikayla. Tenía una mujer y una hija.

Su voz resonó con dolor.

—Amabas a tu mujer. — La voz de Mikayla tembló con el conocimiento de que alguien más había tenido su corazón y se lo había roto.

—La amaba. — Su voz era distante, marcada con dolor.

—Pero mi hija, Nicolette, era mi vida. Me cautivó desde el momento de su nacimiento. — Una compungida sonrisa tiró de sus labios durante un segundo.

—Mi mujer no me amaba a mí ni a nuestra hija como yo las amaba, — Nik suspiró.

—Su asociación con un conocido criminal provocó sus muertes.

Nik no estaba mirando a Mikayla, pero ella podía ver la agonía contra la que luchaba para mantener su expresión.

—Perderlas de la manera en que lo hice casi me destruyó, Mikayla. Cuando mi hija fue asesinada mi cuerpo perdió pedazos de mi alma. — Nik paró ante la luz roja de un semáforo y le devolvió la mirada.

—Si yo te perdiera de esa forma, no me quedaría nada para continuar luchando. No me quedaría nada para exigir venganza o para seguir respirando. Eres una luminosa pieza de inocencia que el mundo nunca debería perder. Una parte que sé que siempre brillará durante la noche. ¿Y tú quieres que arriesgue eso de forma tan arrogante?

Nik apartó la mirada de ella y cuando la luz cambió a verde, arrancó. Pero la tensión en el aire solo se hizo más densa, solo se hizo más pesada, con el dolor que Nik mantuvo encerrado en su interior.

—Un día, saldrás de mi vida, — dijo ella, sintiendo como si se ahogara con el dolor de la partida por venir.

—No me arrastraré por las esquinas cuando te hayas ido y no puedo acobardarme ahora. Pero no soy estúpida,

tampoco. Aprendo todo lo que puedo y me quedaré atrás cuando deba hacerlo. Pero no voy a esconderme, Nik. Si me escondo de mi vida, entonces la falta de ella me matará.

Era tan difícil hacérselo comprender, era tan duro encontrar las palabras para expresar cómo se sentía. Que ella quería, necesitaba probarle que no estaba indefensa, simplemente no tenía entrenamiento. Que era una mujer en la que podía confiar, a quien no tenía que proteger de todos los pequeños tropezones de la vida.

Aunque una parte de ella pensaba que si podía demostrárselo, entonces quizá, solo quizá, no se iría cuando esto acabase.

—En este caso, vivir puede matarte, — declaró él con amargura mientras le daba una dura y breve mirada.

—Y tú esperas que viva con eso en mi conciencia.

Y no serviría de nada que ella le dijera que él no podía aceptar la culpa.

Mikayla luchó por contener las lágrimas.

—Llévame a casa. — Ella miraba fijamente hacia delante.

—O a la tienda. Te esperaré allí.

Nik casi cerró los ojos con alivio. No estaba enfadada, no estaba amenazando. Puede que empezara a comprender lo que él no podía poner en palabras. Lo que le pasaría a él si la perdiese por su determinación en acompañarle.

Martin Kefler era igual que Anton Vileski, el amante que había tenido su difunta esposa, Tatyiana, hacía tanto tiempo. Un criminal de tres al cuarto con una organización que le respaldaba. Kefler era doblemente peligroso por el hecho de que no tenía el poder o el pleno respaldo de la mafia de la que procedía. Anton no lo había tenido tampoco.

Mikayla no tenía por qué estar cerca de ellos, no pintaba nada en esta investigación.

Nik dio la vuelta y regresó a la casa de Mikayla después de hacer una llamada rápida a Ian. Tampoco quería dejarla sola. Estaba más segura en casa con Kira e Ian velando por ella que si estuviera con Nik en la casa de Kefler.

Entrando en el camino de acceso, Nik vio el coche de Kira e Ian en el camino y silenciosamente envió al cielo un gracias por la lealtad incondicional que Richards mostraba a las Fuerzas Especiales. No era una misión formal. El hombre podría haber dado la espalda a Nik.

Mikayla no habló mientras ella y Nik se dirigieron desde el vehículo hasta el frente del porche, donde la otra pareja esperaba.

Nik notó que Mikayla evitaba los ojos de los otros dos, la forma en que mantenía su mirada al frente mientras él abría la puerta. Ian y él entraron primero, el otro hombre cubriendo parte de la casa mientras Nik examinaba el resto.

Intentó escuchar cualquier conversación entre Mikayla y Kira y no oyó nada. Mikayla se había encerrado en sí misma después de pedirle que la llevara a casa y Nik no podía pensar en nada más que en su advertencia de que algo vital entre ellos podría destruirse si iba a hablar con Martin sin ella.

Lo que Mikayla no podía entender, lo que no quería entender, era que no podía haber nada duradero entre ella y Nik.

Él había renunciado a su vida y no lo había hecho tan a la ligera. El hecho de que en dos años terminaría el contrato con las Fuerzas Especiales, no significaba que desapareciera la identidad que las Fuerzas Especiales habían creado. Esa identidad nunca desaparecería y siempre tendría enemigos por su causa. Enemigos más mortales de lo que Martin Kefler

podría esperar ser. Enemigos de los que Nik nunca podría escapar totalmente.

Mientras Kira atravesaba la sala para reunirse con su marido, Nik se acercó a Mikayla.

—Kira va a quedarse contigo, — dijo a Mikayla mientras ella levantaba su mirada sombría para encontrarse con la suya.

—Está completamente cualificada para protegerte.

Mikayla sacudió su cabeza y Nik supo que tenía que dejarlo. No quería oír nada sobre protección. No quería oír sobre que iba a irse sin ella.

—Ten cuidado, — susurró ella mientras su mano se alzaba y sedosos dedos tocaban la mejilla de Nik.

—Si algo te sucediera por mi culpa, entonces no habría ninguna diferencia.

No sería diferente a lo que le pasaría a él si la perdiera.

La afirmación estaba sin terminar, pero bien entendida.

Nik quería hacer mucho más, pero en lugar de hacer lo que quería, lo que necesitaba, hizo un gesto con la cabeza y salió por la puerta hacia el porche delantero.

Esperó y, en menos de un minuto, Ian le siguió, cerrando la puerta detrás de él.

Nik se quedó mirando el horizonte cada vez más oscuro, luchando contra el irresistible impulso de dar la vuelta, de recuperar a su mujer y llevarla con él.

Posesivo. Era ese centro de posesión dominante que Mikayla había despertado en él. Nik no tenía ni idea de que existiera y ahora no tenía ni idea de qué infiernos hacer con ello.

—¿Sabes lo que estás haciendo, hermano? — preguntó Ian al acercarse al lado de Nik

—¿Hermano? — Nik levantó sus cejas.

Escuchar esa palabra viniendo de un hombre de cuarenta años era condenadamente extraño.

Ian sonrió.

—Señor Steele, ¿sabes lo que estás haciendo a mi amigo? — Ian se corrigió.

—No.

Nik podía ser honesto al respecto.

—No tengo ni la menor maldita idea.

Bajando los escalones, se dirigió rápidamente hacia el camión mientras Ian le seguía detrás.

—Creo que, si fuera tú, lo averiguaría, — dijo Ian mientras se movía hacia el asiento del pasajero.

—Te estás alejando de una condenada buena mujer.

—Cierra el pico, Ian, — Nik le ordenó brevemente, saliendo marcha atrás y acelerando calle abajo.

—Ahora, ese es el agradecimiento que recibo, — Ian arrastró las palabras con diversión.

—Cuando saques la cabeza de tu trasero y te des cuenta de lo que estás arriesgando, házmelo saber. Podrías volverte lo bastante inteligente a tiempo para no perderla o puede que no.

Nik le disparó una mirada al otro hombre.

—Eso no es posible. No voy a arriesgarla.

—No eres el primer agente de las Fuerzas Especiales que se enamora, ni serás el último, — le informó Ian.

—Hasta ahora he visto enamorarse a cuatro de vuestro grupo y también estaré aquí para observar cómo tu comandante cae luchando. La protección de tu mujer no es tu problema. Lo es la protección de tu corazón.

Nik de repente frenó el camión en medio de la calle antes de volverse hacia el otro hombre.

—Lárgate o cierra el pico.

Ian se rió entre dientes a la vez que se encogía de hombros.

—Es tu funeral, amigo mío. Sigue conduciendo. No diré nada más.

Su funeral. Joder, nunca se había sentido más vivo en su vida como cuando estaba con Mikayla. Solo estando ella en el camión con él era suficiente para hacerle feliz, en la cima de una sobrecarga sensorial que no tenía jodido sentido.

Acelerando de nuevo, luchó para bloquear a Ian, para calmarse y para alejar el arrepentimiento que pesaba sobre él. Si Mikayla estuviera allí con él, el mundo se sentiría más brillante, más ligero. Se sentiría más fortalecido.

Él se sentiría más fortalecido

Había estado muerto por dentro durante tanto tiempo que volver a vivir de nuevo era malditamente doloroso. Eso era exactamente lo que sentía, como si estuviera volviendo a la jodida vida.

Cuando Ian y Nik recorrieron los 400 metros del camino de acceso que llevaba a la mansión de tres plantas de Martin Kefler, la majestuosa casa de piedra rojiza parecía demasiado distinguida, demasiado aristocrática, para el hombre que Nik sabía que era Martin Kefler.

Mientras aparcaban, las dobles puertas principales se abrieron y dos guardaespaldas vestidos de negro salieron al rellano.

—Tenemos un comité de bienvenida, — murmuró Ian.

Joder, Nik estaba contento de haber dejado a Mikayla en casa.

—Señor Steele, el señor Kefler está esperando dentro. ¿Podría darnos las armas, por favor?

Uno de los guardaespaldas tendió su mano de forma despótica.

—Estoy desarmado, — Nik levantó los brazos mientras el otro guardaespaldas sacó un detector de metales y comenzó a pasarlo a lo largo de todo el contorno de su cuerpo.

Había dejado sus armas en el camión. Kefler era peligroso, pero no tan peligroso como un agente de las Fuerzas Especiales y uno de los SEALs más peligrosos que América había creado.

Satisfechos de que no llevaban armas, los guardaespaldas se apartaron mientras Nik e Ian entraban en el vestíbulo con el suelo de mármol, lujosamente decorado.

Fueron escoltados a través de la casa hasta la oficina que podría haber pertenecido a cualquiera de los más importantes CEO del mundo.

—Maldita sea, y nos dicen que el crimen no es rentable, Nik, — Ian comentó burlonamente mientras las puertas se cerraban detrás de ellos, dejándolos solos en la oficina con un hijo ilegítimo de uno de los más peligrosos jefes de la mafia americana.

—Señor Richards, — Kefler se puso en pie, sus penetrantes ojos de color avellana mirando fijamente detrás de un rostro imperioso.

—Debo decir que hace justicia a su padre en su porte así como en su insolencia.

—Bueno, ya sabe lo que dicen, la sangre llama, — Ian bromeó sarcásticamente, aunque Nik era muy consciente del hecho de que el padre de Ian, un ex señor de la droga colombiano, era una llaga abierta para el otro hombre.

—Eso dicen. — Las cejas de Kefler se arquearon mientras tiraba del costoso cinturón de piel que sujetaban los pantalones gris oscuros a su cintura.

Subiéndose las largas mangas de la camisa blanca de seda sobre sus brazos, Kefler sonrió antes de indicar a continuación las sillas frente a su escritorio.

—Tomen asiento, amigos. Debo decir que me siento más que privilegiado por estar sentado en tan augusta compañía. El hijo de quizás uno de los señores de la droga más letales de Colombia y un mercenario de tendencias tan sanguinarias que incluso podría darme unos momentos incómodos.

Nik gruñó ante la burla.

—Debo decir, — continuó Kefler, — que me complace saber que no trajeron a la señorita Martin. Su reputación es algo que envidiaría cualquier mujer. Un viaje aquí, quizás la mancillaría.

Su auto desprecio curvó sus labios antes de mirarlos de nuevo.

—¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Como estoy seguro que ya sabe, estoy investigando la muerte de Eddie Foreman, — le dijo Nik.

—Eso he oído. — Kefler asintió, su expresión volviéndose seria.

—Igual que he oído que la señorita Martin ha sido amenazada en varias ocasiones. Eloise se sintió afligida al

enterarse. Tanto es así que yo mismo he estado tratando de obtener alguna información sobre el problema.

Nik arqueó una ceja.

—¿Y se enteró de algo?

Los labios de Kefler se torcieron en una sonrisa.

—No mucho, me temo.

Nik le devolvió la mirada.

—Parece que yo me he enterado de algunas cosas. Cosas como el hecho de que Eddie le debía un montón de dinero y que no estaba pagando.

Kefler parpadeó hacia Nik.

—Una pequeña cantidad, — admitió él.

—Debo decir que algunos de mis hombres estaban buscándole cuando nos enteramos de que había sido asesinado.

—¿Estuvo detrás del asesinato? — preguntó Nik sin rodeos. Con un hombre como Kefler, la sutileza no era siempre la respuesta adecuada.

Kefler sacudió su cabeza con una mueca.

—Si le hubiera cogido, le habría golpeado un poco, ya sabe. Le habría hecho daño. Para mí era inútil muerto.

—Tal vez fuera una inversión para enseñar a otros a que paguen a tiempo, — sugirió Nik.

—Qué va, su novia, ella sí que sería una inversión. Un Eddie muerto sólo era dinero fuera de mi bolsillo. Matarle sería como cortar mis propias muñecas. Además, ¿la señorita Martin no presenció el asesinato? Me parece que ella es de la opinión de que otra persona le mató.

Nik ignoró la referencia.

—¿Y sobre Reed Holbrook?, entiendo que los dos están trabajando juntos en ciertas aventuras de negocios.

La mirada de Kefler se estrechó en él.

—¿Y qué le importa , señor Steele?

—Estamos hablando sobre Eddie y su conexión con él, Kefler, no de mí, — Nik le recordó.

Kefler se echó a reír.

—Qué bien que a mi amorcito le guste la tuya, de lo contrario tendría que matarle.

Nik ignoró eso también.

—¿Eddie estaba intentando vender información a Holbrook o sabotear la obra de Nelson por orden suya?

La mirada de Kefler reflejó sorpresa.

—No tengo ni idea. Pero, hey, todo el mundo está intentando hacer dinero estos días, ¿cierto? La jodida economía apesta.

—Me parece extraño, Martin, los tres forman un pequeño triángulo muy interesante.

—Sí, ¿no es una mierda? — Martin rió con malicioso humor.

Nik admitió que no estaba llegando a ninguna parte aquí. Cuando lo pensaba detenidamente, el hecho era que todas las pistas volvían de nuevo a Maddix, no conducían a otros.

—Gracias por su tiempo, Martin, y por hacerme perder el mío. — Nik se levantó, observando por el rabillo de sus ojos que Ian seguía su ejemplo.

—Nos vamos ahora.

—Steele. — El otro hombre se levantó lentamente.

—Mire, dejando toda esta mierda a un lado, mi amor me pidió ayuda aquí. A ella le gusta la señorita Martin más de lo que debería y yo trato de agradarla siempre que puedo. Puedo decirle esto: está persiguiendo sombras. Los rumores de la calle son confusos. La historia más extraña que he escuchado hasta ahora es que quien mató a Eddie Foreman no fue Maddix Nelson, pero aún fue Maddix Nelson. Y eso procede de un adicto al crac con más drogas en sus venas que sangre. Sin embargo, téngalo en cuenta.

Lo consideraría. Una tonta historia de un drogadicto que amaba sus drogas más de lo que amaba su vida.

Asintiendo con la cabeza bruscamente, Nik se giró y seguido por Ian, salió de la casa.

Por este lado, no había más respuestas que encontrar, porque las que Nik había desenterrado hasta ahora seguían llevándole en una dirección.

—¿Ahora, qué? — preguntó Ian mientras salían de la mansión de regreso hacia Mikayla.

—Ahora, encuentro a Maddix.

CAPÍTULO 23

En la casa, Mikayla pasó el tiempo en el cuarto de costura con Kira sentada en silencio en el sofá, frente a la mesa de trabajo. Trabajaba, intentando mantener su mente fuera del hecho de que Nik no estaba allí con ella. Que ella no estaba con él.

¿Qué estaría descubriendo? se preguntaba. ¿Martin Kefler sabría algo que pudiera haber ayudado?

—¿Echas de menos estar en la tienda todos los días? — Kira finalmente preguntó mientras se sacudía el pelo negro y espeso de la cara y observaba a Mikayla con serenos ojos grises.

—Lo echo de menos, — admitió ella. Y lo hacía.

—Una vez que esto acabe, puedo volver.

—¿Se acabará alguna vez, Mikayla? — preguntó Kira entonces.

—¿Piensas que tu vida volverá a ser cómo era?

—No.

La vida no podría ser la misma, nunca podría ser tan buena una vez que esto acabase, porque Nik se iría.

—Dejarle ir es difícil, — Kira dijo suavemente.

Y lo era. Mikayla había dado el primer paso para dejarle ir esta noche y había sabido exactamente lo que estaba haciendo. Le estaba dando el resto de la distancia que él necesitaba para alejarse completamente de ella.

—Le amas, — dijo Kira entonces.

Mirándola, Mikayla vio la comprensión en la mirada de la otra mujer, así como la compasión.

—¿Importa? — por fin Mikayla suspiró profundamente mientras colocaba el borde del material y lo sujetaba con alfileres en su lugar.

—Si no se reconoce el amor, ¿todavía existe?

—Por supuesto que sí, — dijo Kira gentilmente.

—Siempre y cuando una persona ame, Mikayla, entonces siempre existe. El que no se reconozca, no hace que no exista.

Mikayla sacudió la cabeza.

—Ya no importará cuando se haya ido, — dijo ella dolorosamente.

—¿Crees que alguna vez se acordará de mí, Kira? ¿Qué mirará al pasado y sabrá lo que dejó atrás?

Mikayla observó mientras la otra mujer se inclinaba hacia delante con lentitud, sus brazos doblados sobre la parte superior de sus rodillas.

—No lo sé, Mikayla. Lo que sí sé es que Nik lleva una vida muy peligrosa y muy solitaria. Creo que esos recuerdos serían algo que no podría olvidar, especialmente durante los tiempos difíciles a los que se enfrenta.

—¿Es un mercenario? — Mikayla no estaba completamente segura de lo que era, pero tenía la sensación de que era mucho más de lo que cualquiera quería admitir.

—Algo así, — convino Kira.

—Aunque uno muy especializado. Nik hace que ocurran cosas. Es especialista en armas y en logística. Podría haber sido un excelente comandante si esa fuese el camino que hubiese querido tomar.

—¿Antes de que su mujer e hija muriesen? — Mikayla necesitaba saber tanto sobre él como fuera posible.

Todo lo que pudiera obtener de los pocos que le conocían.

—Incluso entonces, — Kira declaró.

—Siempre he pensado que Nik era un hombre en busca de algo que nunca había tenido. Extraño, aunque cuando lo vi aquí la primera vez, él ya no daba esa impresión.

El corazón de Mikayla se apretó.

—Nik no me ama. Si me amase, Kira, no podría marcharse.

Kira sonrió con la declaración.

—Es raro, pero no le veo marchándose, Mikayla.

Sus labios se abrieron con el comentario para asegurar a la otra mujer que ella ya podía sentirle marchándose cuando, de repente, las luces se apagaron.

Mikayla inmediatamente se tiró al suelo. La habían disparado lo bastante como para permanecer en pie.

—Tengo una linterna, — ella siseó a Kira mientras se apresuraba al cajón de herramientas y sacó dos pequeñas Maglites que tenía a mano para las emergencias.

Kira estaba junto a ella, sus dedos deslizándose sobre una de las linternas.

—¿Tienes un arma? — la voz de la otra mujer era baja, solo Mikayla podía oírla.

—Papá me dio una 22, — sacó la pequeña pistola de seis balas del cajón.

—Bien, infiernos, — Kira suspiró.

—Por lo menos dispara balas. Ahora vamos. Quédate cerca de mí. Vamos a salir por la parte de atrás y movernos hacia mi coche.

—Llama a Nik.

—Los teléfonos están bloqueados. Apreté el botón del pánico al teléfono de Ian en cuanto las luces se apagaron y no recibirá la llamada. Vamos a tener que salir de aquí, después llama una vez que consigamos estar fuera del alcance del inhibidor de señales. Apaga la linterna y quédate cerca. La luz solo nos delatará.

Los ojos de Mikayla iban ajustándose poco a poco a la oscuridad, pero así pudo ver las sombras que parecían cambiar y serpentear por toda la habitación.

Kira estaba tranquila, confiada, como si no fuese más que un juego. Mikayla sabía que era mucho más.

Podía sentir los latidos de su corazón en las sienes mientras su pecho se tensaba, restringiendo su respiración. Estaba a punto de entrar en pánico mientras Kira, permaneciendo agachada, comenzó recorrer el camino hacia la puerta abierta.

Tragando para deshacerse del nudo que tenía en la garganta, Mikayla permaneció cerca de Kira mientras se arrastraban rápidamente a través de la habitación y cruzaban la puerta.

—Ian sabrá algo pronto, — prometió a Mikayla.

—Tenemos un sistema. Mi teléfono envía cada hora una llamada de control al teléfono de Ian, cuando no reciba esa llamada de control, entonces sabrá que hay un problema.

—¿Una llamada de control? — Mikayla se sintió estúpida preguntando.

—Está programada en nuestros teléfonos móviles, como un ordenador. Cada hora, cuando estamos separados, los teléfonos realizan llamadas de control entre ellos de forma automática. Si la señal no llega a uno de los extremos, entonces el teléfono alerta al otro. Es un sistema de seguridad.

Mikayla asintió, a pesar de que tenía tanto sentido como cualquier otra cosa.

Recorriendo la casa por el pequeño vestíbulo hacia la cocina, Mikayla intentó distinguir todo lo que podía o no estar en las sombras. Quienquiera que hubiera logrado cortar la electricidad podría estar esperando en cualquier parte. Sin duda con un arma.

Ahora esto se estaba poniendo ridículo. No era como si alguien creyera que había visto a Maddix matar a Eddie Foreman. ¿Por qué demonios también estaba emperrado en matarla ahora?

Moviéndose hasta las puertas corredizas de cristal, se deslizó detrás de Kira en el borde del marco de la puerta.

—Maldita sea, no tienes cobertura fuera, — Kira maldijo mientras se quedaron mirando al patio trasero y a la terraza abierta iluminados por la luna.

—Nik debería haber arreglado esto para ti.

—Ha estado bastante ocupado, — Mikayla declaró sin aliento.

Ella escuchó un pequeño bufido.

—No lo dudo.

Y un segundo más tarde la puerta comenzó a abrirse.

—Saldremos arrastrándonos, — ordenó Kira.

—Deslízate por el lateral y arrástrate por la terraza hasta el patio. Si podemos llegar al lateral de la casa, entonces tendremos más cobertura hacia el coche.

—Vale. — Sí, eso sonaba como un plan. Todo lo que tenían que hacer era deslizarse sobre la terraza.

—¿Pensé que habías dicho que el frente estaría cubierto?

—Cualquier agresor que se precie tendría ayuda y tendrían todas las salidas cubiertas. Cualquier presa que se precie asume que todas las salidas están cubiertas y toma la mejor línea de defensa.

Mikayla decidiría más tarde si eso tenía algún sentido.

Respirando profundamente, se movió mientras Kira se deslizaba por la puerta, siguiéndola de cerca y manteniéndose lo más agachada posible.

La luna estaba tan brillante como la luz del día mientras Mikayla miraba a la oscuridad desesperadamente, intentando identificar las sombras. Podía sentir el pánico, el terror, creciendo en su interior. No se estaban moviendo por la terraza lo suficientemente rápido. Podía sentirlo.

Estaba tan concentrada en moverse que cuando se astilló la primera grieta de la madera justo a su izquierda, ni siquiera supo de qué se trataba.

—¡Corre! — Kira no se molestó en intentar estar en silencio.

Mikayla sintió la mano de la otra mujer agarrar su brazo, tirando de ella a través de la terraza mientras el sonido plop, plop comenzó a caer contra el lateral de la casa.

Una ventana se hizo añicos sobre sus cabezas mientras llegaban al final de la terraza. Kira la empujó a un lado y de los labios de la otra mujer salía un sonido hueco de dolor y caía sobre el césped.

—Joder. Ian se va a cabrear, — gimió Kira.

Mikayla sabía lo que había ocurrido. Agarrando a la otra mujer, la levantó a pesar de la maldición que salió de los labios de Kira.

La habían disparado. Mikayla podía oler la sangre, lo sintió cuando Kira caía contra ella, su hombro herido presionado contra el brazo de Mikayla.

Luchó para llevar a Kira al lateral de la casa cuando el silencioso sonido de las balas que golpeaban a su alrededor comenzó a enfurecerla. Disparó hacia la oscuridad.

La explosión de la pequeña 22 no era lo suficientemente fuerte para satisfacerla, pero una bala era una bala, ¿no?

Lo dudaba, pero era lo que podía esperar.

No se dio cuenta de que estaba llorando mientras luchaba para arrastrar a Kira por el lateral de la casa. Mikayla no se había dado cuenta de que estaba maldiciendo si no hubiese oído la palabra “joder” salir de sus propios labios.

Llegando a la esquina de la casa, lanzó a Kira al otro lado. Volvieron a caer astillas de madera sobre la cabeza de Mikayla, a su alrededor caían pequeñas astillas de madera mientras se agachaba y luchaba por arrastrar a Kira a sus pies.

—Ese bastardo me ha dado en la pierna, — Kira maldijo, su respiración pesada mientras Mikayla luchaba por recuperar el aliento.

—Al menos tenemos algo de cobertura aquí.

Era bastante poco. Un pequeño cobertizo contra el que se habían escondido. Estaba cubierto por dos lados, dejándolas demasiado expuestas.

—Kira, lo siento, — Mikayla jadeó.

No había forma de salir de esto. Podía sentir el peligro cada vez más cerca, la muerte marcando el mismo aire mientras luchaba por averiguar qué hacer, qué camino tomar.

Las cosas estaban ocurriendo demasiado rápido. No había tenido la oportunidad de hacer demasiadas cosas. No le había dicho a Nik que siempre le esperaría.

—Mikayla. — ella le oyó.

Girándose, le vio. Dos figuras altas y oscuras cruzaban corriendo el patio, con las armas en la mano, mientras a lo lejos se podían oír las sirenas.

Los constantes y silenciosos golpes de las balas contra la casa habían parado. Quien hubiera estado esperando en la oscuridad para encargarse de ella y de Kira como si fueran presas fáciles ahora había desaparecido.

—¡Kira! — de repente Ian estaba al lado de la otra mujer, su voz tranquila, preocupada.

—Dos. Hombro y pierna. — Kira estaba respirando con dificultad.

—Podría necesitar ayuda bastante rápido, Ian.

—La ambulancia está en camino, bebé, — Ian la prometió mientras rasgaba su camisa y comenzaba a aplicar torniquetes alrededor del hombro y muslo de Kira.

Mikayla sintió a Nik a su lado. Ella no se había movido. Sus manos estaban sobre ella, sus ojos mirándola con preocupación.

—¿Se fueron? — ella susurró mientras le miraba.

—No conseguí ver quién era, Nik. Lo siento.

Sus pálidos ojos azules eran como llamas incandescentes en la oscuridad, mientras los destellos de luces comenzaban a llenar la noche y los vecinos comenzaron a salir de las casas.

—Está bien. Yo sí. — Su cara, su voz, era dura como una piedra.

—Vi quién era, Mikayla. Y me ocuparé de esto.

Ella sacudió la cabeza despacio.

—No me dejes de nuevo, Nik. Nosotros nos ocuparemos de esto.

Nik rezó para que el hielo regresase dentro de su alma. Rezó como un hombre roto rogando por la muerte mientras miraba los ojos horrorizados y en shock de Mikayla.

La carrera para llegar hasta ella y Kira una vez que el móvil de Ian había emitido ese duro y agudo pitido en el camión casi había conseguido que los dos se mataran. Nik había atravesado la ciudad como un loco. Todo lo que podía ver era la sangre de Mikayla, todo lo que podía oír eran sus gritos resonando en su cabeza.

Encontrarla viva era la respuesta a sus oraciones. Darse cuenta de cómo muchas de sus barreras contra las emociones estaban destruidas era una pesadilla.

Abrazándola cerca, observó cómo llegaba la policía y la ambulancia. Prepararon a Kira para llevarla al hospital mientras el jefe de policía se acercaba y observaba, su expresión pétrea, cómo frenaba otro coche al otro lado de la calle.

Nik no se sorprendió al ver a su comandante, Jordan Malone, salir del vehículo.

Robert Denover, el investigador de homicidios, permaneció junto a la ambulancia interrogando a Ian mientras Jordan se dirigía hacia ellos. Nik no tenía intención de ser parte de esto. Había visto quién había disparado a Kira, quién había intentado disparar a Mikayla, incluso mientras él e Ian habían salido corriendo del camión, sus propias armas en la mano.

Nik no podía creerlo. Una parte de él había estado seguro, a pesar de la evidencia, que Maddix Nelson no había estado involucrado en nada de esto. Solo un hombre estúpido contrataría a alguien con la reputación de Nik para investigar un asesinato que él había cometido.

Pero había sido Maddix. Había alguien con él, Nik había visto la otra sombra, una figura sin identificar, pero había visto claramente a Maddix.

—No menciones que Ian y yo vimos algo, — Nik advirtió a Mikayla mientras el investigador miraba hacia ellos.

—Tú solo viste sombras y balas, nada más.

Mikayla asintió.

—Eso es todo lo que vi.

Su voz todavía estaba agitada mientras temblaba en los brazos de Nik. Nunca debería haberla dejado, Nik admitió. Habría estado mucho mejor protegida con él que sin él. Debería haber sabido que esto podría ocurrir. Había permitido que tanto la mujer de Ian como su propia mujer estuvieran en peligro debido a sus propios miedos.

Debido a su propio conocimiento de que estaba cada vez más cerca de ella. Que dejarla iba a ser mucho más difícil.

Sus brazos se apretaron a su alrededor mientras Jordan se dirigía hacia ellos.

—Necesito respaldo, — Nik dijo a Jordan.

—Mikayla y yo nos vamos a casa de Nelson. Vi a Maddix Nelson aquí esta noche.

La mirada de Jordan se deslizó sobre Mikayla.

—Déjala con Ian.

—No. — las manos de Mikayla se sacudieron, agarrando los brazos de Nik donde estaban cruzados sobre su pecho, abrazándola a él.

—Esta vez no. Voy a ir o le prometo que todo el mundo en esta calle me oirá.

Nik hizo una mueca. Jordan tenía razón: lo mejor que podía hacer era dejar a Mikayla con Ian. Jordan aseguraría su protección, incluso de la policía.

—Nik, déjame aquí y te prometo que me escaparé de él, — la voz de Mikayla estaba ronca por las lágrimas que Nik se negó a ver.

—Tengo derecho a enfrentarme a él. Lo sabes.

—El derecho y la capacidad son dos cosas diferentes, señorita Martin, — Jordan la informó.

—¿Quién coño es usted, de todos modos? — Mikayla espetó, la furia en su voz cogiendo a Nik por sorpresa.

—Usted no me dice qué hacer y qué no hacer. Lo último que escuché es que todavía tengo un padre.

Nik se dio cuenta de la casi divertida mueca en los labios de Jordan mientras volvía la mirada hacia él.

—Ella es demasiado malditamente terca, — Jordan dijo a Nik.

—Esto no va a funcionar.

Nik sacudió la cabeza con cansancio.

—No tenemos más remedio que hacer que funcione. No puedo permitirme el lujo de distraerme en este momento. Ella viene con nosotros.

Y él rezó. Como un hombre moribundo rogando por la salvación, Nik comenzó a rezar.

Mikayla estaba sentada en silencio en el asiento delantero del camión mientras entraban en el camino de acceso de la casa de Nelson varias horas después. Debería tener una sensación de triunfo, pensó mientras contemplaba las brillantes luces de la casa. Al menos, una sensación de satisfacción.

Finalmente, Maddix Nelson sería llevado ante la justicia.

—Mikayla y yo iremos por la puerta principal, — Nik dijo a Ian y a Jordan mientras estaban en el asiento trasero.

—Deslizaros por la parte de atrás y seguidnos. Maddix no sabe que le han visto. No va a esperar problemas si solo nos ve a Mikayla y a mí.

El plan era simple. Él y Mikayla entrarían en la casa. Una vez que viera que Maddix estaba solo, entonces Nik le haría saber que le vio.

Nik había prometido al otro hombre que se vengaría si se enteraba de que él estaba involucrado en esto. Después llamaría a la policía. Aunque primero, Nik se cobraría con creces lo que hizo a Mikayla.

—Desliza esto en la parte trasera de tus vaqueros, — poniendo el seguro en el pequeño revolver que puso en la mano de Mikayla, la miró.

—Mantén tu camisa sobre el arma. Permanece detrás de mí y, si las cosas se ponen feas, dirígete a la salida más cercana. ¿Lo entiendes?

Ella asintió, sus ojos amatista abiertos mientras la excitación enrojecía su cara.

Maldición, esperaba estar seguro sobre esto. Todo apuntaba a que Maddix estaba solo en la casa. No esperaría que Nik y Mikayla fuesen a aparecer si le habían visto. Estaría

con la guardia baja. Eso era todo lo que Nik necesitaba para estar seguro de que Mikayla estaba a salvo.

—Vamos. — Se bajo del camión antes de rodearlo para ayudar a bajar a Mikayla.

Jordan e Ian se deslizaron fuera sin ser vistos, deslizándose en la oscuridad mientras Nik llevaba a Mikayla a la puerta principal.

Las puertas se abrieron cuando se acercaron, un confuso Maddix Nelson les miraba en silencio.

—¿Nik? — él miró a Mikayla.

—Oí que hubo problemas en casa de la señorita Martin.

—Un tirador. — Nik escoltó a Mikayla dentro mientras Maddix se apartaba.

Mikayla miró alrededor del vestíbulo, su mirada buscando, los oídos atentos por cualquier otra persona que pudiera estar allí.

—Vamos a la sala de estar, — dijo Maddix, una nota de confusión todavía en su voz mientras los invitaba a entrar en la habitación.

—¿Hay algo mal?

—Algunas cosas, — Nik declaró mientras se trasladaron a la sala de la televisión de lujo.

—¿Están Glenda y Luke aquí?

Maddix negó con su cabeza mientras se dirigía hacia un bar bien equipado.

—Glenda está fuera con amigos y Luke no ha estado por aquí desde hace uno o dos días. Aparecerá cuando esté sobrio, me imagino, — la pizca de disgusto en la voz de Maddix no fue fingida.

—Entonces ¿estás solo? — preguntó Nik.

Maddix levantó la vista de las bebidas.

—¿Eso es un problema?

—Solo si no estabas aquí cuando Mikayla fue atacada, — Nik dijo fríamente.

—Entonces no tenemos ningún problema, — Maddix se encogió de hombros.

—¿Queréis una copa?

—No, gracias. Estamos bien.

Maddix se preparó la suya mientras Mikayla le observaba. Seguramente habría algún indicio de nerviosismo, otra cosa que no fuera confusión mientras se preparaba su bebida, mirándoles con el ceño fruncido.

—Nik, ¿por qué estáis tú y la señorita Martin aquí? — preguntó por fin mientras se acercaba al suave sofá de cuero de color crema frente a una chimenea apagada y tomaba asiento.

—Voy a asumir que tiene algo que ver con el tiroteo.

Mikayla se quedó cerca de Nik cuando él se desplazó y miró hacia la puerta abierta.

—Te vi allí, Maddix.

Maddix los miró como si no pudiera procesar las palabras de Nik.

—¿Perdona?

—Te vi. — Nik se movió, deslizando la mano a su costado para sacar el arma allí enfundada.

—Yo dejaría el arma ahí si fuera tú, Steele.

Mikayla se dio la vuelta, su corazón en su garganta. Lo único que superaba su miedo era su ira mientras veía a Luke Nelson de pie justo en la puerta, pistola en mano y apuntándoles.

—¿Qué coño está pasando aquí? — Maddix se levantó despacio mientras Mikayla le miraba, sus ojos ampliándose, conmoción y desconcierto marcando su cara. El mismo desconcierto que ella estaba comenzando a sentir.

Maddix actuaba como si fuera inocente. Luke, definitivamente, era culpable de algo, pero, físicamente, no se parecía en nada a su padre. Era imposible que ella o Nik pudieran haberle confundido con Maddix si hubiera sido él el hombre que estuvo en la casa.

—Luke, baja esa maldita arma, — ordenó Maddix duramente.

—¿Qué infiernos te pasa?

La sonrisa de Luke podría haber rivalizado con el frío desdén de la de Nik.

—Eres estúpido por naturaleza, — Luke arrastró las palabras.

—Me di cuenta de eso antes de que mamá se divorciara de ti. Cualquiera pensaría que serías más inteligente con todo el éxito que has tenido con los negocios que el abuelo te dio cuando se retiró.

Los ojos de Maddix se entrecerraron.

—¿Qué has hecho, Luke?

—Digamos que he elegido y me he quedado con el equipo ganador. — Dio un paso hacia atrás y miró hacia la entrada y, un segundo más tarde, Mikayla comprendió bien cómo Maddix Nelson podría estar en dos lugares a la vez.

El hombre que apareció en la puerta era su mismo retrato. Estaba vestido con la misma ropa que llevaba Maddix.

—Buenas noches, señorita Martin, — la saludó, su voz exactamente igual que la de Maddix.

—Parece que mi puntería no es todo lo que debería ser. Aunque si lo fuera, ¿dónde estarían mis testigos? — se echó a reír, un sonido bajo, vil, que envió un escalofrío a través de la espina dorsal de Mikayla.

Era casi imposible de creer. Maddix Nelson no tenía hermanos. ¿Cuántas veces había oído que Maddix Nelson era el único heredero de su padre cuando había tomado las riendas de los negocios? Como si ser hijo único fuera un obstáculo.

A juzgar por la cara de Maddix, la creencia era mutua.

—¿Luke? — Maddix habló a su hijo, pero la confusión y la incredulidad en su voz, eran fuertes.

Luke se rió. Era un sonido burlón, cargado de crueldad.

—Maddix Nelson, te presento a tu hermano gemelo, Floyd Cantwell. ¿Sabías que tu abuelo fue el que tomó la decisión de separaros a los dos en el momento del nacimiento? — La sonrisa de Luke era dura, brutal.

—¿Educar a Floyd sabiendo que era el hijo menor, al que apartó? Entiendo cómo se siente.

Maddix llevó la mirada del hermano al hijo. Mikayla podía ver el desconcierto en la mirada de Maddix, la agonía y el miedo.

—Yo nunca te eché, — susurró Maddix en estado de shock.

—Tú me apartaste por tu primer hijo, esa empresa de mierda que tienes en tanta estima, —Luke gruñó.

—Pero, he decidido que no eres el mejor padre y ahora estoy eligiendo al padre que quiero. Y elijo al nuevo Maddix Nelson.

Maddix estaba pálido, mirando a su hijo como si hubiera perdido el juicio, como si hubiera arrancado el corazón de su padre del pecho. Mikayla no creía haber visto nunca tanto dolor en la cara de alguien en toda su vida.

—Va a ser difícil que salgas de esta, Luke, —sentenció Nik entonces.

—Tú padre no está solo.

Luke sonrió como un maníaco.

—¿Tú crees? Maddix y tú discutieron. Él te disparó a ti y a Mikayla, entonces tú le disparaste y le mataste. Floyd aparecerá entonces como el heredero de los Nelson, ya que mis abuelos me han desheredado tan amablemente y mi padre tiene la intención de nombrar a esa puta de Glenda como su heredera en lugar de a mí.

Maddix negó con su cabeza.

—Era una amenaza. Sólo quería que vieses lo que estabas desperdiciando, — Maddix susurró.

—No tengo otros hijos, Luke.

—Glenda está intentando quedar embarazada, — Luke rabió.

—Esa vaca está intentando quedarse embarazada para que tú puedas deshacerte de mí igual que tu padre apartó a tu hermano.

Maddix miró a su hermano de nuevo y sacudió su cabeza.

—Deberías haber venido a mí, — susurró.

—Yo nunca te hubiera desheredado.

Mikayla observó como Floyd Cantwell sonreía.

—Lo haré, cuando estés muerto. He vivido mi vida a tu sombra, hermano. Y no tengo deseos de vivir allí durante más tiempo.

Mientras Floyd Cantwell entraba más en la habitación, era fácil decir que pensaba que tenía el control. Sus ojos avellana eran escalofriantemente fríos, tan mezquinos como los de Luke, igual de despiadados.

Maddix parecía como si le hubieran golpeado de lleno en su alma. Se quedó mirando al hermano que no sabía que tenía como un hombre poseído, o un hombre hambriento por una conexión.

—¿Lo sabían mis padres? — preguntó Maddix.

Floyd se rió.

—No. De acuerdo con la perra que me crio, tus padres creyeron que había muerto al nacer. Hubo un funeral pequeño, el cuerpo de un niño que realmente había muerto al nacer. Fue realmente muy conmovedor. Eso me dijeron.

—¿Por mi abuelo? — la voz de Maddix era hueca, tan vacía que Mikayla encontró que su corazón se rompía por él.

Era un hombre que se estaba hundiendo poco a poco, por un hijo, un hermano, cuya lealtad debería haber superado su crueldad.

—Por el bueno y viejo abuelo, — Floyd se rió antes de volverse hacia Nik.

—Extraño, te investigué. En realidad, no imaginé que Maddix pudiera satisfacer tu tarifa. Y definitivamente esperaba alguien más eficaz. Has estado más preocupado por ese pedazo de culo barato que por tu trabajo, — afirmó mientras se acercaba a Mikayla.

—Todos tenemos nuestras debilidades.

Mikayla conocía el sonido de la voz de Nik y sabía que ahora él se encontraba en su estado más peligroso. “Ineficaz” no era una palabra que se pudiera aplicar a Nik. Y podía ver por su cara que llamarla a ella pedazo de culo barato, no había sido una buena idea.

—Le dije que debería haber contratado a alguien que supiera lo que estaba haciendo, — Luke resopló.

—¿Treinta y cinco mil dólares? Un buen investigador privado cuesta más que eso.

¿Treinta y cinco mil? Mikayla miró a Maddix. ¿Por qué había mentido?

—La economía apesta, — Maddix declaró.

—Los negocios no son lo que eran.

—Y yo estoy cansado de sufrir por ello, — Luke espetó furioso.

—Vivo en la pobreza porque no sabes cómo gestionar un negocio. Pero yo puedo dar a esa vaca con la que te casaste cualquier cosa que ella desee.

Era una frase habitual. Luke siempre contaba a quien quisiera escuchar cómo su padre se negaba a compartir su riqueza o cómo carecía de dinero a causa de su inteligencia.

Por el motivo que fuera, parecía que Maddix mantuvo a su hijo en la oscuridad sobre todo el dinero que, en realidad, tenía.

—Siento bastante curiosidad por lo que te hace pensar que puedes salirte con la tuya, — Nik declaró.

—Una vez que Maddix esté muerto y Floyd aparezca, la gente va a sospechar sobre lo que ocurrió con el asesinato de Foreman.

—Nadie sospechará nada, — Floyd se rió entre dientes.

—Maddix mató a Eddie. Una vez hecho, voy a terminar plantando las pruebas necesarias. Por supuesto, si Maddix hubiera cooperado en lugar de tener esa reunión de mierda esa noche tan de repente, ahora estaría en prisión y yo sería el propietario de la compañía.

—Alguien delira, — Nik murmuró.

La mirada de Floyd se agudizó con furia, iluminándose de rabia mientras miraba de nuevo a Nik.

—Tú no eres más que un asesino a sueldo sin un arma. Te estaba observando. Dejaste tu arma a tu amigo. Te vi dársela. Luego corrieron hacia aquí. ¿Cómo fuiste tan estúpido?

Estúpido, pensó Mikayla, porque Ian había entregado de nuevo el arma a Nik en el camión.

—¿Tú trataste de incriminarme por el asesinato de Eddie? — la voz de Maddix era suave, desilusionada.

—¿Destruirme?

—Por supuesto. — Floyd se rió.

—Y luego yo te habría incriminado por matar a esta pequeña zorra si ella no hubiera sido tan condenadamente afortunada. La primera vez que la disparé en la obra, una nube se movió y envió un maldito rayo de sol directamente a mis ojos. La segunda vez, se movió en el último segundo, la tercera vez, ese maldito coche se metió en un bache. Luego, el señor Musculitos aquí — señaló a Nik. — logró llegar a ella antes de que Luke pudiera golpearla con tu coche. Tiene más vidas que un jodido gato.

—Podrías haberme dicho que existías, — Maddix sonaba como si estuviera ahogado.

—Te habría dado la bienvenida.

Floyd se burló.

—Que te jodan. Yo era el desecho. Ahora el desecho va a matarte.

Levantó la pistola. En el último segundo, Nik se movió. Mikayla sentía lo que se avecinaba y no podía hacer nada para pararlo.

Nik la empujó al suelo, cayendo con ella mientras disparos comenzaron a sonar a su alrededor. Oyó las maldiciones, enfurecidas y furiosas mientras Nik se movía.

Maddix se tiró al suelo, sus ojos abiertos de terror mientras intentaba arrastrarse por el suelo hacia ella. Una bala acertó en el suelo de madera delante de él, astillando la madera y haciéndole echarse a un lado.

Las luces se apagaron, dejando la habitación completamente a oscuras mientras el caos y las balas se arremolinaban alrededor de Mikayla.

Cuando finalmente reinó el silencio, Mikayla luchó para ver en las sombras, para encontrar a Nik. Todo dentro de ella le exigía que le llamase, que le encontrase.

Poniéndose de rodillas, miró a su alrededor desesperadamente, sintiendo sus labios temblar, el terror arrastrándose por su sistema.

—¡Jodida puta!

No había manera de evitar el brazo que de repente rodeó su cuello, restringiendo su respiración mientras el sonido de la pesada respiración de Luke resonó en su oído.

Al instante, cegadores puntos de luz se centraron en ellos.

—¡Mataré a esta zorra! — Luke gritó las palabras en su oído.

Era Luke. Y ella nunca había visto la pura maldad que existía dentro de él.

—Vas a dejarla ir o te mataré, — la voz de Nik salió de la oscuridad.

—No me obligues a hacerlo, Luke.

—¡Que te jodan, Steele! — su brazo se movió.

Sonó un disparo.

Mikayla sintió que Luke dejaba de moverse, sintió el sobresalto de su cuerpo que indicaba que algo había ocurrido antes de que se escondiera detrás de ella.

Mikayla se quedó de pie en medio de la habitación, su respiración dura, pesada, durante no más de un segundo. Toda una vida. Una eternidad fría y brutal antes de que, de repente, los brazos de Nik estuvieran a su alrededor. La tiró contra su pecho, la abrazó cerca de él y ella podía jurar que le oyó rezar una oración.

CAPÍTULO 24

Luke estaba muerto, al igual que su tío Floyd Cantwell. Los dos hombres no sabían con quién estaban tratando cuando se enfrentaron a Nik. ¿Un mercenario ineficaz? Mikayla no pensaba eso. Mientras observaba, horas más tarde, a los hombres con máscaras negras que llenaron la biblioteca de Nelson, supo que era cualquier cosa menos un mercenario.

Maddix Nelson estaba desplomado en una silla, con la tercera copa de whisky en la mano, lágrimas corrían por sus mejillas sin sentir vergüenza. Había perdido todo en un corto periodo de tiempo. El hermano que no había sabido que tenía, el hijo del que no había conocido su verdadera maldad. Era un hombre luchando por creer en los acontecimientos de esa noche.

El jefe de policía y el detective asignado al caso permanecían cerca de Maddix mientras Glenda estaba a su lado, llorando en silencio por él.

Con todo lo que se decía sobre esa mujer, a ella realmente parecía importarle Maddix.

Sus padres estaban de camino desde Arizona. Solo Dios sabía cómo manejarían la verdad de todo lo que había ocurrido con el niño que creían que había muerto.

Nik estaba con Jordan Malone e Ian Richards en el otro lado de la habitación, hablando con los otros cuatro hombres, todos con máscaras negras y ropa negra. Todos eran altos, de cuerpos duros y ojos duros mientras contemplaban la escena.

Palmeando la espalda de Nik, por turnos, atravesaron las puertas del patio mientras Mikayla observaba, desapareciendo

en la noche mientras Ian y Jordan se dirigieron hacia donde Maddix y la policía estaban sentados.

Nik se dirigió hacia ella.

—Nos vamos, — Nik dijo a Mikayla extendiendo su mano hacia ella.

—Le he dado al investigador tú declaración. Se ha acabado, bebé.

¿Cómo podría haberse acabado realmente cuando se había perdido tanto?

Tomando su mano, ella le permitió que la pusiera de pie, sus brazos envolviéndose a su alrededor mientras la llevaba hacia la puerta.

—Quiero parar en el hospital para ver a Kira, — Mikayla quería llorar hasta que no quedasen más lágrimas en su interior.

—Un amigo ha estado en el hospital, — Nik la contestó.

—Ian comprobó cómo estaba Kira. Está bien. Está descansando y tendrá algunas cicatrices más que añadir a su colección, pero se pondrá bien.

Mikayla asintió con la cabeza. Ya no podía retrasar más lo inevitable.

—¿Vamos a casa entonces?— preguntó ella.

—Vamos a casa. — Nik convino.

Nik la trataba con cuidado, metiéndola en el camión y ayudándola con la hebilla del cinturón de seguridad, ya que las manos de Mikayla temblaban demasiado. No quería ir a casa. No quería ver cómo la dejaba.

Mientras ponía en marcha el camión, Nik tuvo que luchar para detener el miedo que todavía corría a través de su sistema. Ver el brazo de Luke Nelson alrededor del cuello de

Mikayla, esa pistola apuntándola, casi había destruido su alma. Si algo la hubiera ocurrido…

Saliendo del camión, Nik se dirigió al lado del lado del pasajero, abrió la puerta y la ayudó a salir.

Abrazando su cintura con sus manos, casi no la dejó en el suelo. Casi la llevó en brazos hacia la casa, desesperado por mantener sus manos sobre ella.

No lo iba a conseguir.

Nik podía sentirlo. El miedo y el hambre le estaban destrozando, haciéndole imposible aferrarse a su auto control.

Nik no la soltó.

Balanceándola en sus brazos, sintiendo cómo sus manos agarraban sus hombros por la sorpresa, Nik la llevó a la casa. Desbloquear la puerta le llevó unos pocos segundos más. Casi se olvidó de volverla a bloquear mientras Mikayla enterraba la cara en su cuello y él sentía sus lágrimas.

Lágrimas que no había derramado en el apogeo del peligro. Lágrimas que ella no le había permitido ver en el camión.

¿Qué le iba a ocurrir si la perdía?

Nik sabía que nunca sería capaz de sobrevivir si arrancaran a Mikayla de sus brazos.

No la dejó sobre sus pies hasta que llegaron a su habitación. Entonces, él todavía no la puso sobre sus pies. La tumbó de espaldas en la cama y procedió, despacio y fácilmente, a desnudarla antes de desgarrar su propia ropa de su cuerpo.

Tenía que tocarla. Tenía que sentirla.

Ah, Dios.

—Nunca más. — Las palabras salieron de la garganta de Nik mientras se acercaba a ella, sus labios excavando en su cuello.

—Nunca más, bebé. Dios bendito, no volverá a ocurrir otra vez.

No había tiempo para los preliminares, no había tiempo para recuperar el control de sí mismo ni para equilibrar la combinación de hambre, ira y terror que azotaba a través de su sistema.

Sus labios cubrieron los de Mikayla mientras sentía cómo sus brazos le abrazaban, sujetándose contra él fuerte, muy fuerte. Pero nada era tan fuerte como el dominio que ella tenía sobre su alma. Nada tan caliente como el puro, dulce calor de su carne contra él, sus labios moviéndose bajo los suyos, su lengua bailando con la suya.

—Dulce Mikayla, — él gimió, sus labios moviéndose hacia su nuca, su lengua golpeando su carne, saboreándola mientras se movía desesperadamente entre sus muslos, separándolos, levantándolos hasta sus caderas y presionando contra los sedosos y húmedos pliegues de su coño.

Su carne se separó, aceptándole bajo la cabeza de su polla dura como el hierro. Presionando dentro de ella, él exhaló ásperamente cuando sintió cómo sus músculos interiores empezaban a apretar y ajustarse a su alrededor.

Nada era tan dulce, tan bello como su pequeña hada.

Levantando la cabeza, la mirada fija en ella, observó su cara mientras la tomaba. Observó el suave calor que llenaba su mirada, la sensualidad que abrumaba su expresión.

Dulce Señor, nunca podría volver a vivir sin esto. ¿Cómo infiernos podría vivir sin su toque, su risa, sin la pura hambre desenfrenada con que lo llenaba?

—Abrázame. — Nik no pudo evitar decir esas palabras.

No las pudo contener mientras ella le tomaba, la suave dulzura de su coño envolviendo su pene. Se flexionaba, palpitaba, sujetándole como el más dulce y apretado guante.

—Siempre te abrazaré. — Su voz, su promesa, se apoderó de él, anclándola dentro de su alma.

Tenía que dejarla ir. Cuando se terminara, cuando hubiera tomado ese último sabor de la dulzura que se permitiría, entonces tendría que dejarla. Era la única forma de protegerla. Era la única forma de asegurar…

¿Cómo?

Empujando hasta la empuñadura, él gimió su nombre. Dios, sabía que tenía la intención de frenar. Necesitaba frenar. Necesitaba ser lo suficientemente fuerte para dejarla, pero ¿cómo infiernos se suponía que iba a hacer eso?

¿Vivir sin esto?

Su polla estaba enterrada en el más puro calor líquido. Se apretaba a su alrededor. Los tensos músculos acariciaban la sensitiva cabeza, apretaban alrededor del eje mientras sus jugos humedecían sus bolas.

Nik quería mantenerse dentro de ella para siempre, sentir nada más que su calor, su apretado coño latiendo a su alrededor. Pero cada movimiento sutil minaba su control, destrozándolo, hasta que tuvo que moverse.

Iría lento, se prometió a sí mismo.

Mientras se retiraba, sus dientes se apretaron en el lento arrastre de su agarre de seda contra su polla.

Lo estaba perdiendo.

El placer estaba desgarrándole. No podía manejarlo. No podía frenarlo.

—Joder, Bebé. — El gruñido que arrancó de él vino con un fuerte empujón de sus caderas y luego se acabó.

Empujando dentro de ella, presionando en su interior, comenzó a lanzarles a ambos en una vorágine de pura felicidad ardiente.

Le superó. Nik podía sentir cómo la sobrepasaba. Sus piernas envueltas alrededor de sus caderas, sus brazos alrededor de su cuello. Con cada empuje dentro de ella, se arqueaba hacia arriba con sus caderas, tomándole más profundamente, tomándole más duro.

Nik se estaba volviendo loco con la necesidad de ella. Loco por su toque.

Nada nunca le había golpeado tan duro o le había tomado con el poder con que ella le tomaba, aceptándolo. Nunca conoció placer como el que conocía con ella, en el momento en que la sentía desintegrándose a su alrededor. Su coño se apretaba, sus jugos fluían y se estremecía en sus brazos mientras la sentía correrse, la sentía perdiéndose en el placer que él la daba.

—Te amo, Nik. Oh, Dios, Nik. Te amo.

El placer que ella le daba.

Su liberación rasgó a través de él. Se rompió dentro de él, brotando de su polla en chorros duros y calientes mientras se oía a sí mismo gemir su nombre. Luchó, frenó las emociones que le desgarraban y juró que nunca había conocido algo tan poderoso, tan exquisito, en su vida.

Nunca había conocido el amor, pero lo conocía ahora.

Enterrando su cabeza en el hombro de ella, se dejó ir, permitió que le desgarrara, permitió que le tomara.

Y sabía que sin Mikayla no había amor, ni risa, no había vida.

Nik se había ido cuando Mikayla despertó a la mañana siguiente.

Levantándose de la cama, sintió cómo su estómago se apretaba por el pánico y el miedo, sintió el dolor que la desgarraba.

Seguramente él no se iría sin decirla adiós.

—No lo haría, — ella susurró mientras sentía las lágrimas humedecer sus ojos.

No se iría así.

Poniéndose la bata, salió corriendo de su habitación hacia la habitación de invitados, abrió la puerta y vio a un Nik desnudo, y claramente curioso, volverse hacia ella.

Se había duchado. Había una toalla apretada a sus duras caderas, enfatizando los abdominales duros y tensos de su estómago.

Estaba haciendo la maleta.

Mikayla sintió sus labios temblar y apresuradamente los detuvo. No iba a llorar. No iba a hacerle sentir culpable porque no pudiera amarla.

Eso no era amor, se dijo a sí misma.

Sus ojos volvieron una vez más hacia la bolsa de cuero y la ropa apilada al lado cuando se dio la vuelta, los dedos de una mano cerrados.

—Temía que no me dijeras adiós, — susurró ella.

Nik inclinó la cabeza hacia un lado, una pequeña sonrisa jugando sobre sus labios.

—¿Por qué haría eso, Mikayla?

Ella sacudió su cabeza, luchando contra las lágrimas.

—No lo sé.

Ella ahora podía sentir el dolor agitándose en su estómago, el conocimiento de que estaba perdiendo cada sueño que había tenido alguna vez. Cuando se fuera, todo el amor que había soñado con tener, con sentir, se habría ido.

—Mikayla.

Ella le miró mientras se dirigía hacia ella, como un predador, como un fiero guerrero vikingo fácilmente acercándose a ella.

Quería llorar y se juró a sí misma que no lo haría. Cuando él levantó una mano y le retiró el pelo, era todo lo que pudo hacer para contener las lágrimas.

—No soy un mercenario, — él declaró.

Mikayla asintió.

—Lo sé.

Nik arqueó los labios.

—Estoy fuera mucho tiempo. Estar con un hombre como yo no va a ser fácil.

¿Estaba buscando excusas?

—Por favor, Nik…

—La pasada noche dijiste otra vez que me amabas, Mikayla, — le dijo.

Y ella había dicho que no pediría ninguna promesa. Pero no había pedido promesas; ella solo le había dicho cómo se sentía.

¿Qué esperaba que dijera? ¿Que lo sentía? Bien, no lo sentía y no iba a mentir sobre ello.

—Lo dije. — Ella estaba mirándole antes de darse cuenta.

—También es demasiado tarde para retirarlo ahora, así que supongo que tendrás que vivir con ello.

—Supongo que lo haré. — Su mano levantada de nuevo, le tomó la mejilla, su pulgar rozando sus labios.

—Dilo otra vez.

—¿Qué? — la confusión la sacudió.

—¿Decir qué?

—Que me amas.

¿Era alguna nueva forma de tortura emocional?

—Sabes que te amo...

Su pulgar se posó sobre sus labios una vez más.

—Dilo de la forma en que lo dijiste la pasada noche.

—Te amo, Nik, — no se pudo contener.

Era la verdad. Si él necesitaba oírlo antes de que saliera de su vida...

—Te amo, Mikayla.

Ella no podía haberle oído bien. No era posible.

—¿Qué? — ella no podía respirar.

¿Le había oído bien? ¿Estaba perdiendo su cordura?

—Mikayla Martin, te amo, — él susurró mientras tomaba su mano y se deslizaba lentamente con gracia masculina en una perfecta posición de rodillas.

Ella le observó, en trance, insegura, de repente tan llena de esperanza.

—Llamé a tu padre esta mañana, — Nik tomó su mano.

—Y le pedí permiso para casarme con la más perfecta, la más bella hada nunca creada, — él deslizó un anillo en su dedo. — Y ahora te pregunto, Mikayla, ¿te casarás conmigo?

Diamantes y esmeraldas adornaban una pequeña banda de oro. Obviamente era una reliquia muy querida, antigua y creada por alguien que amaba la belleza y la riqueza.

—Nik, — ella le devolvió la mirada, insegura, aterrada de que solo estuviese soñando.

—Cásate conmigo, Mikayla, — dijo suavemente.

—No me hagas salir al frío de nuevo. No creo que pueda vivir de esa manera después de haber conocido tu calor.

—Sí. — Mikayla no dudaba. Si era un sueño, si estaba alucinando, entonces lo quería todo.

—Oh, Dios, sí.

El sueño era real. El anillo en su dedo, el hombre que se levantó y tiró de ella hacia sus brazos, el beso que tocó sus labios.

—Tus padres están de camino, — él gimió contra sus labios.

—Esos malditos hermanos tuyos. Algo sobre una celebración.

Ella no estaba alucinando.

—Te amo, Nik. — ella susurró contra sus labios.

—Siempre.

—Siempre, pequeña hada. — susurró él.

—Te amaré siempre.

EPÍLOGO

UN AÑO MÁS TARDE

La novia llevaba un vestido blanco roto y si la suave seda parecía un poco tirante en el estómago, nadie lo mencionó.

El novio vestía de negro, su largo pelo rubio recogido, su expresión feroz al ver a su novia caminar lentamente por el pasillo.

Nik podía sentir sus manos intentando no temblar.

Si alguna vez ella había parecido un hada, entonces era ahora. Etérea, pequeña y delicada. Un sueño que él nunca se había permitido tener hasta que ella se vio forzada a entrar en su vida.

Ahora, él moriría por ella. Mataría por mantenerla a su lado.

Ella y el niño que llevaba dentro de ella.

Su hijo.

Nik no podía creer que tenía el valor, pero su Mikayla era puro valor.

Determinación.

Fuerza.

Amor.

Ella era su alma y él no tenía vergüenza por admitirlo.

Se acercó a ella, Mikayla apoyó sus gráciles dedos contra su brazo mientras bajaba la mirada hacia ella.

Su perfecta, hermosa hada.

Ojos amatista le miraron, brillando con lágrimas y alegría detrás del encaje antiguo del velo.

Era su boda de ensueño. Ella era su novia soñada.

—Queridos hermanos, nos hemos reunido aquí…

Las palabras del sacerdote zumbaban. Los votos estaban en el alma de Nik, ligados a ella, envolviéndoles juntos con lazos de seda irrompibles.

Su esposa.

Ellos le llamaban Renegade, pero su Mikayla ahora le llamaría marido. Y para Nik, “marido” era la mejor palabra.

—Puedes besar a la novia

Sus dedos realmente temblaban al levantar el velo, curvó sus brazos alrededor de ella, la atrajo hacia él y en ese beso sellaron los votos que habían hecho un año antes.

Amar para siempre.

FIN